
COLECCIÓN
TAL CUAL
RODRIGO FLUXÁ
USTED SABE QUIÉN
NOTAS SOBRE EL HOMICIDIO
DE VIVIANA HAEGER
Catalonia
udp Escuela de Periodismo

RODRIGO FLUXÁ

Usted sabe quién

Notas sobre el homicidio de Viviana Haeger

Ayudantes de investigación:

Carolina Leyton y Víctor Azócar

Fluxá, Rodrigo
Usted sabe quién. Notas sobre el homicidio de Viviana Haeger / Rodrigo Fluxá

Santiago de Chile: Catalonia, Periodismo UDP, 2019

ISBN: 978-956-324-712-1
ISBN Digital: 978-956-324-718-3

PERIODISMO
CH 070.4

Este libro forma parte de la colección de periodismo de investigación desarrollada al alero del Centro de Investigación y Publicaciones (CIP) de la Facultad de Comunicación y Letras UDP.

Dirección Editorial: Arturo Infante Reñasco
Edición: Francisco Aravena y Andrea Insunza
Diseño de portada: Trinidad Justiniano
Fotografía de portada: Cristian Duarte
Retrato de autor: José Alvújar
Diseño y diagramación: Sebastián Valdebenito M.

Primera edición: mayo, 2019

ISBN: 978-956-324-712-1
ISBN Digital: 978-956-324-718-3
Registro de Propiedad Intelectual: Nº A-303405

Santa Isabel 1235, Providencia
Santiago de Chile

www.catalonia.cl – @catalonialibros

www.cip.udp.cl/investigacion - @cip_udp

Índice de contenido

Portada
Créditos
Índice
Un torpe elefante - *Mauricio Duce*
I. 42 días
II. Día uno
III. Necesito sic…
IV. Viviana y Midori
V. Una relación para procrear
VI. Subrayados
VII. Un loco malo
VIII. Nuestra mejor cabina
IX. Dora Lisa
X. Cae un héroe
XI. You can’t handle the truth
XII. La señora Viviana
XIII. Un secreto
XIV. Viendo el matinal
XV. La cara es su credencial
XVI. “Si aparece una confesión…”
XVII. Su cabecita
XVIII. ¿Qué dijo?
XIX. Las Litis tienen sus estrellas
XX. Un cuestionario
XXI. Fiscal, una duda
XXII. La pregunta
XXIII. Esto no pasa en Puerto Varas
XXIV. No era malo
XXV. Suerte mañana
XXVI. La risa de los pájaros
XXVII. Esto pienso
XXVIII. Los últimos días
XXIX. No quiero recordar
Agradecimientos
Conoce los títulos de la Colección Tal Cual

Para C.

Un torpe elefante

El asesinato de Viviana Haeger en Puerto Varas, en junio de 2010, es uno de los casos que ha provocado mayor impacto y conmoción pública desde que hace veinte años entró en vigencia el nuevo sistema procesal penal Sus peculiares características, la variedad y singularidad de los personajes involucrados, las diversas teorías que se elucubraron respecto de lo que pasó, los graves errores de la investigación y el resultado inesperado del juicio, entre otros aspectos, hicieron de este un objeto permanente de atención y un verdadero caramelo para los medios de comunicación. Se trató de una suerte de larga novela de misterio por entregas, cuyos capítulos se extendieron por más de siete años. Si guglea "caso Haeger", encontrará decenas de miles de entradas, que incluyen material periodístico, documentos judiciales, teorías conspirativas y especulaciones de todo tipo.

Si tiene este libro en sus manos veo difícil que no tenga alguna opinión sobre el desarrollo y resultado de este caso. Yo lo seguí no solo por su interés general –y reconozco que con algo de morbo por lo escabroso de los hechos que se presentaban–, sino también por alguno de corte profesional, que me lleva a estar atento a los casos más relevantes que se tramitan en el sistema de justicia penal, área de mi especialidad desde hace más de veinticinco años. Con todo, leer *Usted sabe quién* me obligó a formularme nuevamente varias preguntas que imagino también usted puede estar haciéndose: ¿cuánto sabía realmente del caso y su desarrollo? ¿Cuánto conocía a sus protagonistas? ¿Qué sabía de lo que ocurrió con la investigación? ¿Qué pasó en el juicio oral que concluyó con la condena de José Pérez como autor de robo con homicidio y la absolución de Jaime Anguita, marido de la víctima, como potencial autor de homicidio calificado (sicariato)? ¿Cómo entender que un hecho tan grave se haya resuelto de esta forma? ¿Qué explica el comportamiento de varios de los protagonistas de esta trama? ¿Se trata de un éxito o de un fracaso de nuestra justicia penal?

Luego de la lectura de este magnífico trabajo de Rodrigo Fluxá sé

más y tengo nuevas respuestas a estas preguntas. Su enorme aporte combina la investigación exhaustiva acerca del desarrollo del caso y un testimonio vivencial del autor al compenetrarse y, no me cabe la menor duda, obsesionarse con él por largo tiempo. Es un libro de investigación y de los buenos, pero también es mucho más que eso; es una reflexión sobre la justicia penal, sobre la naturaleza humana y sobre nuestra sociedad actual. Esta magnífica combinación, que enriquece el texto, es algo a lo que Fluxá ya nos empieza a malacostumbrar, primero con su libro sobre el caso Zamudio –*Solos en la noche*– y ahora con *Usted sabe quién*.

La parte de investigación incluyó la revisión de las cerca de cinco mil páginas de la carpeta fiscal ("el expediente" en lenguaje forense antiguo), la escucha de miles de interceptaciones telefónicas legales, entrevistas a medio centenar de personas (muchos de los protagonistas y algunos personajes secundarios) y la presencia en todas las audiencias del juicio oral. Además, tenemos las impresiones del autor acerca de esas audiencias y del caso, de conversaciones largas e intercambios electrónicos, todo ello con la frescura narrativa de un observador externo al sistema, que relata con atención al detalle el funcionamiento del complejo teatro en el que se desenvuelve la justicia penal.

Agradezco que el autor nos ayude a conocer a todos los personajes de esta historia. Sus entrevistas y reflexiones dan pistas para comprender las razones de los protagonistas, y nos ayudan a comprender el impacto que el caso ha tenido en sus vidas. Por eso decía que el libro es mucho más que un estudio de un caso judicial. No creo, eso sí, que los seres humanos quedemos particularmente bien parados. Muchas de las revelaciones del libro muestran los aspectos más miserables de nuestra condición humana. No seré yo quien tire la primera piedra, pues me pregunto si, en circunstancias extremas, me comportaría de una forma distinta. El cuadro que se pinta es complejo, con muchas zonas de sombra. Hay también áreas luminosas en donde el mismo autor identifica valores como la honestidad, el compromiso y la transparencia, aunque a veces eso dure poco. Las más de las veces nos movemos en una gran zona gris, donde todo juicio debe ser matizado y provisorio, donde finalmente prima el lente a través del cual se observe la realidad.

El libro también nos entrega múltiples imágenes sobre el funcionamiento de nuestra justicia penal y, como elemento de fondo, de nuestra sociedad. Permítanme en este punto una breve reflexión sobre las posibilidades y los límites de la justicia penal. Siempre he pensado que es una herramienta especialmente torpe y limitada para la resolución de un conflicto, sobre todo cuando se trata de uno tan complejo y grave como un asesinato. Aun en el mejor de los casos, cuando se logra esclarecer los hechos en forma rápida y se condena a los autores del delito imputado, muy difícilmente puede recomponer lo que se quiebra cuando una persona es asesinada y se truncan así sus planes de vida, la de su familia, amigos y entorno cercano. Aun cuando logremos la pena más alta o la que nos parece más justa, ¿puede eso reparar el daño ya causado? Me temo que solo en una pequeña porción.

La justicia penal parece un torpe elefante en una cristalería de productos muy finos. Su capacidad para no romper más cosas que las que se arreglan es baja. De tarde en tarde nos da algunas satisfacciones y cumple con algunas expectativas sociales, pero siempre con el sabor amargo de haberse producido un daño irreparable y doloroso. Esto contrasta fuertemente con lo que esperamos como sociedad que el sistema haga o logre, y ahí se abre una brecha de expectativas que nos lleva a una permanente frustración. Por definición la justicia penal llegará, aun en el mejor de los casos, algo tarde; muchas o las más de las veces, ya demasiado tarde.

Por lo mismo, no conozco sociedad que esté plenamente conforme con su trabajo. El sistema de justicia criminal suele ser objeto de duras críticas y fuertes cuestionamientos en todos lados. En 1909 G.K. Chesterton describía así el sistema judicial británico: “La cosa más horrible de los oficiales del sistema legal, incluso los mejores, no es que sean malvados (algunos de ellos son de hecho buenos), no es tampoco que sean estúpidos (muchos de ellos son bastante inteligentes), es simplemente que están acostumbrados a esto. En estricto rigor, no ven a un prisionero en la cárcel sino a una persona común en un lugar habitual. Ellos no ven lo terrible de una corte que juzga, sino solo su propio lugar de trabajo”.

La descripción de Fluxá del funcionamiento de nuestro sistema en el

caso Haeger tiene tintes dramáticos. El relato nos muestra a un elefante particularmente torpe y lento. Da cuenta de un trabajo policial de muy baja calidad, cuando no derechamente chambón. “Encontrar” el cadáver de la víctima en el entretecho de su casa luego de 42 días de búsqueda intensa que incluyó, lea bien, al menos tres revisiones del entretecho no me parece que pueda caber en otra categoría. Lo mismo cuando se constata que muchos de los hallazgos claves en el caso parecen más productos de la casualidad que del trabajo investigativo; por ejemplo, la vinculación e identificación de José Pérez, el único condenado. Esto habla muy mal de las capacidades profesionales de nuestras policías.

El relato también nos muestra, aun cuando me hubiera gustado más desarrollo sobre este punto de parte del autor, cómo contamos con enormes déficits en nuestra capacidad para producir prueba pericial de calidad, cuestión clave para el esclarecimiento de delitos como este. Coincide con los resultados de mi reciente investigación empírica en la materia, en la que he podido identificar falencias importantes en las instituciones estatales que producen conocimiento experto que la justicia penal requiere para resolver casos, como la falta de especialidad de los supuestos “expertos” en áreas básicas como la medicina y la psicología forense. En el caso Haeger, el mejor ejemplo que nos entrega el libro es el informe de un famoso y reputado patólogo forense que, contradiciendo toda la evidencia acumulada, sostiene que la muerte de Viviana Haeger fue producto de un suicidio y justifica tal conclusión recurriendo a citas bíblicas e históricas sobre la relación entre mujer y suicidio, y no a una investigación forense como sería esperable. Los relatos sobre el pobre tratamiento del sitio del suceso nos muestran cómo la escena del crimen es contaminada tempranamente y ello dificulta o imposibilita contar con prueba científica para vincular el caso a un potencial autor. Hablamos aquí de errores muy gruesos y no de sutilezas o detalles sofisticados.

Los actores del sistema tampoco quedamos muy bien parados. Aunque en el libro encontramos de dulce y de agraz, no dejan de reverberar en mi cabeza las imágenes de jueces un poco aburridos escuchando un caso que, a pesar de su relevancia y el gran interés público, es uno más en una pesada rutina diaria en que las historias se repiten, semana a semana, mes tras mes, año tras año. Leemos

también acerca de las enormes dificultades que existen para construir razonamientos judiciales consistentes en entornos en los que la evidencia presentada en juicio deja mucho que desear, y cómo ello opone barreras insuperables para llegar a decisiones judiciales que parezcan razonables y ajustadas al sentido común. Pareciera que los casos solo se pueden resolver cuando contamos con prueba incriminatoria directa, cuando la realidad es que eso ocurre en el margen y, en todo evento, normalmente no en los casos que llegan a juicio oral. Tampoco me puedo sacar de la cabeza la imagen de abogados –fiscales, defensores y querellantes– que en el fragor del litigio construyen teorías y argumentos que se alejan del sentido común y cuya motivación central pareciera estar en apuntarse una victoria personal. Así pierden toda sensibilidad con el drama que lleva a este caso a juicio y hacia las personas que se ven afectadas por su desarrollo.

La imagen que ese observador agudo que es Fluxá construye es la de una máquina burocrática, formalista, rutinaria y relativamente insensible, una suerte de línea de producción que se dedica a procesar casos graves y complejos, en donde lo importante es poder tomar una decisión y no necesariamente su calidad. Llama la atención que el valor de esclarecer la verdad no parece tener un rol protagónico en la decisión ni en el funcionamiento general del sistema. El peso de la noche a veces es muy fuerte. Es duro y doloroso para gente como yo, cuya carrera profesional está ligada a este sistema, pero es necesario que cada cierto tiempo alguien nos remueva y nos haga ver que las cosas pueden ser distintas de como nos acostumbramos a hacerlas. Se agradece entonces este recordatorio, bien documentado y apasionantemente escrito.

Afortunadamente, el texto también nos muestra algunas cosas positivas del sistema. Destaco que, a pesar de las enormes dificultades y limitaciones, es posible decidir un caso con niveles de transparencia muy significativos, que nos permiten a todos hacer juicios mucho más certeros acerca de la corrección o incorrección de la decisión final, a diferencia de lo que ocurría con el opaco sistema antiguo. Dada mi experiencia trabajando en Chile y en varios países de la región, puedo decir que este trabajo periodístico se ha beneficiado de un acceso abierto a los materiales de la investigación judicial, a las audiencias en que se desarrolló el juicio

y a los actores del sistema. Se trata de una fortaleza que no debemos descuidar.

Ojalá el autor nos siga regalando en los años que vienen nuevos libros como este. Al menos yo lo espero con ansias. Invito a los lectores a adentrarse con intensidad en su lectura. Espero que, como en mi caso, les motive reflexiones sobre la multiplicidad de cuestiones que se nos plantean, les permita conocer y comprender mejor las luces y sombras de nuestra justicia penal y, finalmente, con la valiosa información que Fluxá nos entrega, les ayude a tener una opinión personal sobre los hechos y la actuación de la justicia. Al final del día, *usted sabe quién*.

Mauricio Duce J.

Profesor titular de la Facultad de Derecho de la UDP

Santiago, abril de 2019

Este libro es el resultado de una investigación de cuatro años que incluyó la revisión de las casi cinco mil páginas del expediente del caso, la escucha de 3.249 intervenciones telefónicas legales, la cobertura completa del juicio en Puerto Montt y medio centenar de entrevistas presenciales.

I
42 días

¿Puedes dejar todo de lado un rato y concentrarte, sin mirar el teléfono, sin prender la tele? Porque si no puedes, mejor déjalo hasta acá. Cierra esto y sigue con tu vida, sin resentimientos. Y, sinceramente, puedo vivir sin tu opinión.

Pero asumo que sigues aquí, que si leíste hasta acá es porque de verdad lo necesitas. Nada es más gratificante que te digan que tienes razón, que eres tan especial, que pudiste verlo con claridad mucho antes que todos.

Viviana Haeger se despertó ese martes, el 29 de junio de 2010, en algún momento entre las seis y las siete de la mañana. Pese a ser un lunes falso, el comienzo de una semana después de un fin de semana largo, me atrevería a decir que amaneció resuelta, con planes, con toda una lista de cosas que hacer. Un alivio para una dueña de casa que llevaba ya un par de años viendo el correr de las horas de la mañana sola, esperando ansiosa que el teléfono sonara o que, ya al almuerzo, alguien interrumpiera el aburrimiento y entrara por la puerta de su inmensa casa, en el Parque Stocker, donde viven los ricos en Puerto Varas, siempre de la carretera hacia el lago Llanquihue, porque así es esta ciudad, te cuento. Una calle, una sutileza como un pedazo de asfalto con unas líneas blancas intermitentes en el medio, puede marcar un mundo de diferencia entre una clase social y otra.

Esa mañana estaba nublado y no era novedad: en pleno invierno, esperar otra cosa aquí es optimismo. Pero Viviana Haeger era una optimista intensa, muchas veces al borde de la negación, otras rozando la ingenuidad. Con su pijama rosado de señora y su bata celeste de señora bajó las escaleras del segundo piso hacia la planta baja. Debe haber mirado la cocina, que era su orgullo. La casa entera lo era: la decoró ella, apasionada por un lado, pero avergonzada por otro, porque en rigor la plata para comprar los materiales y muebles no era suya, sino de la persona que dormía

hacía años a su lado. Y ella, seguramente, porque había trabajado buena parte de su vida, no había perdido aún la incomodidad de pedir, de estirar la mano.

Después Viviana Haeger hizo el desayuno y se lo llevó a sus dos hijas a la cama. Vivian, la mayor, tenía catorce años y atravesaba lo que se podría definir como una adolescencia complicada, explorando los límites de la autoridad materna, pero se negaba a dejar ir ese ritual de niñez: recibir la bandeja en su cama y tomar el desayuno acostada en su pieza. Susan, la menor, de ocho años, lo tomó también en su cama, que estaba en un recoveco dentro del dormitorio matrimonial. Si te estás preguntando por qué dormía ahí a esa edad, lamento decirte que por ahora no es de tu incumbencia. Esto tiene un orden.

Sobre lo otro que te debe tener inquieto, lo que te empuja a recorrer estas líneas, estoy en condiciones de decirte que Jaime Anguita se levantó casi a la par de su mujer, con una urgencia específica de llevar a sus dos hijas al colegio muy temprano. Las sacó volando de la casa, alegando sobre lo atrasados que estaban, pese a que aún faltaban veinte minutos para las ocho de la mañana –la hora de entrada– y que el Colegio Alemán, al que iban las dos, estaba a un kilómetro y medio, dos minutos en auto. Las dos hijas se despidieron a la rápida de su mamá mientras se subían a la camioneta de su padre. Tomaron el camino que va desde la casa en la parcela 98 hasta el portón eléctrico que separa el Parque Stocker de la calle que, si se dobla a la derecha, lleva al centro de Puerto Varas.

Un cuarto para las ocho las niñas ya estaban al frente del colegio. Ambas eran alumnas extraordinarias. Extrañamente Anguita les hizo un comentario, con tono de chiste y como si él mismo no las hubiese apurado antes para subirse a la camioneta; les dijo que era la primera vez que habían llegado tan temprano a clases. En unos minutos pasó de estar irremediablemente atrasado a hacer un récord de tiempo. Se despidieron. Ahí, a las 7.48, Anguita tomó su teléfono y marcó el número de su mujer: hablaron durante 23 segundos. En los tres meses previos, jamás la había llamado antes de las ocho de la mañana.

No pudo haber estado mucho tiempo estacionado afuera del

colegio, porque a las 8.17 ya pasaba por el peaje de ingreso a Puerto Montt. A esa hora, había hecho un muy buen tiempo para los 18 kilómetros que separan ambas ciudades por la Panamericana Sur, sobre todo teniendo en cuenta lo difícil que es salir de Puerto Varas cuando todos los padres van a dejar a sus hijos al colegio, aún sin luz de día. Cinco minutos después ya estaba en su trabajo, la constructora Puerto Octay, ubicada a un costado de la misma carretera, frente al Puente Petorca, cerca de la Avenida Salvador Allende, justo antes de la pendiente que termina en el Océano Pacífico. La empresa, que solía ganarse concursos públicos de millones de dólares en la zona, en la práctica tenía una planta reducida de trabajadores en la oficina, nunca más de ocho. Anguita, ingeniero en jefe de proyectos, rara vez abría las puertas en la mañana, pero ese día, cuando la secretaria Daniela Pérez llegó a la oficina, miró desde su auto y vio la luz de la ventana de Anguita prendida. Entró, lo saludó, y al acercarse notó un detalle: Jaime Anguita tenía los ojos llorosos. Le preguntó si le pasaba algo. Anguita, nervioso, disimulando cual fuera la emoción que lo superaba, le dijo:

-No, nada, Danielita.

Anguita, que tenía ese tic, hablarle a la gente con diminutivos, después cambió el tema de la conversación. Aunque la secretaria no se lo preguntó, le dijo que tenía que ir más tarde al centro de Puerto Montt a cobrar el cheque para pagar los sueldos de las obras de las tres mini centrales hidroeléctricas que la empresa estaba construyendo casi al límite con Argentina y de las cuales era el supervisor. Tras eso comenzó a llegar el resto de los empleados.

A esa hora, en el Parque Stocker, Viviana Haeger aún no había lavado los platos. Una pequeñez la atormentaba: los frenillos de Susan, casi nuevos, no aparecían desde hacía días. Durante el fin de semana había llamado a la profesora jefa a su teléfono personal para preguntarle por los aparatos. La profesora no lo tomó bien: no era la primera vez que la interrumpía en sus horas de descanso por temas que no calificaban precisamente como emergencias, pero supongo que así funciona: lo que es importante para alguien no lo es tanto para otro. Esos llamados eran comentario entre el profesorado. Esa, cómo llamarla, sobrepreocupación, alimentada

por la cantidad de tiempo libre, podía ser enervante, pero la profesora se contuvo y amablemente la invitó a consultar a la administración del colegio a primera hora del martes, que fue lo que Viviana Haeger hizo a las 8.36, cuando marcó el teléfono. La dejaron esperando unos segundos y le confirmaron que los frenillos habían aparecido en el delantal de la niña, colgados en la sala. Era un alivio.

Lo más seguro es que tras eso se vistiera. Pese a que conservaba intacta una parte de sus encantos juveniles, Viviana Haeger no se preocupaba mucho de su ropa. Raramente compraba algo que no estuviera en oferta. Esa mañana se puso una chaqueta café Maquis, una blusa floreada, una polera café de manga larga, jeans Closed talla 38 y botas de cuero marca 16 horas.

Viviana Haeger nunca había hecho un viaje largo. Con su mejor amiga, en las conversaciones tras las idas al gimnasio, solía fantasear, mientras veía los inmensos cruceros que llegaban de vez en cuando al seno de Reloncaví, con escapes furtivos al Caribe o a Europa, solas las dos, pequeñas vacaciones de su vida rutinaria en Puerto Varas. Pero el plan más aterrizado era un viaje familiar a Miami que llevaba ya un par de meses organizando. A las 9.47, entonces, tomó nuevamente su celular y llamó a una tienda para preguntar si hacían fotos de tamaño pasaporte para tramitar las visas a Estados Unidos de ella y su familia. El empleado le dijo que no y trató de explicarle, con paciencia, que ellos operaban con un sistema digital y lo que ella necesitaba era uno análogo, especializado en ese tipo de trámites. El vendedor le dio la dirección de uno en el centro de Puerto Montt.

Diez minutos después llamó a una apoderada, mamá de una compañera de Susan. Ambas coincidirían en Santiago para las vacaciones de invierno, donde Viviana Haeger completaría el trámite de las visas en la embajada de Estados Unidos. Faltaban dos semanas para eso, pero ella ya tenía el pasaje en bus comprado para el 13 de julio, asiento 37, y en los doce minutos de conversación con su amiga planearon panoramas para hacer juntas. Irían a comprar y al cine.

Apenas cortó, marcó de nuevo, ahora a una tienda de limpieza de chimeneas. Tenía que hacerle la mantención a las dos combustiones

de la casa –trata de retener eso, es importante–, la de la cocina y la de la calefacción. Era un dato de su hermana Mónica, clienta de hacía más de dos años del servicio. Fueron 88 segundos.

A las 10.07 le sonó el teléfono. Era la apoderada nuevamente, esta vez solo para coordinar una reunión más tarde. Se juntarían después de almuerzo, cuando sus hijas fueran a una clase de kárate que tenían cada martes.

Media hora después Mónica Haeger, su hermana, salió de su casa junto con su marido, Francisco Huenchuñir. Eran vecinos o tan vecinos como un condominio así lo permite: unos cien metros separaban ambas casas, lo que siempre fue un descanso para Viviana. Ella había insistido en comprar el sitio y cada vez que podía se arrancaba al frente para buscar la conversación que no encontraba en su propia casa. Mónica miró a la cocina de su hermana y vio que las cortinas estaban cerradas. Le sorprendió, pero pensó que quizás, por el frío de invierno, se podía haber contagiado de una gripe y se levantaría más tarde. Pensó también en llamarla y ofrecerle algún remedio, pero el tiempo la apremiaba, porque tenía que estar al mediodía en Puerto Montt, por temas de trabajo.

A las 10.50 el teléfono de Viviana Haeger se apagó y no se volvió a prender nunca más.

A las 11.37 un trabajador de Jaime Anguita caminó hacia el único teléfono público de Llanada Grande, un pequeño poblado rural, rodeado de montañas y bosques de coihues, sin conexión ni acceso pavimentado. Como era fin de mes, quería detallar los gastos incurridos los últimos 30 días: bueyes, madera, caballos, hospedaje, además de los sueldos de los trabajadores que levantaban la minicentral hidroeléctrica para Puerto Octay. Anguita respondió confundido y agitado. Le pidió que por favor lo llamara más tarde, porque tenía una emergencia familiar que atender. El trabajador quedó contrariado. Pensó: emergencia o no, alguien tiene que venir a pagarnos.

Una cosa: supuestamente Anguita no sabía de ninguna emergencia a esa hora.

Antes del mediodía, Anguita se subió a su camioneta para ir al centro de Puerto Montt. Primero pasó al gobierno regional, se entrevistó a la rápida con un conocido, le hizo un par de preguntas sobre unos permisos, pero nada urgente, nada que no pudiese esperar. De hecho, en la parada no solucionó nada, porque Anguita decía estar contra el tiempo, pero esos escasos minutos bastaron para que su visita quedara registrada.

A las 12.58 su mano derecha en la empresa, quien implementaba sus órdenes en las construcciones en terreno, lo llamó. El hombre quería contarle un problema que había tenido volviendo de las obras: había destrozado el neumático de su camioneta y necesitaba su vistobueno para comprar uno de reemplazo. Anguita lo interrumpió rápido y le dijo que no podía hablar en ese momento, porque tenía un problema.

Otra cosa: Jaime Anguita aún no sabía de ningún problema.

Un antiguo amigo, de hace casi 30 años, lo vio momentos más tarde en la esquina de las calles Urmeneta y Bernardo O'Higgins. Pese al supuesto apuro, Anguita parecía tiritar, estático frente a un semáforo, como haciendo hora. El amigo había decidido ignorarlo, pero cuando Anguita lo vio de costado, se acercó. Ambos habían sido socios en otra empresa en los noventa. Pese a lo fortuito del encuentro, y a que su amigo iba con un acompañante, Anguita le dijo que le gustaría mucho que volvieran a trabajar juntos, pero extrañamente, tras eso, por segunda vez en el día dijo que lo disculparan, que tenía que irse porque estaba apurado para ir al banco.

Aunque los giros de la empresa, la tarea más urgente que debía resolver, se hacían a través del Banco de Chile, Anguita entró a la sucursal del BBVA ubicada en esa misma esquina donde estuvo parado, esperando nada.

El comportamiento de Jaime Anguita en el banco fue igual de errático. Las cámaras lo grabaron cruzando la puerta, con un jockey puesto, a las 13.20. Miró el lobby y se puso en una de las cajas para público general. Tras unos minutos esperando, y antes de que llegara su turno, tomó una de las escaleras que llevan al segundo piso. Ahí pidió hablar con una ejecutiva de cuentas, que ubicaba de

tiempo atrás, con la que había intercambiado correos alguna vez, y comenzó a consultarle por diversos productos financieros, sin seguir un patrón de interés definido.

A las 13.36 le sonó el teléfono. Anguita, en medio de la reunión, contestó de todas formas. La ejecutiva, como suele hacerse en esos casos, hizo un ademán para darle espacio y que tuviese privacidad, pero Anguita no se movió. A la ejecutiva le llamó la atención lo fuerte que sonaba la otra voz por el auricular, casi como si estuviera en altavoz. Lo que oyó la dejó con un escalofrío; alcanzó a distinguir nítidamente dos frases: “Tengo a tu señora” y, antes de que se cortara la comunicación, “Llámame”.

Fueron 19 segundos. La ejecutiva le preguntó qué había pasado, quién lo había llamado. Anguita sonrió, dijo que seguramente había sido una broma y siguió haciendo consultas durante diez minutos más sobre cómo podía complementar su cuenta corriente. Finalmente se despidió, sin tomar ningún producto.

A las 13.51 bajó por las escaleras, aún con el jockey puesto. Volvió a ponerse a la fila de las cajas, para hacer un giro.

A esa hora Vivian estaba esperando con unas amigas afuera del Colegio Alemán. Había conseguido permiso para salir un poco antes ese día y su mamá la pasaría a buscar para almorzar un sándwich juntas en el café Danés. Revisó su teléfono y vio que casi no tenía batería. Le pidió el suyo a una amiga y llamó al celular de su mamá, y a su casa. No hubo respuesta en ninguno de los dos. Pese a que garuaba, decidió devolverse caminando al Parque Stocker. Era un trayecto corto y Puerto Varas es una ciudad extremadamente segura.

Diez para las dos de la tarde Vivian llegó a su casa. Vio el Suzuki Aerio plomo de su mamá estacionado, con el cierre centralizado activado. Miró por la ventana hacia adentro y vio una anomalía mayor: estaban las llaves de la casa sobre el asiento del conductor. El llavero tenía una foto familiar: madre, padre e hijas. ¿Qué podría haber pasado? Vivian tocó la puerta de la cocina y nadie le abrió. Rodeó la casa por el patio, buscando la entrada trasera y notó que estaba sin pestillo, lo que tampoco era usual. Llamó a su mamá en voz alta y nadie contestó. Vio los platos sin lavar del desayuno.

Subió por la escalera y entró a la pieza matrimonial. La cama parecía un poco desplazada hacia adelante y sobre el plumón estaba desordenado todo el contenido de la cartera de Viviana Haeger. Atinó a mirar debajo de la cama, justo donde había un choapino –recuerda esto también– y notó que faltaba una pequeña caja donde su mamá solía guardar dólares y otras cosas de valor.

A las 13.57 llamó a su papá, que había salido del banco minutos antes. Le comentó que su mamá no había llegado a buscarla y del desorden que había en la casa. "La mami no está", fue su frase exacta. Él no le comentó del llamado que había recibido frente a la ejecutiva, pero, más extraño aún, no le dio la orden de salir de la casa inmediatamente; estaban todas las señales de que algo grave había pasado ahí y de que había pasado hacía poco.

Anguita fue a buscar su camioneta al estacionamiento y en lugar de ir directamente a Puerto Varas decidió pasar a la tenencia de carreteras de Carabineros, una construcción de un piso ubicada a un costado de la carretera, a medio camino entre las dos ciudades. Lo recibió un funcionario de la guardia. Anguita, como verás, no es habiloso en el intercambio social.

–Parece que secuestraron a mi mujer –le dijo, sin introducciones.

El policía quedó pasmado. Era joven, nunca había vivido una situación así. Y bueno, aunque hubiese tenido 50 años, como alguno de sus colegas, tampoco podría haber reaccionado mejor: el país se conmociona por un secuestro cada veinte años y nunca ahí, en ese trozo del paraíso del sur de Chile.

–¿Está hablando en serio? –le respondió.

Anguita le dijo sí. El funcionario llamó a la central regional, donde deben haberle hecho la misma pregunta que él le había hecho a Anguita segundos antes. Después fue a buscar a un teniente, su superior en el lugar. El teniente escuchó por primera vez la versión detallada de Anguita: mientras estaba en el banco le había sonado el teléfono y una voz de mujer le dijo "le van a hablar". Después un hombre le dijo que "si quería volver a ver a su mujer" y ahí él había cortado pensando que era una broma. Dijo eso con convicción, sin dudar: habló con dos personas en ese llamado, una mujer y un

hombre. Una pareja. No mencionó lo que escuchó la ejecutiva del banco, el “llámame”.

El teniente examinó a Anguita de arriba a abajo. Había trabajado durante años en la SIAT, investigando accidentes de tránsito; había visto a gente en situaciones extremas, bajo presión, y no se veían como ese hombre de mediana edad, ya un poco calvo, de ojos claros, que estaba al frente suyo. Su mente policiaca procesó la información como una doble negación, una intrigante “falta de intranquilidad” en la persona que denunciaba.

Anguita, quizás oliendo esa desconfianza, ofreció pasarles el teléfono. Los policías no entendían la insistencia y su falta de apuro para llegar a su casa. Pero Anguita repetía que lo tomaran, en caso, decía, de que el secuestrador volviera a llamar justo en ese momento, que el azar les regalaría ese improbable golpe de suerte. Y el teléfono sonó: era Vivian, de nuevo desde el Parque Stocker, alterada. Los policías le dijeron que lo mejor que podría hacer era ir directo a su casa, que allá habría otros carabineros esperándolo. Esa parada de Anguita también quedó registrada en la guardia de la tenencia. Por si algún malpensado, más adelante, osase apuntarlo, ese papel era una respuesta contundente: si algo pasó en Puerto Varas a esa hora, él estaba a kilómetros de distancia.

Anguita entonces se volvió a montar en su camioneta. A las 14.27 entró al peaje de entrada a Puerto Varas, se acercaba cada vez más a su casa. Mientras bajaba por la avenida que termina en la costanera de la ciudad, se lo ocurrió otra idea: pasar a hacer la denuncia al cuartel de la PDI. Tres minutos después estaba ahí. Estacionó su camioneta y caminó hacia la guardia, que vivía un día lento: venía de una actividad de aniversario de la institución. Anguita se presentó y contó la misma versión, aunque con una variación importante. Dijo que un par de horas antes le habían intentado hacer una estafa telefónica y que no le dio mayor importancia en ese momento, pero que luego un llamado de su hija, diciéndole que faltaban cosas de la casa, lo puso en alerta. Le preguntaron si alguien había tratado de comunicarse con su señora desde entonces y dijo que sí, desde luego. El policía al frente suyo tenía cursos completos en psicología y perfil de personalidad e hizo una nota mental y luego escrita: Anguita no estaba consternado, ni

triste, ni eufórico, no demostraba pena ni rabia.

La PDI también movilizó su gente hacia el Parque Stocker. Vivian, allá, ya se había comunicado con Mónica, su tía, que había llegado al condominio casi al mismo tiempo que ella, tras la mañana de reuniones en Puerto Montt. Cuando entraba a su casa, notó que las cortinas de la cocina de su hermana seguían cerradas. Mandó a su marido a buscar leña, mientras marcaba los dos teléfonos, el de la casa y el celular. Ninguna respuesta. Caminó apurada la distancia entre ambas casas y se topó con Vivian, que la puso al día de lo que pasaba. Juntas recorrieron la casa de nuevo. A Mónica otra cosa le llamó la atención: salvo lo de la cama, nada más estaba desordenado, no era la típica escena de un robo y no era necesario ser un agente del FBI para darse cuenta.

El marido de Mónica hizo las primeras diligencias, preguntando casa por casa, si es que habían visto algo extraño, circular a personas que no vivieran en el condominio. Le dijeron que unos maestros estuvieron trabajando en la mañana, pero se habían ido minutos antes. Consiguió el teléfono de los contratistas, quienes le dijeron que no vieron nada raro en toda la mañana. Los primeros carabineros ya empezaban a llegar al lugar, los vecinos se asomaban por las ventanas, aterrados. Otros volvieron de sus trabajos, alertados de la emergencia.

Anguita, en cambio, tras su paso por la PDI, que también quedó registrado, decidió hacer una última parada antes de llegar a su casa. Entró al Colegio Alemán para hablar con el inspector general pensando en retirar antes de la hora de salida a Susan, la hija menor, que terminaba su jornada a las 4 de la tarde y que esa mañana había estado aprendiendo en la clase de lenguaje el uso de los signos de exclamación.

-Ningún problema -le dijo el inspector a Anguita-. ¿Cuál es el motivo del retiro anticipado?

–Secuestraron a mi mujer.

–¿Es una broma?

–No, estaba en el banco y me llamaron.

Anguita volvió a su versión inicial sobre el llamado del banco, o sea, que pensó que era una broma y que él cortó la comunicación. Y dijo que quería llevarse sí o sí a su hija a la casa, a esa hora repleta de policías aventurando teorías sobre distintas desgracias que le pudieron haber ocurrido a su mamá. El inspector le dijo que quizás no era conveniente someterla a ese trauma. El tema, en todo caso, lo superaba en sus funciones, por mucho. Fue a buscar a la directora del colegio, que le recomendó lo mismo: que la niña se quedara ahí, hasta que supieran con seguridad qué era lo que estaba pasando, no fuera a ser todo un malentendido que se salió de las manos. La directora, además, supo resumir mejor que nadie lo que estaba pasando esa mañana y lo que he estado tratando de explicarte desde que te conté que me vendría acá a instalar una temporada:

–Pero ¿cómo un secuestro? ¡Estas cosas no pasan en Puerto Varas!

Es algo importante que entiendas, como contexto: las casas sureñas perfectas, la postal del lago, los turistas con sus cámaras, la población rubia, descendiente de alemanes, el olor al humo de las chimeneas, la repostería fina.

Eso no podía estar pasando ahí.

Pero pasaba. Extrañamente mientras más se acercaba al Parque Stocker el estado anímico de Anguita tomaba giros bruscos. En el colegio, cinco minutos después de la calma que mostró en la PDI, lo notaron con los ojos vidriosos, con la pera blanda, tiritona. Se me ocurren tres razones para un cambio así –tú, seguro, pensarás en mil más–: o decidió fingir emoción frente a gente que lo conocía más; o empezaba a perder el control mientras más se acercaba a su casa, un lugar donde sabía con certeza la atrocidad que había ocurrido; o, ya entenderás por qué, el peso simbólico de pasar al colegio, el lugar con que relacionaba a sus hijas, simplemente fue demasiado para él. En cualquier caso, el apuro incontrolable por llevarse a su hija se diluyó en pocos minutos. Se fue de ahí sin ella.

Anguita y Vivian hablaron cinco veces más esa mañana, la última a las 14.48, por lo que es justo fijar esa como la hora en que llegó a Parque Stocker. Un PDI fue el primero en conversar con él y Anguita rápidamente hizo énfasis en que la ejecutiva del banco lo había escuchado todo, como invitándolo a chequear bien esa parte

de su historia. El asunto en ese punto era tratado como una presunta desgracia y estadísticamente una gran mayoría de esos casos terminan con la persona desaparecida volviendo voluntariamente a la casa. Por lo mismo los policías eran insistentes en preguntar si había algún problema entre ellos dos, si había notado algo raro en las últimas horas, pero Anguita era claro en decir que no: eran un matrimonio feliz, una familia normal, en la mañana la había visto como siempre y la había llamado antes de las ocho de la mañana, después de dejar a las niñas del colegio.

–¿Qué hablaron? –preguntó el policía.

Anguita dijo que la llamó porque, tras salir apurado, no había alcanzado a despedirse. Y recordó un detalle: él le prometió que iba a llegar temprano a la casa para que pudieran ver la telenovela juntos.

Todo normal, todo como siempre, pero estaba la llamada recibida en el banco. A las 15.30 un equipo de policías ya tenía la dirección desde donde la habían hecho, un cibercafé en el centro de Puerto Montt. Ese rastro era indesmentible, aparecía en el tráfico de llamadas. Ahí el empleado que atendía, un joven universitario, muy educado, les mostró un cuaderno donde escribía a mano todas las llamadas efectuadas del día. Revisaron de arriba abajo el listado y ahí estaba: el número de Anguita. Le preguntaron si se acordaba de quién había hecho esa llamada. El joven lo describió como un hombre calvo, que vestía parka, que hizo una llamada muy breve y salió molesto del lugar. El cibercafé no tenía cámaras. Y las que debían estar en la calle, las del control de tránsito, no funcionaban. El joven dio los datos para la elaboración de un retrato hablado.

A esa hora la casa de los Anguita-Haeger estaba repleta de policías. Una funcionaria le tomó declaración a Vivian. La policía la llevó a un lugar aislado de la casa, le dijo que era muy importante que contara si había algún problema en el matrimonio de sus padres, algo que pudiese llevar a su mamá a tomar la decisión de irse. Vivian dijo que no, que era todo normal, que a veces su padre era irónico con su mamá, la molestaba en broma, pero nunca había visto maltrato real.

Vivian escuchó esa tarde por primera vez la palabra secuestro.

Descolocada, a las 15.15, tratando de buscar alguna explicación coherente, llamó a Margarita Soto, la mejor amiga de su mamá, y le contó que había desaparecido. La misma Margarita llegó al Parque Stocker a las 17.29. Discretamente le pidió a Vivian si podía ir hacia el refrigerador y anotar el teléfono de una excompañera de trabajo de su madre, que ella había pegado ahí, con un imán. Vivian le preguntó si tenía alguna idea de dónde podía estar su mamá. Margarita le dijo que no, pero mentía. A esa altura, muchos mentían.

Un planimetrista llegó al Parque Stocker. Habló brevemente con Anguita. Ambos compartían el mismo idioma: Anguita, como ingeniero, le explicó las dimensiones y recovecos de la casa. Después le pasó un plano y el policía trabajó sobre él. Luego Anguita dio permiso para que abrieran una bodega que estaba en el patio trasero de la casa, que estaba cerrada con candado y cuyas llaves eran imposibles de encontrar.

Otro equipo de policías empadronó a todos los residentes del Parque Stocker, buscando alguna respuesta. Fueron casa por casa haciéndoles preguntas a residentes, empleadas, jóvenes y niños. Nadie había visto nada anormal y daban referencias favorables de sus vecinos: eran gente tranquila, algo callado el dueño de casa, pero amables, nunca habían dado un problema. La carcasa, mirada a la distancia, desde el pasto del vecino, no tenía trizaduras.

Terminando el catastro un dato saltó: uno de los vecinos aparecía ligado al financiamiento, años atrás, de un caso de narcotráfico. Y su mujer se llamaba María, igual que María Viviana. Y tenía una edad y contextura similar. ¿Podría eso haber causado la confusión? ¿Alguien mandó a un *soldado* para sellar una extorsión y plagió a la mujer equivocada? Se supone que esas cosas pueden pasar. Viviana Haeger, amordazada, tratando de explicarle a su captor que todo era un gran error. El captor no le cree, pero chequea con su jefe, soporta el reto y asunto solucionado. Vendada y de vuelta en una carretera cercana. Una disculpa, si es que son educados. Lo has visto en películas, ¿no? ¿En la tele? Ahí siempre A lleva a B y termina en C, no hay callejones sin salida, ahí todo pasa por algo. Si te muestran una pistola en el velador, es porque alguien la va a usar.

(Anguita tenía una pistola en el velador, a propósito. Los supuestos ladrones no creyeron útil llevársela).

La confusión fue la primera teoría que intentaba una respuesta medianamente racional a lo que estaba pasando. ¿No te gusta? ¿Ya te aburrí?

Sigamos igual. La familia Haeger, seis hermanos descendientes de alemanes, muy unidos, estaban choqueados. Juntaron camionetas y a amigos y comenzaron a recorrer las cercanías de Puerto Varas, sin saber realmente qué buscar. Viviana Haeger tenía tantos enemigos como puede tener una dueña de casa, llegando a los cincuenta. No había ninguna fortuna familiar que perseguir. Existían en la región centenares de empresarios realmente poderosos y todos se mueven por la ciudad sin mirar hacia atrás.

Esto no puede estar pasando aquí.

Anguita no quiso participar de esas búsquedas iniciales. Algo en ese método, recorrer caminos sin ningún patrón lógico definido, le parecía, a falta de mejor palabra, inútil. Caminaba desorientado por la casa, respondiendo preguntas que le hacían cada dos metros: ¿qué ropa faltaba?, ¿tomaba ella algún medicamento?, ¿el perro ladra usualmente cuando ve a extraños? Un policía de la Brigada de Robos, una de las tres unidades que pululaban por el Parque Stocker, lo encontró en el patio. Lo llamó para consultarle un detalle que había escuchado al pasar, horas antes.

–¿Qué teleserie?

Anguita no entendió.

–¿Qué teleserie iban a ver juntos en la tarde?

Anguita no supo qué decir. El diálogo no quedó registrado. Ninguna de las conversaciones informales que mantuvo con los policías las primeras horas de esa tarde quedaron registradas. Recién a las 19.25 hizo su primera declaración oficial, apegándose al mismo cronograma repetido anteriormente, con un dato extra. Según Anguita, Vivian lo había llamado en el camino entre el colegio y el Parque Stocker, después de que su mamá no llegó a buscarla. O sea,

entre las 13:57 y las 14.48. Los policías ya habían repasado el tráfico telefónico de todos los involucrados: Viviana, Anguita y Vivian. Todo aparecía según lo narrado; el colegio, la apoderada, el estudio fotográfico, la empresa de limpieza de estufas y el cibercafé. Pero esa comunicación de la que hablaba Anguita en el papel no existía. Vivian, emocionalmente deshecha, confirmó que se quedó sin batería a la salida del colegio, pero dijo que al parecer su teléfono revivió en el trayecto a pie, que así le pasaba al aparato a veces, se cargaba y se descargaba.

Anguita encontró ahí algo de alivio. Defendía a pie firme que esa llamada había ocurrido y en el panorama general era relevante: adelantaba toda su línea de tiempo y acortaba considerablemente el lapso entre la llamada del banco y cuando se enteró de que algo fuera de la rutina había pasado con Viviana, que no llegó a buscar a su hija mayor. En la práctica, le compraba entre quince y veinte minutos, en los que sus respuestas y actitudes ya no parecen, a ojos del resto, gratuitas.

Varios policías trataban de ahondar en respuestas que a esa altura parecían bastante vagas teniendo en cuenta que el tiempo apremiaba y que la mayoría de las veces, de resolverse algo así, tiene que ocurrir en las primeras horas. Notaron, mientras lo hacían, una singularidad conductual de Anguita: mientras era interrogado, jamás miraba a los ojos, sobre todo cuando las cosas que salían de su boca tocaban temas contradictorios. ¿Sabe qué cosas faltan exactamente de la casa? ¿En la llamada del banco, cortó usted o le cortaron? ¿Por qué no intentó llamar a su mujer en todo el día?

Al caer la noche, Anguita tenía una posición privilegiada para unificar versiones. De la decena de policías en la casa, ninguno había llevado un computador para procesar las declaraciones y tuvieron que hacerlo en el equipo del mismo Anguita, donde quedaron guardadas las primeras entrevistas sobre ese día, incluida la de Mónica, la hermana de Viviana, hecha a las 21.20. Minutos después, casi a las 22.00, estaban todos en el living, coordinando salidas de rastreo que durarían toda la noche, sollozando, intentando calmarse unos a otros cuando Anguita se puso de pie y dijo:

–Bueno, mañana va a ser un día muy duro, así que me voy a acostar.

Los presentes se miraron asombrados, incluida una guardia policial que tenía la orden de pasar esa noche y todas las noches siguientes ahí, recluidos en una sala de estar esperando la llamada del secuestrador. Mónica salió de ese living confundida rumbo a su casa. Allá había ya decenas de amigos, dispuestos a no dormir, a recorrer Ensenada y Cascadas, dos zonas continuas, esperando encontrar algún rastro de su hermana. Llevó a acostar a Susan, a quien habían preferido aislar en la casa vecina y que aún no había sido informada de que pasaba algo con su mamá. Esa noche durmió tranquila.

Todos los equipos de la PDI tuvieron una reunión poco antes de la medianoche, incluidos los altos mandos regionales. No hay acta de la reunión, pero no mentiría si te dijera que no tenían muchos cimientos sobre los cuales construir. De entrada descartaron la teoría del secuestro por equivocación: la participación del vecino del Parque Stocker en la causa por narcotráfico había sido en realidad muy por el costado, ni siquiera certificada. De las cosas que quedaron claras: Jaime Muñoz, un comisario calvo, rechoncho y bonachón, jefe de la Bicrim de Puerto Varas, coordinaría al resto y sería el principal interlocutor de Anguita. Muchos de los presentes esperaban, realmente, que el asunto se solucionara solo, que Viviana hubiese sufrido algún tipo de descompensación y hubiese necesitado unos días a solas para solucionar cualquier tipo de vicisitud que pudiese estar sufriendo. El problema es que, hasta donde sabían los policías reunidos alrededor de esa mesa, tal vicisitud no existía: era una mujer feliz.

Estaban muy equivocados. Margarita Soto, su mejor amiga, la que había anotado el teléfono pegado al refrigerador, ya lo había marcado. Las conversaciones sirvieron para coordinar una reunión en su casa, al otro lado de la ciudad, que comenzó a la una de la mañana. Llegó la ex compañera de trabajo de Viviana Haeger, de sus días de contadora en la filial de Puerto Montt de la Coca-Cola. Ella y Margarita no se conocían, pero habían escuchado hablar una de la otra. Funcionaban, en la práctica, como las dos consciencias de la desaparecida, el ángel en un hombro, el diablo en el otro.

Mientras Margarita le insistía siempre que fuera más arrojada, que no calculara tanto sus pasos, que no era de poco dama hablar con garabatos, que tenía que decir lo que pensaba, su colega solía reforzarle su lado más tradicional, más familiar. A las dos, eso sí, las unía algo: eran las únicas personas que conocían su secreto.

Ese secreto entró caminando a la reunión clandestina: el amante de Viviana Haeger. En este punto te pido un poco de decencia: estamos recién partiendo y, contrario a lo que piensas, no estoy acá para satisfacer tu morbo, a menos que sea estrictamente necesario, y no es estrictamente necesario entrar en detalles para explicar lo que ocurrió en esa casa, mitad habitacional, mitad tienda de ropa, en la parte alta de Puerto Montt.

La pregunta inicial era común para los tres presentes: ¿alguno sabe dónde pudiese estar Viviana? Margarita esperaba que ese señor, moreno, bajo, superando los 50, no especialmente simpático, dijera: sí, está en una cabaña, hemos decidido dar un gran paso, dejar nuestros respectivos matrimonios y empezar nuestra vida de nuevo, sin amarras, sin miedos. Asumía que la llamada que su amiga le había hecho en la mañana y que ella no había alcanzado a contestar porque estaba hablando a través del computador con su pololo cubano, se trataría de eso. Cuando intentó llamarla de vuelta al teléfono fijo, ya nadie le contestó.

Pero el amante decía que tampoco tenía la más mínima idea, que hacía mucho tiempo que no se veía con Viviana, lo que no solo era falso, sino que era sospechoso y lo ponía en una situación difícil: nadie medianamente inteligente quiere mentir en medio de una investigación de ese tipo. Margarita sintió, además, que un par de ocasiones ese hombre dejó entrever la posibilidad de que Viviana hubiese intentado atentar contra ella misma. A pesar de esa insinuación, los tres, sabiendo que eventualmente iban a ser interrogados por los policías en los días siguientes, hicieron un pacto: bajo ninguna excusa contarían lo de la relación paralela, no solo porque complicaría la situación del amante, que también estaba casado con hijos, sino porque la reputación es una cosa que se toma en serio en Puerto Varas y en su estrecho círculo social. En las reuniones de apoderados del Colegio Alemán, en las noches de viernes en el casino, en los almuerzos en el Ibis, la vida extramarital

de Viviana no podía llegar a tratarse como tema de sobremesa. Eso, a ella, la mataría.

Pese a la ajetreada jornada previa, la mañana siguiente los lectores de Puerto Varas que pretendían saber más detalles del caso en el diario deben haberse sentido defraudados. Las pocas certezas y lo inverosímil de los sucesos hicieron que *El Llanquihue*, el diario de referencia de la región, le dedicara a la desaparición de Viviana Haeger apenas un breve, con un título sin sujeto: "*Acusan desaparición de mujer en Puerto Varas*". El texto a continuación, para que veas, y sientas que has estado perdiendo todo este tiempo, reduce magistralmente lo que te he estado tratando de contar todo este rato: "*Efectivos de la Bicrim de Puerto Varas realizaron diferentes diligencias ayer para buscar a una mujer que desapareció de su casa camino a Ensenada y que habría desaparecido –de acuerdo a su esposo- en extrañas circunstancias. Los antecedentes que manejaba la PDI eran que el esposo de una mujer de 43 años, madre de dos hijos, recibió un extraño llamado a su celular alrededor de las 13.30. Al no encontrarse su cónyuge, decidió interponer una denuncia en Carabineros de Puerto Varas"*.

Extrañas circunstancias: a las siete de la mañana de ese miércoles 30 de junio, un conductor que iba rumbo a su trabajo dijo haber visto a una persona muy parecida a Jaime Anguita, no exactamente igual a Jaime Anguita, pero muy parecida a Jaime Anguita, cargar un bulto de dimensiones considerables en la parte de atrás de una camioneta, en el camino a Ensenada, a pocos kilómetros del Parque Stocker, que a esa hora, además de la veintena de policías, tenía a ciento cincuenta conscriptos del Ejército recorriendo toda la cuenca del lago Llanquihue, esta vez con los equipos de los noticiarios de televisión ya instalados en el lugar, captando el movimiento de gente. Otro grupo, apoderadas del Colegio Alemán, también había juntado a cincuenta voluntarios, para cubrir una extensa porción de terreno.

En la tarde los más pesimistas ya amasaban una certeza: si Viviana Haeger se había ido por su propia voluntad, tras ver en las noticias la preocupación de sus familiares y amigos, debería haberse comunicado, al menos para decir que estaba bien, para evitar que ese papelón continuara. Pero su teléfono seguía apagado e

inubicable, transformándose en la gran obsesión de los policías los primeros días: esa tarde recorrieron la zona más pobre de Puerto Varas, que es mucho menos pobre que cualquier zona pobre de otra ciudad, consultando entre sus contactos si es que alguien había comprado o vendido algún celular robado. Otro equipo buscaba la pieza faltante del puzzle en los tarros de basura de la casa.

Anguita entraba y salía del Parque Stocker, pero las hermanas y amigas de Viviana se habían tomado su casa: intentaban ordenar, cocinar, hacer fuego, tratar de mantenerla como si ella no hubiese desaparecido. Margarita era una de ellas. Ella y Anguita no se tenían simpatía. Para él, ella se había transformado en una mala influencia y le había recomendado a su esposa explícitamente que se vieran menos. Margarita, que estaba al tanto, decidió dejar eso de lado, dada la emergencia. Se sentó con él, tratando de darle algún sentido a la situación. Le dijo que Viviana no tenía ningún enemigo, que de haber sido secuestrada tendría que haber sido producto de algún problema de él, de alguna rencilla. Pero Anguita se presentaba como alguien muy pacífico, que prefería casi siempre evitar las confrontaciones. Margarita le pidió también que tomara un rol más público en la búsqueda, que hablara por televisión, que mientras más gente supiera lo que pasaba, más posibilidades había de encontrarla.

Ya de noche Margarita perdió la paciencia. Metió a Anguita en el cuarto de servicio de la casa e intentó atrincarlo.

–Tú sabías cómo estaba la Vivi.

Anguita le respondió que hasta donde él sabía, su esposa estaba perfecto, en un buen momento de su vida.

–Tú sabes que eso no es así, Jaime. Ella no estaba feliz, algo le estaba pasando.

–¿Y por qué entonces no me dijiste antes? –le respondió Anguita.

–Eres un hombre grande, tienes cincuenta años. Deberías saber cómo tratar a una mujer.

Sobre si sabía o no sabía Jaime Anguita cómo tratar a una mujer, te

diría definitivamente que no. Más triste aún: mientras más leo sobre ella, más me convenzo de que llevaba años sin que nadie la tratara como a una. La mañana del 1 de julio, dos días después de que se la hubiese tragado la tierra, *El Llanquihue* sí llevó a Viviana Haeger en portada con un título bastante explicativo al respecto: "Mamá desapareció sin dejar rastro". En las páginas interiores, la PDI decía que presumiblemente había desaparecido una suma importante de dinero extranjero.

Por lo mismo, un llamado desde Frutillar pareció aportar una pista sólida: unos individuos "sospechosos" estaban tratando de cambiar "una gran cantidad de dólares", cosa poco probable fuera de temporada turística. Un equipo de la PDI fue a tomar declaraciones, a hacer un nuevo retrato hablado e intentar descifrar hacia dónde podrían huido los sospechosos con los dólares.

En el Parque Stocker, otros policías le pidieron a Anguita hacer un nuevo inventario de las cosas de su habitación. Esta vez aparecieron los pasaportes de toda la familia, que se asumían perdidos, el revólver calibre 48, botín muy codiciado para cualquier ladrón de experiencia media, y una caja con los 600 dólares en billetes de cien, la cifra que el otro equipo estaba buscando en Frutillar. Así se fue ese día de trabajo policiaco.

El desorden era tal que decidieron, para evitar otros olvidos, voluntarios o casuales, tomarle una segunda declaración formal a Anguita, poco después de las dos de la tarde. Ahí defendió nuevamente el llamado que le había hecho Vivian desde el trayecto entre el colegio y la casa, el que no existía, pero aún más intrigante fue que insistiera que en el llamado extorsivo inicialmente le habló una mujer y después un hombre. Los detectives llevaban dos días tratando de encontrarle sustento a la versión, pero en el cibercafé no trabajaba ninguna mujer, nadie más que el joven universitario que hizo el retrato hablado había estado a cargo ese día de conectar los llamados y el hombre que marcó el número de Anguita, el supuesto secuestrador, entró solo a la caseta de llamados. Entonces, ¿por qué insistir en las dos voces? ¿Por qué mentir en un detalle así, aparentemente sin importancia?

Pese a eso, la policía se negaba a tratarlo como un sospechoso. Un hecho fortuito había hecho apuntar a una teoría aún más fantasiosa

que todas las evaluadas anteriormente. Revisando entre los papeles personales de Viviana Haeger, apareció una boleta por el arriendo de una película en un videoclub de Puerto Varas. Suena como algo del siglo pasado, pero así era ella: había crecido en el siglo pasado. Tras ir al lugar, el asunto dejó de ser una anécdota para los policías: no solo la arrendó y se atrasó en devolverla, sino que, días después, eligió comprarla, hacerla parte de su brevísima colección personal. La película no era un estreno, ni medianamente conocida; era un *thriller* australiano estrenado en 1997, *Heaven's Burning, Huida desesperada* en español, vaya a saber uno por qué, protagonizado por Russell Crowe, antes de llegar a Estados Unidos. Leo el resumen promocional: *Midori, una chica japonesa recién casada, simula su propio secuestro durante su luna de miel en Sydney para poder desaparecer con su amante y dejar a su marido*.

La teoría del autosecuestro, que era de Viviana Haeger o una conocida suya la voz de la mujer que Anguita escuchó al otro lado de la línea, se le grabó en la cabeza a varios policías y al primer fiscal a cargo de la causa. ¿Con qué fin ella haría algo así? Como siempre, cada tesis traía amarrada una batería de contradicciones, que todos, por tener una hebra que tirar, preferían omitir. ¿Una mamá sobreprotectora, que llamaba a profesores de sus hijas los fines de semana, montaba algo así para darle una lección a un marido despreocupado? Cosas más raras se han visto. En lo que sí se pusieron de acuerdo fue en que Margarita, la mejor amiga, tenía que estar en el centro de esta trama. Esos llamados sin respuesta de una a la otra la mañana de la desaparición, en el ánimo de la película, en la moral de Russell Crowe, parecían puntos a unir. La siguieron varios días, revisaron su tráfico de llamadas y, finalmente, decidieron terminar con los rodeos: se instalaron cinco horas en el living de su casa, el mismo lugar donde ella había citado la cumbre clandestina, días atrás, la misma del pacto de silencio para proteger la reputación de su amiga.

Los policías estaban convencidos de que Margarita sabía dónde estaba su amiga. Y ella estaba segura de que sospechaban lo del amante. Estuvieron en ese baile varios días, con visitas sorpresa, con la excusa de que se les había olvidado consultar un detalle, o que querían ratificar alguno de sus dichos. Al final Margarita cedió y fue complementando, por partes, su primera declaración, donde

básicamente había dicho que no sabía nada de nada. Sin soltarlo todo, esta vez habló bastante: contó que años atrás Viviana había tenido una relación con un compañero de trabajo. Y agregó: “A ella le afectaban mucho las carencias afectivas de Jaime, a tal punto de cuestionarse como mujer. El matrimonio carecía de la afectividad normal, él no se preocupaba ni personal ni sentimentalmente. Pero descarto de plano que haya abandonado a su marido, Viviana quería mucho a sus hijas”.

La policía, por primera vez, le llevaba la ventaja a Anguita en algo. Volveremos a eso.

La noche del jueves 1 de julio apareció por primera vez en el Parque Stocker la mamá de Viviana. La señora Delia ya era una anciana, de 75 años, mujer de campo, de Río Frío, al interior de Puerto Varas, muy golpeada por la vida. Había quedado viuda estando sus hijos muy jóvenes, luego de que su marido tuviese un extrañísimo accidente en un tractor, según ella misma contaba, manejándolo curado. Viviana y su hermana gemela –¿te había contado eso? Es bastante importante– estaban recién nacidas cuando eso pasó, eran las menores. El asunto es que a la madre, al igual que a la hija menor, habían decidido ocultarle inicialmente la desaparición, pero con la noticia en todos lados no hubo más remedio que contarle. Y ella, recién llegada a Puerto Varas, fue a hablar con Anguita: quería escuchar de su boca qué pensaba. Anguita la tranquilizó, pero de la forma más inesperada. Le dijo:

–Se la llevaron dos hombres y una mujer, pero ya va a aparecer.

No es solo que jamás le hubiese mencionado algo así a los policías, cosa ya muy grave, y no es solo que insistiese con lo de la mujer, sin tener ninguna evidencia al respecto más allá de lo que se supone escuchó en el banco; es que ya, por primera vez, sumaba a un segundo hombre al relato, un tercer integrante de lo que, forzosamente, sería un grupo organizado y, me imagino, peligroso.

No me pidas que te diga en qué pensaba Anguita esa primera semana; no he desarrollado la telepatía retroactiva aún, quizás tú sí, me podrías escribir de vuelta contándome. Lo que puedo decirte es lo que hablaba: para la mañana del 2 de julio, una orden judicial aprobada por el juzgado de garantía de Puerto Varas permitía que

todas sus llamadas fueran monitoreadas y grabadas. Me gustaría decirte que fue porque lo tenían en la mira, pero si tuviera que apostar, diría que era para tener registro y velocidad de respuesta frente a una posible segunda llamada del secuestrador.

El propio Anguita amaneció seguro, en la portada de *El Llanquihue*. El reportero anunciaba en el epígrafe un "franco diálogo" con el ingeniero: "Mi esposa fue raptada", se leía en las letras azules.

En privado las teorías de Anguita aventuraban misteriosos caminos. Lo llamó un viejo amigo, ex policía:

Llamada 058

Marcelo: ¿Jaimito?

Anguita: Sí, con él.

(Voy a ir comentando acá si no te molesta)

Marcelo: Hola, Jaime, habla Marcelo.

Anguita: Hola, gringo, viejo, ¿cómo estái?

(¿No te molesta, cierto?)

Marcelo: Amigo mío, ¿cómo estás tú?

Anguita: Eh, bueno, triste, pero con esperanza, poh.

(No había recibido ningún dato esperanzador de parte de la policía hasta ese punto)

Marcelo: ¿Qué pasa, oye?, ¿hay novedades, algo nuevo?

Anguita: No, no ha habido nada nuevo, Marcelo. Se está trabajando, nosotros tratando de pensar qué pudo haber pasado, pero mientras tanto estamos recorriendo caminos, preguntándole a la gente, pidiéndole que cante cualquier sospecha, que pudiese tener relación, informen a la policía, al 134 o a Carabineros, digamos.

Marcelo: ¿Pero cuál es la idea de que la hayan raptado?

(Como verás, la clave de todo el asunto).

Anguita: O sea, lo concreto que sucedió es que ella salió de la casa, desapareció de la casa. El auto quedó ahí bloqueado. La casa, con algunos de sus bienes personales, de ella, patas pa arriba y ella a las 9.30 de la mañana se le perdió el rastro.

(Imposible saberlo con seguridad, salvo que se supiese con seguridad).

Marcelo: ¿A qué hora?

Anguita: Entre 9.30, de ahí en adelante se perdió el rastro, porque el último llamado que tiene registrado, por lo menos, es de 9.30. Entonces, ella quedó sola en casa, nosotros nos fuimos con las niñas al colegio, las dejamos, qué sé yo. Y después a la 1, a la hora que corresponde que retire a la Vivian, la hija, no llegó. 1.30, no sé, y ahí se desató, se empezó a ver esta situación. Nada más se ha sabido de ella.

Marcelo: ¿Tú vives en un condominio? Tiene que haber entrado alguien, cómo se iba a ir a pie.

Anguita: No, no.

Marcelo: La iban a llevar a pie...

Anguita: No, en vehículo, pero no se sabe con exactitud. Y vuelve al vehículo, pero tampoco es exacto, si son o no. Todos son posibles. Todo es posible.

Marcelo: Ahora, ¿ella se llevó equipaje suyo?

Anguita: Nada, nada. Ni un documento personal, nada.

Marcelo: ¿Nada?

Anguita: Nada.

Marcelo: ¿Dinero?, ¿tarjeta de crédito?

Anguita: No, solamente desapareció su caja de valores chica que

tenía, pero todas las carteras, chequeras, quedaron intactas.

Marcelo: ¿Quedó intacto?

Anguita: Sí, desparramado sobre la cama, nomás.

Marcelo: Chuta.

Anguita: Ahora, si era ella el objetivo o era otra persona, no sabemos. Si era yo o cualquiera, no... El móvil, las razones, el por qué, no están. No están claras. Entonces, por eso se ha demorado tanto.

(¡Ya había un plan para secuestrarlo a él! Pero días antes, frente a la policía, decía que no había ninguna razón para una enemistad. Dime, sinceramente, ¿estoy exagerando?)

Marcelo: Puta, compadre.

(Exacto)

No hay mucho más que decir, salvo que Jaime Anguita era un hombre extremadamente calmado. Si sentía, como contaba, que era el blanco de un secuestro, no parecía demostrarlo. Sus hijas no tenían ningún cuidado especial. Tampoco parecía el deudo promedio, no tenía arrebatos ni arranques irracionales, propios de la inquietud de quien no sabe qué vendrá más adelante. No transmitía urgencia.

Minutos más tarde lo llamaron desde un grupo de búsqueda.

Llamada 061

Amigo: Eh, nosotros estamos con Rodolfo, recorrimos todo, empezamos a toparnos con las mismas casas que habíamos pasado.

Anguita: Entonces ahí hay que empezar a devolverse rumbo a la casa nomás.

A esa misma hora una psicóloga de la PDI estaba en el Parque Stocker para tratar a las dos hijas, no tanto en plan clínico sino más bien investigativo. Susan, que seguía en la casa de su tía Mónica, fue la primera. Estaba la duda, no sé qué tan razonable, de que la niña, al ser la que más tiempo pasaba con su madre, pudiera haber visto algo fuera de lo normal los días previos, sido testigo de alguna visita sospechosa. La policía, entonces, se sentó con ella y le pasó lápices para que dibujara lo que tuviese en la cabeza. A la hora Susan le devolvió un papel, en el que claramente se distinguía una figura humana. Parecía algo. Le preguntaron, expectantes, quién era.

–Mi prima.

A favor de la psicóloga: Susan aún no tenía de idea qué pasaba. Cuando preguntaba, le decían que su mamá estaba de viaje y que no podía llamar por teléfono.

Con todo, el mayor peso se lo llevaba Vivian, quien había dejado de ir al colegio y, pese al estado de emergencia familiar, pasaba todo el tiempo que podía en la casa de su pololo, porque estaba enamorada de la forma en que solo se puede estar enamorada a los 14 años. Su ausencia del Parque Stocker la blindaba de comentarios y elucubraciones macabras, pero con los días se fue haciendo depositaria de las frustraciones de la familia Haeger. Durante esos primeros días, por ejemplo, la llamó una tía con una pregunta puntual: ¿se acordaba ella del modelo de la camioneta que había tenido su padre tiempo atrás? Resulta que había llegado un comentario informal a la familia: en una bencinera, un vendedor juraba haber visto a Viviana Haeger en la parte de atrás de un vehículo rojo. Y Anguita había tenido uno así. Entonces, ¿qué le estaba preguntando realmente su tía, sin preguntárselo?

Para el caso: era una Ford Ranger roja y nunca encontraron la supuesta camioneta de la bencinera, fue uno más de los rumores que recorrían Puerto Varas. Viviana Haeger era una especie de espectro que aparecía y desaparecía sin dejar huellas por toda la ciudad. Pero el llamado sirvió para que el ambiente de la casa del Parque Stocker se espesara otro poco. Magaly, la gemela de Viviana, pasaba mucho tiempo ahí y comenzó a chocar constantemente con Anguita, por episodios que aparentemente no tenían ninguna

importancia, pero que irían creciendo más adelante, conveniente o inconvenientemente a la vez, según desde el punto de vista de donde se mirase. Magaly, por ejemplo, insistía en darle tiraje a la chimenea para mantener la casa calefaccionada en pleno invierno, pero Anguita se negaba la mayoría de las veces. En otra ocasión, en esa primera semana, ella y su hija estaban intentando ordenar la pieza matrimonial, cerca de la puerta de la buhardilla, cuando Anguita le pidió, nervioso, que por favor se retirara, que dejara todo tal cual estaba, que él se encargaría.

Magaly, y el resto de las hermana Haeger, angustiadas por los escasos resultados esos primeros días, comenzaron a buscar respuestas en el mundo paranormal. Era gente católica y toda, en distintos niveles, con carreras y actividades financieras satisfactorias, que habían terminado el colegio, pero tenían esa debilidad, una fe irracional por las respuestas, o preguntas realmente, no convencionales.

Al cuarto día de la desaparición Ada Candia visitó la casa. Era una terapeuta de Chiloé y escribo terapeuta porque realmente no sé bien de qué otra forma definir la amplia gama de servicios que le prestaba a Viviana Haeger: con métodos poco convencionales, le había ayudado a sobrellevar unos quistes en los ovarios, dolores musculares y un desorden anímico que Viviana solía esconder detrás de su cálida sonrisa.

La terapeuta recorrió la casa, con Anguita detrás, intentando canalizar las "vibras" del lugar y de ahí buscar alguna pista de utilidad. En un momento, se arrodilló y se puso a rezar. Dijo haber visto chispazos de lo que pasó cuatro días atrás: Viviana bajó al primer piso a abrir la puerta, luego subió rápidamente las escaleras para ir a buscar algo al dormitorio y, al bajar, desapareció bruscamente, acarreada por un señor calvo y alto, que junto a otro hombre la pusieron en posición fetal, en una camioneta de color rojo.

Claro, la visión era una mezcla de informaciones que recorrían Puerto Varas hacía días, pero justo antes del final Ada le dijo algo más a las hermanas Haeger:

–Esto tiene que ver con el trabajo de Jaime.

De vuelta a Chiloé, la terapeuta se reunió con una amiga. A ella le contó lo que no se atrevió a decirles a los familiares: que Viviana Haeger, en la privacidad de sus terapias, le había confesado que temía que su marido fuera homosexual y que quizás ella confirmó esas sospechas y su desaparición se debía a eso.

¿Qué? No te enojes: todo lo que te escribo está a su vez escrito en documentos oficiales o grabado, o dicho frente a policías. Si te parece intrincado, no es mi culpa. Si me dices que pare, paro.

Para la mañana siguiente, vivir en Puerto Varas o Puerto Montt y no tener pelo significaba que te miraran raro en la calle. La pista del hombre calvo del cibercafé era lo único concreto, si se puede llamar concreto a un retrato hablado hecho con proformas, con una nariz de por aquí, una boca de por allá, unos ojos de esa otra carpeta. Si uno lo mira suficiente tiempo, con lo ojos semicerrados, se parece a un tío, a un abuelo, a un vecino. ¿Qué cosa realmente útil se podía hacer con ese dato? ¿Censar a todos los pelados de la región y hacerlos desfilar ante el universitario? ¿Cuántos serán? ¿Mil? ¿Diez mil? ¿Haría eso el FBI? Pasé mucho tiempo pensando en el hombre calvo, la certeza de que alguien caminase por ahí con las respuestas a preguntas imposibles de responder. Intento no dejarte preguntas abiertas: me senté una mañana entera en la plaza de Puerto Montt, en un día hábil, y vi pasar al menos a cincuenta hombres calvos frente a mí. Quizás debí hablarles: ¿dónde estaba usted la mañana del 29 de junio de 2010?

Lo que sí hubiese hecho el FBI es seguir esa primera semana a Anguita, por último pensando en su seguridad. Pero no había ninguna orden para hacerlo: el equipo de la PDI –apenas dos letras de diferencia– que dormía en su casa lo veía salir y entrar varias veces al día, sin siquiera preguntar a dónde iba. Por las triangulaciones de las antenas por las que se emitían sus llamados telefónicos se supone que no dejó Puerto Varas por cinco días, pero, claro, pudo haber salido de la ciudad y no hacer llamados.

Su cuñado lo llamó ese día: le dijo que, ante los escasos avances de la investigación, la familia Haeger estaba pensando querellarse contra los responsables, para poder sugerir diligencias a la fiscalía, pero Anguita no sonaba muy convencido al teléfono. Minutos después habló con un conocido, que le hizo ver el asunto desde otro

punto de vista: los maridos suelen ser los primeros sospechosos, quizás fuese razonable que se consiguiera un abogado en caso de que las cosas se pusieran feas.

Ese conocido estaba pensando con varios pasos de anticipación, pero le dio la primera alarma a Anguita de que el cerco comenzaba a cerrarse sobre él, aunque, casualidad o no, siempre aparecía alguna otra pista que desviaba la atención hacia otra parte. Revisando el Facebook de Viviana Haeger, la policía notó que un antiguo pololo de los tiempos del colegio le había escrito en su muro, en abril, pidiéndole su correo electrónico. Digamos que ese hombre pasó los peores días de su vida: un equipo de la Brigada de Homicidios fue a buscarlo a Concepción, donde vivía, convencidos de que era el principal sospechoso de la desaparición. Interrogaron a toda su familia y amigos; inicialmente no tenía una coartada eficiente para la mañana de 29 de junio. Desesperado les contó todo lo que sabía: le había alcanzado a mandar cuatro mails a Viviana. Él sabía que estaba casada, él mismo tenía pareja, pero quería que se juntaran a recordar viejos tiempos. Viviana Haeger, aunque halagada, no supo leer la intención de los mensajes: respondió un par de veces, pero en un tono muy triste, muy quejumbroso de su vida. Eso terminó por espantar al pretendiente.

De vuelta en Puerto Varas, un sobre llegó a Correos de Chile, sin remitente. En el papel que estaba adentro decía:

Señores

Policia de investigaciones

Puerto Varas

Les escribo para dar información acerca de la señora desaparecida en puerto varas

Yo trabajo en un motel de la zona y a esta señora la vehía con frecuencia, al principio cuando salió en las noticias no me preocupé, porque pensé que se había ido con otra persona, pero ahora que escucho las noticias me imagino otra cosa. Ella a veces llegaba en la mañana cerca de las doce y otras veces en la noche, pero varias veces se producían alegatos y hasta peelas, la última vez les dije que pararan su

escándalo o llamaría a carabineros, de allí no llegaron nunca mas eso fue ace dos meses o menos un viernes.

Yo la conosco de vista a la señora y al hombre que iva con ella el llegaba en una camioneta negra alta de 4 puertas y al ultimo con una camioneta plomita de 4 puertas yo vivo hace años aquí en Llanquihue y la persona se que es de apellido Andrade trabaja como dueño en la Copec de aquí no quiero poner en problemas a nadie pero si de algo se puede ayudar es lo unico que les puedo decir es que si es necesario declarar en su tiempo yo me comprometo a declarar pero no antes porque tambien puede ser que esto sea solo una idea mia y no tenga nada que ver con lo que le pasó a esta señora. En vio esta carta a traves de los correos de chile si alguien de alli lee esta carta agala llegar a los de investigaciones.

Señores de correos de chile

Entregar a la policia de investigaciones de puerto varas

Es muy urgente

Los señores de Correos de Chile hicieron su parte, se la llevaron a la policía. Ellos fueron a Llanquihue y, de nuevo, no encontraron nada allá que calzara con los párrafos de la carta. Lo más interesante estaba en el papel mismo: no pudieron detectar una sola huella digital impresa encima, cuidado que no calzaba con la confusa redacción y desastrosa ortografía de la carta. O sea, ¿alguien tuvo el tiempo de borrar todos sus rastros de ahí, pero no pudo releer ese largo párrafo antes de enviarlo? Los errores les parecían casi voluntarios, opinaba un policía, había que leer entre líneas. La carta, en su contenido, tenía tres ejes relevantes: primero, apuntar a un sospechoso fuera de Puerto Varas, o sea desviar nuevamente fuerza policial a otra ciudad. Segundo, ponía énfasis en que Viviana Haeger tenía una doble vida, que incluía encuentros sexuales clandestinos, cosa que en ese punto solo cuatro personas civiles sabían y ya sería momento que te lo diga: Anguita, una de ellas. La tercera, y la más difícil de identificar, es que ampliaba el rango en la búsqueda de la camioneta que forzosamente se utilizó si es que Viviana Haeger había sido secuestrada; de una roja a una negra, y, más aún, situaba al nuevo sospechoso como alguien con acceso a más de un auto.

El amante real de Viviana Haeger, no el de apellido Andrade, tenía una compraventa de autos en Puerto Montt, con muchos a su nombre. Solo digo.

La policía ya había confrontado a Anguita sobre el tema del amante de su mujer, obviado por él en sus primeras declaraciones, cuando dijo que eran un matrimonio completamente feliz. Su respuesta era casi insultante viniendo de alguien como él, inteligente y razonable en todos los ámbitos de su vida, menos, al parecer, en este: dijo que ese detalle no le pareció relevante en el caso de la desaparición de su mujer. Y cuando le preguntaron si sabía quién era el hombre con quien su mujer estuvo casi medio año encontrándose a escondidas, dijo que no, que cuando ella finalmente le confesó de su infidelidad, muy afligida, él eligió dar vuelta la página rápidamente y le pidió que no le dijera su nombre, para no alargar el asunto.

Anguita contó otra cosa. Muchos años antes, en el momento en que nacía su hija menor, él también había tenido una relación paralela, mientras hacía unos trabajos en Hornopirén, así que las cosas, de alguna forma, se habían empatado. Cuando Viviana se enteró, dijo, fue un bache en el matrimonio, pero ambos lo habían logrado superar civilizadamente. Los policías veían móviles volando arriba de sus cabezas, pero cuando le preguntaron si creía posible que la joven de Hornopirén estuviera detrás del secuestro dijo que por un momento se le pasó por la cabeza, pero que realmente era imposible: ambos habían seguido sus caminos hacía muchos años, no le parecía tan relevante indagar por ahí.

Esa noche de sábado 4 de julio, Anguita finalmente pudo entrevistarse con el abogado que lo representaría de ahí en adelante, Jorge Vásquez. No lo hizo con el resto de los Haeger, como había acordado, sino que a solas, en su casa. Vásquez era un penalista bastante conocido de Puerto Montt, un hombre de pelea, con mucha labia, con facilidad para relacionarse con los medios y había ganado notoriedad con uno de los casos emblemáticos de la región, otra desaparición: la del joven José Huenante, misterio nunca resuelto en tribunales, en el que había policías involucrados como sospechosos. El abogado no conocía a Anguita, solo lo había visto en la tele, pero le bastaron unos minutos para darse cuenta de que su personalidad iba a transformarse en un problema grave: lo

vio parco, frío. Solía explicarlo de manera muy chistosa: si Jaime se viste de Viejo Pascuero, lo niños corren hacia el otro lado. En esa primera reunión el abogado también conversó con Vivian, para enderezar todas las versiones, asegurarse de que su nuevo cliente tenía una coartada sólida, y la notó muy afectada. Cuando terminó se acercó a Anguita y le dijo:

–Por Dios, hombre, abraza a tu hija, lo está pasando muy mal.

Vásquez entendió rápidamente lo delicado de la situación. Le dijo a Anguita que evitara hablar cualquier cosa comprometedora por el teléfono, porque no tenía ninguna duda de que todas sus llamadas estaban siendo escuchadas. Lo más probable es que Anguita ya lo supiera: un policía, torpemente, había cometido un error el día anterior mientras interrogaba al pololo de Vivian por su tráfico de llamadas, le avisó, sin querer, que su teléfono estaba intervenido. Él, obviamente, le contó a Vivian. Los dos se lo tomaban con humor y solían hacer referencias en sus propias llamadas. En una ocasión, muy tarde en la noche, mientras se despedían, dijeron:

–Buenas noches para usted también, señor de la PDI.

Los Haeger, en la casa del frente, amanecieron trasnochados, agotados, después de seis días y cinco noches recorriendo caminos, siguiendo indicaciones de mentalistas, pistas falsas: que estaba en un container, que podía aparecer a los pies de un volcán, que la casa en que estaba retenida tenía una terraza con vista al lago. Anguita, el primer domingo tras la desaparición, fue a misa al Sagrado Corazón de Jesús de Puerto Varas, a orar por la pronta solución del tema. *El Llanquihue* le sacó una foto bastante bonita, arrodillado, con las manos entrecruzadas y con los ojos cerrados, rezando. A la salida Anguita dijo ante los micrófonos: “No veníamos siempre a misa, pero lo hacíamos regularmente. Ahora vine solo, porque me cuesta traer a mis hijas, y aproveché de hablar con el padrecito, que tiene buenos amigos allá arriba”.

Tras eso, Anguita se fue a un almuerzo dominical a la amplia casa de Patricio Monsalve, su gran amigo, compañero inseparable, para intentar despejarse un poco. Él fue uno de sus defensores más activos. En su primera declaración fue enfático. “Descarto cualquier violencia intrafamiliar. Jaime es un buen padre”, dijo, pero, cuando

se le pedía más detalles colaboraba poco. Semanas después, de hecho, el fiscal pidió intervenirle el teléfono, a raíz de sus “incongruencias y escaso aporte” a la investigación.

Esos almuerzos relajados, entre los Haeger, sacaban chispas. No entendían la displicencia, la calma, ante una situación límite. La madre de Viviana, la señora Delia, declaró ante la PDI: “En relación a la desaparición estoy segura de que algo tiene que ver Jaime Anguita. Una vez lo enfrenté y me dijo que todo estaba bien, que esto es una venganza hacia él”. La melliza, que ya estaba vetada en la casa del Parque Stocker tras una pelea a gritos con Anguita, con Vivian al frente, declaró en el mismo tono.

Anguita intentó hacer un control de daños. Habló con su cuñado, el esposo de Mónica, el que parecía su aliado más férreo al otro lado del patio, con el fin de organizar una reunión con todos los hermanos Haeger y amigas de Viviana, para que pudiesen “desahogarse” y quizás recordar algún episodio que pudiese ser de importancia, así como él había recordado, de golpe, lo de los amantes. El cuñado aprovechó la ocasión para mandarle un mensaje:

Llamada 207

Anguita: No, de todas maneras vamos a tener que hacerlo. En este momento, lo que necesitamos es unir fuerzas.

Cuñado: Puede ser la Mónica, ¿quién más?

Anguita: Mira, yo pensaba en las más cercanas. La Mónica, la Paty...

Cuñado: Pero la Paty ya se fue ya. La Emi.

Anguita: La Emi le había dicho yo, a pesar de todo. La Margarita también, pese a todo, pensé en dejarla afuera inicialmente pero...

Cuñado: A lo mejor también conviene...

Anguita: Pero, sería el primero de nosotros es Ricardo [sic]. Para que conversáramos qué es lo que hemos hecho bien, qué es lo que no se ha hecho bien. Qué cosas podemos mejorar.

Cuñado: Yo creo que lo que pasa aquí, en esta situación, nadie está libre de sospecha. Hasta yo...

Más tarde ese día, Anguita, que pese a su trabajo no entendía mucho de computación, o casi nada, llamó a un sobrino para tratar de saber si la PDI había visto todos los archivos de su computador o no; si había alguna forma de saber eso. La había.

En serio, intento ser lo más comprensivo posible, entender la complejidad del comportamiento humano, la singularidad de cada carácter, lo irrepetible de cada actuar y mantener la mente abierta, pero el hombre lo pone difícil: el lunes 5 de julio, a menos de una semana de la desaparición de su mujer, Jaime Anguita decidió que era un buen momento para comenzar a normalizar su vida, así que se levantó muy temprano, con la idea de volver a trabajar. En principio pretendía aparecerse a primera hora, pero en sucesivos llamados fue retrasando su llegada a la constructora, haciendo muy difícil establecer su itinerario ese día, identificar a qué hora salió de Puerto Varas, a qué hora llegó al trabajo y si se reunió o no con alguien en Puerto Montt antes de llegar a la oficina.

No soy yo el único malpensando, conviene aclarar. El comisario Muñoz –¿te acuerdas del detective bonachón y rechoncho que quedó como enlace de la PDI con Anguita?– lo llamó para intentar coordinar una reunión y se encontró con los nuevos bríos de su investigado, aunque, como te darás cuenta, no se atrevió a decírselo. Quizás estoy perdiendo el tiempo: esto debería ser una película o un documental, porque nada me gustaría más que pudieses oírlo. Más parece un empleado hablando con un patrón que un detective frente a un posible sospechoso.

Llamada 240

Muñoz: Me decían que quería subir... En el sentido, al trabajo.

Anguita: O sea, necesito empezar a conectarme con todas las cosas, entonces, por lo menos, dije yo, una hora que vaya.

Muñoz: Ya. Ya. Mire, sobre el caso, le informo que estamos

trabajando, hay una línea investigativa. Hay gente fuera de la ciudad, viendo unos antecedentes, por motivos que usted sabe que no se los puedo dar…

(Pero se los está dando)

Anguita: Ya.

Muñoz: Pero estamos en eso, y ojalá, por lo menos hay algunos indicios que nos pueden apuntar a algo. Así que estamos ahí. Verificando esa información. Ubicando a esa persona y estamos en esa línea. Hay otra que nos gustaría, también, verificar, por ejemplo, don Jaime, ya estamos descartando, todo.

(Está tomando valor para pedirle algo)

Anguita: Ya.

Muñoz: Porque el otro día encargamos pasaportes pa' todos lados. Después se ubicaron, no será, don Jaime, que las cajas, porque, a lo mejor, porque después de ese día que ocurrió el hecho ha entrado gente, pero no hemos buscado detalladamente en la casa. ¿Quién dice que la metió, a lo mejor, no sé, en un ropero? Porque usted tampoco ha buscado, digamos, queríamos hacerlo con autorización suya, lógicamente. Minuciosamente, no vaya a ser cosa que, a lo mejor, la dejó en una extensa, en una cosa que nosotros no la busquemos y estemos buscando una caja con dinero, ¿también? ¿Me entiende?

(Entiende)

Anguita: Correcto, yo no tengo ningún problema.

Muñoz: Ya, don Jaime. Entonces, vamos a llevar también personal femenino para que revise la pieza de su hija. No se sienta intimidada por los hombres, y todo lo demás. Y no haya ningún problema respecto a eso.

(Don Jaime)

Anguita: Le voy a decir a ella, va a quedar mi cuñado aquí en la casa, no hay ningún problema con eso. Ya, no más allá de las 10.30

pa' que yo alcance a hacer algo. Porque a las 12.30 alguien me ofreció, digamos, dentro de los amigos, me contactaron, me ofrecieron una asesoría legal, pa' que yo me haga parte, también. Y pueda tener acceso a la información, no sé, pa' prevenir cualquier cosa. De repente, esto da vuelta, patas pa' arriba, y uno tiene que estar preparado pa' todo, me dicen.

Muñoz: Ya, perfecto, no, sí. Lógicamente que sí.

¿Te imaginas a la policía en una redada en una población "doneando" a los sospechosos? En 2000, cuando Alto Hospicio era un villerío sin luz eléctrica ni agua potable, ¿sabes lo que les hacían a los papás cuando comenzaron a denunciar que sus hijas estaban desapareciendo? Los carabineros conseguían una orden judicial para excavar en los patios traseros de los mismos padres, seguros de que, en ese contexto social, no había otra opción de que ellos mismos las hubiesen matado y enterrado.

En Puerto Varas, don Jaime le cortó al policía y, casi inmediatamente, habló con su abogado, que lo retó por seguir hablando con los investigadores sin que él estuviese presente. Eso, desde ahora, tenía que parar.

Contratar a un abogado, un penalista, como imaginarás, no hizo verlo muy inocente, incluso entre los que estaban de su lado. Aún dudando si es que había tomado la decisión correcta, es decir privilegiar su seguridad penal por sobre su imagen pública, contactó a un abogado amigo, para reafirmarla, para estar seguro.

Llamada 255

Anguita: ¿Pero es un buen abogado?

Amigo: Sí... pero tienes que dejar las cosas bien claras en cuanto a lucas con él, sí, ¿ah?

Anguita: Ya.

Amigo: Eso muy claro.

Anguita: Por eso ni siquiera se me había ocurrido consultar a mí.

Amigo: No, compadre, te pega el garrotazo.

Anguita: ¿Y esto en qué términos se pacta?

Amigo: Bueno, por escrito. Principal documento que te diga, mire yo por la primera etapa tanto, que sería la etapa de investigación, esa es la primera etapa, todo lo que es investigación. Si se logra aclarar el punto, después viene la segunda etapa, que ya es la formalización, donde se formaliza a los imputados y ahí viene todo el periodo de pedir medidas cautelares, pedir diligencias, después pasa a juicio, esa sería la última etapa. Entonces, nuevamente, nosotros cobramos por etapa. ¿Tú te comprometiste con él?

Anguita: No, no.

Amigo: Ya, porque yo lo que le decía a Rodolfo y todo... Que me aclarara... Porque me decía que necesitaba un criminalista. Entonces, dije, mira en esta etapa un criminalista no es necesario, porque el criminalista es más bien cuando tienes que...

Anguita: Defenderte de algo.

Amigo: Defenderte de algo.

Anguita, consciente de cómo se veía desde afuera, intentó calmar a los Haeger con una reunión en la oficina de su abogado, con cinco de los hermanos. Tras las presentaciones, lo primero que hizo Jorge Vásquez fue subir el volumen de una pequeña radio que tenía a mano: creía que podían haber micrófonos en su oficina, en un piso alto del centro de Puerto Montt. Les advirtió que tuvieran el mismo cuidado en sus casas, en sus trabajos y después, hizo un juego con los lápices que estaban en la mesa de su escritorio, que ninguno de los presentes alcanzó a descifrar completamente: unos lápices eran los Haeger, otro lápiz era Anguita y el último, que tomó con su mano y alejó del resto, era Viviana. Quizás significaba que había que encontrar a quién era la mano que se llevó a Viviana o quizás era una metáfora sobre que realmente estaban solos en eso y nadie

más los podría ayudar o, quién sabe, a lo mejor significaba que el resto de los lápices debían permanecer juntos, mientras aparecía el lápiz perdido.

Cualquiera sea el caso, la reunión solo agrandó la brecha entre las partes: los Haeger salieron de ahí con la impresión de que les habían dicho que lo mejor era ser cautos y muy juiciosos con las cosas que ellos mismos les decían a la prensa y, sobre todo a la policía. Pero, ¿qué importaba que a ellos los grabara la policía? A lo mejor no ayudaba en nada, no salía nada concreto de ahí, pero tampoco hacía ningún daño. Si algo, les daba seguridad de que alguien estaba pendiente de ellos, mal que mal, un secuestro había ocurrido a metros de su casa hace una semana.

Esa tarde, al volver a su casa, Anguita vio cómo un equipo de la PDI tomaba muestras de fluidos orgánicos de su cama matrimonial, lo que a esa altura, más que una recolección de evidencias útiles en un juicio –el peor de los defensores, pero literalmente el peor, podría haber apuntado lo evidente: sin un sitio del suceso sellado, las muestras recogidas podrían ser de cualquiera–, parecía más una forma de ponerlo nervioso y hacerle saber que la confesión tardía del tema de los amantes no había pasado desapercibida.

No tengo cómo probarte si lo que voy a contarte a continuación tuvo relación directa con eso; si fue parte de una estrategia o una amenaza velada, pero ahora, revisando las casi cinco mil páginas del expediente, mirando desde una antigua casona de Puerto Varas que apunta directo al Parque Stocker, puedo decirte esto: fue la primera ventana que abrió Anguita a su psiquis, el primer síntoma de que quizás su cabeza no estaba funcionando totalmente bien.

Aunque de escucharlo hablar uno no podría decir que lo necesitara, Anguita había comenzado a atenderse con una sicóloga especialista en víctimas de delitos violentos. Tras una sesión, todo esto según él, disculpa, no tengo cómo meterme en su cabeza, fue al cuartel de la policía para decirles que había tenido una especie de iluminación, un click, como a él le gusta decir cuando logra engranar una idea que no había engranado antes: tenía ahora la sospecha fundada de que detrás del secuestro de su mujer podía estar su hermana Mónica y su marido. ¿Por qué, con qué objeto?, le preguntó el policía. Y ahí Anguita dijo algo impensado, que ha tomado años digerir en toda su

magnitud y que fue siempre tomando otras dimensiones según iban apareciendo nuevos antecedentes: que su nuera y cuñado le querían quitar a sus dos hijas.

–Mis tesoros, dijo.

Alto, alto, alto aquí. ¿Su cuñada y concuñado, quienes a esa altura ya tenían dos hijos, habían mandado a secuestrar a Viviana, con quien no tenían ningún problema, ni serio ni trivial, con quien habían compartido, riéndose, la tarde previa a su desaparición? Era un giro peliculesco, y un distractor muy efectivo porque la policía y la fiscalía se lo tomaron en serio: al matrimonio se le intervino el teléfono largo tiempo, se hizo un análisis minucioso de sus tráficos de llamadas las semanas previas al secuestro y se les contrainterrogó una decena de veces, para ver si algo en su coartada, que básicamente era estar en una reunión, comprobable, en Puerto Montt, presentaba alguna grieta. Eran, junto con el amante de Viviana, los segundos sospechosos en la investigación y los dos, coincidentemente, nacidos de olvidos y clicks de Anguita.

Había algo más en la sospecha de Anguita. Permitía, de paso, corregir uno de los puntos débiles de su historia, para lo que, previo a esto, no había respuesta: la voz femenina que escuchó en el banco desde el cibercafé. Si cuando contó eso la primera vez nadie realmente lo tomó en cuenta, ahora sí, se hacía el puente.

Pero era otra cosa más, una declaración de guerra. Días después Mónica Haeger, enterada de lo que había dicho Anguita, fue a hablar con él. Tenía, en su cabeza, dos opciones para enfrentar la acusación: gritarle ahí mismo, en pleno Parque Stocker, y romper relaciones para siempre, o tratar de entender qué es lo que estaba tramando su cuñado.

–Jaime, ¿por qué dijiste eso? Nunca te hemos hecho nada malo. ¿Cómo te vamos a querer quitar a tus hijas? –le preguntó, tiritando.

Anguita reculó. Le dijo que había sido un lapsus, una idea que cruzó por su mente en una sesión de sicóloga, pero que se había dado cuenta de que era un error y que ya estaba desconvenciéndose. Mientras explicaba eso, Anguita se golpeaba la cabeza con las manos, como castigándose.

Mónica Haeger, tras esa conversación, fue a pedir que le tomaran declaración en la PDI, para negar la acusación de Anguita. El comisario Muñoz le dijo:

–Pero si eso no tiene nada de nuevo.

O sea, Anguita decía haberse arrepentido en un proceso de reflexión interno, que nunca lo empujó a retractarse donde realmente importaba, en la policía.

El 6 de julio comenzó con una noticia alentadora. *El Llanquihue* llevaba en su portada una información exclusiva: el teléfono de Viviana Haeger había emitido señal desde una comuna de Santiago, lo que abría perspectivas para los que aún apoyaban la tesis de que ella había abandonado a su familia para hacer una nueva vida, porque se asumía que si una banda de secuestradores profesionales la tuviese cautiva, lo que parecía ser el caso por los pocos rastros que dejaron, jamás cometerían un error tan básico como utilizar el teléfono de su víctima, entregando así su ubicación.

Pese al enorme avance que suponía, Anguita no lo mencionó en ninguna de sus llamadas ese día. Siguió, básicamente, coordinando la búsqueda desde su teléfono: mandó a la policía a revisar una casa con fogón ubicada entre Cascada y Puerto Octay, y a su cuñado, con quien pese a todo seguía hablando, a chequear un bulto que habían visto en el río Pescado.

Una vecina lo llamó para contarle que los policías habían estado haciendo preguntas sobre él:

Vecina: Jaime, habla María.

Anguita: ¿Nuestra vecina, la que teníamos...?

Vecina: Sí, Jaimito. Jaime, ayer vino la PDI a entrevistarme y bueno, yo sé lo mismo que ustedes, así que...

Anguita: Yo digo a todos los amigos, todos, que si alguien supiera, cualquier cosa, que pueda ayudar a ubicar su paradero, saber dónde está, bienvenido sea.

(Los Haeger entendieron lo contrario en la oficina del abogado)

Vecina: Por supuesto.

Anguita: Lástima que no hayas sabido más cosas, nomás. Que pudiesen haber servido.

Vecina: Jaime, esto es un secuestro, Jaime.

Anguita: Eh, mira, algo les cuesta mucho aceptarlo, pero... No tienen nada, están investigando. Yo no tengo información de sus logros, pero Viviana no está.

Vecina: Jaime, ¿el hombre no te ha vuelto a llamar pa' pedir plata, nada?

Anguita: No, si hubiese sido así, hace rato habría una pista. Pero nunca más hubo, comunicación.

Vecina: Mmm.

Anguita: Ni un intento de comunicación, entonces... Nada.

Vecina: Eso es lo raro, si el gallo quiere plata por qué no pide plata. Debe ser un psicópata.

Si Anguita estaba realmente esperanzado en que los secuestradores se volviesen a comunicar, no se le notaba. Ese día, por ejemplo, dejó su teléfono en la casa de su amigo Patricio Monsalve, olvido difícil de explicar: lo único que, se supone, él sabía con certeza es que los que tenían a su mujer se sabían ese número. Era el único al que habían llamado.

Fue a buscar el teléfono unas horas después.

Llamada 479.

Anguita: Pero, bueno, en cuanto haya algo que requiera yo de mi amigos, no te quepa dudas que voy a recurrir a todos los amigos que tengo.

Amigo: Sí poh, si pa' eso estamos ahí. Uno, en estos casos, no sabe

cómo apoyar, o sea es tan desgraciada esta hueá que nunca nadie se ve en medio de esto.

Anguita: Es una cuestión que uno nunca le ha tocado vivir.

Amigo: No, lógico.

Anguita: Lo que menos se imagina tampoco.

Amigo: No, poh, uno de las películas nomás, poh.

Anguita: Pero a mí no me gustan esas películas, poh.

Amigo: No, poh, a nadie (Risas).

Anguita: A mí me gustan las películas donde me puedo entretener nomás.

Amigo: Oye, ¿tus lolitas cómo están?

Estaban ambas viviendo procesos distintos. En su afán por acelerar la normalización de su vida, Anguita decidió que la cosa más razonable era comenzar con su hija menor, que todavía estaba en la casa del frente, donde habían hecho todo tipo de maniobras para mantenerla aislada de la locura que se vivía en su casa, mientras no tuvieran alguna respuesta que darle. Pero Anguita cruzó para pedir hablar con Susan, que estaba en el segundo piso jugando con una prima. Le mostró la portada del diario y le dijo que su mamá estaba desaparecida y que tenía que prepararse emocionalmente para no verla más. La niña se puso a llorar desconsoladamente, torciéndose en el piso. La escena era incómoda y muy difícil de ver. Una amiga de Mónica, Rosa, que se quedaba en las tardes cuidando a los niños mientras el resto hacía las búsquedas, la vio completa desde la escalera de la casa, donde se había puesto para darle un poco de privacidad al padre con su hija, sin imaginar un diálogo como ese. Impactada, bajó bruscamente hacia la cocina. Anguita la siguió y cuando finalmente la alcanzó, le tocó el hombro para que se diese vuelta. Él intentó disculparse por lo que ella acababa de ver.

–Pero tienes que entender lo delicado de la situación, la niña tarde

o temprano se va a enterar de la verdad, tiene que saber que su mamá no va a aparecer.

–¡Pero tú no sabes eso: todavía la están buscando! –respondió Rosa, que se fue a consolar a Susan al segundo piso.

Vivian, la mayor, supo de esa conversación, pero defendió la brusquedad de su papá. Ella misma era así, práctica y seca: a sus primas les decía que prefería no hacerse ninguna ilusión respecto a cuándo podría volver su mamá, porque, según racionalizaba, mientras más esperanzas pusiera, más le iba a doler cuando no apareciese. Su deseo era que la búsqueda no se eternizara, que no superara el año, así que intentaba apoyar a Anguita en la normalización de sus vidas, pero cualquier detalle, por pequeño que fuera, le volvía a recordar lo inusual de la situación que vivía:

Llamada 525

Vivian: ¿Aló?

Vendedor: Hola, buenas tardes, ¿está la señora María Masse?

(María Viviana Haeger Masse. Mal momento para equivocarse con un nombre)

Vivian: No se encuentra, soy su hija.

Vendedor: ¿Qué día puedo buscar a la señora María?

Vivian: Ojalá supiera.

No hubo ningún seguimiento a la señal que emitió el teléfono de Viviana Haeger desde Santiago, básicamente porque era mentira: el aparato nunca se había prendido, pero algún policía entendió mal un comentario al pasar, lo que, como todo lo demás, llegó a la redacción de *El Llanquihue* y, de ahí, a la portada de diario. No hubo rectificación en las páginas, pero sí la constatación de que Anguita pasaría a la ofensiva legal: a través de su abogado presentó una querella contra los que resultaran responsables de la desaparición de su mujer. Sí, contra el que resultase responsable. No era ningún

detalle: públicamente lo sacaba de los sospechosos, eventualmente le permitiría tener acceso a la carpeta de investigación, con todo el detalle de lo que la gente le estaba diciendo a la policía sobre él, y además le permitiría sugerir algunas diligencias a la policía, ya de manera formal. La policía, en tanto, tenía diligencias propias en mente.

Llamada 421.

Anguita: ¿Aló?

Muñoz: ¿Don Jaime?

Anguita: Con quién hablo.

Muñoz: Jaime Muñoz

Anguita: Hola, don Jaime.

(Al menos era recíproco)

Muñoz: Oiga, sabe que andaba por su casa. No está usted, en el sentido, de que quiero ubicarlo. Necesitamos, si usted lo permite, sacar un perfil, eh, suyo.

(Perfil genético, muestra de ADN, si él lo permite)

Anguita: Estoy aquí con mi abogado, vamos a conversar con el fiscal y posteriormente le contacto. Ni un problema.

Muñoz: Ya. ¿Cómo a qué hora piensa usted, don Jaime?

Anguita: Lo primero, en este minuto… no sé en cuánto rato más va a llegar recién el fiscal.

Muñoz: Eh, usted me llama, entonces.

Anguita: Bueno.

Minutos más tarde.

Llamada 441

Muñoz: Don Jaime.

Anguita: Don Jaime.

Muñoz: Ya.

Anguita: Estoy desocupado de la diligencia con el fiscal. ¿Es necesario que vaya a la PDI?

Muñoz: Van pa' su casa, don Jaime. Como lo había dicho, a las 5 partieron pa' su casa. Usted si gusta, si es más cómodo en su casa, no hay problema.

Anguita: Ah, voy a conversarlo con el abogado.

Muñoz: Ya. En todo caso, es una, don Jaime, es un perfil genético, nada más que eso.

Anguita: Okey, ya.

Muñoz: ¿Aló?

Al día siguiente Vivian fue a la oficina de la PDI en Puerto Varas para complementar su declaración oficial. Habían pasado casi diez días y para los policías ella seguía siendo la pieza clave para desatar el nudo, creían que ella podría haber pasado por alto algún detalle que pudiese enrielar la investigación. El problema es que no sabían cuál detalle. Intuición policiaca, le llaman.

Vivian se sentó frente a los policías y comenzó a repetir lo que ya había dicho previamente. Estaba afectada, siempre a punto de quebrarse. Sí dijo algo que llamó la atención: habló de la existencia de un segundo teléfono celular de su papá, no declarado inicialmente y que no estaba siendo monitoreado.

A esa misma hora, mientras Vivian declaraba, el abogado Jorge Vásquez, alertado por Anguita, llegó a la comisaría, preguntando qué era lo que estaba pasando adentro de esa oficina. Luego entró y

se llevó a la niña, dejando eso en el registro. Todos los policías ahí presentes concordaron en que no habían visto nunca antes algo así, considerando que la interrogada era una hija de la víctima.

El 9 de julio Jorge Vásquez pidió formalmente tener acceso al tráfico de llamados de todas las personas involucradas, incluido su defendido –así se trataban el uno al otro, pese que a no lo acusaban de nada– y su hija. A la salida de la oficina, Anguita y Vivian dieron una improvisada conferencia de prensa en pleno centro de Puerto Montt. “Esto es tan enredado que no tiene pies ni cabeza”, dijo, mientras reajustó la lista de cosas desaparecidas: una caja de valores y una cámara de video, sin mencionar el teléfono de Viviana, ni su cámara fotográfica.

Algo en el listado ponía nerviosos a los investigadores. Había otras cosas de valor en el dormitorio matrimonial, incluidos un computador, pasaportes, efectivo y la pistola, pero esa mañana el patrón incluyó casi exclusivamente especies de registro: ¿qué información había en el teléfono, qué fotos en la cámara y qué imágenes en la videograbadora que se hicieron, esa mañana, más interesantes que el resto de las cosas?

“Nuestro matrimonio era normal, feliz”, siguió Anguita, que en privado se mostraba mucho más convencido de que el final sería mucho más rápido que lo que confesaba con las cámaras encendidas.

Llamada 742

Anguita: Falta de recursos, pa’ este trabajo de investigación, no ha habido. Yo veo la disposición completa: todos trabajando, las 24 horas, las policías, falta nomás agarrar la hebra, digo yo, porque esta cosa tiene que solucionarse y pronto. Dios quiera que luego encuentren a la Vivita con vida, nomás.

Amigo: Jaime, siempre algún error se comete y se le sigue la pista de repente. Nosotros también pensamos lo mismo, en algún momento se va a decantar esto y se va a responder.

Para el 10 de julio, día doce desde la desaparición, un equipo de policías seguía durmiendo en la casa de Anguita, esperando un llamado que ellos ya estaban bastante seguros no llegaría. Los funcionarios que hacían ese turno trataban de molestar lo menos posible, pero ya empezaban a sentir que su presencia no era bienvenida en el Parque Stocker. Esa madrugada el invierno de Puerto Varas azotaba las casas a orillas del lago y el policía asignado para el turno de 8 de la noche a 8 de la mañana llegó con pantalones de nieve para instalarse en la pieza de estar. A las cuatro de la mañana, ni la ropa especial podía calentarlo. Asumiendo que todo el mundo en la casa estaba durmiendo, decidió aumentarle el tiraje a la combustión. Segundos después, Anguita figuraba en pijama, bajando la escalera y, fuera de sí como no se había visto hasta ese momento, gritándole:

–¡Esto no es un sauna!

El policía quedó perplejo y como tenía órdenes de no causar problemas, pidió disculpas y aseguró que no se repetiría. Terminado el turno, dejó la anécdota registrada y les hizo a sus colegas la pregunta que, con las horas, fue creciendo en su cabeza:

–¿Quién está preocupado del nivel de calor a las cuatro de la mañana?

Anguita, según contaba, solía dormir de corrido: se acostaba y despertaba temprano y durante el día no ahorraba en leña. Él mismo lo decía en la llamada que te escribí arriba: falta de recursos no ha habido. Pero algo en la línea leña-combustión-chimenea-calor logró descontrolarlo otra vez. De nuevo: volveremos a esto.

El domingo la familia Haeger organizó una actividad, no diría protesta, pero una reunión de gente afuera de la oficina de la fiscalía en Puerto Varas, que es una casa de dos pisos en un sector muy bonito de la ciudad, al frente de lo que era la estación de trenes. Eran un puñado de personas con carteles pidiendo un fiscal exclusivo y alguna respuesta concreta, que, aunque a ellos les costara verlo en ese momento, era lo mismo que querían los fiscales que veían la inusual imagen adentro de la casa. Anguita también llegó y los periodistas le preguntaron por el último de los rumores que circulaba entre ellos, que existían episodios de violencia

intrafamiliar no denunciados entre él y su esposa. Anguita lo negó y usó la carta que había planeado: la querella que él mismo había presentado.

–La querella es sin limitación o alcance, incluido yo –dijo.

Pero había letra chica.

–O cualquier otro miembro de la familia.

El domingo 11 Anguita pudo relajarse un rato. Vio la final del Mundial 2010 de Sudáfrica entre España y Holanda. Le pareció justo el título español. En su opinión, "era lo que correspondía".

Para el día siguiente, lunes, había quedado agendada la nueva toma de declaración de Vivian, interrumpida por el abogado Vásquez la semana anterior. La cita era otra vez en el cuartel de la PDI de Puerto Varas, a las 15 horas. Un poco antes los tres –Vásquez, Anguita y Vivian– se reunieron para evitar contradicciones, sobre todo una: el llamado que el padre decía haber recibido de su hija, en el camino entre el colegio y la casa desordenada y sin su mamá. Frente a los policías Vivian lo volvió a explicar, pero a medias: si bien era cierto que su teléfono estaba minutos antes de eso sin batería, y por eso le pidió uno a una amiga, ese aparato solía "revivir" brevemente cuando se descargaba. Para lo que no tenía respuestas era para que esa llamada no apareciese en el tráfico de llamadas de ninguno de los dos.

Vivian había salido el viernes anterior de vacaciones de invierno y desde el lunes el Colegio Alemán estaría cerrado. Anguita tenía planes para las siguientes dos semanas: que sus dos hijas se fueran a Quillota con su abuela y así evitar que continuaran viviendo entre policías y rumores sobre su madre. Ese plan sonaba extraño por dos razones. La primera es que Anguita había usado una política de honestidad brutal con sus hijas hasta ese punto, incluido el episodio en que le informó a Susan, la menor, que su mamá no volvería más, con un diario en la mano. La segunda es que doblegaba el deseo de ellas mismas, sobre todo de Vivian, quien, razonablemente, quería estar en Puerto Varas, atenta a cualquier noticia sobre su mamá.

Anguita, que terminaba cediendo siempre a los deseos de ella, desde

permisos para fiestas hasta para alojar afuera, fue intransigente con ese viaje de vacaciones. Se haría sí o sí. Llamó a su mamá para ver los detalles. Coordinado eso, siguieron hablando.

Llamada 780.

Mamá de Anguita: Cuide siempre su fe y no pierda nunca su esperanza.

Anguita: No, eso lo mantenemos firme. Pero obviamente uno tiene sus momentos...

Mamá de Anguita: Tiene que tenerlos.

Anguita: Pero seguimos. Yo sé que hay tanta gente que se acerca, llama, manda correos. Pero yo todavía tengo el convencimiento que de repente va a aparecer.

(No es lo que le decía a su hija)

Anguita: Si esta cosa no puede ser tan complicada.

(Pero estaba “patas para arriba” 72 horas antes)

Anguita: Algún error tienen que haber cometido las personas que hicieron esto. Si no puede ser.

Mamá: De todas maneras.

Anguita: Si no cabe en la cabeza de las personas, por eso todavía no han descubierto. Pero yo tengo la fe que lo van a descubrir.

Mamá: Yo también la tengo y mucha. Y en el Espíritu Santo para que ayude a iluminar a esta gente.

Anguita: Ya poh, mamacita.

Mamá: Ya, mijito. Un besito precioso. Gracias por llamarme. Muchos, muchos besitos.

Anguita: Que esté bien, chao.

Mamá: Tú también. Chao, mi lindo.

Anguita cerró ese fin de semana, mientras mandaba a sus hijas fuera de Puerto Varas, su intento más concreto para canalizar información del caso directamente hacia él. Pasó horas diseñando, muy arcaicamente, en Word, un cartel ofreciendo una recompensa para cualquiera que diera una pista certera sobre el paradero de su mujer. Discutió largamente los detalles del contenido con el marido de Mónica Haeger, quien no entendía la terquedad de Anguita con la cifra ofertada, siempre contra resultado: cinco millones de pesos. El cuñado le insistía en que podía prestarle más plata, para que el estímulo fuese mayor, por ejemplo, en caso de que alguno del grupo de secuestradores pudiese arrepentirse y traicionar a sus compañeros de banda. Pero no había caso, la cifra nunca varió.

Anguita hizo dos carteles, uno que terminó en las calles de Puerto Varas y otro que se quedó en su computador y que fue enviado a muy pocas personas. En ese último venía una rareza mayor: el pago tenía fecha de término. O sea, los cinco millones se pagarían solo hasta cierto día, tras ese cualquier ayuda se consideraría gratuita.

Ofrecer la recompensa era otra declaración de guerra, ahora para la fiscalía y la PDI, quienes les habían advertido varias veces que generalmente medidas desesperadas como esas solo generan una ola de llamados con pistas falsas, buscando llevarse la bolsa de dinero sin tener realmente nada relevante que aportar. Y, más preocupante aún, ponía en riesgo al resto de su familia, ya que lo hacía parecer como alguien dispuesto a transar en efectivo en una situación límite.

Ese lunes, *El Llanquihue* llevó la historia de la recompensa en la portada y a Anguita especialmente intranquilo en las páginas interiores. “En la PDI están perdidos, han mal utilizado tiempo y recursos. Voy a contratar a un detective privado”, partía diciendo. Luego insistía en la amenaza velada a los Haeger: “En el caso hubo al menos participación de dos personas”. Y terminaba con su mantra: “El gran tesoro nuestro no es el dinero, sino que nuestras hijas”.

Los tesoros estuvieron un día en Santiago, antes de ir a Quillota. Las llenaron de actividades; fueron a Fantasilandia y Vivian, a la que

permitieron llevar a una amiga, exploró las opciones culturales que le ofrecía estar más cerca de Santiago: llamó a su papá para ver si podía comprar una entrada para ir a ver a los Pixies en concierto.

En Puerto Varas, la PDI volvió a insistir con la prueba de ADN.

Llamada 932

Muñoz: Una consulta: ese día, una perito, ¿le sacó un asunto de hisopo bucal, que es una cuestión de la saliva?

Anguita: Eh, no.

Muñoz: ¿No? ¿No la ubicaron después? ¿Se acuerda que usted iba a volver?

Anguita: Yo fui, pues. Yo fui a las cinco, pero me dijeron por el sicólogo y nada más.

Muñoz: Ah. Oiga, ¿podríamos hacerlo ahora? Nosotros vamos donde usted esté.

Anguita: En este momento no, porque estoy en diligencias. Tendría que ser más tarde, si quiere va a mi casa, no tengo problemas.

Muñoz: ¿Como a qué hora estará en su casa?

Anguita: Una vez que regrese, yo creo que una hora y media más.

Muñoz: Ya. Lo llamo ahí.

Anguita: Bueno.

Muñoz: Ya, don Jaime, que esté bien.

Anguita: Nos vemos, hasta luego.

Luego.

Llamada 933

Muñoz: Don Jaime.

Anguita: Don Jaime.

Muñoz. Dígame nomás.

Anguita: Ya, hoy no voy a hacer nada más, relacionado con el caso.

Muñoz: Ya.

Anguita: Así que tampoco quiero atenderlos, digamos, hoy día en mi casa.

Muñoz: Ya, perfecto. ¿Mañana?

Anguita: No, poh, mañana a las 9 de la mañana tengo reunión con el abogado, y de ahí vamos a contactarnos con fiscalía. Y después tenemos que ver qué pasos más tenemos que dar.

Muñoz: Ya, pero ¿usted me llama cuando una vez lo converse con el abogado? Nosotros lo habíamos conversado ya...

Anguita: Sí, una vez que estamos claros con él, pero mañana lo vamos a ubicar, a tratar de contactar a fiscalía y todas esas cosas.

Muñoz: Dice aquí un colega que ya conversó (con el) comisario Marco, que lo entrevistamos, que conversamos con el abogado, y no ha encontrado, de todas maneras usted lo corrobora, no encuentra un problema para hacer esto... Por eso le digo yo.

Anguita: El abogado me recomienda que descanse, que me desconecte y que mañana sabríamos qué hacer.

Muñoz: Ya, pero mañana, le pregunto yo: ¿pa' mañana no habrá problemas, don Jaime?

Mañana.

Llamada 963

Anguita: ¿Aló?

Muñoz: Don Jaime.

Anguita: Don Jaime.

Muñoz: Puta, don Jaime, don Jaime, don Jaime: ¿a qué hora usted tendrá tiempo pa' hoy día, pa' lo que le comenté ayer?

Anguita: No, mire, yo estoy ocupado. Voy a conversar con mi abogado. Y de ahí más adelante vamos a ver qué cosas más tenemos que hacer.

Muñoz: ¿Pero pa' la tarde no podría ser, don Jaime?

Anguita: Lo voy a conversar con él, previamente.

Muñoz: Ya, es que ayer me dijo lo mismo. Entonces, yo quería consultarle pa' que le consulte a él y podamos hacer la diligencia a la tarde poh.

Anguita: Voy a conversar con él y ahí conversamos.

Ahí: Anguita nunca se realizó la prueba de perfil genético. Ni ese día, ni los que vinieron. Se atrincheró en una dudosa tesis: que no veía cómo esa muestra podía ayudar a traer a su mujer de vuelta. Le explicaron que, a lo menos, serviría para descartarlo a él de cualquier muestra de ADN que pudiese aparecer en la casa, pero el asunto superaba los tecnicismos. ¿Te ha sonado muy racional seguir consejos de mentalistas? ¿Y ver a policías detrás de indicaciones de videntes? ¿O incluso salir, todos los días, a recorrer caminos, campos, cerros, a ciegas, buscando pistas impulsados por la desesperación de que a un familiar se lo haya tragado la tierra? Al lado de eso, un perfil genético parecía alta ciencia aplicada a la resolución de crímenes.

Ese día a las tres de la tarde Anguita decidió que finalmente era tiempo de estar solo en casa. Llegó al Parque Stocker en su camioneta y apenas entró se dirigió al funcionario de la PDI de turno.

–Te pido que por favor te retires. Estoy cansado y quiero estar solo.

El funcionario entendió la necesidad momentánea de privacidad. Tomó sus cosas y se fue a sentar al auto que estaba en el patio. Anguita fue de nuevo a hablarle.

–No estás entendiendo, esta también es mi casa, por favor retírate.

El policía llamó a Muñoz, su superior, y le explicó la situación. Muñoz, quizás para dejarlo en el registro, quizás buscando un milagro, le dijo a su policía que, antes de retirarse, le pidiera por última vez a Anguita que se hiciera el examen de ADN. Con las manos tiritando, Anguita le dijo que no.

No puedo reconstruir lo que Anguita hizo cuando se vio solo después de 15 días; qué habitaciones recorrió, cuáles no; qué se hizo de comer o si subió o bajó la combustión que calentaba la casa. Puedo decirte que estaba emocional y que sus amigos también.

Llamada 1006

Amigo: Porque es muy fácil decir: especulemos todo.

Anguita: A mí también me han dicho, dígame dónde la enterró.

Amigo: Claro, claro, ahora la mataste poh, hueón. Yo sé, Jaime. Yo sé, Jaime, que tú... Acuérdate: un minuto te sentaste y me dijiste: no digas nada. Tú eres una persona muy especial. Y por esas cosas muy especiales, yo te quiero montones, hueón. Te quiero mucho.

Anguita: Un abrazo.

Amigo: A lo mejor nosotros en la vida podemos fallar, podemos cuestionar la miserable plata, el dinero, cómo ser más rico o tener cosas, ¿me entiendes? Pero hay una cosa clara, Jaime: yo me acuerdo, antes de que te casaras con la Viviana, era todo, todo una historia. Yo estaba con el Pato trabajando por Calbuco, haciendo caminos con empresas y uno te veía. Nosotros te veíamos muy bien, nosotros, mira, dentro de todo…Siempre te hemos querido, siempre. Y es algo que nos llenaba en el alma, y esto que ha pasado nos quiebra todo.

Casualmente, otro antiguo amigo también lo llamó ese día.

Llamada 1010

Amigo: Sí, porque en las circunstancias es bien extraño lo que te está pasando a ti, poh.

Anguita: Sí, demasiado extraño. Por eso es por lo que no encuentran una explicación. Aparentemente nada tiene una lógica.

(Pero el día anterior era un acto coordinado por un mínimo de dos personas)

Amigo: No tiene nada de lógica eso. Porque si fuera un secuestro ya hubieras sabido de la persona ya, poh.

Anguita: Sí y en todo momento, según las apreciaciones, no es secuestro porque no tiene… No es por venganza, no hay drogas, no hay prestamistas, no hay nada nada.

(No hay móvil. Interesante punto)

Amigo: Sí.

Anguita: No tienen una explicación de qué sucedió. Porque lo más fácil era "fue por su propia voluntad", pero empieza a chocar en algunas partes. Hay un montón de hipótesis.

Amigo: No, mira, si se hubiera querido desaparecer te hubiera dicho, poh…

Anguita: Sí, eso es lo que digo yo. A mí por lo menos nada me indicaba una cosa así, ni tampoco posteriormente ni de toda la familia, los amigos que han conversado, nadie puede decir oye, si tenía ganas de irse o estaba pasando por un mal momento. Entonces es por eso que todo es tan extraño.

Amigo: Y una cuestión, o sea… es sumamente….

Anguita: Hoy día voy a empezar a meter toda la información, así como datos y todo lo que recuerdo relacionado con este hecho, y se lo voy a mandar a unos amigos para que lo difundan, digamos, y

conozcan y de repente, algo…

Estuvo dos días Anguita enderezando todas sus versiones. Llamó a gente para corregir horarios, no quería fallar. El resultado fue una extrañísima cronología del día de la desaparición publicada en Facebook que pretendía ser una guía para que la gente pudiese colaborar con algo –llamaba a compartirla, de hecho– y despejar las dudas de la gente que lo rodeaba, pero que, por el contrario, los dejó aún más intrigados: ¿qué hace el esposo de una mujer secuestrada perdiendo tiempo valioso exculpándose ante el resto y revelando públicamente detalles de la investigación reservados hasta ese punto?

El texto comenzaba así. "*Mientras más seamos buscándola, más posible es encontrarla. Roguemos a Dios porque sea su voluntad que regrese pronto a nosotros".*

Luego firmaba: *"La amo. Jaime Anguita Medel".*

Cronología.

6.30: Viviana se levanta, prepara el desayuno, despierta a las niñas, viste a Susan.

7.30: Esposo. Tomo desayuno, pongo en marcha la camioneta.

(Anguita puede pasar, en la misma oración, de referirse a él mismo en primera a tercera persona)

7.40: Salimos rumbo al colegio. Viviana queda en casa.

7.45: Dejo a las niñas en el colegio.

7.50: La llamo por teléfono, me despido. Me desea un buen día.

(Incomprobable. Y no menciona lo de la telenovela)

8.15 a 13: Esposo permanece en oficina de Puerto Montt.

13.15: Concurro a banco BBVA, converso con ejecutiva.

13.34: Esposo recibe llamada. "No corte, le van a hablar" (voz

femenina). Enseguida “si quieres volver a ver a tu mujer con vida”. Corto, considero que es intento de estafa por teléfono. Se lo comento a ejecutiva, se sorprende. No le di importancia. Terminé acciones en el banco para las 14.

14.05: Recibo llamada de mi hija, me avisa que su mamá no la ha pasado a buscar, por lo que se va caminando a casa. Me preocupo pero me dice que ya va llegando. Le pido que me comunique en cuanto llegue... a los pocos minutos.

(Según los registros, esa llamada inexistente)

14.10: Vivian me llama de la casa. Entre otras cosas me dice “mamá no está, el auto está cerrado, las llaves de la casa están adentro del auto, la puerta está abierta, cosas personales esparcidas sobre la cama”. Le pido “no te muevas de ahí, yo voy volando”.

14.12: Me comunico con mi vecino y concuñado. Le comunico lo sucedido, le pido que me ayude (no he podido recordar aún esta llamada).

((Los entre paréntesis son de él esta vez))

14.20 Dejo constancia de presunta desgracia en Carabineros.

14.25 Efectúo denuncia de secuestro ante PDI.

(No explica por qué)

14.33: Paso al colegio donde está la hija menor. Me comunican con la directora, dejo a la hija encargada.

14.40: Llego a la casa, está la policía, vecinos, concuñado, mi hija mayor. Un abrazo con mi hija y desconsuelo.

Concluye con cuatro oraciones sueltas.

He visto el trabajo intenso de la PDI, día y noche, pero a la fecha ninguna noticia del paradero de Viviana.

Trato de volver a la normalidad para ayudar a encontrar a mi esposa, mi amor y madre de mis hijas... aún no lo logro.

Dios quiera que podamos encontrarla pronto y con vida.

Mantengo mi fe en volver a verla pronto.

Había poco ahí que pudiese ayudar a encontrar a Viviana y mucho de instalar su itinerario definitivo ese día. Era un acto tan desesperado que su abogado comenzó a advertirle a sus cercanos que había una posibilidad real de que lo formalizaran por parricidio en cualquier minuto. Llamó incluso a Vivian a Quillota, supuestamente sin la venia de Anguita, para advertirle que iba a ocurrir “algo fuerte” con su papá. Puede ser que haya fallado en hacerte empatizar con ella hasta aquí, pero ponte un minuto en su lugar: estás lejos de tu casa, en una edad difícil, haciendo lo que se supone que tienes que hacer a los 14 años: definiendo tus gustos, yendo a conciertos, fumando a escondidas, y te dicen que tu papá posiblemente sea acusado de hacer desaparecer a tu mamá. ¿Qué harías?

Vivian quiso devolverse de inmediato al sur con su hermana. Intuía, pese a su edad, que con todo eso pasando tenía que estar en Puerto Varas o se arrepentiría después. Pero su papá se negó tajantemente; no volverían hasta el final de las vacaciones, según lo presupuestado.

El 16 de julio René Haeger, el más silencioso y tosco de los hermanos, dijo a los periodistas lo que el resto ya pensaba hace rato. “Si me pidieran a mí una muestra de ADN, no tendría problemas en entregarla”. Ese mismo día el abogado, leyendo esas declaraciones en el diario, le advirtió a Anguita que la familia Haeger iba a ser un problema, que estaban “poniendo muchas espinas”. Hasta ese punto los más activos eran Mónica Haeger y su marido, pero desde que entraron en la lista de posibles sospechosos perdieron algún grado de influencia entre los investigadores, quienes se compraron la narrativa de Anguita: desde el patio de enfrente envidiaban la vida perfecta que vivían él, Viviana y sus tesoros, al punto de querer destruirla.

El hermano mayor, Ricardo Haeger, siempre había sido muy cercano a Anguita. Sus caracteres parcos y poco sociables encajaban perfecto, igual que la filosofía de no meterse demasiado en la vida del resto. Ricardo, desde el día uno, fue el más activo de todos en

organizar las búsquedas de Viviana por la décima región: dejó en pausa su trabajo y montó un mecanismo de rastreo casi tan eficiente como el de la policía. Las primeras semanas su comunicación con Anguita fue fluida, pero, como con todo el resto, fue disminuyendo según aparecían las contradicciones del marido de su hermana. Era la personalidad más fuerte del clan, la espina más filosa, pero Anguita, llegado el momento, también supo anularla. En una de las discusiones entre ambos le recordó un antiguo episodio oculto: había estado detenido en los ochenta por un problema financiero del que ni siquiera sus hijos estaban enterados. La amenaza, entonces, era doble: revivir un tema enterrado e incluirlo, con un papel secundario, en la lista de personas a investigar: era el único del núcleo familiar con antecedentes penales.

Tras la discusión, Ricardo Haeger se limitó a seguir buscando. No volvió a contrariar a Anguita.

Entonces, el círculo de confianza de Anguita se fue depurando. Su hermano Jorge era uno de ellos.

Llamada 1120

Jorge: Ya. ¿Has tenido alguna...?

Anguita: Además de las noticias, no, nada.

Jorge: ¿Y con el abogado, tampoco lográi...?

Anguita: Mira, el lunes nos dijeron que nos iban a mostrar la carpeta. Pero él piensa que en la carpeta no va a haber nada. Bueno, hay que esperar el día lunes para ir a ver esa carpeta.

Jorge: Ah, ya. Yo hablé ayer con mi mamá y me dijo que estaban las niñitas allá, poh.

Anguita: Sí, están allá de vacaciones.

Jorge: Claro.

Anguita: Estoy ahí, dándole vuelta a qué voy a hacer después, si nunca fui tentado de dejarlas por allá.

(Parece preparándose para cuando esté preso)

Jorge: ¿De dejarlas acá en el norte?

Anguita: Sí, porque no sé qué más va a pasar o que más pudo... no sé.

(No parece: está preparándose para su detención)

Jorge: Pero...

Anguita: Estoy dándole vuelta, estoy pensando.

Jorge: Pero, o sea, yo creo que te conviene, no sé, ah, buscar una persona que te tenga... que te tome las riendas... una nana puertas adentro.

Anguita: Eso es un gran problema. Lo que te digo yo, yo no sé qué pasó, qué más podía pasar, o iba a pasar o puede pasar. Ese es el temor.

(Dice tener miedo de que sus hijas sigan viviendo en Puerto Varas, pero las tuvo dos semanas allá. Vivian se movía con bastante libertad en la ciudad, pasaba tiempo sola en la casa)

Jorge: Sí, pero...

Anguita: Lo que pasó, digamos, todavía no tiene ninguna explicación. Está claro que algo más iba a pasar. Porque si yo hubiera continuado esa llamada por teléfono algo iba a pasar.

(Bueno, sigamos la lógica. El secuestrador le dice “si quieres volver a ver con vida a tu mujer…” y Anguita, como haría la mayoría de la gente, no corta, lo deja terminar su frase. “Si quieres volver a ver con vida a tu mujer”… no es una pregunta, aunque bien podría haberlo sido, en este caso. Es un condicional: si te interesa esto, haz tal cosa; si no te interesa, no hagas nada. O corta la llamada. Pero de todas formas, con ese armado gramatical, la posibilidad de una amenaza es nula. Con la información que él mismo dio, porque creemos que le dijeron eso solo porque él lo contó, no había cómo inferir que él mismo estaría en peligro. Salvo que lo supiese)

Jorge: Claro.

Anguita: ¿Cuál es el objeto de todo eso? No sabemos, pero empieza a imaginarte cosas...

Jorge: Ah. Ya.

Anguita: Estoy pensando que tengo que decidirlo, no tan tarde, yo creo que de aquí al miércoles.

(Lo detendrían en cosa de días: sabía que algún hilo relevante estaba tirando la policía)

Jorge: Ah, sí, pero ¿por qué? ¿todavía estái con policías en la casa?

Anguita: No, no, hace un par de días atrás salieron de la casa. Cuando se fueron las niñas, ya te digo que salieron.

(Los echó, pese a que segundos antes decía temer por tener a sus hijas en Puerto Varas)

Jorge: Ah, ya. O sea, ellos creen que, efectivamente, pudo haber alguna...

Anguita: No, ellos no. Yo, en este momento.

Jorge: ¿Sí?

Anguita: Ellos me ofrecieron, la policía, fundamentalmente, y lo acepté y lo entendí, por un tema de seguridad.

Jorge: Claro.

Anguita: Y así lo tuve. Pero ya en este momento ya tengo que ver qué voy a hacer.

Jorge: Pero, ¿por qué estái con ese presentimiento?

Anguita: Porque dentro de las primeras preguntas, me recuerdo, me dijeron hoy día, ¿usted no piensa que cuando contestó esa llamada, a lo mejor, era para que usted concurriera y pasara lo que tenía que pasar? Y, después de eso, desaparece Viviana y desaparezco yo,

¿qué pasa con mis hijas? Y entonces empiezo a pasarme películas.

(Teme por su vida, pero no quiere policías)

Jorge: Pero... O sea, está bien que te pase, pero yo creo que las cosas no pueden ser tanto, poh, Jaime.

Anguita: Pero es que pasó, poh. ¿Y por qué pasó?

Jorge: O sea, por qué pasó, no sé. Mira, si la cuestión, o sea, pueden haber tantas explicaciones.

Anguita: Sí, poh.

Jorge: O sea, no hay ninguna que tú puedas decir pasó por esto, pasó esto, pasó esto otro, o pasó por esto o por esto. Pueden ser muchas las cuestiones.

Anguita: Sí, pero ¿qué es lo que pretendía? ¿Dinero? Parece que no.

Jorge: O quizás no, o quizás sí. Lo hubiese asustado y como hubo todo el tremendo movimiento lo dejaron ahí, o... Eso nadie lo sabe. Entonces, yo no creo... O sea, yo creo que esto fue puntual. Yo no creo que anden persiguiéndote o a las niñitas. No creo.

Anguita: Mira, está claro que esas noticias que han dicho que esto no es un secuestro. No es un secuestro. No hay dinero, no hay violencia, no hay droga, no hay venganza.

(¿No?)

Anguita: Entonces, la explicación de qué es lo que es... Entonces, claro, a mí la pregunta que se me vino: oye, desaparece Viviana, desaparezco yo, ¿cuál es nuestro tesoro mayor en nuestra familia? Las hijas. ¿Qué pasa con ellas? Y entonces empiezo a trabajar en eso y no me lo puedo sacar...

Jorge: Es que ahí sería una cuestión, o sea ya, es algo que... Tú lo podrías saber en el sentido, puta, hay alguien que nos quiere destruir.

(¿Pero quién? Te pregunto, solo para comprobar tu nivel de

atención, para ver si soltaste el teléfono como te pedí: la víctima, con lo que has leído hasta ahora, ¿con qué persona tenía algún tipo de conflicto?)

Anguita: De todas maneras nos están destruyendo y a ellas también.

Jorge: Claro, conforme, poh, pero eso no sabes por qué es. Porque incluso la misma Viviana puede haber tenido un bajón de algo... O sea, las posibilidades todas están.

Anguita: Todas. Y ellos analizan todas las posibilidades.

Jorge: Claro. Entonces, pero de ahí a que te quieran hacer daño a ti, eso yo creo que es algo, creo que eso va más allá de, creo yo, de la realidad. Creo.

Anguita: Lo que pasó va más allá de toda la imaginación.

(No de toda, porque estaba pasando)

Jorge: Bueno sí, conforme, claro, pero ahí no hay una explicación, porque es absolutamente aislada. Pero de ahí a que, además, te vayan a hacer algo a ti, ahí uno tiene que decir "puta, aquí esto lo pudo hacer esta o esta persona". Porque aquí no hay una cuestión que uno diga "este empezó a matar a la familia porque se le cruzaron por la mente". No. No puede ser así, poh. Pa' que te hagan eso, puta, tiene que ser un gallo que te tiene entre ceja y ceja. Y ahí tú tendrías, podrías saber "puta con este gallo tuve un tremendo problema y aquí podría ser una alternativa". Pero si no es así, no puede ser.

Anguita: Eso pa' mí, no me calza. Porque si me hubiesen querido hacer algo a mí, me lo hacen a mí. Y con mucha facilidad. Pero esto no es así.

Jorge: Por eso, poh. Entonces, que a ti te vaya a pasar algo lo veo súper complicado. Lo veo súper poco probable.

Anguita: Lo que está claro es que esa comunicación no se terminó. Y no se supo lo que venía a continuación.

Jorge: Conforme.

Anguita: Aparentemente, dinero no era porque dinero no han pedido. ¿Qué otra cosa podría haber sido? Y ahí tienes que empezar a plantear: ¿qué otra cosa más pudo haber sido? Y lo único que me calza a mí, me cabe en la cabeza, es una cosa de ese tipo. Pero espero yo que con todo lo que han investigado logren algo. Pero mientras tanto me mediría en esa onda.

Jorge: Sí, yo creo que... Mira, yo estuve aquí, hablé con la Vivian un ratito pa' saludarla y claro, está que rompe las huinchas pa' devolverse.

Anguita: Sí, ella lo único que quiere es volver.

Jorge: Claro, porque me preguntó cuándo iba a ir yo pa' allá.

Anguita: Lo único que quiere ella es volverse. Yo le dije que no, que se aguante. Todavía no le he dicho que está la posibilidad de que no vuelva.

Jorge: Eh, sí, pero, chuta, yo no sé.

Anguita: O sea, analízalo. Casualmente pasó una señora que conozco acá, conversando de repente, y eso yo lo había estado pensando ayer, anoche. Y pasa esta señora y me dice "mire, yo, en su caso, haría tal y tal cosa". Entonces, le dije yo no estoy tan loco porque estoy pensando lo mismo que usted. Imagínate.

Jorge: Pero, ¿por qué crees, o qué crees tú que es el móvil de esa llamada?

Anguita: A mí se me metió que el asunto ante todo era la familia. Nuestras hijas, en este caso era mi señora, pero en este caso lo único que queda siempre son las hijas. Ese es mi tesoro. Nunca fue el dinero.

Jorge: Sí, poh, pero ¿por qué crees tú que fue el motivo de la desaparición o del llamado?

Anguita: Ahí, con ese pensamiento que tengo yo, ese llamado era en último decirme "oiga, venga a tal parte" y ahí desparece igual que desaparece su señora.

Jorge: Claro, pero ahí...

Anguita: Todo es posible.

Jorge: Claro, pero es porque alguna cuestión muy grande tienes que haber hecho en alguna oportunidad, poh. Como pa' que alguien esté... "Oye, sabí qué más, a estos gallos los vamos a fregar a los dos".

Anguita: Yo te digo, ella no tenía enemigos y yo creo también que no tenía enemigos.

Jorge: Por eso, poh.

Anguita: Por eso es que todavía no se ha resuelto el tema. Todavía no se ha podido encontrar el origen del problema. Qué fue lo que pasó, por qué pasó. Y lo del temor lo tengo. Y la preocupación la tengo y no me la puedo sacar.

En otros temas, aparentemente sin ninguna importancia: el lunes Anguita amaneció en la portada de *El Llanquihue*: "Este es un solitario aniversario de matrimonio".

El martes 20 dos amigos invitaron a comer a Anguita a un restorán caro. Lo convencen diciéndole que después de momentos tan duros hay que salir a disfrutar. Pero él seguía con dificultades para relajarse. Llamó a un periodista de *El Llanquihue*, muy preocupado por dos frases que había leído en la edición del fin de semana.

Llamada 1160

Anguita: Hola, Marcelo, habla Jaime Anguita.

Periodista: Don Jaime, dígame.

Anguita: Oye, mira, estaba leyendo tu artículo, me parece que está bien lo que tú planteas ahí.

Periodista: Ajá.

Anguita: Pero hay una cosa que me parece a mí poco seria, en el sentido que yo a la policía en todo momento le hablé de la llamada femenina y masculina.

Periodista: Ya.

Anguita: Ellos cuando me dijeron que habían investigado al pelado este que mencionas tú, mi pregunta fue: "¿Pero ustedes averiguaron si en ese local trabajaba una mujer?". Entonces, ellos me dijeron, "no, usted no nos habló de la mujer". "Sí, señor, desde el comienzo les he hablado de una mujer y un hombre". Si la mujer no trabaja ahí, ¿qué significa? Que probablemente eran las dos personas quienes estaban en la caseta. Es mucho más fácil pa'l dependiente recordar a dos personas que recordar una sola, ni siquiera eso fueron capaces de investigarlo bien. Entonces, si tú lo planteas ahí como una contradicción que estoy haciendo yo, es grave lo que planteas tú en ese sentido porque haces ver que empieza en contradicciones y eso nunca ha sido así. Es un detalle, pero puede ser...

Periodista: En todo caso, ¿eso no lo investigó la policía?

Anguita: Eh, nunca lo supe yo si investigó o no. Pero sí, después, supe yo que ahí no trabajaban mujeres. Por lo tanto, dije yo, la cosa es obvia, habría que preguntar por dos personas que entraron a la misma cabina. ¿Habría sido más fácil pa'l dependiente acordarse de ese pequeño detalle?

Periodista: Mmm.

Anguita: Obvio, ¿no cierto? Esa es una cosa. Y lo otro que, el otro tema que dice, que es lo último, como contradicción es esa. Ah, y el otro famoso tema del ADN, también yo le di mis explicaciones, se las informé a la prensa. No es una contradicción esa. Yo le dije expresamente, le pregunté a la policía: ¿de qué manera sirve que me hagan esta prueba para encontrar a mi mujer? Dígame usted de qué forma sirve y yo lo hago. Pero no para descartar... Oiga, cuando haya... necesiten ese dato, ningún problema, vienen y me lo hacen. Pero en este minuto es un dato innecesario, pero además podría ser comprometedor para algunas cosas.

(¿Para cuáles?)

Periodista: Mmm.

Anguita: ¿Ya? Entonces, no son contradicciones, eso te pediría si es posible, en algún momento, lo investigues si quieres y lo aclares. Porque ese detalle no me gustó.

Periodista: No importa, lo arreglamos.

Anguita: Oka. Si es que te parece importante.

Periodista: Me parece muy importante.

Lo era. A esa altura, casi cualquier cosa era importante. Jorge Vásquez, el abogado de Anguita, intentó convencerlo de que con ese nivel de sospechas, lo mejor era pedir que la fiscalía lo formalizara, o sea, que le dijeran oficialmente de qué cosa lo estaban acusando y así poder planear una defensa coherente.

A Anguita, en cambio, le parecía que eso era entregarse como vaca sureña rumbo al matadero, facilitarles las cosas a los que querían verlo preso, que en su cabeza ya era casi todo el mundo que rodeaba. Consultó con un hermano y juntos decidieron que no era conveniente, que a ojos de la opinión pública sería una movida muy difícil de explicar.

El abogado se molestó, no solo porque era evidente que su voz no iba a ser la más escuchada en materias jurídicas, sino porque para él era claro que la opinión pública podía ser ya una batalla perdida. Cualquier detalle podía sonar sospechoso y muchos lo eran. Esa tarde, por ejemplo, en Puerto Montt, Anguita denunció que le habían roto el ventanal de su auto para robarle un computador. La policía, al menos en eso, tuvo el cuidado de no filtrar la información a ningún medio, porque, sé honesto: cuando lees esto, que alguien en pleno 2010 deja su computador adentro del auto mientras se baja a hacer trámites, en medio de una intrincada investigación por secuestro, donde es un posible sospechoso, y al volver dice que no está, que se lo llevaron, ¿qué pensarías? ¿Qué

escribirías en los comentarios abajo del artículo de tu portal de noticias? ¿A qué humorista citarías? ¿Qué le dirías a tus amigos en la salida a comer, para no quedar de ingenuo?

Anguita, en un giro difícil de explicar, aunque no tanto si se liga con lo anterior, le pidió a la PDI si podía volver a instalar funcionarios en su casa de manera permanente. La policía, que venía escuchándolo por teléfono hacía días transmitiendo con la preocupación sobre su seguridad, debe haber calculado los riesgos de que le pasara algo a él o a sus hijas si estaban solos en el Parque Stocker, que volvieran los secuestradores, si es que había, a por ellos: cero posibilidad.

Llamada 1375

Anguita: ¿Don Jaime?

Muñoz: Sí.

Anguita: Hola, buenas tardes. Habla Jaime Anguita.

Muñoz: Hola, don Jaime.

Anguita: ¿A qué hora lo puedo contactar yo un ratito?

Muñoz: Chuta, yo estoy en Puerto Montt, don Jaime.

Anguita: ¿Está en Puerto Montt usted?

Muñoz: Sí.

Anguita: Ah, yo acabo de salir de aquí de la PDI, de Puerto Montt.

Muñoz: Ah, mire.

Anguita: Mire, son un par de cosas. Uno, bueno, el tema de cuándo puedo recuperar toda la documentación de tarjetas, chequeras de mi señora, porque tengo que ver cuáles están al día, cuáles no. Y sanear ese tema. Esa es una cosa. Después el *netbook* de mi hija, que no sé cuándo se lo podrán devolver, ese.

Muñoz: Ya está periciado ese, yo creo que viene en camino, lo

mandamos a Santiago, pero va a llegar en cualquier minuto, don Jaime.

Anguita: Y la tercera cosa era que, como yo no sé qué cosa ha pasado, estuve conversando con el fiscal, me dijo que lamentablemente no tenía nada concreto, no había nada de avance en ese sentido. Entonces, le dije yo, bueno, yo no sé qué pasó, qué pasará o pueda pasar. En este momento volvieron mis hijas a casa y yo le dije, bueno, me gustaría recuperar la persona, el apoyo policial, por el tema seguridad. Si yo tengo que salir un día, qué sé yo, por lo menos, saber que están protegidas.

Muñoz: Ya. Yo creo que ahí no va a poder ser posible, don Jaime, porque la gente estuvimos en un principio esperando la llamada, y lógicamente están dedicadas a la tareas de búsqueda.

Sobre ese giro, la policía, con el tiempo, esbozó dos posibles teorías: o Anguita entendió tardíamente lo mal que se vio que echara a los PDI de su casa, cuando los reclamos, en este tipo de situaciones, son por lo contrario, por poca presencia policial; o la urgencia que tenía por quedarse solo en su casa para solucionar cierto asunto se había desvanecido y el asunto solucionado, porque los días entre que pidió que la escolta se retirara y que volvieran calzaban casi exactos con el viaje de sus hijas.

El 20 de julio Anguita tuvo por primera vez la carpeta de investigaciones a mano, a través de su abogado. Les pasaron, eso sí, una versión parcializada, con diligencias iniciales, nada revelador, así que se tuvo que enterar del estado de las cosas por otro lado. Un amigo de Santiago, con contactos en Carabineros, le reafirmó lo delicado de su situación.

Llamada 1385.

Amigo: En todo caso, la otra vez me comentaba que estaba siguiendo la cuestión, ah... Y las derivan a información, y el otro día me decían que una de las razones por las cuales no te han dado acceso a los antecedentes es porque hay un testigo que declaró que había violencia intrafamiliar en la pareja.

Anguita: Ah, bueno, pero es que eso es lo que digo yo, o sea, si yo tuviese acceso a eso, puedo decir qué es lo que es verdad y qué es lo que es mentira. Pero es posible que alguien lo haya dicho, pero eso no es verdad, no, no más, poh.

Amigo: Claro, pero alguien lo declaró como testigo y eso está puesto ahí. Esos antecedentes...

Anguita: Claro.

Amigo: Te siguen hueveando a ti.

Las dos hijas de Anguita volvieron esa semana a Puerto Varas. Vivian reapareció en el colegio pintando unos lienzos para una fiesta escolar y todos se alegraron de verla más repuesta y animada. Pese a las continuas preocupaciones de Anguita por su seguridad, ella pasó gran parte del tiempo con su pololo, a quien había echado mucho de menos.

El ambiente con que se topó Vivian a su regreso era muy distinto al de antes de irse de vacaciones de invierno; lo que antes de la desaparición de su madre veía como un gran clan familiar estaba ahora partido por la mitad. Y tenía que elegir un bando, elegir si era una Anguita o una Haeger. Primas con las que era muy amiga la llamaban para preguntarle, a nombre de sus propias madres, información sobre su papá, sobre todo en relación al llamado misterioso del día de la desaparición. Incómoda, Vivian reconoció que podía haber partes imprecisas en el relato de su padre. Pero poco más.

El resto de la semana avanzó sin grandes novedades en el Parque Stocker, siempre nublado, llovido y muy helado. Anguita fue a ver al fiscal regional, a la cita con el psicólogo e incluso se hizo un tiempo para visitar al párroco de la ciudad, para asegurarse de que ninguna infidencia en secreto de confesión pudiese cambiar drásticamente su panorama.

El sábado 24 de julio llegó su mamá a Puerto Varas, para ayudarlo a llevar la casa, a ordenar a las niñas, aunque Anguita ya tenía lista

una solución en el momento de su arribo: por intermedio de su amigo Patricio Monsalve, contrató a una empleada, de total confianza, que pudiese hacer todas las labores que solía hacer Viviana. Era la normalidad que ansiaba retomar: desayuno, auto, colegio, trabajo, aseo, onces, comida y rezos en la noche.

No sé ya qué tono adoptar para contarte lo que pasó el jueves 29 de julio. Si prefieres las tesis criminalísticas, te podría llenar hojas de arriba abajo sobre esa extraña pulsión que tienen, estadísticamente, los culpables por recaminar sus pasos, ver lo que hicieron desde afuera, como si fueran un espectador de su propia película. O puedo entretenerte con un ángulo tragicómico, contarte cómo alguien es capaz de tatuarse en la frente la palabra "sospechoso" y moverse suelto de cuerpo, haciendo como que nadie le ve las letras en la cara, aún hinchadas por las infiltraciones de tintura en la piel. Pero lo más apropiado, creo, es lo más simple: la mente de Anguita es una cosa sorprendente.

Ese día se subió a su auto, tomó la Panamericana y fue a la tenencia de carreteras, el primer lugar en donde reportó la desaparición de su mujer. Estaba el mismo cabo que le tomó la denuncia. Anguita muy serio le preguntó si se acordaba de lo que le había dicho esa vez. El carabinero lo miró extrañado. Anguita insistió:

–Yo ese día le dije que me dijeron por teléfono: "si quieres volver a ver a tu señora", y que yo les corté.

El policía seguía sin entender bien la razón de esta segunda visita, hasta que se dio cuenta del detalle que atormentaba a Anguita: el cabo, en su declaración oficial, dejó establecido que Anguita dijo que el secuestrador le había cortado el teléfono y no al revés. Y, exigía, ahí mismo, en plena comisaría, que se retractara, pero el policía se negó. Anguita levantó la voz. El cabo también y apenas se quedó solo avisó a las personas que investigaban el caso en Puerto Varas. Sonaba muy mal: un sospechoso había venido a que cambiara información de un parte policial.

El mapa de calores de Anguita mostraba una enorme zona roja en el área del llamado del secuestrador. Su gran fortaleza al respecto era también su mayor debilidad: solo él podía reproducir lo que le habían dicho, pero, claro, tampoco podía probarlo. El llamado

existió, había registro, pero no grabaciones. Y la ejecutiva del banco, única testigo, escuchó claro un “llámame” desde el otro lado del teléfono, lo que más bien apoyaba la versión del carabinero: lo lógico es que el que diga “llámame” corte, no al revés.

Su abogado, cuando supo de la parada de Anguita en la tenencia de carreteras, no podía creerlo. Tuvo que hablar con él personalmente para entender tamaña, y no son mis palabras, estupidez.

–Andaba midiendo los tiempos entre Puerto Montt y Puerto Varas –le explicó Anguita, como si eso fuera algo más razonable.

No sé si te has dado cuenta, pero llevamos ya 30 días en la vida de esta gente. Treinta días en 78 páginas. ¿Daría la tuya para tanto? Yo te podría resumir un mes mío en dos párrafos y sobraría espacio. Si te ayuda a procesar los datos, a descansar de la cronología de los llamados, de las contradicciones, de los horarios, hagamos este alto: llevo ya una semana en Puerto Varas; arrendé, sin fecha de regreso, una pieza en una casona antigua que a principios del siglo pasado era una fábrica de papas. El juicio del caso Haeger empieza mañana y todos los involucrados, a los que ya conocí personalmente, en cafés, en restoranes y en oficinas, me recomiendan que no haga planes por al menos 60 días. O sea, casi todo el invierno enviándote estos informes. Tengo ya un lugar asegurado en la Segunda Sala del tribunal de Puerto Montt, pero me advierten que llegue temprano: han viajado programas de televisión de Santiago, la mayoría matinales de entretención, que llevan ya siete años dándose vueltas en lo mismo: Anguita parece no sé qué cosa, Viviana tenía no sé cuál secreto.

La dueña de la casona es una señora norteamericana de más de cincuenta años, viuda, con el pelo ensortijado, que divide su tiempo entre California y Puerto Varas. Sospecho que es millonaria. Cuando le conté a lo que venía, arrugó la nariz y me dijo en un español aún de extranjera:

–Anguita, muy malo hombre.

Y me pasó unas llaves e instrucciones para prender una chimenea en las noches, al mismo tiempo que me mostraba una gran mancha en la madera rostizada en el piso, justo frente al lugar donde se

acumula la madera: un turista, meses atrás, se quedó dormido y casi incendió la casa. Así es que, bueno, no la he prendido desde que llegué, ni tengo planes de hacerlo de acá para adelante, en lo que me dicen será el invierno más duro en diez años.

Por estar fuera de temporada, no hay más inquilinos en la casa salvo un señor que lleva años viviendo acá y hace de coadministrador. Cada vez que me ve pasar, siento que viene la pregunta, esa pregunta, y arranco con monosílabos hacia el dormitorio. Acá, te cuento, oscurece muy temprano y aclara muy tarde. Yo despierto siempre antes de eso: justo afuera de mi ventana, en un árbol, está el nido de unos enormes pájaros negros que a las cuatro de la mañana comienzan a trinar, pero no con el cantar armonioso y relajante que se escucha en los comerciales de las marcas de leche de sur de Chile: es un sonido desesperante, gutural, ahogado. Sé que se parece a algo, pero aún no sé bien a qué.

Me pasé unos párrafos. Si te los saltaste, perfecto: lo retomamos justo donde lo dejamos. Para el viernes 30 de julio la empleada nueva estaba operativa y en un lugar nada fácil para empezar a trabajar, con detectives entrando y saliendo. Ella notaba que a veces se encerraban en el dormitorio matrimonial, de donde había desaparecido la dueña de casa, y cuando salían, y ella volvía a entrar, había una especie de tiza blanca en el suelo. Y ella, bueno, ella hacía el aseo. Tenía, además, a la mamá de Anguita encima, que dormía por esos días en esa misma pieza.

El 31 de julio el mapa de calores de Anguita se activó otra vez: fue al local de Correos indignado al enterarse de que su esposa tenía una casilla creada hacía cuatro meses, de la que él no tenía idea y a la que solo ella y su hermana Mónica tenían acceso. Me imagino la caminata de Anguita hacia la oficina, cruzando la puerta de vidrio y recibiendo el lote de cartas de los funcionarios, sin saber realmente qué podía encontrarse ahí.

Se podría decir que Anguita estaba como loro en el alambre, aunque, escuchando hoy sus intervenciones telefónicas, imagino más a esos pajarracos negros, cantando desesperados. Llamó en esos días a una sobrina que estudiaba Derecho en Viña del Mar, para ver si había alguna forma de traspasarle la custodia de sus hijas a un

tercero. Sí, con su mujer aún pudiendo estar viva.

Llamada 1993

Sobrina: Tío, mi papá me comentó tu duda.

Anguita: Respecto del tema de ese de...

Sobrina: De la declaración que quieres hacer... Ya.

Anguita: Ya.

Sobrina: Mira, no aparece en forma expresa, en ninguna parte de la ley. Es como un caso rebuscado. Eso no aparece expresamente.

Anguita: Ya.

Sobrina: Sin embargo, le he preguntado a personas que se dedican a este tema. Tengo opiniones: gente que me dice que sí, gente que me dice que no. Lo que sí me han dicho dos jueces es que si bien no hay norma expresa de todas maneras se consideraría en un eventual caso. Si tú dejas tu voluntad manifiesta. En ese caso, tú tendrías que hacer una declaración mediante una escritura pública.

Anguita: ¿Escritura pública?

Sobrina: Claro, ir a una notaría, hacer una declaración. En Puerto Varas, tanto... Si querís yo te puedo ayudar en el texto, en el cual tú en el fondo manifiestas que dejas tu voluntad, que en caso de cualquier eventualidad el cuidado personal y la potestad de las niñas te gustaría que quedara a nombre de tal y tal persona. Y lo importante es que tú te guardes una copia y que los datos de esa escritura los conozcan mi papá, tus hermanos, yo. En caso de que nosotros necesitáramos encontrarla, uno va directo a la notaría y la recuperas con los datos.

Anguita: Correcto.

El 1 de agosto era domingo y el cuerpo de reportajes de *El Llanquihue* se engalanó para desplegar una extensa nota “humana”

sobre Jaime Anguita, titulada “El triste calvario por Viviana”. Luego de pasar un día entero en los archivos del diario, todo en papel, no digital, te seleccioné los mejores pasajes. De nada.

“Cuando yo tenía 6 años mi padre tenía varios predios agrícolas en Cañete, pero él los vendió pensando en la educación de sus nueve hijos. Recuerdo que yo le dije: A mí me gusta el campo, pero él me respondió: ‘Suba al auto o se queda ’. Entonces partimos a la zona de Quillota”.

“Llevo 25 años trabajando en esta profesión, considero que hemos tenido una vida sana y normal. Nos hemos dado algunas satisfacciones, como vacaciones con toda la familia”.

“Contraté una nana y ya me dijeron: ‘Estás reemplazando a tu mujer por una empleada’. Alguien debe preocuparse de la familia, mis hijas y de la casa”.

“La menor se da cuenta muy bien de lo que pasa, tiene un temperamento muy especial, pero hay días en los que no quiere dormir. A veces a las 3 de la mañana me pregunta por la mamá y a último momento se pone a llorar y duerme con la esperanza”.

“Ella estaba en la casa, no se fue por su voluntad y hubo intervención de terceros. Anoche me preguntaba por qué reaccioné así con el llamado, pero es factible que esa respuesta le haya salvado la vida a mi señora y me haya salvado a mí. Pienso que esa respuesta descolocó a esas personas y por ahí existió algo”.

“Hemos logrado ser una familia feliz, pero a lo mejor no hemos logrado ser amigos como ha ocurrido con otras parejas. Nos casamos y nuestro objetivo inmediato fue nuestra familia”.

“Esta semana que pasó fue la que hizo crisis. Para ellos, yo sigo siendo uno de los posibles culpables, pero están muy equivocados”.

“Si yo soy el responsable no importa, tengo absoluta claridad de que no tengo nada que ver con este tema. Por eso lamenté que la policía perdiera tanto tiempo con esta tesis y dejara otras”.

Las tres citas que vienen son mis favoritas. El periodista, sobre el

final de la entrevista, le pregunta a Anguita: "¿Qué le pasa en la noche, en soledad?":

"En la noche pongo la cabeza en la almohada y duermo, pero en el día me resulta difícil concentrarme en algo, porque estoy pensando en todo momento".

Después, sobre las cualidades de su mujer:

"Era muy buena cocinera y súper rápida para hacer sus cosas. Siempre estaba pensando en ayudar a los demás".

Y terminaba con una reflexión sobre sus gustos gastronómicos:

"Nuestro plato eran los tallarines con salsa tuco".

Pero:

"A ella no le gustaba y siempre me cambiaba la marca, porque me gustaban los tallarines 87".

Aún así era:

"Plato sencillo, pero nos satisfacía".

Pero:

"Y aunque a ella no le gustaba, lo preparaba".

Para el 2 de agosto, en la jornada 35 de búsqueda, las labores estaban en un punto muerto, y, como suele pasar en estos casos, con el entusiasmo en caída: los amigos que ayudaban los primeros días ya tenían vidas propias que retomar y los periodistas que solían sorprenderse con cualquier novedad ya habían pasado al caso siguiente. Los Haeger, que no tenían el beneficio de aburrirse, eran los principales críticos de las labores coordinadas por la fiscalía y la PDI e intentaban forzar nuevos métodos, pero para eso no podían saltarse a Anguita. Él, como querellante y familiar más cercano de la presunta víctima, era quien tenía la facultad de sugerir nuevas diligencias, nadie más. Entonces se tragaron la rabia, concentrados en dos ideas, y se las plantearon.

La primera era (no me mires raro) plantear la (¡que no tengo la culpa, te dicen!) intervención de la psíquica de Chimbarongo, Isabel Cristina Ávila, la mentalista más conocida de Chile, que había estado mandando mensajes a través de los medios de comunicación de Santiago. Se ofrecía a orientar la búsqueda a distancia o en persona y entregaba, como prenda de garantía, pistas que parecían específicas, pero que en la práctica eran tan generales que como plan no se diferenciaba mucho de seguir rastreando a ciegas. Ella le había escrito un correo electrónico a Anguita. Y días después hablaron por teléfono.

Llamada 2062

Psíquica: Pero, Jaime, mire, todo esto es mucha dilatación.

Anguita: No, si llevamos casi diez días desde que usted me envió el correo pasado.

Psíquica: Ya, entonces, el problema es que todo se enfoca… Yo voy a ser muy honesta con usted: todo enfoca a que usted la mató.

(Pinchazo agudo en el pecho, sensación de ahogo)

Anguita: ¿Perdón?

(Sudoración, mareo)

Psíquica: Todo se enfoca, en las diligencias, a que usted la mató.

(Respiración irregular, sequedad, pero alto, ¿no será que…?)

Anguita: Ah, en las diligencias que ha hecho la policía.

(Niveles nuevamente normales)

Psíquica: No, o sea la gente especula. Pero no es así poh, Jaime. Está en mucha búsqueda. Entonces, ya empieza la psicosis. Usted lo que tiene que hacer ahora es pedir: nueva diligencia, decirle al abogado, porque por algo usted le está pagando a un abogado: gobernación marítima, buzos, buzos tácticos, gente, buzos mariscadores que los saca del día y le van a bucear todo el día. Y, Jaime, no espere más, porque ya basta de espera, porque son

muchos días. He esperado que me llame.

La segunda diligencia con que venía insistiendo la familia de Viviana era incluir a un grupo de búsqueda canina de Carabineros de Valdivia. La esperanza era que Candela, una labradora muy despierta, estrella del grupo que había ya resuelto varios casos en el sur, pudiera oler una prenda de Viviana para después soltarla por las inmediaciones del Parque Stocker, hasta que diera con un rastro. Anguita no parecía muy entusiasmado con la idea y la PDI, ante la amenaza de que un animal de la otra policía –el perro, claro– resolviera el misterio, tampoco, pero Ricardo Haeger hizo los arreglos casi personalmente.

El primer equipo de perros llegó el viernes 6 de agosto, en la noche. Esa tarde el Colegio Alemán había organizado una nueva misa, para rogar por la apoderada en desgracia. La melliza de Viviana Haeger, también presente, le contaba a quien le interesase lo que pensaba: era evidente que Anguita tenía que estar detrás de la desaparición.

Tras la misa, Vivian, que ya no soportaba a su círculo de amigas escolares, ni sus fiestas, ni su música, ni sus ropas, inició un tira y afloja con su papá para conseguir el permiso para salir a la noche. En cada llamada, Anguita cedía más: primero hasta las doce, luego hasta la una, después a las dos. Finalmente, puso la última línea de defensa: tenía que elegir alguno de los dos días, el viernes o el sábado. Vivian, al final, salió ambos.

Todo ese fin de semana Anguita estuvo sobresaltado. Hizo, para empezar, algo que no había hecho en todo el periodo de emergencia: llamó por teléfono a una tienda de Puerto Varas para preguntar si podía poner en el mostrador uno de los carteles de “Se busca” con los datos de su esposa.

–Soy yo, el que tiene a la mujer secuestrada –se presentó ante el dueño de local.

O era el primero que colgaba o Anguita pecaba de timidez, porque Puerto Varas llevaba un mes empapelada con la cara de Viviana Haeger y nadie se sentaba con una agenda al lado del teléfono antes

de salir a repartirlos. Cualquiera diría que quería dejar registro de su propia actividad al buscarla.

En la noche del viernes 7, su colaborador más cercano en la constructora fue detenido manejando borracho. Anguita tuvo que asegurarse de que eso no alterara los planes de trabajo para la semana siguiente. Lo último que pasó dejó a los policías al borde del asiento:

Llamada 2189

Entel: Buenas tardes, habla Carlos. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

Anguita: Buenas tardes, Carlos. Mira, yo trabajo en la constructora Puerto Octay. En Puerto Montt. Entonces, necesito saber si para el módem mío puedo acceder a los números que han llamado a mi teléfono.

Entel: A los números que le han llamado. Ya sea en este mismo momento...

Anguita: No, no. Yo necesito específicamente para el mes de junio y en particular...

Entel: Ya, de periodos anteriores. Ya han sido facturados.

Anguita: Correcto.

Entel: Eh, ¿su móvil es de Entel móvil, disculpe?

Anguita: Entel móvil, sí.

Entel: Ya. Disculpe, no se olvide de su apellido para anotarlo, por favor.

Anguita: Jaime Anguita.

Anguita parecía estar preparándose para algo, pero era difícil imaginarse para qué: no había ningún síntoma de avance en la

investigación, no se veían novedades en el horizonte. Un amigo le sugirió, dado el ambiente en la ciudad, cambiar de aire, irse al norte.

Llamada 2192

Tono de llamada

Amigo: ¿Aló, Jaimito?

Anguita: Hola.

Amigo: Hola, hola. ¿Cómo estás?

Anguita: Aquí estamos, dándonos ánimos. Estoy con Alberto Anguita.

Amigo: Ah, ya. ¿Y las niñitas cómo están?

Anguita: Tengo que salir a buscarlas porque andan desparramadas por ahí. Pero están bien, digamos.

Amigo: ¿Y tú estái...? ¿Cómo estái? ¿Tranquilo?

Anguita: Bueno, tranquilo. Sí, tranquilo, hoy día sí, pero, bueno, agotado. De repente más animado y otras veces menos, pero trato de darme fuerzas.

Amigo: Ya. Lo importante nomás es que estís tranquilo, poh.

Anguita: No, si tranquilo estoy, pero de todas maneras angustiado y todo lo que tú quieras.

Amigo: Ya. ¿Y no ha habido ninguna nueva de, de, de nuevas actividades o entrar o no entraron los carabineros?

Anguita: Sí, se han hecho diligencias, digamos, con un uso más para como para ir descartando cosas. ¿Ya? Temas de buzos de la Armada, supe que, más o menos, se asociaron con lo que dijo la señora Isabel de Chimbarongo. Como una idea que tenía la misma policía, pero ha sido, más que nada, descarte. Y también están trabajando, o sea los carabineros con sus perros. Y también, más

que nada, descartando áreas. Sin una dirección por donde buscar porque no hay, aparentemente todavía no hay ninguna información.

Amigo: Ya.

Anguita: A una idea, digamos, concreta. De qué cosa, dónde.

Amigo: Sí. ¿Y en la... cómo están tus relaciones con el resto de la familia?

Anguita: No, por lo menos me habían dejado tranquilo. No se han acercado mucho, pero están ahí y no son los más... Pero están ahí.

Amigo: Pero, bueno, si era así, así tienen que ser, yo creo que así es lo lógico.

Anguita: Sí, pero no les pido más, digamos.

Amigo: Sí, quizá sea bueno que te pegues una salidita de ahí.

Anguita: Pero, si aún quiero apurar algunas cosas. Estoy tratando de apurar algunas cosas ahí.

Amigo: Ya, pero sería bueno que considerárai, con las niñitas, salir una semana, no sé, venirte pa'l lado de acá.

Anguita: En algún momento lo voy a hacer, pero ahora, en lo inmediato, no creo que pueda ser, oye. Mira, la otra vez apenas se mencionó una cosa así, empezaron al tiro "no, mira, como que quiere arrancar, qué sé yo". Empezaron con puras acusaciones a la policía.

Amigo: Sí, pero en Puerto Varas.

Anguita: Pero, no. Es una cuestión, es una decisión mía, pero yo creo que en lo inmediato todavía no porque tengo cosas que hacer, digamos.

Ese domingo 8 era el Día del Niño. Vivian, que ya se estaba transformando en una mujer, recibió un llamado de una tía, una de

las Haeger, que le consultó si era por pena que estaba carreteando tanto, en una de esas preguntas que contienen las respuesta en sí mismas. Su abuela, la mamá de Anguita, que se había ido al norte por unos días, volvió a Puerto Varas para la celebración. Se instaló en la cama extra del dormitorio matrimonial, en la pieza de su hijo. Al llegar ese domingo, sintió ahí un olor raro, "extraño" fue, en realidad, la palabra exacta que usó. ¿Extraño a qué? ¿A como solía oler la casa? ¿O a como solía oler la gente que habitaba la casa? Bueno, había cambios sustanciales en esa materia: una empleada nueva, con mañas nuevas, podría haber sido la explicación. Y no estaba Viviana, los perros habían viajado kilómetros para reconocer sus olores. Pero la mamá de Anguita ya había estado ahí sin Viviana, semanas antes y no había hecho ningún comentario. No era más bien que faltara un olor, era que había uno extra. Ella le comentó a Anguita, que le dijo que no se preocupara, que él lo vería.

Ricardo Haeger estuvo todo ese día coordinando con los carabineros del equipo canino de búsqueda de personas.

Llamada 2221

Anguita: Hola, Ricardo.

Ricardo: Hola, hola.

Anguita: Ricardo, ¿tú vas con la gente, con Carabineros?

Ricardo: Más tarde, sí.

Anguita: Ya, pero, ¿alguien anda con ellos ahora? Porque me dijo que parece que estaban con gentes.

Ricardo: Eh, sí, sí hay más gente, pero yo todavía no he ido.

Anguita: Ya, lo que pasa, prefiero hacer otras cosas mientras tanto. O sea, ellos están acompañados. Una vez que, le dije yo, después cuando nos veamos, qué programa, cómo lo quieren hacer, digamos. Qué áreas más podemos cubrir.

(Volví)

Ricardo: Ya.

Anguita: Todo el entorno de acá, de la casa, todas las hectáreas, que es lo principal.

(Ojo con esto)

Ricardo: Sí.

Anguita: No se justifica que vaya yo a meterme para allá en este momento, prefiero hacer otras cosas.

(¿Cuáles? ¿Llamar a locales para pegar el póster?)

Ricardo: No, bueno, sí, mira, a ver, todas las dudas que tengamos del punto, tipo, en el caso nuestro, lo que le traspasamos, lo que hemos recorrido, donde ha quedado duda, eso se les está pidiendo como prioridad. Ahora, él también tendrá su plan de trabajo, ¿me entiendes?

Anguita: Oka.

Ricardo: ¿Entiendes? Ahora, bueno, nosotros, lo que conversamos ayer, era que bueno, mira aquí, sobre el canopy van a tener que correrlo. De ahí otros detalles. Ahora no sé si irán a partir todavía con lo que queda a Colonia, Río Sur y ahí la cosa es ir descartando y cerrando, poh.

Anguita: El primer sector que se revisó eso ya lo he visto, Los Riscos.

Ricardo: Eh, no todavía.

Anguita: La zona donde está von Werner, arriba, todo eso fue donde llegamos.

Ricardo: Eso se conversó y no sé cuándo lo hacen. Si lo hacen hoy o lo hacen mañana.

Anguita: Porque eso pa' mí era el primer dato de partida, ¿no cierto?

Ricardo: Exactamente, eso es lo que yo estaba haciendo como comentario, que ese es como que ahí partimos.

Anguita: Ahí partimos, por distintas razones, pero partimos ahí.

Ricardo: Ahí partimos, efectivamente, sí, sí. Así que, ahora, si tú también si tienes dudas de algunas partes, claro, tienes que hacerlo, de dejar tu teléfono.

Anguita: No, sí nos hemos comunicado. Lo que pasa es que yo no he ido yo, lamentablemente tengo una visión: yo la ando buscando a ella viva y me la imagino en otras condiciones.

(Pero estaba consultando cómo traspasar la custodia de sus hijas en el caso de que cayera preso)

Ricardo: Sí, ya.

Anguita: En todo el entorno acá, lo que es entorno de casa, pero también siempre se pensó, esto es un entorno familiar, entorno vecindario, entorno a trabajo.

(Ojo de nuevo. El otro ojo)

Ricardo: Tiene que haber algún indicio. No, si, mira, efectivamente, bueno, ojalá, pudiéramos encontrar algo que diga que ella esté viva. Sería lo ideal, pero uno, o sea, sí, uno llega a confundirse porque nos ha llegado de todo. Llega de repente que está muerta, búsquenla así, está viva, qué sé yo.

El cabo José Vallejos, a cargo de los perros, llamó temprano a Anguita el lunes: le explicó que era fundamental para el éxito de la búsqueda que hubiese un familiar cercano de la presunta víctima, idealmente él, que por favor liberara su agenda para la tarde. El cabo le dijo que llevara sus propios perros, porque si realmente creía que Viviana pudiese estar viva, su mascota podía ser de tanta utilidad como los perros entrenados. Anguita, que no había querido ir los días previos, aceptó: estaría desocupado y disponible de dos a cuatro de la tarde.

Ese mismo día Anguita llamó a su abogado. Le dijo que tenía que hablar con él, pero en persona, no por teléfono. Comentarios como

ese ya se hacían habituales entre los dos. Después habló con gente del trabajo, para coordinar el retiro de 24 millones de pesos de una de sus cuentas. Su mamá, a esa hora, estaba en la casa, jugando solitario para matar las horas. Volvió a sentir el olor extraño y volvió a decírselo a su hijo. Susan fue enviada a la casa de una amiga. Vivian tenía hora con el psicólogo de la fiscalía. Había estado los últimos días discutiendo sobre literatura, una de las aficiones que le había regalado la adolescencia. Su pololo le había recomendado dos libros: *Crónica de una muerte anunciada* y *A sangre fría*.

En la tarde el cabo Vallejos volvió a llamar a Anguita, esta vez para suspender el encuentro entre ambos: había recorrido ya un terreno muy amplio y convenía seguir al día siguiente. Anguita no se sosegaba. Llamó al comisario Muñoz de la PDI para decirle que afuera de su casa había una camioneta verde muy sospechosa mirando hacia adentro del Parque Stocker. Pese a eso, no fue a buscar a Vivian al sicólogo, la trajo su tía Mónica.

El 10 de agosto, el día 42 de la búsqueda, amaneció con el cielo amenazante. Habían caído unas gotas en la noche y el patio del Parque Stocker comenzaba a formar barrales. A las 8 la empleada de los Anguita Haeger prendió la cocina a leña y estuvo buena parte de la mañana haciendo carne al jugo.

Anguita partió a las 9 hacia el retén de Río Pescado, en los faldeos del volcán Calbuco, para juntarse con el equipo de rastreo. Llegó un poco antes y esperó sobre un puente, viendo pasar el agua. Ahí lo encontró Marcela Volke, una antigua amiga de él y de Viviana. Ella lo notó irritable, lo que sería entendible, porque buscar con animales el cuerpo descompuesto de tu esposa nunca será una razón de dicha. Pero no era eso lo que le afectaba el ánimo, era casi lo contrario: Anguita le dijo a su amiga que no entendía para qué hacían todo este asunto de los perros, si su mujer estaba viva, no fallecida. Marcela le respondió que había sido una gestión de Ricardo Haeger, que querían descartar cualquier posibilidad y no se perdía nada intentándolo. Esa sola mención lo hizo explotar.

–Una parte de la familia me está tratando de culpar –dijo.

Ella lo encontró rarísimo: estaban ahí para una jornada de búsqueda

y convenía mantener el ambiente positivo.

–No es nuestro caso, Jaime –le respondió–. Hemos tratado de mantenernos lo más imparciales posible. No estaría acá si no.

Tras unos segundos, a pito de nada, Anguita volvió a desenterrar la teoría que se supone había descartado.

–Yo ya tengo un sospechoso.

–¿Quién?

–La hermana de Viviana, Mónica, y su marido. Se querían quedar con mis hijas, con mis tesoros. Nunca se llevaron bien.

Marcela sabía que al menos esa última parte era una mentira grande: Viviana era muy cercana a su hermana y las últimas horas de su vida, sus últimas risas, fueron con ella y su familia.

–Si tienes algún antecedente, deberías entregarlo –se limitó a contestarle.

A las 11 de la mañana, ellos dos, más el cabo Vallejos y Candela, recorrieron a pie un camino de tierra iniciando el rastreo. Anguita estaba muy preocupado del perro, lo miraba con desconfianza y asombro. Le preguntó varias veces al carabinero la efectividad del animal y en cuáles otros casos había trabajado, con qué porcentaje de éxito. Pidió hacer con Candela un pequeño experimento, una especie de juego. El policía aceptó y le pasó a Anguita un señuelo con olor a cadaverina. Como un niño, Anguita se internó por un bosque casi cien metros entre los árboles, pidiéndole al cabo y a su amiga que no miraran hacia dónde se dirigía. Al rato volvió. Y el policía soltó a Candela, que encontró el señuelo en segundos: pese a la larga caminata que había dado, Anguita intentó engañar al animal, escondiéndolo muy cerca de donde estaban. La precisión le causó gran impresión.

Cubrieron varios kilómetros esa mañana, sin resultados. El cabo Vallejos, hombre entusiasta, religioso y optimista, había tratado con muchos familiares en desgracia, pero le costaba seguir la línea de pensamientos de éste. Antes de hacer un alto a la hora de almuerzo,

Anguita le pidió un favor personal: quería cronometrar la distancia caminando entre su casa y el Colegio Alemán, para simular el trayecto que su hija recorrió el día de la desaparición. El momento para la consulta era bastante raro, porque la investigación, al menos oficialmente, estaba ya en otra fase. O sea, estaban ahí, en medio del bosque, con Candela olfateando, pero la cabeza de Anguita seguía haciendo cálculos sobre aquella mañana, como preparándose para cuando llegara el momento de dar nuevas explicaciones. Pero, ¿por qué esa mañana?

El cabo, que de ese tipo de pericias sabía bien poco, le dijo que sí, que no tenía problemas, pero al rato llamó al fiscal para contarle. Le dijeron que por ningún motivo, cualquier pericia le correspondía a la PDI. El cabo dejó por escrito ambos episodios de esa mañana: el juego con el perro y el favor que le pidieron.

Todos, salvo los perros, fueron a almorzar a las 14.20 a la casa de Anguita, que, ya en camino, llamó a su mamá para pedirle que le "echara más agua a la sopa", ya que habría más comensales. Desde el bosque, el grupo se devolvió en dos grupos: los policías directo al Parque Stocker, mientras Anguita dijo que iba a ir al Colegio Alemán a ver un asunto de sus hijas. Lo que hizo fue, obsesivo, dejar su auto ahí y calcular él mismo el tiempo de regreso a su casa caminando. Nadie entendió el apuro.

Pese a que les decía a los policías que su disponibilidad para ese día –y cualquiera en realidad– dependía totalmente del horario de sus hijas, el comportamiento de Anguita con ellas fue inusualmente errático en alguien tan planificado como él. Vivian, por ejemplo, lo llamó para avisarle que se iría caminando no más a la casa, porque ya era la hora de salida y no había ido a buscarla. Partió apurado. Y una apoderada del curso de Susan tuvo que recordarle que ya se había acabado la jornada y que su hija tenía clases de karate. Él lo había olvidado.

En la mesa, el cabo Vallejos habló bastante. Le dijo a la madre de Anguita que confiara ciegamente en Candela. Si Viviana estaba muerta y estaba cerca, la encontraría. Y hablaron del equipo de buzos que vendrían de Mehuín al día siguiente, para buscar en el lago, según las instrucciones de una síquica que Anguita tenía en un croquis. Vivian casi no estuvo ahí en la tarde: volvió de clases y a

las 15.20 su papá la llevó de vuelta, en el auto de otra persona, ya que su camioneta estaba estacionada en el colegio allá desde el “experimento cronometrado”. Antes de salir les dijo que volvería con Susan de vuelta, pero a última hora decidió que lo mejor era que ella se fuera esa tarde a la casa de una compañera. No explicó por qué.

En la casa, la empleada se quedó levantando los platos. Luego hizo el aseo en el segundo piso. Ella también sintió el olor que todos parecían notar ahí, menos el dueño de casa. Primero pensó que había pisado caca de gato, pero después encontró una explicación más práctica: debía ser el “olor a patas” de su patrón. Pasó un spray para intentar disimularlo. Su jornada, ese día, fue un poco más corta: tuvo que ir a retirar a su hijo al colegio.

Anguita y los carabineros estuvieron en la casa hasta las 16.45. Luego salieron en dirección de un lugar llamado Poza Alta, sin los perros. Lo más importante era definir el itinerario del día siguiente. Los policías le informaron a Anguita que iniciarían la búsqueda por el Parque Stocker y que incluiría, por supuesto, su casa, casi como una formalidad. Se despidieron a las 17.20.

Todo lo que sabemos de Anguita en las dos horas siguientes es por lo que él ha dicho, porque tras llamar a la persona que traería a los buzos y a la cual le pidió que por favor no le cobraran muy caro, su teléfono no registra acción hasta la llamada. ¿Qué llamada? La llamada.

Entonces, según Anguita, tras despedir a las visitas volvió a entrar a la casa, donde a esa hora solo quedaba su mamá. Subió las escaleras para reposar unos minutos en la cama y ahora sí sintió él también el olor “extraño”, pese a que la empleada había esparcido aromatizante hacía unas pocas horas. Guiado por una pulsión que nunca pudo explicar completamente, porque hay cosas que cuesta poner en palabras, se paró y se dirigió a una pequeña puerta que estaba frente a él y que era la única entrada a la buhardilla de la casa, lugar al que él decía entrar raramente. Tanto que ninguna vez en los 42 días en que su mujer llevaba desaparecida se le ocurrió asomar la cabeza. Sí, lo sé.

Anguita abrió la puerta y, según lo que contó después, porque

entenderás que no había nadie más ahí, lo primero que vio fueron unos pequeños pellets de veneno de ratón, que él había puesto meses antes. Sí, lo sé.

El lugar era oscuro, no tenía ventanas ni tragaluz. Había una caja cerrada, con un millón 200 mil pesos adentro, que el supuesto asesino eligió no revisar. También había, cerca de la entrada, un lápiz Cross. El piso era irregular: se intercalaban unas vigas de madera que hacían difícil caminar adentro. Tenía, además, forma de ele, o sea había un pequeña curva al final que no se veía, ni siquiera alumbrando, desde la entrada. Anguita, entonces, vio los pellets de ratón y en ese momento algo pasó en él, literalmente, y dio, uno, dos, tres pasos, se supone, porque, acuérdate, esto nadie más lo vio, cuatro, cinco, seis pasos lentos y encontró el cadáver de su mujer, ahí, justo en la ele.

No quiero profundizar en detalles escabrosos, sobre todo si no es necesario, pero creo que basta con decirte que el mes y medio transcurrido hacía que el cadáver de Viviana Haeger se pareciese muy poco al de la dueña de casa que se levantó esa mañana de llovizna, 42 días antes, con la bata rosada.

Si es que ese hallazgo constituía un giro inesperado para Anguita su respuesta no lo demostró. Dijo que al ver a su mujer muerta a menos de cuatro metros de donde él dormía, solo separados por una pared, lo que salió de su boca fue un grito ahogado, concepto que puede sonar a contradicción, pero que ha sobrevivido básicamente en las películas de terror como las que Jaime Anguita odia. Por ejemplo: un protagonista se esconde de un asesino que lo persigue, y no es que esté forzando la comparación, solo que las escenas suelen ser así, en una habitación oscura. Digamos que se mete debajo de la cama, no de las sábanas, sino del catre mismo y ahí está, tiritando, esperando que el peligro pase cuando, paf, ve los pies de su perseguidor. Entonces el protagonista, que con el susto quisiera soltar un chillido feroz, lo que tiene que hacer, para no entregar su ubicación, es intentar obtener la satisfacción del alarido, pero sin el gusto del sonido.

Lo curioso del grito ahogado de Anguita es que desde el piso de abajo su mamá lo escuchó; algo parecido al sonido de un animal. Aún en la buhardilla, Anguita tomó una decisión atípica: no se

arrodilló al lado de Viviana, no lloró maldiciendo a Dios y ni siquiera quiso tocarla. Retrocedió sobre sus pasos, volvió a la pieza y bajó por la escalera. Otro detalle: fijó en su mente, en medio del impacto, la hora exacta, las 18.34, lo que abre una intrigante ventana de tiempo de 21 minutos entre ese evento y la llamada. ¿Cuál llamada? La llamada.

Supongamos que Anguita no era la persona contenida y cerebral que era y supongamos que no sacó esos rasgos de su madre, también una señora muy compuesta. Supongamos que hubo llantos y lamentos en el primer piso de la casa del Parque Stocker; aún queda la duda de por qué el hombre, que de precavido prefirió no intervenir una escena del crimen, el hombre que llamaba a la policía al ver un auto ajeno al condominio, se demoró 21 minutos en avisarles la noticia que todos venían esperando hacía mes y medio. No había mucho que meditar, ni decisiones que tomar: había un cuerpo en la buhardilla y alguien tenía que ir a sacarlo para conseguir al fin respuestas. El comisario Muñoz era su policía más cercano.

Llamada 2337

Muñoz: ¿Aló?

(Me voy a abstener de comentar acá, dada la importancia del llamado)

Anguita: ¿Aló, don Jaime?

Muñoz: Sí.

Anguita: Mire, venga urgente a la casa.

(Veintiún minutos después del hallazgo. Última vez, lo prometo)

Muñoz: ¿Cómo?

Anguita: Venga urgente a la casa.

Muñoz: ¿Qué le pasó?

Anguita: Está aquí en la casa.

Muñoz: ¿Quién?

Anguita: Viviana.

Jaime: No esté leseando. ¿Está ahí?

Anguita: Pero está muerta.

Muñoz: ¿Adónde? ¿En la casa?

Anguita: En el entretecho.

Muñoz: No esté leseando.

Anguita: Sí.

Muñoz: Voy pa' allá.

Anguita: Venga, por favor.

Muñoz: Ya.

Sin importar las carpetas leídas, las entrevistas hechas, los días de lluvia en Puerto Varas, todo en este caso podría resumirse en 26 segundos de diálogo entre dos hombres maduros. Si uno encuentra convincente a Anguita en esas nueve frases, si cree que su voz, quebrada en partes, calmada en otras, es honesta, va a tener gran parte de la tarea hecha: se trata de una víctima con extraordinaria mala suerte y con una inocencia que reina en su cabeza incluso en los peores escenarios.

Pero si uno siente falso el "está aquí en la casa", si encuentra imposible que alguien que encontró a su esposa de 18 años momificada en el ático no llore, si se imagina que esos veinte minutos fueron para ensayar un texto, para fingir la emoción, para elegir las palabras que sabe que policías están en una oficina grabando, ya no queda más remedio: estamos frente a un psicópata complejo.

No me hagas la pregunta. ¿Para qué? ¿Cambiaría en algo lo que

pasó? ¿O lo que pasará?

Apenas Anguita pronunció esas palabras, ya varios vehículos de la policía iban en camino al Parque Stocker y no es muy difícil ahora adivinar con qué idea: llevarse a Anguita a un cuartel, donde, en los mejores escenarios, terminaría confesando el crimen antes de que su abogado defensor llegara a hablar con él, a decirle que se callara, y entregando una salida lógica que ellos, en sus autos, aún no podían imaginar: por qué habría escondido el cuerpo ahí, tan cerca.

Te diría que Anguita no esperaba algo muy distinto. La segunda llamada fue precisamente a su abogado. Esta vez sonaba mucho más calmado.

Llamada 2338

Vásquez: ¿Jaime?

Anguita: ¿Aló, Jorge?

Vásquez: Cuéntame.

Anguita: Oye, le acabo de avisar a la policía que Viviana está aquí en la casa.

Vásquez: ¿Llegó?

Anguita: Pero está muerta. Estaba en el entretecho.

Vásquez: ¿Y avisaste a la policía?

Anguita: Sí, le avisé a la policía.

Vásquez: Pero, hueón, te van a llevar preso.

Minutos después Anguita llamó a Patricio Monsalve, preparándose para lo inevitable.

Llamada 2340

Anguita: ¿Aló, Patito?

Monsalve: Compadre, ¿novedades o no?

Anguita: En este momento no te cuento nada, Patito.

Monsalve: ¿Voy para allá o no?

Anguita: No, mejor no vengas en este momento, Patito. Después estate atento, nomás.

A Anguita le faltaban los llamados más difíciles. Por suerte –suerte para ellas, porque fue algo aprobado e incluso planificado por él– sus hijas estaban repartidas por Puerto Varas, lo que les evitó el trauma de sentir el cadáver de su mamá a pocos metros de ellas. Anguita se comunicó con la apoderada que se había llevado más temprano a Susan desde el colegio. Primero le dijo que por favor la llevara a la casa de Mónica Haeger, a la que creía una calculadora asesina, para minutos después pedirle que mejor su hija menor se quedara a alojar con ellas. Pese a la política de honestidad brutal que tenía con la niña de ocho años, prefirió no decirle lo que pasaba y tratar de que no viera ni escuchara noticias: los canales de televisión comenzaban ya a grabar desde afuera el Parque Stocker.

A Vivian, en cambio, sí había que avisarle. Como siempre, Anguita la ubicó en la casa de su pololo. La idea de Anguita, que sí parece realmente compungido esta vez, era hablar con la mamá del joven y que ella la preparara para lo que tenía que decirle.

Llamada 2344

Pololo: ¿Aló?

Anguita: ¿Aló?

Pololo: Sí.

Anguita: Hola, ¿tú estás con la Vivi?

Pololo: Sí.

Anguita: Oye, ¿está tu mamá ahí o no?

Pololo: Mi mamá, sí.

Anguita: Ya, dame con ella, por favor.

Pololo: Eh, ya.

Pero Vivian tomó el teléfono.

Vivian: ¿Aló?

Anguita: ¿Aló?

Vivian: ¿Sí?

Anguita: Hola, habla Jaime Anguita, ¿con quién…?

Vivian: Buena, papá.

Anguita: Ah, hola, hijita.

Vivian: ¿Qué pasó?

Anguita: Oye, yo quería hablar con la, con tu, con la mamá de Pancho.

Vivian: ¿Por qué?

Anguita: Es que no, no sé si tengo que decirte nomás, hijita.

Vivian: Dime.

Anguita: La mamá apareció acá en la casa muerta.

(Vivian se aleja del teléfono)

Anguita: ¿Aló?

V: (Llantos)

A: ¿Hijita?

V: ¿Sí?

A: La mamá estaba acá en la casa.

V: (Sollozos) ¿En qué parte?

A: Estaba en el entretecho.

Al poco rato de cortado el teléfono, los primeros policías llegaron al Parque Stocker. Además de los encargados del caso, venían en camino todos los jefes de la zona, incluido el fiscal regional. Una orden se corrió rápido entre los primeros efectivos: no dejar solo a Anguita ni un minuto.

Lo primero que le preguntaron a al entrar fue sobre ese entretecho, pues no aparecía en ninguno de los planos que él mismo les había entregado para hacer la búsqueda, hacía ya más de un mes. Si fue así, dijo, fue una confusión: se trataba de los planos originales de la casa, los que variaron al momento de la construcción. La ambigüedad de la respuesta inquietaba a los policías y no era un buen momento, con un cadáver ahí, para inquietarlos.

–¿Sabía o no sabía de la existencia de ese lugar?

Anguita respondió en su estilo, abriendo un debate casi filosófico:

–Yo sabía que ese lugar existía, pero no lo recordaba en mi memoria.

La memoria de Anguita funcionaba así, a saltos; recuerdos brotaban en los momentos más oportunos –para él–; otros, como esa pieza, cuya pequeña puerta estaba en su campo visual cada día a la hora de despertar, no.

El segundo asunto fue el olor. De todos los policías que llegaron a la casa, incluso de los que entraron a la pequeña buhardilla, ninguno dijo recordar un hedor particular, algo que pudiese haber empujado a alguien a revisar especialmente el lugar ese día. Contrastado, Anguita no se complicó:

–Podría dar un montón de explicaciones. Estuve todo el día con los carabineros en la cordillera, al aire puro –dijo, sellando el punto

con otra argumentación difícil de contrastar: se metió por un impulsó que sintió.

Pasada la primera ronda de preguntas, Anguita volvió a llamar a Vivian.

Anguita: ¿Dónde está, mi amor?

Vivian: Estoy en la casa de la tía Mónica.

Anguita: Ah, estái donde la tía Mónica, ya. Oka.

Vivian: Sí. Oye.

Anguita: ¿Sí, hijita?

Vivian: ¿En serio la encontraron?

Anguita: Sí, mi amor. Lamentablemente estaba muerta.

Vivian: ¿Tú la viste?

Anguita: Sí, mi amor, la vi.

Vivian: ¿Y quién la encontró? ¿Cómo la encontraron?

Anguita: Sí, yo la encontré porque me metí al entretecho por el olor que había. Me metí al fondo y ahí estaba.

Vivian: ¿Y en qué están ahora?

Anguita: No, ahora tienen que periciar, sacar el cuerpo, pero tienen que periciar todo porque para determinar qué pasó, ver todo.

Vivian: Oye, la Susan está en la casa de una amiga, ¿cierto?

Anguita: La Susan está en la casa de una amiga, va a alojar ahí esta noche.

Vivian: Oye, ¿y yo no puedo ir pa' allá, cierto?

Anguita: Mira, yo creo que puedes venir, pero en este momento, todavía, no, sino te voy a ver yo, no sé cómo lo hacemos.

Vivian: Pero, ¿yo no puedo entrar pa’ allá? A mí no me dejaron.

Anguita: No, por eso, primero quieren periciar todo, digamos. En este momento, además que está cerrado el acceso al segundo piso, no hay ninguna posibilidad de acceder.

Vivian: ¿Y qué pasó?

Anguita: Es que no... Tienen que ver qué pasó, poh, hijita.

Anguita no durmió esa noche con sus hijas, prefirió evitarlas. Se fue a las dos de la mañana a la casa de su mejor amigo.

Los policías en las horas y días siguientes hicieron una lista de las cosas que encontraron. Para que no me acuses de prejuicioso, dejo a tu criterio calificar:

Una linterna similar a la que usan los mineros que trabajan bajo tierra, es decir, sujeta a un elástico que permite usarla en la cabeza y maniobrar al mismo tiempo en lugares oscuros y de superficie irregular.

Una versión de la Biblia anaranjada con un marcador de página con la imagen de monseñor Escrivá de Balaguer entre las páginas 200 y 201, donde se leía: “Si un hombre se casa con una mujer, pero luego deja de quererla por un defecto notable que descubre en ella, hará un certificado de divorcio, se lo dará a la mujer y la despedirá de su casa. Si ella después pasa a ser mujer de otro y este también ya no la quiere, hará certificado de divorcio. Si llega a morir este otro hombre que se casó con ella, el primer marido que la repudió no podrá a volver a tomarla como esposa, ya que pasó a ser para él como impura. Sería una abominación a los ojos de Yahveh que la volviera a tener”.

Una especie de altar, con símbolos religiosos, en una de las paredes del dormitorio matrimonial. Las figuras no aparecían en las fotos de la pieza del día de la desaparición. Justo al otro lado de la pared estaba el cuerpo de Viviana Haeger.

Una cosa más: ese 10 de agosto se cumplía el plazo que había

puesto el propio Anguita para pagar la recompensa por cualquier pista sobre el paradero de su mujer.

II
Día uno

Casi no dormí anoche. Deben haber sido tres horas, entre saltos, con pánico a quedarme dormido, a que la alarma no funcionara, a que el teléfono se descargara, como cuando hay un vuelo importante temprano en la mañana. Igual alcancé a soñar otra vez con Anguita, lo que te puede parecer una excentricidad, pero si lo piensas bien es, por el contrario, bastante natural: podría decir que lo conozco más que a la mayoría de mis amigos y familiares. Me he enterado de todas sus rarezas, de sus secretos, cosas que la mayoría de la gente cercana suele esconderte, y con razón, porque si conocieras tan solo una pequeña parte de todo eso probablemente ya no serían tus amigos.

La libreta que mantengo en el velador para este tipo de cosas no me da pistas concretas, pero al menos me confirma la sensación con la que ya desperté: que fue un sueño y no una pesadilla. "Anguita me pide perdón", dice en el papel, con la letra de un niño de 11 años. Debo haber escrito recién despierto, a las cinco y media de la mañana, con los gruñidos de esos pajarracos negros. Se me ocurre una pila de razones por las que él tendría que pedir perdón, pero no creo que ninguna aplique a mí.

Agradezco que te haya gustado la sucesión de hechos que te envié, la hice a tu medida, pero no puedo creer que después de leer ese mamotreto la única pregunta que se te ocurra hacerme hoy, el día que comienza el juicio, siete años después del asesinato, es si creo que Anguita lo hizo o no. Espera un poco, un par de semanas, un mes. O no, mejor no me lo preguntes nunca.

Puedo contar, para no aburrirte, otras cosas. Por ejemplo, tengo a Jaime Anguita a menos de un metro de distancia. Si no hubiera un vidrio entre medio, podría estirar el brazo y tocarle la cabeza, lo que entiendo, no creas, sería una cosa absolutamente fuera de lugar: sus abogados tendrían que pararse y decir "Objeción, magistrado, han acariciado a mi defendido, sin provocación de por medio". Pero

entiendes el punto, lo tengo realmente al lado, supongo que porque buena parte de estas cosas que te estoy mandando tratan de él. Fue una elección difícil; el lugar que uno ocupa en la sala implica en sí tener una postura, como en los matrimonios, cuando los familiares se reparten en la iglesia según si conocen al novio o a la novia.

Cuando entré a la sala, miré hacia los Haeger, les hice un gesto a la distancia, casi como pidiendo perdón, y me instalé con mi computador acá. Así que sí, ya que te gustan las conclusiones: estoy del lado de Anguita y desde acá te puedo decir que él llegó al juicio que definirá su vida con el pelo perfectamente cortado: la línea de rapado de su cuello está delineada pareja, lo que hace concluir dos cosas: que hay un hábil peluquero en la cárcel de Alto Bonito (qué nombre para una prisión), a la salida de Puerto Montt, y que Anguita tiene cada detalle planeado, porque su nuca está siendo filmada y fotografiada por docenas de cámaras ahora mismo, entre gritos y empujones por conseguir la mejor toma, que seguramente, sentado acá, les estoy arruinando.

Son las 9 de la mañana, pero hace dos horas, cuando aún era de noche, había reporteros despachando para los canales de Santiago, para programas de entretención, para matinales, que han sido la plaza de discusión natural de este caso por más de siete años, desde que un tímido reporte radial rompió la calma perfecta de Puerto Varas el 29 de junio de 2010: a una contadora se la había tragado la tierra o el lago, dado el emplazamiento. Cada detalle, cada aparición de un testigo estrella, cada entrevista, fue discutida, sopesada, juzgada a media mañana, justo entre el horóscopo y el baile entretenido.

No me malinterpretes, no los culpo: en términos estrictamente narrativos –y sé que puede sonar insensible, pero este ejercicio, venir a ver cómo se define un destino que no es el de uno contiene en sí una dosis de insensibilidad–, es una historia atractiva, con giros inesperados, con una mezcla de personalidades arquetípicas y otras poco comunes. Puede que la muerte de Viviana Haeger no encienda pasiones feministas, no convoque marchas en las calles, su cara no flamee en banderas, pero sí conmueve a las dueñas de casa de la vieja escuela, que son precisamente a las que están dirigidos la mayoría de los matinales. Una abogada, antes de venir, me explicó

su teoría, la que procedo a robarle: no hay mujer casada que no tema, en algún nivel del inconsciente, que su marido sea capaz de matarla.

Una segunda oleada de fotos azota la nuca de Anguita y él hace algo desconcertante, incluso para sus parámetros de conducta: se da vuelta y saluda amablemente a las cámaras, con un movimiento de cabeza, casi una reverencia. Si alguien me acusara injustamente de asesinato, como él defiende, intentaría que mi cara saliese lo menos posible en vivo para todo el país. Y si fuera culpable, no tendría el descaro de preocuparme de que los camarógrafos obtuviesen una toma limpia. Pero la cara de Anguita está ahí, en todas las pantallas, y describirla es tan difícil hoy como siempre lo ha sido, no porque que no tenga rasgos distintivos –labios finos, cejas arqueadas, nariz ancha–, sino porque si uno la mira el tiempo suficiente los contornos se le van borrando y siempre queda la sensación de estar hablando con un desconocido. Es esa una de sus principales cualidades, en esos ojos hay gente que ve la maldad pura y otros la mirada vacía de un perro callejero. Uno, en el fondo, ve en Anguita lo que quiere ver.

Y ya te dije: me limitaré a decir qué veo ahora, lo palpable: la parka Lippi verde claro y los pantalones cargo de un verde un poco menos claro que viste Anguita, el uniforme típico de los cincuentones de Puerto Varas que se agolpan en el casino cada fin de semana. Mientras se acomoda en un asiento, rodeado de tres gendarmes, se le ven las dos esposas que lo inmovilizan, una en los pies y otra en las manos, los accesorios adecuados cuando te acusan de contratar a un sicario para mandar a matar a tu mujer de 18 años. ¿Te dije que había un sicario envuelto en todo esto, no? Estoy seguro de que lo hice.

Al otro lado del vidrio hay nueve personas, entre abogados y jueces, que están listos para empezar un mes y medio de discusiones, alegatos, el sagrado rito que nos separa de los animales: van a tratar de llegar a un consenso sobre si esa persona de ahí enfrente es un padre proveedor o un psicópata en brote. Judicialmente no hay puntos medios entre ambas, pero en la vida real se puede ser perfectamente las dos cosas a la vez: el más feroz torturador en dictadura pudo ser al mismo tiempo un noble y cariñoso abuelo.

Supongo que una no excluye a la otra.

Hay algo en lo que todos los que están al otro lado del vidrio están de acuerdo: no quieren que esto sea un show televisado, como le ocurrió a otros jueces, a otros fiscales, a otros defensores, meses atrás, aún más al sur de Chile, cuando en una sala parecida a esta, otros hombres –sí, solo hombres– se juntaron para ponerse de acuerdo sobre si alguien le había sacado o no los ojos a su mujer.

Hay 47 medios acreditados, la jueza los menciona uno a uno. No conozco a la mitad. Me nombra casi al final, pero ella ya sabía de mi presencia: hace meses le hice llegar una carta contándole lo que pretendía hacer, ver un juicio de principio a fin y escribirte sobre él. Primero me dijeron que probablemente tendría que verlo desde otra sala, por televisión, lo que hacía perder toda la particularidad al ejercicio; no podría describirte cosas tan relevantes como, por ejemplo, el escalonado en la nuca de Anguita. Me pidieron dos cosas a cambio: no sacar fotos ni grabar a los testigos en el estrado, a riesgo de ser expulsado de la sala. Solo podría tomar apuntes en este mismo computador desde el que te escribo.

Son las 9.23 de la mañana. El fiscal se llama Naín Lamas y explica todo eso, o algo al menos parecido, con la voz calmada que lo caracteriza. Se diría que preferiría no tener exposición de ningún tipo. Bueno, lo diría yo: me lo dijo días antes en su oficina, al otro lado de la línea del tren en Puerto Varas, cuando me explicó con bastante pedagogía, después de tenerme esperando dos horas, que los reporteros son una especie bastante despreciable. Citó un par de experiencias nefastas de colegas haciendo preguntas absurdas, obstaculizando investigaciones o escribiendo sinsentidos, que ahí, en la oficina, se me hacían difíciles de defender. Él en general habla así, poniendo ejemplos para explicar los puntos: la caza de una banda de asaltantes le enseñó tal cosa, un homicidio por envenenamiento le enseñó otra.

Mi parábola favorita es la de un joven que fue encontrado de madrugada por un carabinero en una calle de Puerto Montt montado encima de una joven que estaba en el piso, inconscientes ambos, víctimas de una fiesta alargada. Los policías le trajeron el caso: un claro e indiscutible intento de violación, si no una violación consumada, puesto que el joven tenía incluso un colaless

en la mano cuando lo detuvieron. El fiscal hizo las entrevistas y desarmó el "delito" a las pocas horas: la joven era una lesbiana, el joven su amigo que la estaba ayudando justo antes de dormirse, y el calzón, pudieron acreditar, no era de la "víctima", sino de su polola: él lo usaba de moño para amarrarse el pelo. Con su voz parca y seria me explicó la moraleja: no hay que adelantarse en las conclusiones.

En la sala, los otros cinco abogados escuchan al fiscal abogar por la necesidad de mayor privacidad. Los había conocido a todos antes, pero no así, con sus mejores trajes y maletines. Es que probablemente para todos ellos este sea el caso de sus vidas. Los tres jueces dirimen: no habrá transmisión de testimonios, pero sí, convenientemente, de las intervenciones iniciales y finales de las partes. O sea, tendrán su minuto. No te voy a contar ahora el detalle de los discursos, la enumeración de las incoherencias de Anguita. Sí te diré que en un punto Shakespeare fue citado casi textualmente. "No existe noche, por larga que sea, que al final no encuentre el día", dijo un querellante, que cerró poéticamente afirmando que, en este caso, el día había llegado. El defensor del sicario, eso sí, le respondió con gracia, minutos después, con otro verso, esta vez de *Hamlet*: "Algo huele mal en Dinamarca".

Ya, ¿en serio no te había contado del sicario? Está aquí al frente mío. Al menos hoy, no se miró con Anguita, pese a estar separados apenas por un gendarme muy joven, risueño, con cara de buena persona y con un arma descargada, para evitar cualquier accidente. Me interesa, antes que nada, aclararte una cosa, y no es por hablar gratuitamente mal de un asesino confeso, pero, así como me lo pintan, este hombre debe ser el peor sicario del mundo. Otra cosa importante nos informan: el sicario no va a hablar durante el juicio.

–Aquí está mi noticia –me dice Marcelo, un veterano reportero policial del diario *El Llanquihue* que ha seguido el caso por siete años, breve a breve, entrevista a entrevista, y que ha elegido sentarse a mi lado. No le había hablado antes: sé lo que piensan los reporteros de provincia cuando llega alguien de Santiago en un momento como este –que venimos a robar las historias–, así que me limito a asentirle, porque tiene razón, es una gran noticia y una pésima señal para la fiscalía, que basa gran parte de su acusación,

aunque no les guste admitirlo, en la confesión del sicario, que ahora, justo ahora, eligió quedarse mudo. Trato de mirar la cara del fiscal cuando esto se anuncia oficialmente, pero está fuera de mi ángulo. Tampoco creo que me pierda demasiado, es un hombre muy compuesto. Había hablado con su jefe días antes en su oficina, básicamente para llenar unas horas libres, y cuando le deslicé que me había enterado de la posibilidad de que el sicario no reafirmara sus dichos frente a los jueces, se limitó a contestarme: “Eso no puede ser”. Yo tenía que ser el desinformado. ¿Quién está desinformado ahora?

Anguita tampoco va a hablar, lo que para el sentido común resulta aún menos comprensible, pero para su defensa totalmente razonable: tiene demasiado que explicar, o sea, demasiado que perder. Y eso sin contar que cada vez que dio una entrevista televisiva más gente se convenció de que era culpable. La versión más elegante de esto es que carece de “habilidades blandas”.

La jueza da un pequeño receso, 25 minutos para descansar la mente. El gendarme saca a Anguita por una puerta trasera. Al salir, miro los asientos a ambos lados de la sala y casi no hay gente que no sea de la prensa: un par de miembros del clan Haeger y nadie por el lado de Anguita. Uno de los querellantes me lo recuerda: ningún futuro testigo puede estar presente en la sala antes de entregar su testimonio, supuestamente para que no se influencie con las ideas del resto.

Tirito en la calle de frío, esperando para volver a la audiencia, y veo a los camarógrafos persiguiendo a los abogados de un lado a otro. La prohibición es absurda: todo el mundo acá está influenciado por horas y horas de interpretaciones que se dan al aire en TV. Si hubiese un jurado, como en Estados Unidos, tendríamos veredicto antes de que el primer testigo abriera la boca: fue Anguita, en el salón, con un candelabro.

Volvemos todos a la sala. Llaman a declarar a una amiga de Viviana –te cuento luego– y a la ejecutiva del banco que estaba con Anguita cuando recibió la llamada aparentemente amenazante. La mujer, soltera, de 51 años, envuelta en una bufanda floreada, no habla más de quince minutos y dice algo importante: recuerda, pese al tiempo transcurrido, las palabras exactas que escuchó decir a la persona al

otro lado del teléfono: “Tengo a tu señora. Llámame”.

Anguita se toca la cabeza. No hay mucho más que decir por ahora: “llámame”. La ejecutiva acaba de mostrar el candelabro.

Antes del almuerzo se levanta la sesión, nos volveremos a ver mañana. En los puntos de prensa de afuera ni siquiera se toca esta última declaración. No es que los abogados no quieran profundizar en eso. La fiscalía, me imagino, lo haría feliz: es que simplemente nadie se los pregunta.

Reviso el teléfono. Un amigo me escribe. “Estás famoso, te mostraron toda la mañana la nuca en la tele”. El chiste se dio vuelta.

III
Necesito sic…

Me gustaría hacerte la vida simple, tener una historia binaria que contar, que resuma lo que va a pasar en esta sala de juzgado durante las semanas que vienen. El panorama ideal, para fines explicativos, sería con dos fuerzas opuestas colisionando, empujando hacia el lado contrario, hasta que una ceda. La primera diciendo: este hombre evidentemente lo hizo, ¿acaso no has estado leyendo? ¿Qué más necesitas? Y la otra, al frente: ¿ah, sí? Pruébalo.

Me gustaría, pero no puedo. En este caso ni la línea imaginaria que divide la sala en dos basta. Hay tres de las partes involucradas en el juicio a la izquierda, o a la derecha, si se mira del punto de vista de los jueces, que son realmente los que importan. Así que me corrijo ahora mismo, mientras escribo: hay tres partes a la derecha y dos a la izquierda. Y las verdades que levantan de cada lado están tan cruzadas que si uno no está despierto, si el tono monocorde de los abogados te invita a divagar, a tratar de descifrar qué está pensando Anguita ahora, mientras se rasca la cabeza y anota frases sueltas en el cuaderno que lleva a todas partes, la confusión estará desatada: puedes despertarte con algún querellante, supuestamente los acusadores, hablando de las bondades de un esposo querendón.

El fiscal, al menos, sabe bien lo que quiere: tomó el caso cuando la investigación era ya un desastre consumado; cuando, siendo optimista, no quedaban más errores por cometer. Trajo dos policías desde Osorno, investigadores de su confianza, para, en la práctica, hacerlo todo de nuevo, a un año ya de ocurridos los hechos. Tuvieron que reentrevistar a centenares de personas, repetir pericias, desenterrar un cuerpo, analizar registros telefónicos que supuestamente ya estaban revisados, con la esperanza de encontrar ahí un hilo de qué tirar. Pero, con el tiempo transcurrido, las probabilidades de dar con las pruebas necesarias eran bajas. No sé si me explico: la diferencia entre investigar hechos recién ocurridos y aproximarse a los mismos tiempo después es la misma que entre

enumerar la cantidad de ingredientes de una torta mientras ves al pastelero cocinarla y adivinarlos cuando está en la mesa. No es imposible, pero casi.

Lo que defiende el fiscal entonces es que acá un esposo le encargó a un hombre sin ninguna experiencia criminal el asesinato de su esposa. ¿Por qué lo hizo? Dice el fiscal, con razón, que el matrimonio que a la distancia parecía perfecto, visto de cerca era cualquier cosa menos eso. Pero, claro, ¿qué matrimonio lo es?

¿No sería más fácil, le pregunté al fiscal en su oficina, divorciarse de alguien antes de mandarla a matar? Aprovechando que creía haber encontrado un hoyo en su lógica de pensamiento, le insistí, mientras él, en su compostura eterna, solo me miraba de vuelta: ¿no estaríamos llenos de homicidios por encargo si cada marido infeliz, con ganas de volver a tener una vida sin pareja, operara bajo esos criterios? Y fui un poco más allá: "¿No ha tenido usted problemas con su mujer? ¿La ha mandado a matar? ¿Lo ha evaluado? ¿Ah? No se escabulla".

Sonriendo, sepultó mi tesis en tres palabras:

–No soy Jaime Anguita.

Fueron cuatro palabras. Y después dijo:

–Y tampoco tengo la misma relación que el imputado tiene con sus hijas.

No estoy preparado para hablar de eso aún.

Sigamos la línea del fiscal. Anguita, aburrido, molesto con una mujer que parecía ser cualquier cosa menos molesta, lo decidió: se iba a deshacer de ella. ¿Es una decisión que se toma de golpe o se va macerando de a poco? ¿La miras al otro lado de la cama y piensas: qué bueno sería si no estuviese? Y, ya ingresada esa idea al circuito de pensamientos, ¿no se puede sacar? ¿Está uno condenado a matar?

Y si así hubiese sido, conseguir un asesino a sangre fría no es como conseguir un gásfiter, que ya es bastante difícil. He visto a los

amigos de Anguita, parecen gente tranquila, puestos en la extraña circunstancia de escuchar este tipo de cosas sobre alguien que conocen hace veinte años, pero no se ven capaces de dar el dato de un ejecutador confiable. No es un tema que se pueda guglear, tampoco. Trata:

“Necesito sic…”

La paleta de opciones del buscador se abre hacia abajo.

“Necesito sicario urgente”

“Necesito sicario en Lima”

“Necesito sicario en Quito”

La cuarta alternativa prueba que algunos algoritmos funcionan:

“Necesito sicólogo”

Lo digito yo entonces: necesito sicario en Chile. El panorama es más funcional del que imaginé: primero me aparece una “noticia” de un canal de televisión que dice que en la *deep web* se puede conseguir uno por 50 millones de pesos. Descarto la opción, para mí por falta de fondos, pero también para Anguita, en el condicional de que hubiese estado también frente al computador: pese a tener a su cargo centrales hidroeléctricas, el 2010 se complicaba como usuario de Facebook, no lo veo entrando a la red profunda, por mucha necesidad que afrontara. Y la tarifa que según el fiscal estaba dispuesto a invertir era un diez por ciento de esa cifra. Siempre fue un hombre muy cauto con sus gastos.

Más abajo en el buscador, en un blog, alguien pide ayuda: “Necesito un trabajo urgente en Ecuador. Escribirme por favor a esta dirección: jorholguin@gmail.com. Gracias, es urgente”. Un tal Luis González responde: “Seriedad y profesionalismo nos avalan, limpieza, efectividad y sin rastro alguno, acabamos con quien quieras: niños, adolescentes, adultos, empresarios, periodistas, policías, etc. Tiempo para el trabajo? 7 DÍAS MÁXIMO (si tienes los datos, de lo contrario 10 días). Costo? Depende del objetivo. Trato y negociación? Telefónica desde el primer día si así lo quieres.

Personal no, por seguridad del cliente, a ecepcion (sic) que el cliente quiera estar presente en el momento. Cómo lo hacemos? Como tú pidas, desde un accidente, ejecución, ajuste de cuentas, suicidio, ect (sic)".

Eccetera, ah las posibilidades… El servicio, ortografía de lado, está más a la mano de lo que parece. Si agrego "Puerto Varas" a la búsqueda –espero que nadie esté rastreando el historial del computador: guarda este correo de todas formas–, todas las referencias son posteriores a este caso: al hombre calvo de acá al frente y su trabajo en el Parque Stocker.

El fiscal, al respecto, me habla de dos mundos: el ideal y el real. En el ideal, al que él cree que aspiran los abogados de Anguita, habría un contrato de sicariato, un papel firmado ante notario que explicite los deberes y derechos del acuerdo criminal y que se pudiese presentar ante los jueces en una bolsa de plástico transparente, la clase de prueba que arranca una exclamación en el público presente y un aquí se acabó esto. Ese contrato ideal incluiría: 1. Pago contra prestación de servicios. 2. Cheques a 30, 60 y 90 días. 3. Sin reembolso. 4. ¿Desaparición del cuerpo se negocia por separado?

Pero en el mundo real, dice él, las cosas son lo que son: hay un estándar de cosas esperables y un estándar de cosas exigibles. Yo asentí, fingiendo que entendía, y dejé su oficina con un halo de certeza, de haber recibido una gran lección. Pero caminé cerro arriba, en el único día con sol que he visto desde que llegué a Puerto Varas, tratando de comprender lo que me había querido decir. ¿No puedo esperar un contrato de sicariato y los jueces tampoco pueden exigir uno? ¿Puedo esperar una prueba concreta que una a un sicario con su empleador? ¿La deben exigir los jueces? Hay un punto ahí: un acuerdo así es de naturaleza secreta, porque, de hacerse público, de dejar rastros, ambos involucrados caen enlazados. Aspirar a eso es como aspirar a encontrar registro del pago de impuestos en una coima.

Y aquí están, separados por un gendarme, sin mirarse, ni saludarse. Parecen dos desconocidos a los que el azar puso del mismo lado, como si fuera una casualidad menor, como sentarse al lado de alguien en la micro de vuelta del trabajo a la casa y contar los

paraderos para bajarse y no ver el uno al otro nunca más. Lo normal, en el mapa social de Chile, hubiese sido encontrarlos en sectores opuestos: el obrero pobre de Puerto Montt, el patrón rico de Puerto Varas.

Pero el fiscal dice que se pusieron de acuerdo y que esa mañana de 29 de junio de 2010 el sicario entró, mató a Viviana Haeger y escondió su cuerpo en la buhardilla. Yo pregunto: ¿por qué esconderla ahí? Y el fiscal contrapregunta: si hubiese sido un robo de rutina que salió mal, ¿cuál es el sentido de perder valiosos quince minutos de huida ingresando el cadáver ahí?

Sigo al fiscal. El sicario salió del Parque Stocker, tomó una micro, con el trabajo cumplido. Se debe haber ido él mismo sentado al lado de un desconocido, que nunca se imaginó que rozaba rodillas con un hombre que venía de matar.

Todo eso es posible, pero, ¿y la llamada del cibercafé?

En fin. De vuelta a la derecha de la sala. Los Haeger, hace siete años, cuando se convencieron de que su cuñado y vecino era un asesino, contrataron a un abogado, para tener acceso a los detalles de la investigación y para pedir ellos mismos diligencias, desconfiando de lo que consideraban una pasividad dolosa de Anguita. Ese abogado, que había defendido antes a Manuel Contreras, duró poco: venía del sistema antiguo de justicia y perdió la confianza de los hermanos Haeger cuando solicitó una pericia que quizás podía ser útil pero carecía de tino dadas las circunstancias: encerrar en la buhardilla el cadáver de un chancho para comparar su nivel de descomposición con el de Viviana Haeger.

Su reemplazante fue un ex fiscal, Sergio Coronado, que no insistió con lo del animal, pero hizo cualquier otra cosa que te puedas imaginar. Sería justo decir que llegamos hasta acá por él; para bien o para mal, según de qué lado estés sentado. Sobre Coronado, basta decir ahora que defiende los mismos principios del fiscal, pero con un discurso mucho más vehemente: fue el de la cita de Shakespeare el día uno. Tiene una historia fascinante, pero no creo que sea el momento de contarla, nos distraería de su posición, que está fundamentada en un antiguo axioma criminalístico: así como se

supone que cualquier historia narrada es una derivación de siete tramas iniciales, cualquier homicidio, cita él, tiene su origen en alguna de estas cuatro causales: la sexual, la cobertura de un crimen previo, el lucro y el conflicto.

A Viviana Haeger no la violaron: su cuerpo no presentaba ningún indicio de ataque sexual.

Hasta donde se sabe, Viviana Haeger no había sido testigo de ningún otro delito de gravedad, por lo que nadie querría asesinarla para silenciarla.

Había, esa mañana, en la casa de los Haeger cosas de mayor valor que las que el asesino se llevó.

Queda el conflicto. ¿Tenía un problema grave con alguien Viviana Haeger al momento de su muerte? Ninguno del que ella se hubiese quejado. Su escasa vida social no daba para forjar enemigos. Pero eso, dice Coronado, no basta para descartarlo como móvil: uno puede tener conflictos con alguien incluso sin saberlo. Yo te puedo odiar profundamente, desearte lo peor, conspirar mentalmente en tu contra y tú podrías ni darte por enterado. Llevaré desde ahora la lista, para agilizar cualquier posible investigación a futuro. Número de personas que me podrían querer ver morir a agosto de 2017, al momento de empezar a escribirte: cuatro.

Del abogado que cierra la parte acusadora, extrañamente representando a Vivian, Andrés Firmani, me habían advertido que se trataba de un tipo capaz, de personalidad florida, pero llevo días sin detectarle esa última parte, más allá del deportivo negro en el que llega cada mañana al juzgado. Fue defensor público varios años, lo que asegura un nivel alto de litigación, forjada por años en la moledera de carne del sistema judicial chileno, esa que le ofrece un abogado a los acusados que no pueden contratar uno. Ahí, como defensor, conoces a un imputado, hablas cinco palabras con él y sales a argumentar a su favor frente al juez. Así varias veces al día, cinco días a la semana y 48 semanas al año, si es que tomas vacaciones.

A Firmani ser defensor público le entregó, pensaba mientras hablaba con él hace una semana, dos herramientas que le serán

muy útiles en esta sala: la capacidad de abstraerse del marco general de una historia para concentrarse en detalles contradictorios, y un sano descaro para defender posiciones factibles pero altamente improbables.

Él, para empezar, dice que el sicario no es un sicario, sino un hombre en apuros económicos, un improvisador, que, estando sin trabajo, un día se levantó con ganas de tomar una micro hacia Puerto Varas, entrar al Parque Stocker, iniciar una conversación casual con Viviana Haeger y terminar matándola, luego de que algo saliera mal y no digo saliera fuera de lo planificado porque en este caso ese plan no existió. No conozco un policía que adhiera a esta teoría de robo con homicidio, y conozco a varios, pero Firmani lleva defendiéndola, sin que nadie le preste demasiada atención, casi un año, desde el momento en que Vivian Anguita lo contratara, nadie sabe bien con qué plata, para que la represente en calidad de víctima y hacer así contrapeso al ímpetu de los Haeger por ver a su papá preso.

La situación es extraña y algunos abogados de la zona me dicen, se supone que con el fin de ayudarme a "leer" la sala, que bordea la prevaricación, o sea, cuando un abogado defiende los intereses contrarios a su cliente, entendiendo que Firmani es del bloque acusador y cada una de sus intervenciones apunta a la inocencia de Anguita: actúa, desde el otro lado de sala, como un segundo defensor, cosa, que como todo acá, es discutible. Las dudas sobre el financiamiento de su trabajo y la utilidad de su teoría para Anguita son argumentos sólidos, pero su clienta, por las razones que sean, no cree o no quiere creer que su padre mató a su madre y eso es lo que empuja su abogado. ¿Qué más iba a hacer ella? ¿Creerle a un asesino confeso al que recién conoce antes que a su papá? ¿Ver cómo, con un Anguita condenado, se tendría que transformar, sin quererlo y sin pedirlo, en la encargada de terminar de criar a su hermana menor?

No son preguntas retóricas, de verdad me gustaría saber las respuestas, pero ella ya me advirtió que no me las contestará: sin ser parte de su lista de enemigos, espero, me incluyó en otra lista: la de personas que no están del lado de su padre, no entiendo bien por qué, aunque me lo imagino. El rol del espectador neutro –gracias,

fiscal– será factible en el mundo ideal, pero imposible en el real. Esto no es una obra de teatro: hay cabezas en juego y los protagonistas no esperan objetividad, esperan acciones funcionales a sus causas. ¿Estás con nosotros o contra nosotros? Y yo sospecho saber dónde estoy a las 10 de la mañana, pero a las cinco de la tarde puedo estar en el otro lado. Y cuando el juicio pase, sin importar lo profundo de la inmersión, sin importar las veces que pueda repetir que me importa la justicia, voy a estar en mi casa, entre la pieza y la cocina, esperando ser conmovido por otra cosa. Es la verdad de la que nadie habla acá, pero que pende del cielo de la sala, como un candelabro, mientras los periodistas de televisión fuman afuera para pasar el frío: las desgracias como entretención.

La única forma de que no te exijan tomar parte es cuando hay poco que perder. Para el defensor del sicario pudo ser también el caso de su vida, si es que su representado no hubiese confesado en todas las instancias posibles –menos el juicio– lo que hizo. Y sin la épica del "bombazo", sin poder absolver a alguien a quien todos dan por culpable, a él le queda participar del juicio casi como garante de que a nadie se le pase la mano con su defendido. Defensa técnica, le llaman: no dice que el sicario es inocente, dice que él ya hizo su parte en la resolución del caso –declaró que había asesinado por encargo– y le corresponde a otros probarlo. Y si no pueden, pues bien: un asesino, o dos quizás, caminarán libres a la puerta del juzgado. No sería la primera ni la última vez.

Ese sería, también, el escenario ideal para los abogados de Anguita. Es como han planeado esta guerra: defendiéndose desde la periferia de la ciudad y no desde la torre de la iglesia de la plaza de armas, porque saben, por lógica, que el sicario es el primer puente y piensan defenderlo de pasada; si el sicario no cometió ningún asesinato, no hubo ningún encargo. Y si no hubo ningún encargo, Anguita es un ciudadano enredado en un malentendido descomunal al que todos los que estamos acá deberíamos pedirle disculpas uno a uno, en fila, mirándolo a sus ahora ojos de inocente.

Si no hay sicario, no hay encargo y no hay marido homicida. Queda por tachar el último problema: hubo un cuerpo en una buhardilla. Es ese, ahora que lo pienso, el primer puente de la defensa de Anguita, levantado a palos, con cholguán, que aguanta solo el paso

de bicicletas: que efectivamente acá no hubo ningún homicidio y que una investigación así de desastrosa no nos puede entregar ni siquiera la más mínima de las certezas: que alguien mató a alguien.

A veces pienso que soy yo: miro alrededor cuando escucho estas cosas, esperando que los asistentes hagan lo mismo que hacen las barras bravas cuando algo les disgusta: rompen los asientos del estadio y los lanzan a la cancha, le peguen a quien le peguen. O en pos de la civilidad, hacer lo que se hace en el cine. Uno ingresa a ver una película con la voluntad de aceptar las reglas mínimas que exige la experiencia: nada de lo que va a ver pasó realmente, son actores, son sets, son guiones, son lentes, es iluminación. Y está bien, uno se sienta y ve los minutos pasar sabiendo que los dinosaurios no han podido ser genéticamente revividos, que la criptonita no existe y que los robots no tienen sentimientos, pero sigue ahí como parte del pacto entre cineasta y espectador. Pero, cuando la trama se estira tanto y atenta contra su propia lógica, cuando alguien dice que no hay homicidio a un metro de distancia del asesino confeso, sucede: el pacto se rompe y quedan tres caminos posibles: reírse lo que resta, dormir o irse de la sala. He pensado en las tres.

Los defensores de Anguita son fanáticos del cine, conocen ese riesgo, pero tienen una ventaja o desventaja técnica, en serio, ya ni sé: no pueden probar en negativo. O sea, si la fiscalía tiene problemas para probar el encargo homicida, ellos tienen aún más problemas para probar que Anguita no contactó y no le pagó al sicario para matar a su mujer. Parece un tema lingüístico, pero no lo es: un elemento, una coartada sólida, hubiese bastado para ni siquiera llegar al juicio. Pero proponer una historia paralela, lógica, tampoco les corresponde: mundo real, mundo ideal.

Entonces, hay que armarla con los pedazos que están a la mano. Anguita salió de su casa temprano, dejó a las hijas, trabajó toda la mañana, fue el centro de Puerto Montt a hacer trámites, hasta que su hija le dice primero que su mamá no la fue a buscar y, luego, que no estaba en la casa del Parque Stocker. Y él reaccionó como pudo. Y después todos lo comenzaron a mirar como sospechoso. Y su vida, como la conocía, se acabó. El propio Anguita, dicen sus abogados, quiere saber qué pasó, quiere respuestas porque tiene preguntas.

Esta es la mejor de todas: ¿y la llamada desde el cibercafé? ¿Quién la hizo? ¿Qué le dijeron? ¿Por qué Anguita cortó? ¿O le cortaron?

Como ves, siempre termino escribiendo de la llamada.

IV
Viviana y Midori

Ya que insististe tanto, bueno, veamos qué tenía en la cabeza Viviana Haeger antes de morir.

Play.

Fondo negro en la pantalla.

Se imprime, en letras blancas: *Heaven's Burning*.

Una producción de: Australian film finance corporation.

Presents a Criag Lahiff/ duo Art production.

Con:

Russell Crowe

Y

Youki Kudoh

La pantalla muestra la pupila de una mujer. Se abre el plano y se le ve el resto de la cara a Midori –Youki Kudoh– mientras mira por la ventana de un auto en movimiento. Letras de neón en japonés se reflejan el vidrio. No sé qué dicen: esta copia descargada no viene con subtítulos.

Midori llega a un hotel. Es curioso: en el auto era de noche, ahora, cuando se baja, es de día, atardecer a lo sumo. Ella va con un peluche en la mano. Su esposo, también japonés, con lentes, se baja detrás de ella, sonriendo. No es una entrada de villano.

No sé si Midori está paranoica o realmente le pasa algo. Se ve

angustiada, mira alrededor constantemente. Primero a una pianista negra, luego a dos hombres caucásicos que atienden el mesón del hotel. Uno de ellos recibe una llamada telefónica y tras unos segundos mira a Midori, intrigante. Es un código universal para las conspiraciones. El hombre entonces cuelga y camina directo hacia Midori, pero cuando pareciese que le va a hablar, le pasa por el lado sin decirle nada. Era paranoia.

El esposo vuelve a escena. Ella lo abraza, pero al mismo tiempo mira fijamente hacia una cámara de seguridad dispuesta en el lobby. La película es de 1997; no sabía que eran tan comunes las cámaras de seguridad en ese entonces, quizás es porque sea Australia, el primer mundo. En el centro de Puerto Montt, 13 años después, ninguna funcionó para registrar la salida del sicario desde el cibercafé. ¿Quién es el paranoico ahora?

Midori y su marido cenan en el restaurant del hotel. La comida se ve buena, una banda está tocando, pero ella insiste con su cara de preocupación: quizás debiese relajarse, dejar los enojos para después de la luna de miel.

OK, hablan en japonés. El marido es un hombre bien parecido, de pelo enlacado, partidura a la derecha, unos cinco años mayor que ella.

Todo esto que te cuento pasó en cuatro minutos. Voy a tener que resumir más.

A la salida de restaurant el marido se encuentra con unos hombres de negocios. Reverencias de ida, reverencias de vuelta. No conozco tanto a Midori, pero se ve incómoda en ese ambiente.

Asumo que lo dejó ahí, hablando cosas de hombres, porque tras el corte aparece subiéndose a un ascensor y con la misma música intrigante de fondo que cuando miró a la cámara de seguridad en el lobby. Quizá ella es la villana.

Midori entra a la habitación. El director de arte no entendió el concepto de súper lujo que la situación requería.

El marido, corbata aflojada, entra también a la pieza. Llama a

Midori con candor. La música de nuevo. Es oficial: Midori no está. Pero en el piso está el peluche, que es un canguro, con dos banderas australianas.

Aparece la policía australiana y con ellos el inglés. Este marido tendrá que responder una cosa o dos.

Los policías van a revisar las cámaras de seguridad del hotel y se encuentran a Midori mirando fijo a una. Tendría que ser una de las casualidades que Anguita jura que existen: ella ahí, chequeando las cámaras, el mismo día que alguien la secuestra.

El manager del hotel lo confirma: los secuestradores llamaron pidiendo plata. Extrañamente, en la película no les cortaron, sino que escucharon lo que tenían que decir.

Le informan de todo eso al marido, que no muestra emoción mientras escucha. Ergo: debe ser culpable de algo. Ya hay cosas que me empiezan a dar escalofríos, como esta: el policía le pregunta al marido:

–¿Por qué querrían secuestrar a su mujer?

Detengan todo: Midori vuelve a escena. La misma cara compungida, pero con el maquillaje corrido. Ha llorado y los villanos no lloran, no tan luego en la película. Midori va a marcar el teléfono cuando, convenientemente, en la televisión de la pieza, como siempre pasa en estos casos, están pasando la noticia de su secuestro. En el reportaje, el marido recurre a otro clásico del género de secuestros: le habla a la cámara, rogándole a los captores de Midori que la liberen. Ni Anguita se atrevió a tanto.

La policía aparece en esa pieza, pero Midori ya no está: la ventana del baño está abierta, como si hubiese escapado por ahí. ¿Sabes qué sería chistoso? Que los policías encontraran un peluche de canguro en cada lugar al que van, pero esta no parece ser ese tipo de película. Sí encuentran su anillo de matrimonio, ahí, olvidado.

Un policía llega con una lista de llamados hecha por Midori los últimos días. Hay varios a un mismo número en Tokio que corresponde al ex jefe de Midori, con quien ella tenía, además, un

amorío. No voy a seguir subrayándote las semejanzas. Se lo cuentan al marido. Pareciera que estos policías gozan torturándolo.

El marido y un ayudante discuten acaloradamente en japonés. Acá sí creo que me estoy perdiendo algo relevante. Suena el teléfono, es Midori, que está llamando desde un teléfono público. Pero contesta el ayudante, y a ella le da lata hablar con los payasos: quiere al jefe del circo. Me intriga qué plan tiene: ¿exigir ella misma su rescate?

Finalmente aparece Russell Crowe, al minuto trece de metraje. Tiene un look rockabilly, con patillas y un jopo. Lo llevan a un patio trasero de una casa en un barrial supuestamente peligroso, donde unos malandrines tienen a un chancho muerto colgado de los pies. La situación es así: alguien recomendó a Crowe para una ilegalidad y él acepta porque anda corto de plata. El que está destripando al chancho le dice que si lo decepciona, va a tener que matarlo. Russell Crowe, entonces, tiene una misión.

La misión: manejar el auto en un asalto a un banco. Los malandrines se encapuchan. Adentro del banco, mira tú, está Midori, en la fila de clientes. Hay cola, pero tiene más paciencia que Anguita. Los malandrines sacan las pistolas, justo en el momento en que van a atender a Midori. Hay gran sentido de coincidencia en las producciones australianas.

Si tuve un tono crítico con la película hasta acá, me arrepiento, porque pocas veces había visto una escena de asalto de este nivel de brutalidad: en un punto un ejecutivo aprieta el botón de una habitación de pánico y entonces una bóveda emerge desde el suelo, pero en vez de salvar al ejecutivo, lo aplasta contra el techo del edificio. Al lado de esto, mis notas te empezarán a parecer muy aburridas.

La policía llega afuera. Los malandrines toman como rehén a Midori y la suben en el asiento trasero del auto. Russell Crowe maneja bien; sale humo de las llantas, al partir. La policía intenta detenerlos a balazos, pero solo logran que un peatón inocente reciba una en la cabeza.

El auto llega a un peladero. Los malandrines estiman que hay que matar a Midori. A Russell Crowe no le parece esa idea, pero está en

minoría. Entonces Midori está al lado de un río, de rodillas, a punto de ser ajusticiada. Me gustaría saber qué pensó la PDI cuando llegó a esta parte. ¿Buscando ríos cercanos a Puerto Varas?

Suena una bala, pero es de la pistola de Russell Crowe, que mandó a mejor vida al malandrín más porfiado con la idea de matar a Midori: el mundo no lo extrañará. Bala al brazo del otro malandrín, que estaba bastante molesto, porque el malandrín abatido era su hermano.

Russell Crowe lleva a Midori de vuelta al auto. Ojalá su primera conversación sea en inglés, porque ella tiene bastante que explicar: qué curioso que haya estado involucrada en un falso secuestro, en un asalto de banco, en un secuestro verdadero y en un asesinato.

Russell Crowe llama a los malandrines, que están furiosos con él. No entiendo qué busca llamando a los familiares de alguien a quien acaba de matar. Primera vez que escucho algo semejante. Bueno, no: segunda.

Tras el llamado, Russell Crowe manda a Midori a comprarle una hamburguesa, pero no es hambre lo que tiene: planea algo, robarse un auto, si tuviera que adelantarme. Era: lo pilla un camionero y le da una buena zurra. Justo antes de que lo maten, Midori llega con un fierro y le da al camionero en la cabeza. Listo: están a mano. Sexto crimen en dos días para Midori.

En una especie de galpón, Midori le cura unas heridas a Russell Crowe, lo que universalmente se entiende como que tendrán sexo más temprano que tarde. Antes, Midori le dice que sus padres querían que se casara, pero ella no. Y que en Japón te crían para una cosa, aunque tú realmente quieras otra. Veo nítida la conexión entre nuestras dos protagonistas.

Midori pregunta:

–¿Qué hacemos ahora? ¿Seguimos arrancando?

–No sin plata.

–Yo sé cómo conseguir plata.

–¿Dónde?

–En un banco.

Russell Crowe dice que él ya terminó con los bancos.

Pero parece que Midori es muy convincente, porque la escena siguiente Russell Crowe la tiene como falsa rehén en otro banco que asaltan.

Los policías llegan a la casa de los malandrines. ¿Cómo? Por el malandrín muerto, enchúfate. Pero estos son unos malandrines de códigos: no entregan a Crowe, básicamente porque quieren matarlo ellos, una cosa personal.

Russell Crowe ya está de mejor ánimo. Se pone a regatear el precio de un auto usado, un sedán cómodo. Quizás esté pensando en sentar cabeza, dejar toda la épica de rebelde detrás y tener una familia con Midori, que aprovechó el tiempo para cambiar de look: unos shorts cortísimos de jeans y un teñido rubio y corte de pelo a lo Lady Di.

El marido de Midori no lo pasa tan bien; se grita en japonés dos minutos con unos de los hombres de negocios, mientras manipula una pistola. Se pone a observar el arma, a acariciarla, como si ahí estuviese la respuesta a todos sus problemas. Esto no lo vi venir: mientras estaba en eso, se le escapa un disparo que le revienta los sesos al hombre de negocios. Tras eso va al baño a raparse la cabeza: a esta gente le importa mucho su pelo. Después lo vemos afuera, montado en una Harley Davidson y con una chaqueta de cuero negro. Tampoco son sutiles para disfrazarse.

Así las cosas, si he entendido bien, hay tres fuerzas detrás de Midori y Russell Crowe: los policías, los malandrines y el ahora motociclista. Esto no tiene cómo terminar bien.

La nueva pareja se aloja en un motel de un pueblucho. Russell Crowe es un caballero: pide camas separadas. Midori se siente viva en su nueva vida de asaltos de bancos y yo creo que no está para castidades: dice, de una cama a otra, que a ella él le gusta mucho y le pregunta si es recíproco. Russell Crowe dice que sí, pero no se le mueve un pelo. Entonces Midori hace un berrinche, bastante pasivo

agresivo: emprende un monólogo cuya idea central es que ella le trae mala suerte a todo el mundo que la conoce. Espero que Russell Crowe lea la manipulación: dejar a tu marido y amante para unirte al mundo criminal no es precisamente una jugarreta del destino, sino más bien una elección moral.

¿Qué le habrá tocado de esto a Viviana Haeger?

Los malandrines llegan primero al motel, pero en la pieza solo está Russell Crowe, afeitándose. Uno de los malandrines, padre del fallecido, mientras le embute la pistola a Crowe en la boca, suelta su *backstory*: es de Afganistán y trabajaba para los rusos torturando. No sé si es verdad, pero es un discurso intimidante. El aura rockabilly de Crowe se diluye en el pánico. Una salida sería que Midori vuelva y lo rescate, pero pecaría de un poco trillado. No creo que se atrevan.

A Russell Crowe le están clavando ambas manos a un escritorio. Como a Jesús, pero sentado. Así se lo encuentra Midori, cuando llega de una tienda de ropa usada. Crowe aprovecha la entrada sorpresa para desclavarse, sacar una pistola de un cajón y despacharse a los dos malandrines.

La policía, en su estilo, llega justo después, a limpiar las alfombras manchadas de sangre.

Crowe, sin pasar por el hospital para verse esas heridas, o echarse un poco de povidona que sea, va a una granja a ver a su papá, un criador de canguros, se supone a esconderse, aunque parece más la presentación familiar de su nueva polola.

Adentro de la casa, ya de noche, Russell Crowe tiene problemas para sacarse la ropa antes de dormir. No es de curado, es por la crucifixión que está dos párrafos más arriba. Midori decide ayudarlo, montándosele encima, en un movimiento pensado para sacarle los pantalones, pero que termina con ella amarrándole las manos detrás de la cabeza con una sábana. Hasta acá duró la tensión sexual: una hora y siete minutos.

En la mañana los dos se van a la playa y dejan, sin saber, al papá de Russell Crowe a merced del marido motociclista, que llega a la

granja unas horitas tarde. Para aprovechar el viaje, ahoga al papá de Russell Crowe en un charco de barro. Tras eso recibe un poco de karma por sus fechorías: se le atraviesa un canguro cuando iba a toda velocidad en la carretera en su moto, ahora destruida. Un par de surfistas lo recogen y prometen llevarlo a la costa a cambio de algo, no me queda muy claro qué.

Mientras tanto en la playa: Russell Crowe y Midori, que no conocen de estrés postraumático, van a un baile de primavera, en ropa de gala. ¿Por qué? Qué sé yo, no escribí la película, pero parece un buen escenario para una matanza final: una carpa, luz de luna, música de los años 50.

Midori no conoce de reglas: la saca a bailar otro galán y dice que sí. Russell Crowe, que a la fecha ha matado a tres personas por ella y perdido la movilidad de sus dos manos, se toma una cerveza al seco y se pone a conversar con una mujer de unos 30 años, australiana. Es un juego perverso: se miran a la distancia abrazados a otras personas, porque me imagino que quedaron adictos a la adrenalina de los bancos y a matar gente. Cuando finalmente bailan juntos, ya es de día, la hora mundial de devolverse a la casa. Pero afuera al salir está el esposo, quien, cómo no, obligó a pistolazos a los surfistas a ir a la fiesta. Sin preámbulo, paffff: balazo al pecho de Russell Crowe. Midori busca un arma en el auto y le dispara a su marido, que, antes de morir, se da el último gusto: balazo para ella.

Midori y Russell Crowe, sangrando, parten entonces hacia el mar, violando todas las reglas de tránsito que se te puedan ocurrir. Detrás de ellos van los policías, con la baliza sonando. Los prófugos se meten a la arena misma, donde finalmente vuelcan espectacularmente y su auto empieza a incendiarse. Midori, antes de prenderse fuego, se pinta los labios con la sangre de Russell Crowe. No sé si significará algo, pero extrañamente es un lindo final: ambos se ven en paz.

V
Una relación para procrear

Anoche, desvelado, esperando el quejido de los pajarracos negros, sentí el picor de la finitud: ¿cuántas formas hay de contar esta historia? Está Anguita, está Viviana, está el sicario. ¿De cuántas maneras se pueden mezclar?

Esperé que fuera una hora decente y le escribí a un amigo guionista, con el que no me preocupa parecer un inculto, preguntándole si le sonaba una teoría de la narrativa que limitaba y ordenaba las posibilidades en que las historias se pueden desarrollar. Casi de inmediato me respondió que sí, que la teoría de las “siete tramas” me puede ayudar, aunque “en realidad son nueve”.

Mi amigo me preguntó a qué venía la duda, le inventé algo, y me fui derecho a la lista.

1. Venciendo al monstruo: el personaje principal tiene que sobreponerse a un antagonista, muchas veces diabólico, aprendiendo una lección sobre sí mismo en la lucha.

2. Buscando riquezas: el personaje, pobre, lucha por hacerse poderoso y/o un personaje poderoso se hace pobre y lucha para volver a ser poderoso, aprendiendo una valiosa lección sobre sí mismo en el camino.

3. La travesía: el personaje y sus acompañantes inician un viaje a una locación, enfrentando dificultades y tentaciones en la ruta, al tiempo que aprenden una valiosa lección sobre ellos mismos.

4. El retorno: el personaje debe ir a una tierra extraña para detener una amenaza inminente y luego vuelve con muchas experiencias y lecciones aprendidas sobre sí mismo.

5. La comedia: el personaje, esta vez liviano de ánimo, se ve envuelto en una serie de confusas situaciones, hasta dar con un

evento que le simplifica la visión de la vida, le provee un final feliz y le enseña, entre sonrisas, una valiosa lección sobre sí mismo.

6. Tragedia: el personaje tiene un gran defecto de carácter o ha cometido un error que tiene que corregir. En ambas alternativas, el protagonista es básicamente una buena persona, con lecciones sobre sí mismo por aprender.

7. Renacer: acá, ya sin decoración, el personaje aprende lecciones sobre él mismo.

¿Quién sería Anguita? ¿Es su monstruo el sicario o el fiscal? Ciertamente, pagando estos abogados, se está haciendo pobre. Anduvo en Alemania, tierra extraña para él al menos, visitando a su hija hace unos años y volvió aunque no pudo detener la amenaza inminente que pendía sobre él.

–Mañana se viene bueno –me dijo un miembro del equipo de la fiscalía ayer, casi disculpándose por lo lento que había sido el inicio del juicio, confirmándome lo que ya venía sospechando: muy poca gente en la sala se resta del sentido del espectáculo.

Hoy el tema es un defecto de carácter de Anguita. Temprano en la jornada, una amiga de Viviana Haeger lo introdujo tibiamente, rozándolo, insinuándolo. No calificó como el show que me prometieron.

Son las 10.47. Los gendarmes traen de vuelta a Anguita, siempre esposado. Yo sigo en la primera fila de asientos detrás de él y me siento cómodo, ya es mi lugar. Él trae su tenida ya tradicional, podría apostar, aunque se tienden a parecer mucho unas con otras; reinan los tonos tierra. Su pelo ha crecido unos milímetros, un poco disparejo, y que lo note es la prueba de que quizás he pasado ya demasiado tiempo acá. Justo antes de sentarse, Anguita mira hacia atrás y levanta la mano. Me doy vuelta: no hay cámaras, ni periodistas ni familiares. ¿Será a mí al que saluda? Le respondo el saludo, con un leve movimiento de cabeza y con un ojo en los Haeger, para resguardar los equilibrios. Otra buena señal.

–Se solicita la presencia de la testigo número 75 –dice el fiscal–. Doña…

Anguita se ve inquieto y la jueza advierte que el nombre de la persona que va a declarar no puede ser reproducido fuera de la sala, en medios de comunicación. El experimentado cronista de *El Llanquihue* refunfuña a mi lado: lleva días ya sin poder publicar las partes más decidoras del juicio y, dice, es absurdo: él mismo ha entrevistado antes a algunos de los testigos, ha publicado una decena de veces sus nombres. Entiendo la lógica la norma: en un país donde la mayoría de los ciudadanos prefiere pasar una tarde entera en un taco antes que ir a un juicio, hay que darles el mínimo de tranquilidad. Además está el tema práctico: los testigos no deberían saber lo que declararon los otros antes de ellos. A la norma le falta actualización, eso seguro: ¿podría alguien mencionar a la testigo en su blog? ¿Puedo yo mencionártela a ti? Estoy bastante seguro de que sí. Pero, para el caso, no hay gran diferencia: digámosle "la amante de Anguita". Sé que eso bastó para despertarte.

–¿Edad? –pregunta el fiscal.

–51 años.

–¿Nacionalidad?

–Chilena.

–¿Ocupación?

–Ahora dueña de casa.

Había leído sobre ella. Fue el cuchicheo del primer equipo de policías que vio el caso y tenía ganas de ponerle cara a sus historias, pero la amante de Anguita aparece en el estrado caracterizada con ropa y una peluca rescatada de una teleserie de 1983. Pensar que hay alguien cuyo trabajo es ese; con tres prendas, cuatro lentes y unos pelos sintéticos crear nuevas identidades que no den risa. Traté de ver debajo de eso, pero no tenía punto de referencia para evaluar el disfraz. Muy poca gente en la sala la conocía en persona, así es que tampoco pudieron ayudarme a valorar la labor de ese profesional del disfraz.

El defecto de carácter que se va a discutir largo hoy es de tipo

sexual. Con eso te agarré de un pulmón. Podría escribir siete páginas sobre la nobleza de las maderas de las que está revestida esta sala y las leerías solo para llegar al tema de cama.

Jaime Anguita conoció a la testigo, su futura amante, el año 1985, así que quizás el disfraz sí era de época, cuando una amiga suya se la presentó en Puerto Montt. Ella vivía en Hornopirén, a cien kilómetros de la ciudad, y Anguita, soltero en ese tiempo, trabajaba en el Ministerio de Obras Públicas y tenía una faena en el mismo pueblo, así es que se ofreció a llevarla en camioneta. Anguita, no te creas, pese a todo, es un buen conversador. Alguna buena impresión tuvo que haber causado en el viaje, porque al poco tiempo ya estaban pololeando, pese a los diez años que los separaban.

La relación floreció en Hornopirén, un lugar de postales, rodeado de volcanes, comienzo de la Carretera Austral.

Cuando Viviana Haeger llevaba dos semanas desaparecida, un equipo de policías se sentó frente a a la amante de Anguita y le preguntó si recordaba, sobre esos años, cualquier detalle atípico sobre él. Ella contó que cuando ya llevaban unas semanas juntos, Anguita finalmente la invitó a pasar una noche en una cabañas que el MOP tenía para sus funcionarios en el camino a Ensenada. Ella iba en el liceo y tenía bastantes ansias de iniciar formalmente su andar sexual. Anguita, entonces, la llevó hasta un dormitorio, la ubicó sobre una cama, o bien puede ella misma haberse alistado, pero Anguita le dio un beso en la frente y se fue a dormir a la pieza del lado. Ella, mirando el techo de madera, evaluó las posibilidades ante un desaire así: podía ser que no le gustara realmente a su pololo, cosa poco probable teniendo en cuenta que llevaban ya un tiempo y él la había invitado a pasar la noche. O bien, dice ella, se trataba de un hombre extremadamente pacato a la hora de consumar, aunque, poniéndome en el lugar de ella, quizás él debió evaluar esa timidez antes de llevarla a una casa en medio de la nada. Finalmente, y esto no lo dice ella, lo digo yo, tratando de no prejuiciar al siempre prejuiciado precisamente durante un juicio, quizás ella pudo haber dicho una frase, una palabra durante la velada que sacó a Anguita de la atmósfera romántica y le hizo meditar realmente qué estaba haciendo ahí en medio de la noche.

El fiscal pregunta exactamente lo que me estaba preguntando yo.

–¿Tuvieron relaciones más adelante?

–Sí –dice ella.

Yo ya no estoy mirando el disfraz cuando pronuncia esas palabras; estoy concentrado en Anguita, en cómo la mano le tirita a veces, cuando un tema le es incómodo. Y en una sala, con micrófonos corriendo, con tres jueces al frente, discutir la vida sexual de alguien califica como un momento incómodo.

–¿Cómo era el señor Anguita en ese ámbito?

Sí, realmente van a debatir sobre esto. O no.

–Objeción. Es totalmente impertinente del objeto material del juicio –dice la defensa de Anguita.

Por objeto material, creo, se refiere a una muerte, ni siquiera un homicidio según ellos, ocurrida en junio de 2010. La pregunta apunta a una serie de posibles coitos del acusado en algún punto entre 1984 y 1985. Algo me recuerda una de las frases que dijo el fiscal en su oficina, obviamente no diré cual.

–Para nada impertinente –dice el fiscal sin sobresaltarse, pese a que sabe que todo su caso se construye en preguntas de ese tipo–. La pregunta dice relación con los móviles que se dan cuenta, los vínculos que llevaron a Viviana a relacionarse con terceros. Así las cosas, la pregunta no resulta impertinente. La testigo fue ofrecida en el auto de apertura por su vínculo con el acusado, por los hechos percibidos por ella.

La amante de Anguita ve ir y venir argumentos, como en un partido de tenis, con sus anteojos de marco grueso.

–Si la mantención de la pregunta –dice la defensa de Anguita– se sostiene en que el móvil tiene que ver con determinada forma de practicar el sexo, entendí mal todo el auto de apertura. Esas preguntas tienden a caracterizar a una persona en lo más íntimo, que es el sexo.

Es la primera pelea por un tema instalado desde el comienzo de juicio. ¿Importa o no la personalidad de Anguita? A mí, ni que se

diga, es la viga que sostiene toda la casa, lo que hace inclasificable este crimen: no hay nada más atractivo que alguien que hace siempre lo contrario de lo que se espera de él.

Si es relevante para dictar una sentencia, para mandarlo de por vida a la cárcel o dejarlo libre con sus hijas, es otro asunto. Su defensa, claro, cree que no, que este no es lugar para hacer juicios de valor sobre una persona, sino para establecer si encargó o no un crimen. Pero en salas de todo el país, día a día, se hace lo contrario: desfilan peritos perfilando personalidades e informes que, muchas veces, sobre todo en la práctica privada, se tasan al mejor pagador. Capitalismo puro: si la defensa paga, el cliente está apto para reintegrarse a la sociedad, y no solo eso, sino que se va a transformar en un miembro valioso de la misma. Si paga el querellante, se trata de la encarnación del mal en la tierra.

A Anguita le hicieron un peritaje psicológico, ya estando preso, en el Servicio Médico Legal de Temuco. Allá fue trasladado en una van de gendarmería, donde, seguro, iba repasando los tips que los abogados dan antes de someterse al examen.

El examen se le hizo frente a dos peritos pagados por la defensa, sus peritos, que actuaron solo como observadores. Al comienzo a Anguita le mostraron un set de láminas correspondientes al test de Rorschach. En la número siete le preguntaron qué era lo que veía. "Son dos mujeres, se nota que están conversando". Pero, insistieron, ¿qué le dice que están conversando? "Es que es obvio, porque son mujeres".

Ese detalle, que bien pudo ser una broma, desubicada, como la mayoría de las de Anguita, es lo único que podríamos llamar decidor del informe. Te resumo algunas partes:

Rango de coeficiente intelectual: dentro de los rangos de normalidad.

Características de personalidad: adecuado desarrollo de sus capacidades cognitivas, pero se aproxima a la realidad tomando escasos elementos de esta para crear sus percepciones. La incorporación de la información tiende marcadamente a la hipo incorporación. Tiene capacidad de análisis y síntesis; realiza muy pocos esfuerzos en el procesamiento de datos.

Interpretación convencional de los estímulos, acercamiento similar al normal de las personas. En ocasiones la situación se modifica, aflorando rasgos de individualidad del individuo, sin distorsiones perceptivas.

Para soluciones de problemas tiene herramientas emocionales y racionales. Cuando se inclina levemente por las herramientas emocionales, el individuo se muestra indeciso, siendo impredecible, y se paraliza respecto de la toma de decisiones.

Su funcionamiento cognitivo es rígido y posee elementos de infantilismo.

Su capacidad para cuestionar y enjuiciar sus acciones se encuentra con bajo desarrollo.

Área afectiva y de relaciones interpersonales: se deja invadir fácilmente por la estimulación emocional. No es capaz de evitarla y a menudo se inunda de ella.

Tiende a la expresión impulsiva de sus emociones.

Tiene interés por el ser humano. Requiere del intercambio social con otros.

Puede establecer vínculos con otros, pero a su vez es capaz de mostrar rasgos de agresividad con terceros.

No se visualizan conceptos narcisistas, por el contrario se observan elementos de daño en su autoconcepción. Sin embargo, presenta un nivel de ambiciones y necesidad de logros muy alto con relación a disponibilidad de recursos. No es realista la adecuación de aspiraciones con la capacidad de sus recursos.

Autocontrol y tolerancia al estrés.

Posee adecuados recursos personales. Cuenta con elementos necesarios para responder a las exigencias de la cotidianidad. Da a entender vivencias de las situaciones, como si nada malo estuviese pasando. Esto no se ha modificado en sus actuales condiciones vitales. No se observa perturbación emocional, podría estar indicando la presencia de frialdad de ánimo.

O sea Anguita necesita del contacto con personas, va y viene entre

problemas de autoestima e ideas de grandeza y cuando se emociona tiene problemas para tomar decisiones. Podría ser yo, podría ser la mitad de la población de Chile.

Un psiquiatra del SML defendió el informe en el estrado. Hizo énfasis en que Anguita tiende a no mostrar sus emociones, pero si se van acumulando puede explotar; en que tiene la capacidad para molestarse (¡oh!) y en que, hace menos de un año, seguía defendiendo que su mujer se había suicidado, pese a que toda la prueba, no toda realmente pero casi toda la prueba científica indicaba lo contrario. Cuando trataban de pedirle alguna apreciación más específica al psiquiatra, no le quedó más que reconocerlo con sinceridad, y socavando su propio oficio: lo que más habla de una persona es su biografía, no lo que dicen cuando le preguntan, menos cuando le preguntan con la finalidad de encontrar algo para inculparlo.

Lo más decidor sobre la mente de Anguita, la mirada más relevadora de lo que puede ser su cabeza, fue una entrevista que le hizo un psicólogo de la PDI, a pocas semanas de la desaparición de su mujer, cuando aún nadie estaba convencido de que él podría ser el autor de su muerte. Su testimonio era uno de varios, que servirían para hacer un perfil de la víctima al momento de la tragedia, pero esos 25 minutos, pese a sus pocas ganas de colaborar, terminaron robándose todo el informe.

Anguita, de nuevo sin hacer contacto visual con su entrevistador, resumió su vida rápido: a los 28 años se fue a Puerto Montt y trabajó once años en el Ministerio. Cuando se casó, si pongo comillas acá es porque lo dijo tal cual, y te lo remarco porque hay partes que ni inventadas sonarían tan autoincriminatorias, con su mujer “no tenía conversación fluida”, conversaban “cosas cortas, nada largo ni profundo”. Dijo que su mujer era preocupada, “pero que tenía visión un tanto negativa”. Los dos tenían relaciones “tres veces al mes”, él siempre fue “más intenso y breve”, quedando “satisfecho”. Cuando tenía “problemas en la cabeza” no le nacía “ser más íntimo”. Viviana, contó, lo invitaba a ir a moteles, reavivar la vida sexual, pero él accedió solo una vez y nada más “porque con una vez es suficiente”. Dijo que amaba (en pasado) a Viviana “a su manera, sin embargo, el grado de amistad o amoroso no estaba”.

Habló de su última noche con Viviana: ella se daba vueltas sin poder dormir y él le dijo “hasta un abracito cuesta darse”. El psicólogo ya se había leído sus declaraciones previas, cuando tenía la memoria de los eventos mucho más fresca, y Anguita nunca había mencionado algo así, pese a que le habían insistido en que detallara cualquier actitud fuera de lo normal de su mujer. Si a ella la angustiaba algo, horas antes de desaparecer, no era necesario ser un criminalista para entender la importancia.

Al final, Anguita cerró con una reflexión, minutos antes de que su abogado entrara a la sala y lo sacara de un brazo del fango en el que se estaba metiendo. “De todas las experiencias dolorosas hay que tomar algo positivo”, dijo, descartando implícitamente que ella estuviese viva y encontrando así su personaje, su valiosa lección sobre sí mismo.

La jueza delibera con sus dos pares. Aprobada la objeción: cómo Jaime Anguita se encamaba en los ochentas no es, de momento, material de este juicio. Su polola tiempo después se emparejó con un compañero de trabajo de él, estuvieron juntos por diez años y tuvieron un hijo, el que, extrañamente, pasó a ser objeto de preocupación del propio Anguita.

El fiscal huele sangre, le pide a la mujer disfrazada que narre el evento con tanto detalle como recuerde; quizás no sirva para nada concreto, pero si hubiese un jurado, este es el tipo de historias que haría pensar que está frente a un loco de remate. Pese a que habían terminado hacía tiempo, a que no mantenían relación alguna, Anguita se juntó con la pareja de su ex polola en un café del centro de Puerto Montt, sin preguntarle a ella antes, y se ofreció para hacerse cargo de la paternidad de ese niño que no era suyo, ni había estado cerca de serlo. La respuesta del verdadero padre, cuando le contó a su mujer, fue esa: Jaime está loco y aparentemente con muchas ganas de formar una familia. No aceptaron la propuesta.

Ambos se volvieron a ver el año 2004. Su ex polola, que se había separado y vivía en Santiago, montó una tienda en Hornopirén por el verano y Anguita, que ya tenía una hija con Viviana y esperaba la segunda, fue al pueblo por trabajo. Ambos conversaron y quedaron, pese a no haberse visto por años, de acuerdo para encontrarse en la

capital. Anguita inventó una excusa para viajar y retomaron el romance trunco, por un fin de semana en Algarrobo.

–¿Por qué no siguieron?

–Insisto, las cosas no habían cambiado mucho, yo consideraba a Jaime una persona bastante especial, como hombre probablemente… No sé si se entiende lo que quiero expresar.

Todos entendemos, pero queremos oírlo. Es el show que prometieron.

–Era una persona, si bien es cierto cariñoso, pero muy pudoroso y cosas que no quiero explicar, pero no reunía las características de la persona que yo quería a mi lado, las características como hombre.

–¿Planteó separarse con Viviana?

–Sí, creo que sí.

–¿Qué decía de ella?

–Que tenían una relación bastante distante, que no la quería, que lo importante eran sus hijas.

–¿Le comentó si mantenía vida sexual con su esposa?

Aquí vamos de nuevo.

–Objeción: el fiscal ha tratado de distintas formas de introducir el tema del desempeño sexual de uno de los acusados. Es un abuso, es tratar de humillar a una persona que está acusada.

–La pregunta no es impertinente. Es una testigo directa que puede ayudar a dilucidar qué tipo de relación existía en ese matrimonio. Es parte de la teoría del caso.

El reportero de *El Llanquihue* se me acerca, me quiere decir un secreto. Ha entrevistado, calcula, más de cinco veces a Anguita en estos siete años. En una de esas ocasiones le contó, no sé en qué contexto, que se acostaba una vez al mes con su mujer, lo que para el reportero, según me dice, siempre en voz baja, es absolutamente

insuficiente para mantener un matrimonio a flote, según sus parámetros. Hay un silencio, quizás espera que todos compartamos nuestra frecuencia sexual. Tras unos segundos, le respondo:

–Bueno, es relativo.

No es lo único relativo acá: la jueza cree que esta vez la pregunta es pertinente.

–Lo que recuerdo es que tenían una vida para estar con las niñas, no como una relación de pareja normal. No mantenía relaciones sexuales con ella.

Claro, seguro, Anguita es el primer hombre en la tierra que le dice a su amante que en la casa no tiene relaciones. El fiscal aún no tiene lo que busca.

–Según lo que le dijo, ¿por qué cree usted que Anguita estaba con doña María Viviana?

–Yo creo que, haciendo un resumen, él tenía un concepto de familia, que puede sonar extraño para el resto, pero me da la impresión de que él solo buscaba una mamá para sus hijas, una relación para procrear.

–No más preguntas.

Ahí está, un triunfo rotundo, los cimientos del caso del fiscal: Anguita realmente nunca se enamoró de Viviana Haeger, no del modo en que esposos y esposas se supone que se enamoran: se conocen, se gustan, los desborda el deseo, encuentran interesante cada cosa que dice el otro, no soportan pasar tiempo separados, sueñan con una casa, una familia. Anguita, me han convencido hoy, era un hombre desesperado por conseguir hijos, dándole lo mismo incluso si fueran de él. Cuando encontró una descendiente alemana, blanca, de ojos claros, rasgos finos, no lo pensó: se lanzó a embarazarla, a conseguir niños perfectos, bellos, y con eso conseguido, la mujer, el horno en que esos niños se cocieron, pasó a ser algo inservible, un estorbo con el cual no tenía ningún sentido intimar.

Ha sido una testigo clarificadora, muchas gracias, un testimonio redondo, contundente, brutal, irrefutable. Ella y su disfraz pueden retirarse.

Aunque antes la defensa de Anguita quiere hacerle una última pregunta.

–Jaime no mantenía relaciones sexuales. Eso dijo, ¿correcto?

–Correcto.

–Y usted dijo que se volvió a encontrar con él durante el 2004. ¿Correcto?

–¿Estaba embarazada María Viviana Haeger cuando se reencontraron?

–Sí.

–Perfecto.

VI
Subrayados

La respuesta es no. Vine acá para lo contrario: para describir, para narrar, para oler, para tocar. Si no te basta con la línea de pelo de Anguita, con los pájaros negros, con los disfraces de la unidad de protección a testigos, es ya un problema de expectativas. De mundo ideal y de mundo real.

No. No sé qué pensaba Viviana Haeger los días antes de morir, no sé qué sentía. Ni siquiera sé lo que pensaba y sentía, en general, antes de junio de 2010. Cualquier intento sería arqueología periodística: seguir las huellas de un cadáver, tomar un trocito de acá, una declaración de por allá, una pericia añeja, una conversación con un familiar y pegarlas con chicle, darles un orden, tomar lo que sirve, descartar lo que no encaje y montar así una épica de la que agarrarse, ordenar la vida de alguien en 20 páginas.

Releía el otro día el párrafo final de un libro escrito por un periodista que quizá conoces. Se describía allí cómo el piso de madera de una casa abandonada crujía al tiempo que el personaje principal caminaba hacia adentro, tomaba una soga y se colgaba de una de las vigas del techo. ¿Entiendes lo que trato de decirte? Caminaba solo y sabemos cómo crujía el piso.

No sé si Viviana Haeger tenía una épica, no sé si quería una épica, no sé si envidiaba épicas ajenas, no sé si sabía lo que era una épica. No sé si su vida, que a muchos les podía parecer plana y aburrida, la llenaba. A veces ni con personas vivas es posible: ir a comprar verduras a la feria puede ser el mejor panorama de la semana o una carga insoportable, dependiendo del lugar donde se esté parado, y tampoco sé en cuál de los dos casos se está en el laberinto más complicado de salir.

Yo estoy parado aquí, siete años después de que una persona dejara de existir. Para adivinanzas me quedaba en la casa.

Viviana Haeger no dejó un diario de vida, ni siquiera se podría decir que le gustara escribir. No hay correspondencia secreta ni, hasta donde sé, grabaciones ocultas ni ningún registro hablado de su pensamiento. Después de conversar con sus amigas y familiares, te diría que ni siquiera a ellos les mostraba los recovecos de su mundo interior.

Hay apenas un puñado de libros que, suponemos, leyó solo por el hecho de haberlos comprado, lógica que no corre ni para tres cuartos de mi biblioteca.

Eduque a sus hijos sin hacerles daño. Kevin Leman, Editorial Vergara.

Claro, las niñas.

El gran ohhh. Orgasmos: cómo tenerlos, cómo provocarlos y cómo hacer que sigan viviendo. Lou Paget, Editorial Planeta.

¿Te vas haciendo una idea?

El amor en los tiempos del cambio. Eugenia Weinstein, Editorial Aguilar.

Todo empieza a calzar.

El íntimo femenino. Pablo Huneeus, Editorial Nueva Generación.

Un hombre explicando a las mujeres.

Matrimonio adulto. Lo que ya sabemos, lo que deberíamos haber sabido y lo que aún necesitamos saber sobre la vida conyugal. Judith Viorst, Emecé Editores.

Subrayado, página 92: *"Cuidar el matrimonio después de haber sido padres puede ser para muchas parejas un enorme desafío, especialmente para los de carreras profesionales, que enfrentan obligaciones múltiples y muchas veces competitivas. Un psiquiatra de matrimonios observa: cuando se ocupan del trabajo y los niños, hacen lo necesario para cumplirles al trabajo y los niños, casi siempre el matrimonio queda descuidado".*

Subrayado, página 94: *"Muchas esposas también han informado que*

entregarle constantemente tiempo al matrimonio se ve socavado por la convicción de que los niños son la prioridad".

Subrayado, página 142: *"Estoy harta de ser tu cita los sábados por la noche".*

Subrayado página 143: *"Los terapeutas con que hablé recomiendan a las mujeres tener sexo aún cuando no estén interesadas".*

Subrayado página 160: *"Es la relación más íntima que una persona puede tener con otro ser humano, así que si se traiciona, ¿qué queda?".*

Subrayado página 189: *"Algunos de los hombres y mujeres que piensan seriamente poner término al matrimonio confiesan que preferirían la muerte al divorcio, pero no hablan de suicidio y no hablan de asesinato. En cambio de lo que hablan es de una prematura muerte de un esposo por medio de un accidente fatal o enfermedad. Por un lado, es reconfortante en medio de la desgracia conyugal alentarnos con la idea de que podamos escapar. Por otra parte estar fuera del matrimonio puede parecer incluso más difícil que quedarse".*

El piso de madera crujiendo, un suicida en soledad.

Es casi como si la conocieras. Sigue tú entonces, lee el resto de los libros de autoayuda, rellena los blancos que hay entre párrafo y párrafo. Cuéntame una vida, invéntame una vida.

VII
Un loco malo

Querido amigo, es una noche espléndida de viernes en Puerto Montt. Dejó de llover y se abrió esa pequeña ventana de tiempo en que la gente, con el piso aún húmedo, asoma la cabeza y mira al cielo para saber si será solo una pausa o dará para salir a dar una vuelta.

Quiero, aprovechando el buen ánimo, pedirte disculpas por lo último que escribí: fue un arrebato injustificado, fuera de lugar, ante una duda razonable de cualquier persona que estuviera recibiendo mis reportes: ¿cómo era la mujer que ha muerto? Establezcamos un protocolo para cuando pierda la compostura en el futuro. Anticipándome a mis defectos y limitaciones, hagamos algo más simple: lee las primeras frases y recién ahí decide si vale la pena responderme. Cuando comience con un "querido amigo" es territorio seguro. Y si no, ignórame, no me respondas, así como veo, sin resentimientos, hiciste esta vez.

Reconozco que el exabrupto, haberte mandado a leer unos libros de autoayuda, puede haber generado tensión entre nosotros. Pero no quiero llenarte de excusas: que el frío, que las pocas horas de luz, que los pájaros esos, porque los discursos vacíos de acción me tienen harto acá: el sicario dice que Viviana Haeger le caía simpática, Anguita dice que amaba profundamente a su mujer, los policías dicen que trabajaron con profesionalismo…

No palabras, hechos. Mi prueba de buenas intenciones viene entrando por la puerta del hotel del centro de Puerto Montt donde me citaron. Sigo pensando lo mismo, la imposibilidad e inutilidad de interpretar a los muertos, pero, ¿cuál es la cosa más cercana a eso que puedo ofrecerte como reparación?

La hermana melliza de Viviana Haeger, Magaly, no se parece ya tanto a ella. Tiene la cara más redondeada, el pelo mucho más ensortijado y en general da la impresión de que la vida la hubiese

tratado peor, y digo esto teniendo en cuenta, obvio, que Viviana está muerta y ella acomodándose acá junto a una hija adolescente. Claro, nunca vi a Viviana Haeger en persona, solo sus fotos y algunos videos, pero en general la gente no deja registros de momentos tristes, al menos la gente mayor de 20 años.

Reproducir lo primero que me dice Magaly es otro acto de buena fe, porque también podría habértelo ocultado, disfrazado, y presentar todo el asunto como que esto es lo más cercano a entrevistar a un muerto.

Ella me dice que con Viviana eran muy distintas.

Las dos crecieron en Río Frío, en un campo familiar de cien hectáreas a una hora de Puerto Varas, como las últimas hijas Haeger. Su padre murió cuando cumplían los ocho meses y, otra vez, es tentador juntar los puntos, elaborar sobre cómo esa falta de imagen paterna moldeó sus caracteres, pero los Haeger son mucho más concretos explicando las cosas: no se puede sentir en falta algo que jamás se tuvo.

He visto una foto de las dos mellizas cuando niñas, me la mostró el reportero de *El Llanquihue*. Ahí sí se ven calcadas, luciendo vestidos idénticos, mirando a la cámara como en una película de terror. La comparación entre ambas fue siempre natural. Magaly cuenta que Viviana fue más linda que ella, más inteligente, más señorita, más resuelta, más práctica. En su cabeza, Viviana era perfecta.

–Era bien odioso sentir eso. Mucho amor y mucho odio hacia ella. Dije, chuta, qué hago: ¿me enojo con ella, me amargo? Al final elegí dejarme querer por ella.

Las dos estudiaron en Puerto Montt, cuidadas por una abuela primero, por hermanas mayores después y solas finalmente. Pero todo sin violines de fondo: es gente dura, de campo, criada bajo el rigor de una madre muy católica. Magaly tuvo problemas para terminar el colegio, era muy retraída y, a diferencia de Viviana, participaba de pocas actividades sociales, extrañaba la vida en Río Frío con su mamá, lo que ya te dice bastante sobre la personalidad de un adolescente. La llevaron a Valdivia para hacerle exámenes psiquiátricos. Ahí se atrasó un año, mientras Viviana terminó sin

contratiempos y entró a estudiar una carrera técnica de contabilidad. Todo seguía saliéndole bien. Y ahí pasó.

–¿Tú sabes que me ofrecieron salir a mí primero con Jaime Anguita?

Yo sabía, pero la dejé terminar.

–Jaime era conocido de mi hermana Mónica. Quisieron ir a bailar con un grupo de amigos, pero él no tenía con quién salir. Le preguntaron a la Mónica, que me preguntó a mí. Le dije que no podía, pero era mentira, podía. Lo que pasaba era que yo ya lo había visto. A simple vista, ¿me tinca o no me tinca? No me tincó. Muy señorito, los huecos no me gustan. El chico no era tonto, era de buena familia, pero a mí me gustan más joviales. Lo que más me llama la atención hasta hoy es que a Viviana tampoco nunca le gustó.

–¿Cómo? –le pregunto.

–Se notaba y lo decía seguido. Y un día llegó de la mano con él, de la nada. Nadie entendía por qué. Jaime era muy raro.

Sobre eso, ya nada me sorprende.

–¿Sabes lo que hizo la primera vez que fue al campo nuestro? Se sentó como indio en el piso, a tomar leche recién salida de la vaca, sin hablar nada. Nos miraba desde el piso, tomando leche tibia. Mi mamá nunca lo pasó. El día en que se casaron, ella le ofreció plata a un tío para que secuestrara a la Viviana y se la llevara a Argentina. Algo le molestaba mucho de Jaime.

Magaly se había casado un poco antes, a los 22, lo que significó algo importante para ella: alguien le pidió matrimonio antes que a Viviana. Ya ambas casadas, la nube negra se le volvió a posar encima: recuerda haber sido víctima de abuso psicológico, tuvo un hijo enfermo y épocas de apreturas de plata. Al frente Viviana se recibió de su carrera, consiguió trabajo al poco tiempo, su marido era del norte, ganaba bien y se había comprado un terreno en Puerto Varas, donde vivía la gente rica: al borde del lago Llanquihue.

Las mellizas se veían seguido y hablaban casi todos los días, siempre de lo que pasaba con sus hijos. En las reuniones familiares Viviana brillaba, organizaba todo, pasaba a buscar a la gente. En las fiestas, dice Magaly, Anguita hablaba solo formalidades: hola, chao, cómo está la familia. Era imposible profundizar con él en cualquier tema.

–Nos creía unos iletrados, analfabetos, incluso. Se iba siempre a dar vueltas con los niños. Prefería estar con los niños que con los adultos.

Le pregunto lo mismo que te estás preguntando.

–No, nada de eso. Pero era raro.

Magaly mira a su hija, sentada en una mesa más atrás. Se ve como me imagino se veían las gemelas Haeger hace 40 años.

–Cuéntale lo de los pescados.

La hija se pone a hablar. Dice que Anguita tenía un juego con los niños cuando salía a comer afuera con ellos: les decía que por cada espina que encontraran en su plato de pescado, él les daría mil pesos. O sea, si el trozo de sierra o de merluza austral tenía 15 espinas, Anguita sacaba de la billeteras quince mil pesos para darle a un niño de diez años.

Las dos me miran, esperando que asienta, que diga que realmente es algo muy raro. Como imagen, lo de la leche recién salida de la vaca me parece más perturbador.

Magaly fue la última persona en llamar a Viviana el 29 de julio, al teléfono fijo de su casa en el Parque Stocker. No contestó nadie. Una de dos: o la estaban matando en ese preciso momento o estaba recién asesinada. Participó activamente en su búsqueda, hasta que chocó con Anguita, pero, me dice, siempre supo que no tenía sentido seguir buscando: por su conexión de melliza sabía que Viviana no volvería.

–Jaime lo tenía todo muy bien planeado.

Miro a su hija: no sé si sea razonable hablar así de su tío frente a

ella, pero nadie se espanta: han hablado muchas veces de lo mismo. Le digo que no entiendo qué ganaría Anguita con matar a su hermana, que tengo problemas procesando el móvil del crimen. Ella me pregunta si he conocido a Anguita, le digo que sí, pero me dice que hay un Anguita que toma un tiempo descubrir. Y me narra dos ejemplos.

El primero: los viernes en que Anguita la pasaba a buscar después del trabajo para que ella y su hija fueran a alojar al Parque Stocker.

–Yo alojaba en el dormitorio de la hija mayor y él se iba sagradamente a despedir de ella, cuando estábamos durmiendo. Yo hacía que estaba durmiendo y veía cómo se paraba ahí en la puerta, mucho rato, a mirarme, con una cara burlesca, de odio, despreciándome, haciéndome sentir que valía hongo. Como que cuando sabía que no lo miraban podía mostrarse realmente tal cual es.

El segundo: durante la búsqueda de Viviana.

–Jaime estaba sacando la camioneta, de noche, con las luces encendidas. Yo venía llegando, pero él no me vio. Él giró la cabeza y es la cara más diabólica que he visto jamás, como cuando realmente logras ver el otro lado de alguien que ya conocías. Me puse a tiritar. Malo, malo, malo, malo.

Le concedo que ambas imágenes son potentes. No sé si muy incriminadoras, pero espeluznantes, contadas así. No contestan eso sí la pregunta que le había hecho minutos antes.

–Jaime buscó a la Viviana para que fuera la madre de su hijo. A mí me lo dijo ella, era algo que le preocupaba. Un sábado, mientras hacía la cama, Viviana me dijo que le había preguntado a Jaime por qué se había casado con ella. Y él le respondió que para ser la madre de sus hijos, que el resto se podía conseguir por fuera. Por eso la trataba como a una nana. Y después de que tuvo las hijas que quería, bonitas, blancas, de ojos claros, le empezó a estorbar. La Vivi tuvo varias pérdidas y ¿sabes lo que hacía Jaime?

Esto no lo sé y tampoco es que me quite el sueño tanto como la frase “el resto lo buscaba por fuera”. ¿Qué es el resto para un

hombre que en una cabaña besa en la frente a su amante antes de irse a dormir a la pieza de al lado?

–Nada. Ella tenía que ir solita a hacerse los raspajes.

–No entiendo por qué no lo dejaba.

–Jaime la tenía amenazada de quitarle a las niñas. A las hijas también las tenía manipuladas, con regalos. Fue poniendo a las niñas contra la Vivi. Ella quedaba siempre como la mala. Y a la Vivi también le fue haciendo la mente. ¿Sabes qué decía ella cuando veía la despensa llena de la casa?

Tampoco sé esto, no podría ni adivinar la respuesta: ¿qué quieres comer?, por ejemplo.

–Decía: "Dios dispone". ¡Dios! Yo le decía que Jaime no era ningún Dios.

–Pero con ese nivel de control, ¿por qué era necesario matarla?

–Le estaba estorbando. Él nunca iba a soportar que ella estuviera con otra persona.

–Pero si evidentemente no la quería, le insisto.

–Es que no lo conoces. A él le gusta reírse de las otras personas, hacer sufrir. Él es feliz viendo a otras personas sufriendo.

Esa tesis, la del sadismo, no sale ni en el informe psicológico ni en el psiquiátrico sobre Anguita, lo que, después de leerlos y saber cómo se hicieron, tampoco significa mucho. Sí podría explicar episodios, frases de Anguita, como decirle a su suegra que fueron dos hombres y una mujer quienes se llevaron a Viviana, sin tener datos concretos sobre ellos, o decirle a su hija menor, a la semana de la desaparición, que su mamá no iba a volver más. De ser Anguita, secundaría el diagnóstico de Magaly: entre asesino y sádico, no hay donde perderse.

Tras la muerte de su hermana, Magaly también se divorció. Y se demoró años en sentirse cómoda diciendo que era una mujer "separada". Le daba vergüenza, atentaba contra todo lo que había

escuchado desde chica en Río Frío.

–Cada uno elige su destino, la Viviana no era para ser una mujer separada. Por eso no se fue, no iba a quitarles su padre a las niñas y mira lo que pasó. Ella fingía estar en un matrimonio ideal, perfecto, nunca la veías triste. Si le preguntabas qué le pasaba, te decía: "No me pasa nada" y se ponía a hablar de otra cosa. Yo me hacía siempre un problema por todo. Si tenía que ir al dentista, me enrollaba por semanas, me imaginaba las peores cosas. Ella llegaba y sacaba la hora. Era toda perfecta. La veías impecable y yo siempre atormentada por la nada. Eso es lo que me da rabia.

Magaly ha intentado soñar con su hermana, para poder hablar con ella, decirle que finalmente entendió todo, que su muerte cerró un círculo, que los gemelos pueden pasar una vida entera con los roles cambiados.

–Yo pensaba y le decía: "Viviana, no te alcancé a conocer bien". Ha sido lo más raro porque la aprendí a conocer ya muerta. Veo las fotos y digo: era mucho más infeliz que yo y se guardaba todo. Vivianita, sufriste mucho más que yo.

Magaly cuenta esa epifanía profunda, identitaria y refundacional sin ninguna pompa. Me dice que hablar le ha servido, que es una de las razones por las que vino: la próxima semana tiene que testificar en el juicio y está aterrada de pronunciar mal una palabra, o decir alguna que no exista. No quiere pasar por huasa con la sala llena.

–¿Cómo lo he hecho? –me pregunta.

Le digo que bien, que probablemente es más importante lo que diga que el cómo lo diga y que realmente nadie se fija en esas cosas, pero apenas pronuncio eso me doy cuenta de cuál es realmente su preocupación: tendrá de nuevo a Anguita al frente. Lo vio por última vez hace años, a la salida de un cine, al que sus respectivas hijas habían ido. Magaly tenía tantas cosas que decirle, pero solo atinó a hacerle una pregunta que le había quedado dando vueltas: ¿por qué le había dicho a su mamá que a Viviana se la habían llevado dos hombres y una mujer desde el Parque Stocker? Magaly dice que Anguita le dijo de vuelta: "Porque algo había que decirle, pues".

Y pregunta de nuevo qué cómo ha hablado, si bien o mal, y ruega a Dios para que en el estrado no se le olvide ninguna historia: quiere contarlas mirando a Anguita a los ojos, esperando que su testimonio aporte lo que tenga que aportar para lo que busca: que él pase el resto de la vida preso en paz y para que ella pueda ya estar tranquila, sin temer que algo pueda pasarle.

Sonrío, mirándola a ella y a su hija. Ninguna de las dos se ríe.

–¿Pero qué? ¿Creen que si sale libre puede hacerles algo?

–No has entendido. Jaime es un psicópata, un peligro para la sociedad.

Le recuerdo que han pasado ya siete años, que él ha estado cuidando a sus hijas, ha sido un buen padre.

–Por lo mismo, es una mente psicopática. Es una forma de demostrar que es una buena persona. Una buena persona no contacta a alguien para matar a otra, no tendría problemas en hacerlo de nuevo. Queremos dormir tranquilas.

–Lo que estás diciendo es que él es dos personas la vez, que está disociado.

–Jaime está completamente loco. Habla con él, no tiene respuestas coherentes.

–No entiendo: ¿está loco o es malo? Son cosas distintas.

Magaly recuerda otra anécdota. Anguita, Viviana y ella iban en un auto desde Puerto Montt a Puerto Varas. Anguita, muy enojado con algunos gastos, le abrió la cartera a su mujer, sacó las tarjetas y empezó a romperlas una a una frente a Viviana, que le rogaba que le dejara alguna útil para, al menos, pagarles los uniformes del colegio a las niñas.

–Es un loco malo.

VIII
Nuestra mejor cabina

Querido amigo: esto se siente como una farsa, una coreografía en la que todos, con un papel asignado, están esperando que pasen las semanas, escuchar el veredicto, dejar atrás este vergonzoso papelón que ha durado siete años para no volver a hablar más de él. Hacer como si no hubiese pasado.

Miro alrededor y no me parece ver a nadie interesado en la verdad, ya ni siquiera como fin utópico deseable, ni como la sucesión de hechos verificables que rodearon la muerte de Viviana Haeger. Un lado arma una narrativa, llena de vacíos lógicos; al otro arman otra, repleta de contradicciones. Y las lanzan a que corran cada una por carriles separados. Los jueces, supongo, tomarán un poco de por acá, parcharán con un poco de allá, y nos dirán a todos los que estamos acá: esto fue lo que pasó.

Venir no fue la buena idea que pareció en un momento. Para empezar, el techo de mi auto es un cagadero. La primera noche estacioné justo debajo del árbol-casa de los pájaros negros –bandurrias, me dijeron que se llaman–, que hicieron digestión, según pude ver en la mañana, sin moverse de sus nidos. Las noches siguientes fui probando: cinco metros más al sur, en la vereda del frente, en el patio del vecino, siempre con el mismo resultado: caca sobre el azul metálico de la pintura, que ni una lluvia torrencial puede limpiar antes del amanecer. Anoche lo cambié de calle, a una sin árboles cerca, revisando antes que en el cemento del piso no hubiese firma de los animales. Pero en la mañana ahí estaban, plastas blancas del tamaño de un huevo frito.

El estacionamiento del juzgado estaba lleno. Caminé cuatro cuadras. De las decenas de periodistas que estaban los primeros días quedan, con suerte, cinco, que ven los comienzos de la audiencia, graban a Anguita entrar a la sala, saluda al respetable y después se van a otras pautas: un incendio en el centro, un atropello en la carretera, el intendente inaugurando un jardín infantil. A las tres de

la tarde regresan y esperan en las escaleras del tribunal que los abogados bajen. “Abogado, ¿cuál es el balance que puede hacer de la jornada de hoy?”. Para la fiscalía fue una jornada fecunda en la convicción de culpabilidad de los imputados. Para la defensa fue una jornada fecunda en la convicción de inocencia de los imputados. Y así se va a la tele: dos versiones opuestas como substituto de la verdad. Anguita podría haberse empelotado y haber hecho una coreografía con el sicario en la sala y la pregunta en las escaleras hubiese sido la misma: “Abogado ¿cuál es el balance que puede hacer de la jornada de hoy?”.

–¿Jura o promete decir verdad sobre lo que se le va a preguntar sin ocultar o añadir nada que pueda conducir al esclarecimiento de los hechos?

¿Soy yo o la frase no se entiende? ¿Le están pidiendo que no añada nada que ayude a solucionar el crimen?

–Sí, prometo.

Querido amigo: la gente miente todo el tiempo en el estrado. Miente en cosas importantes y miente en cosas pequeñas. Hoy en la mañana alguien mintió, mintió en grande, y no te lo cuento para amargarte el día, sino casi para abrir la pregunta: ¿vale la pena que sigamos con esto?

Un trabajador de Anguita testificó temprano. El 29 de junio de 2010 era el jefe de obra de Llanada Grande, el proyecto hidroeléctrico que Anguita supervisaba cuando desapareció su mujer. Como cada fin de mes, necesitaba comunicarse con su jefe para coordinar el pago de sueldos y gastos del equipo de trabajadores. Por lo aislado de lugar, había que llevar la plata en efectivo, cosa que casi siempre hacía el propio Anguita, en viajes de dos días. Esa mañana el jefe de obra, poco antes del mediodía, fue hacia el almacén del pueblo, el único lugar con línea telefónica disponible. De esa llamada hay registro de que existió, no de lo que se dijo.

–¿Tiene algún resentimiento con él, con Jaime Anguita? –preguntó el fiscal.

–No, todo lo contrario.

El jefe de obra dijo que en esa llamada Anguita le mencionó que no podía hablar porque tenía un problema personal con su señora, por lo que el pago tendrían que verlo más adelante.

La llamada extorsiva desde el cibercafé aún no se producía.

–¿Se encuentra en esta sala la persona que le hizo esa llamada?

–Sí, en el rincón, con parka café y camisa azul.

Yo diría que la parka es caqui, pero da igual: caso resuelto. Tenemos a un funcionario de confianza de Anguita, con quien no tiene problemas personales, diciendo bajo juramento que el esposo de la víctima sabía que algo fuera de lo normal estaba pasando antes de que le avisaran que algo había pasado.

El jefe de obra había sido entrevistado una vez por la policía cuando el sicario aún no aparecía en escena. En el estrado, la defensa de Anguita le hizo leer partes de su declaración: menciona que llamó a Anguita, pero nunca lo que hablaron.

–No quedó escrita esa parte. No lo recordaba. Lo hice lo más simple posible. No entré en detalles con los policías. Cuando vi que la cosa era importante, opté por decirlo, porque eso fue lo que pasó.

–¿Esa fue la única vez que declaró? -preguntó el defensor.

–Correcto.

–¿Y lo que declaró esa vez no es verdad, esto que dice ahora es verdad?

–Sí, correcto.

–Porque no quería entrar en temas tan personales del acusado.

–Exacto.

–¿Y ahora se dio cuenta de que eso era importante?

–Sí.

–¿Cuándo tuvo la iluminación de que esto era importante?

–Cuando me llamaron ahora, cuando me comuniqué con el fiscal.

El jefe de obra fue a ver al fiscal a su oficina. No se ve bien.

–Y ahí usted le dijo que tenía otra versión de los hechos.

–Sí.

–¿Y qué le dijo el fiscal?

–Me dijo que tenía que decir la verdad.

–Okey.

A la fiscalía le quedaba una oportunidad para sostener ese nuevo testimonio. La mano derecha de Anguita en la empresa, quien le hacía todos los trámites, fue otra de las personas que habló por teléfono esa mañana con él y pocos días después de la desaparición dio una declaración rica en detalles, imposible más precisa. A los policías siempre les llamó la atención ese nivel de descripción: les sonaba casi como si estuviese asegurando una coartada a la misma hora en que Viviana Haeger desaparecía. Una frase, de la que se dieron cuenta tiempo después, lo sacó de la lista de sospechosos: al igual que el jefe de obra, decía que hablando esa mañana por teléfono con Anguita él le dijo que tenía un problema personal, antes de que oficialmente hubiese ningún problema. En este caso no solo se trataba de un compañero de trabajo: él y Anguita eran amigos.

–¿Jura o promete decir la verdad sobre lo que se le va a preguntar sin ocultar ni añadir nada que pueda conducir al esclarecimiento de los hechos?

No soy yo; hay algo torcido con la redacción de esa pregunta.

–Sí, prometo.

El fiscal comenzó.

–¿Ese 29 de junio fue a la oficina?

–Como siempre, tenía que presentarme.

–¿Con quién?

–Con Jaime Anguita.

–¿Recuerda cómo estaba vestido Jaime Anguita ese día?

-En este momento no lo podría decir, no lo recuerdo.

Bueno, han pasado siete años.

–Pido refrescar memoria –dijo el fiscal.

En el ejercicio, el fiscal le mostró su declaración del 6 de agosto de 2010.

–¿Es esa su firma?

–Sí.

–¿Cómo estaba vestido Jaime Anguita?

–Pantalones verdes, chaqueta azul.

Hecho el primer punto, la declaración era detallada. Su memoria, en junio de 2010, era privilegiada.

–Ese día, ¿sufrió algún percance? ¿Tuvo que hacer algo fuera de lo normal?

–Sí, tuve un percance con mi vehículo. Tuve que ir a una vulcanización.

Esto también interesó a los policías: se desviven por los elementos que escapen a la rutina de los investigados.

–¿Parchó o compró otro neumático?

–Finalmente compré un neumático nuevo.

–¿Con cargo a quién?

–A los gastos de platas a rendir.

–¿Requería autorización?

–Sí, requería del vistobueno de don Jaime.

–¿Y lo llamó?

–Sí, para hacer esa consulta.

Premio a la mejor introducción de un tema: el fiscal, por “la vulcanización”.

–¿Recuerda qué le dijo a la policía en su declaración?

–Lo que he dicho siempre. Me dijo “llámeme después”, eso es todo lo que hubo en esa primera llamada.

–¿No recuerda haber dicho otra cosa?

–En lo absoluto.

–Pido refrescar memoria.

El fiscal se acercó al estrado y le mostró su declaración firmada de hace siete años.

–En esa declaración, ¿qué aparece?

–Pero si me piden decir la verdad…

Curioso cómo el concepto varía con el tiempo. La jueza le pidió que se remitiera a contestar la pregunta.

–Ahí dice que Jaime me dijo: “Llámeme después, que tengo problemas familiares”.

El empleado de Anguita –aún trabaja en su empresa– pidió permiso a la jueza para hacer una aclaración. El hombre se veía muy nervioso.

–Me piden decir la verdad y la primera declaración no es la verdad, no pasó lo que dice ahí. Puede haber sido un error mío o de tipeo

del funcionario. Lo que Jaime me dijo fue “llámeme después”, nada más. Yo quiero que eso quede bien claro.

Anguita, ese 29 de junio, volvió a hablar con él pasadas las tres de la tarde.

–Sobre esa segunda llamada, ¿recuerda qué le declaró usted a la policía?

–Que Jaime insiste en que no lo llame, porque tiene problemas personales.

Insiste. El hombre estaba metido en un problema del tipo verbal.

–Pero, repito, firmé esa declaración, pero no la leí. No recuerdo haber dicho eso, no recuerdo porque en el fondo no fue así.

–Su segunda declaración fue en diciembre de 2012. ¿Recuerda qué dijo ahí respecto de los llamados?

–Lo mismo que he sostenido siempre. Que en la primera llamada solo me pidió que lo llamara después.

–¿Aclaró que Anguita jamás le dijo que tenía un problema personal con su mujer?

–Tal cual fue.

–¿Y se demoró dos años en hacer esa aclaración?

–¿A quién le iba a decir que había habido un error de tipeo?

–¿Usted mantiene vínculo con Jaime Anguita?

–Obviamente que lo mantengo, tengo buena relación con él, como con todo el personal.

–¿Algún otro vínculo?

–En lo absoluto.

–¿De quién es la propiedad donde vive actualmente?

–Se la arriendo a Jaime Anguita.

–¿Hace cuánto?

–No sé, hace unos cuatro años, habría que tirar la ficha para atrás.

–¿Podría ser 2012?

–Es posible.

–¿El mismo año en que hizo la segunda declaración, donde aclara lo que dijo el señor Anguita?

–No veo ninguna relación entre ambas cosas.

Lo que yo veo es desalentador: ¿cómo tendría que elegir un juez a quién creerle? ¿Al jefe de obra versión 2015 o al amigo de Anguita versión 2010? ¿Al jefe de obra versión juicio o al amigo versión casa arrendada? Ambos testimonios son independientes, no en el sentido literal, te darás cuenta, pero sí independiente de otras pruebas: no hay con qué contrastarlos, o se les cree o no ¿En base a qué? ¿A cómo se ven? No hay gran diferencia entre ambos, partiendo por la marca de parka que tienen puesta. ¿Por nivel de empatía? ¿Por su lenguaje no verbal? ¿Y cómo se escribe de esto? ¿Elijo mi narrativa y sigo hacia adelante? ¿O hago como todos: las dos verdades al frente y que alguien, un lector como tú, con menos información que yo, decida en cuál creer? ¿O se lo dejo a los números? Hay cincuenta por ciento de probabilidades que Anguita se haya delatado, estúpidamente o calculando mal los tiempos del sicario, contando lo que iba a pasar antes de que pasara. O sea, cincuenta por ciento de que sea un homicida. Dos personas, que no se pusieron de acuerdo, en algún punto dicen lo mismo. No puede ser casualidad, tiene que hacer subir el porcentaje eso. Pero las dos en otro punto dicen lo contrario. Son testigos a la carta.

Es ya casi medio día.

–La fiscalía llama al testigo número 23, don Roberto Araya Salas.

Llevo dos años detrás de él. Apenas el sicario confesó el crimen y el mandato de Anguita llamé a los abogados en Puerto Montt, algunos que estoy mirando en esta sala y concordamos en lo mismo: el

juicio lo va a decidir el joven del cibercafé. Es la peor pesadilla de Anguita, el único puente concreto entre él y el sicario. Si efectivamente el sicario hizo esa llamada, cosa que solo puede probar Araya Salas, el asunto se acabó: ningún asesino llama al esposo de la víctima para autoincriminarse.

–¿Edad?

–36 años.

Entra un joven bastante parecido a la foto que vi mil veces en su Facebook: pelo oscuro, cejas negras, sonrisa esquiva. Traté de encontrarlo en Temuco, en Chiloé, en Puerto Montt, pero era como un fantasma; cuando llegaba a un teléfono o una dirección, él ya se había ido. Intenté coordinarme con la policía y la fiscalía, pero incluso ellos tuvieron problemas para ubicarlo. Paranoico, llegué a pensar que le podía haber pasado algo, que quizás estaba en alguna buhardilla. Recién este año lo encontraron y le dieron tratamiento VIP: pasajes para él y su pareja, una noche más de alojamiento, todo como pisando huevos.

Al verlo ahí, un hijo de vecino en un polerón verde, es difícil sopesar la cantidad de poder que tiene en sus manos. Espero que nadie se lo haya dicho; algo así puede marear. El fiscal me jura que no: sí se reunió con él para repasar sus declaraciones, pero dice jamás haber cruzado la línea que divide eso, las reuniones de rutina antes de un juicio, con decirle a un testigo lo que tiene que decir. Puede ser contraproducente. Basta un defensor insidioso que le saque a tirones la frase que derrumba a cualquier testigo: "El fiscal me dijo que dijera…".

Araya Salas no es un marciano: ha visto los matinales, ha leído los diarios, ha vivido en la región: debe pensar lo mismo que piensan todos, que Anguita está a punto de lograr el crimen perfecto.

–Sí, prometo.

Araya tiene una razón extra para sepultar a Anguita, para apretar el botón. El 29 de junio, cuando los policías llegaron al cibercafé, les dijo lo que recordaba: que estaba atendiendo, que entró alguien, un hombre calvo, que le pidió que le marcara ese teléfono y, tras eso,

salió muy molesto segundos después, diciendo “puta la huevada”. Tras eso lo llevaron a un cuartel para que ayudara a hacer un retrato hablado. Pero Anguita, nadie sabía por qué en ese entonces, a la misma hora les decía a otros policías en el Parque Stocker que hubo dos voces en la llamada, la de un hombre y la de una mujer. La policía entonces, en vez de preguntarse por qué estaba mintiendo Anguita, se preguntó por qué miente este joven tan nervioso del cibercafé. Araya tenía una polola. La interrogaron, pensando que ella podía ser la voz femenina, que ambos formaban una banda de secuestradores profesionales. Ella dijo que esa mañana estaba en la universidad. Los policías fueron a la universidad: no había ido ese día. Araya pasó a ser sospechoso por unos días, pero finalmente todo había sido un enredo. La polola se confundió de día: el 29 se había quedado en su casa.

Los años siguientes cada vez que un posible sospechoso tenía a un pelado en su círculo cercano le llevaban la foto a Araya, que tenía la facultad de subir o bajar el pulgar. Pasaron por ahí colegas del cuñado de Anguita y familiares del amante de Viviana Haeger. Araya siempre dijo no.

Pero esta mañana, no sé… Porque ya, creámosle al fiscal: no le dijo directamente a Araya que reconociera al sicario como el mismo hombre que entró al cibercafé. Bastaba con bastante menos que eso: con hacerle ver sutilmente que el caso en contra de Anguita no es tan sólido como todos piensan, que hay una chance de que salga caminando del juicio, que los Haeger llevan siete años sufriendo. O sea que diga la verdad en el estrado, pero que tenga en cuenta eso antes. Un pequeño esfuerzo en su memoria en pos de la justicia, una mentirita blanca, a cambio de un bien mayor. Si todos lo hacen, ¿no lo harías tú?

–¿Cómo funcionaba el cibercafé? –pregunta el fiscal.

–Era atendido por los dueños y yo, que era el único trabajador que prestaba servicios. Dos hombres.

–¿Los dos dueños son hombres?

–Exactamente.

Primer misil a Anguita, que se mira las manos mientras oye.

–¿Qué servicios daba el café?

–Internet, llamados telefónicos y fotocopiado.

–¿Cómo operaba?

–El cliente entraba, se acercaba. Me dictaba el número, yo lo marcaba en el sistema y lo reenviaba a cabina.

–¿Cuántas cabinas había?

–Cinco.

–¿Qué hacía después de traspasar el llamado?

–Al momento de salir, el sistema que operaba era un poco lento, se esperaba entre 30 y 35 segundos y después yo cobraba el valor de la llamada, dependiendo de lo que arrojaba el sistema.

Advertencia dos: tuvo tiempo para ver bien la cara del hombre de la cabina. Si fuera una ejecución pública, a Anguita lo estarían llevando entre la multitud, entre garabatos.

–¿Tenía algún registro de los números que marcaban?

–Sí, los registrábamos en un cuaderno. De ahí hacíamos la digitación.

–¿Apareció el número que buscaba la PDI en el cuaderno?

–Sí.

Araya cambia la voz. Parece decidido.

–¿Le consultaron los policías lo que recordaba?

–Sí.

–¿Qué les dijo?

–En esos momentos era mucho más claro mi recuerdo. En estos

momentos, después de tantos años, va perdiendo la claridad de los hechos en realidad.

¿Qué? ¿Escuché mal?

–¿Pero en ese momento sí recordaba?

–Sí.

Todo en orden.

–¿Qué le señaló?

–Bueno, en realidad nos fijábamos mucho en las personas. Había sucedido que entraban a robar, y en ese momento, como estaba yo solo, tenía más precaución, recordaba muchas más cosas.

–Claro, han pasado siete años.

–Exactamente.

–Pero, ¿qué les dijo en ese momento?

–Solamente que había entrado una persona bastante no habitual en su actuar, distinta a los clientes frecuentes que teníamos. Traté de recordar lo mejor posible, características, facciones, eso le comuniqué a la policía.

Anguita comienza a sentir cómo le acomodan la cuerda alrededor del cuello.

–¿Cómo fue con ese cliente en específico?

–Era para todos iguales. Entraba, le hacía el contacto y le decía la frase típica: no corte, que le van a hablar. Y ahí transferíamos a la cabina.

–¿A cuál cabina?

–La número cuatro, la mejor cabina que teníamos.

–Y usted le dijo: “No corte, le van a hablar”.

–Sí.

–¿Cuánto tiempo estuvo esa persona?

–Fueron unos segundos, no me recuerdo cuántos hayan sido. Después que habló, salió y se molestó un poco por la tardanza del sistema, que como le dije se demoraba un poco.

–¿Cuánto le cobró?

–No recuerdo.

Yo sé: 150 pesos.

–Cuando la policía le consulta por las características físicas del sujeto. ¿Qué les dijo?

A Anguita le comienza a faltar el aire. Le veo las manos tiritar. Tiene que tomar un lápiz, para que se note menos. El gendarme a su lado se da cuenta.

–En este momento sería imposible replicar las características, como las dije en ese momento. Si en ese momento dije tales características, esas son.

No sé tú, pero yo lo dejaría hasta ahí. El fiscal ya probó que Anguita mintió, ya tiene validada la declaración del testigo a la policía y he visto los dos retratos hablados: se parecen, dentro de lo razonable, al sicario. Su descripción falla en detalles como la altura, pero no bastará para desacreditarlo. No es necesario ganar siempre por nocaut.

Es la 1.54. El fiscal lleva 30 segundos en silencio, supongo que pensando. La jueza debe tener hambre.

–Fiscal…

Yo lo dejaría hasta aquí.

–Señor Araya, recuerda si dentro de las diligencias usted dio las características para hacer retrato hablado.

–Sí, en dos ocasiones.

–El rostro que describió, ¿qué características tiene?

–En estos momentos no recuerdo las características exactas.

En serio, ya está bien.

–Si le exhibiera los retratos hablados, ¿podría reconocerlos?

–Sí.

–Solicitamos evidencias otros medios de prueba, 43 y 49.

La sala se queda a oscuras. Sobre un telón blanco se proyecta el primero de los retratos hablados. Somos pocos, pero el nivel de expectación supera a todo lo que haya visto y, creo, vaya a ver en un tribunal: la vida de un hombre pende de un hilo. Me retracto, valió la pena venir.

–¿Señor Araya, es este el primer retrato hablado que se hizo con las características que usted vio?

–Sí.

–¿Cuál es la principal característica de este retrato hablado que usted dio, lo que más salta a la vista?

–¿Me puede repetir la pregunta?

–¿Qué es lo más característico de este retrato, lo principal?

–La falta de cabello.

La calva del sicario, al frente mío, brilla más que nunca en la oscuridad.

–Luego usted hizo un segundo retrato hablado el 2012.

–Sí.

–¿Es este el segundo retrato hablado?

Proyectan el segundo retrato: es también parecido al sicario.

–Sí.

–También tiene falta de cabello, pero con una diferencia, ¿no?

–Sí, tiene un poco de cabello en el costado.

–¿Cuál de los dos es más preciso?

–El segundo.

Al 2010, el sicario aún tenía algo de pelo atrás y a los costados. El fiscal se queda en silencio otra vez. Al parecer está eligiendo la cordura. En la oscuridad veo la cara del reportero de *El Llanquihue* que está esperando lo mismo que todos: el gran final.

–No le va a preguntar –le digo–. Es mucho riesgo.

El reportero me apunta al fiscal, que tose y empieza a hablar de nuevo.

–Señor Araya, han pasado siete años desde que ocurrió este llamado…

No lo va a hacer, no lo puede hacer.

–¿Usted está en condiciones…

Acá viene, todo o nada.

–…de reconocer a la persona que hizo esa llamada?

Deben haber pasado tres segundos, pero se siente mucho más largo. Está preguntando si el hombre de aquí al frente entró al cibercafé. Pienso en los testigos a la carta, en la mentira piadosa, en Anguita tratando de incriminar a los Haeger. El silencio es total.

–No.

Listo, se acabó.

–Sería para mí imposible después de siete años.

Anguita mira a su defensor, ambos se ríen. Intercambio miradas con un querellante: es el rostro de la derrota. Si no se puede acreditar que el sicario entró a hacer ese llamado, aunque él diga que lo hizo, es como si no hubiese pasado.

Se suspende la audiencia hasta mañana. Me topo con el fiscal afuera. Le pregunto por el desastre que acaba de ocurrir. Me pregunta de vuelta:

-¿Cuál desastre?

¿¡Cuál desastre!? ¿¡Cuál desastreeeeeeee!?, pienso, no le digo. Es mejor así con los abogados: nunca pierden la oportunidad para decirte lo poco que entiendes de su complejo mundo. Tengo el "¿Cuál es su balance de la jornada de hoy?" en la punta de la lengua.

–Lo que pasó, pues. ¿Sabía usted que no iba a reconocer al sicario?

–Sabía.

–¿Y por qué preguntarle entonces?

–Porque es normal que alguien no reconozca a alguien que vio durante unos segundos, siete años después.

–Pero hemos visto gente olvidar y recordar llamados. Una testigo recordó seis años después que Anguita tenía los ojos vidriosos en esa llamada.

El fiscal sonríe.

–Mi trabajo no es ocultarle cosas a los jueces.

Cuando pedí referencias de él, esto me dijeron sus colegas: buen fiscal, pero sin instinto asesino.

Me embarga una sensación rara, algo que no había sentido desde que llegué. Si tuviera que describírtela acá, apurado, te diría que es… ¿optimismo?

Hay algo noble, pero a la vez totalmente simple en lo que hizo el

joven del cibercafé: dijo la verdad, aún cuando a todos les convenía que mintiera. Habla bien de él, del fiscal que no lo presionó y, finalmente, de todo el sistema.

Le comento eso al fiscal mientas baja por la escalera. Me palmotea la espalda y me dice:

–¿Ve?

Los cinco periodistas lo abordan en la calle. Me quedaría feliz a escuchar las preguntas para reproducírtelas, pero me apuro hacia la salida lateral del tribunal, por donde ingresan los testigos, para buscar a Araya: quiero hablar con él antes de que vuelva a su ciudad, felicitarlo, decirle que no me conoce, pero que me renovó las esperanzas en este juicio. Un guardia me dice que tuvo que salir en un taxi, apurado, porque dos camarógrafos lo estaban esperando para grabarlo y se apanicó al ver los lentes apuntando hacia él. Da igual, averiguaré más tarde dónde aloja, iré aunque llueva, aunque me pierda otra entrevista que tenía pactada. Porque finalmente pasó, llegó lo que estábamos buscando y no podíamos encontrar: tenemos un héroe.

IX
Dora Lisa

–¿Conociste ya a Doralisa?

El fiscal ayudante me interceptó el lunes en la tarde, cuando todos dejaban el tribunal. No tenía idea sobre quién hablaba.

–¿Todo junto? ¿Doralisa?

–Está todos los días sentada atrás. No puedes no haberla visto. Es…

No me acuerdo de la palabra exacta que usó, no grabé. A lo mejor fue “pintoresca” o quizás fue “un personaje”, en el sentido ése que se usa, casi despectivo, para remarcar a alguien que destaca, por la razón que sea. O pudo ser en el otro sentido, el narrativo: varios acá saben de estos informes –¿les decimos así? ¿Informes? Me acomoda– que te estoy enviando y se acercan con ideas para agitar la trama. Como si no bastase con la sensación de riesgo que es decidir el futuro de dos personas, además aspiran a que ese camino sea algo entretenido de recorrer. En el fondo, si alguien va a estar acá todos los días viendo lo que hacemos, mostremos lo mejor que tenemos.

La mayoría de esas ideas las he filtrado. Me interesan, pero algo me dice que tú te las saltarías, por miedo a que te distraigan de lo único que parece importarte: ¿fue o no fue Anguita?

El fiscal ayudante miró para todos lados, tratando de ubicarla, pero no estaba. Si alguien me pregunta, él está en una posición ideal: es parte del juicio de la década, podrá contar, ya jubilado, que participó, pero no está a cargo del buque. Si esto termina mal, y cada vez estoy más seguro de que terminará mal, nadie pedirá su cabeza. Trato de escucharlo, es un espectador con perspectiva, pero estando ahí en el medio.

Creía tener, luego de una semana, el tribunal escaneado. Sabía

quién era quién y si valía la pena o no mencionártelos. Doralisa: el fiscal ayudante me habló de una señora que viste siempre como para una fiesta. La primera semana, todos los días, estuvo sentada en la cuarta fila de asientos, del lado de los Haeger. Le presté el mínimo de atención, apenas registré que leía un libro al mismo tiempo que escuchaba a los testigos pasar. Asumí que era una familiar lejana de los Haeger, tan lejana que prefería no molestarlos cuando entraban a la sala y que después tuvo que viajar a su ciudad de origen, y por eso dejó de aparecer puntualmente a las nueve de la mañana. En fin, gente entra y sale de acá todo el tiempo.

–Tienes que conocerla. En serio.

La vi ayer, en la entrada del tribunal, vestida con una chaqueta morada, falda y lentes rojos. Iba a hablarle, pero, cuando me acercaba, hizo algo intrigante: se quedó un par de minutos revisando detenidamente el papel que se pega cada mañana en un diario mural, que enumera las audiencias programadas para la jornada. Luego pareció memorizar algo y tomó el ascensor hacia las salas del cuarto piso. Antes de seguirla –sé cómo suena–, también miré el papel, un resumen de la maquinaria que jamás se detiene: robos, riñas, homicidios, manejo en estado de ebriedad, abusos de menores de edad, especificados con sala y hora, como si fuera la página del diario con la programación de los cines.

Subí rápido por la escalera, esperando topármela de frente cuando se abriera el ascensor, pero ella ya había entrado a la sala. La señora figuraba de nuevo sola en la penúltima hilera de asientos, viendo, con una sonrisa cargada de rabia, a Anguita mientras le sacaban las esposas. Ni los Haeger lo miran así, con esa intensidad. La observé un buen rato: escuchó atentamente al policía que habían llamado como testigo, pero cuando la declaración se volvía muy técnica se metía en el libro. No pude reconocer al autor.

A las 10 y media se paró y salió de la sala. Calzaba unos tacos altos, así que aunque hubiese intentado recorrer el pasillo pasando desapercibida, cosa que no creo que esté en su lista de prioridades, todos adentro notaron su caminata, coqueta, cartera en mano. Me paré y le pedí al periodista de *El Llanquihue* que avisara si me perdía algo muy importante.

–¿Señora Doralisa?

Podría estar haciendo el loco.

La vi de cerca. Estaba muy maquillada. Sonriendo me respondió:

–Dora Lisa del Carmen Yáñez Leiva.

Es separado: Dora Lisa.

–Me dijeron que hablara con usted.

–Hable entonces, pues.

Le expliqué lo que estoy haciendo, aunque, todavía, ni yo lo tengo muy claro. Pero, ¿sabes? Más que informes, me gusta Notas, "Notas desde el juicio Haeger".

Me remití a los hechos: que vine desde Santiago especialmente, que voy a estar acá todo el tiempo que dure el juicio sin importar lo que se tarde y que me ha llamado la atención haberla visto tantas veces, y desde tan temprano en la sala. Un trío de verdades irrefutable.

–¿Es pariente de la víctima?

La jueza debió haber decretado un receso adentro de la sala, porque todos salieron en el momento justo en que yo me presentaba a Dora Lisa.

–No, hijo.

–¿Y por qué viene?

–Vengo todos los días desde hace once años.

Un grupo de periodistas nos estaba mirando de lejos. Suele pasar entre colegas cuando hay poco movimiento: basta que uno se interese en alguien para que los otros lo sigan. Una joven se nos acercó y también se presentó a Dora Lisa. Recién había averiguado quién era y quería entrevistarla para *Las Últimas Noticias*, de Santiago. A Dora Lisa le brillaron los ojos. La periodista me preguntó si me molestaba la interrupción. "Mucho", pensé.

“Realmente mucho”, pero no le quise matar la alegría a Dora Lisa y dije que yo no tenía apuro, que podíamos conversar al día siguiente, al almuerzo: yo la invitaba. Antes de dejarla sola para su entrevista, me saqué la duda:

–¿Por qué salió antes de la sala hoy?

–Ahh, porque vi que había un juicio de abuso sexual en la sala del lado a las 10:30. No quería perderme el comienzo.

Hoy en la mañana, mientras tomaba desayuno, busqué en el diario la entrevista a Dora Lisa: es un recuadro mínimo que acompaña a una nota sobre el sicario, con una foto de ella sonriendo, del tamaño de un pulgar, que acompaña al titular: “Ella va hace diez años, todos los días, al tribunal”. En el texto Dora Lisa dice apenas una frase. “Soy dueña de casa y me gusta el derecho. No pude estudiarlo, pero me conformo viendo a los abogados”. El cierre de los dos párrafos dedicados a ella explica que algunos periodistas locales la llaman en las tardes para ver si se perdieron alguna noticia importante por no haber ido a los tribunales.

–Estuve hablando como media hora con la niñita y salió rechico –me dice ahora, mientras se sienta y pide una lasaña del menú. Es un restorán pensado para la gente de leyes, para los trabajadores del tribunal, así que debería sentirse cómoda. Le pregunto cómo prefiere que le diga; porque no sé si el Dora Lisa es algún chiste leguleyo que me estoy perdiendo.

–Me puedes decir Dora, Dorita, y si te caigo mal, Dorota.

Y empezó:

–Yo nací en la Carretera Austral, por Hornopirén. Me inscribieron en Hualaihué, así que también me puedes decir huahahuina o hualahuense.

Mi mamá conoció a mi papá siendo carabinero. Él se fue a un retén en Río Negro por amor, para poder verla. Tenían que cruzar un río para encontrarse, porque el retén estaba al otro lado. Mi abuela mandaba a mi mamá a dejar las vacas y los terneros afuera y ella aprovechaba de hacer fuego, así mi papá sabía que estaba ahí. Se

comunicaban por señales de humo.

Mi papá fue carabinero un tiempo y después no fue más carabinero. Llegó hasta raso no más. En todos lados le convidaban comida y trago y él nunca despreciaba nada. Una vez fue a trabajar malito y hasta ahí llegó. A quién no le ha pasado.

A mí me parieron en la casa, por eso soy tan buena dueña de casa. Viví hasta los cinco años en Río Negro, pero nos vinimos para el terremoto del sesenta. Mi mamá estaba haciendo prietas, había matado recién un cordero. Mi papá era el mayordomo de esas tierras, estaba trabajando en el campo cuando empezó a moverse la tierra. Se dio vuelta todo. Mi mamá nos abrazó y nos dijo que estuviéramos tranquilos. Salimos y yo miré el mar: estaba recogido, el fondo todo negro. Por eso me da rabia en el tribunal cuando dicen que si las niñas son abusadas a esa edad no se van a acordar. ¡No me vengan a poner el coso en el ojo! ¡Se acuerdan de cada detalle!

Llegó la lasaña. Le digo a Dora Lisa que se está desviando del tema.

–¡No! Se empezó a venir el mar, pero venía rojo, como con sangre. Apareció mi papá a caballo, en la tierra se abrían zanjas así de grandes. Él las saltaba a caballo…

Le dejo entrever que no es necesario que adorne de más el relato.

–Córtala, oh. Estábamos en altura, así que el mar no alcanzó a llegar arriba, entró por el río. Fuimos a mirar después: todos los pescados estaban cocidos, con el calor que salió de abajo. ¿Creís que inventé esos recuerdos? A la semana nos fuimos a Puerto Montt en una lancha, con lo puesto.

Éramos 16 hermanos y uno estaba haciendo el servicio militar en Puerto Montt, así que viajamos a buscarlo, porque no había comunicación. La ciudad estaba destruida, sin luz. Estados Unidos mandó ayuda: casas prefabricadas, barrancones, un feroz avión que tiraba comida del cielo y alumbraba Puerto Montt en las noches con un tremendo foco. La de cosas que he visto… Nos instalamos en la parte de arriba de un container, pero de madera. Mi mamá quedó tranquila cuando vio a mi hermano. Yo lo único que me traje de Río

Negro fue una gallina, que había salvado del terremoto. La comimos después.

Yo estudié en la Escuela 3 del barrio. Esa escuela la hizo mi papá con mi hermano, a martillazos. Después, la media en el liceo de niñas, solo hasta segundo, con 20 años. Fui mamá soltera, ahí me salí. Fui muy discriminada, era horrible. Las tipas que tenían plata, que eran como tontas para los anticonceptivos, fueron las que más me miraron feo. Yo conozco al noventa por ciento de la gente en Puerto Montt, no se me olvidan. Se reían cuando me veían en la calle, pero yo siempre fui bien parada, no lo permitía, me supe defender sola, tengo mi carácter. Soy una mujer que ayuda mucho a los que necesitan…

Casi imperceptiblemente trato de reencausarla.

–Mira, lo único que rescato de eso es mi hijo. No me preguntes más, fue no más y no es que le esté sacándole el cuerpo a la jeringa. Fui mamá y punto, ¿ya?

Ya.

–Es que, entiende, no voy a decir nada más de eso. Mis papás me ayudaron. Yo viví con ellos hasta cuando mi hijo tenía cinco años. Mi mamá fue muy drástica, era muy hombrera. Éramos 16 hermanos, cinco mujeres, más dos hermanos del amor, que no son de sangre, fueron adoptados. Todos dormíamos apretados, en camarotes de tres camas. Yo fui la primera embarazada. Mi mamá… mi mamá… no me pegó, no lo iba a permitir, pero me dijo algo que no se me va a olvidar… No quiero hablar cosas tristes, no quiero recordar esa parte, no te la voy a decir. Solo te voy a decir que se enojó.

Me dediqué a lavar a tabla todas las frazadas de la casa, a sacar la lana de las camas. Era la chorrera de camas y de sábanas, porque los hombres no lavaban. Hacía un fuego, hervía la sábana, hacía un almidón con harina, y métele escobilla. Después a costurar las camas. Empezaba al amanecer y terminaba a las ocho de la tarde. Me hicieron pagar un precio muy alto por el embarazo, pero no estoy arrepentida.

Me casé. Me fueron a pedir a la casa. Ahora pescai al pololo y listo. Mi papá le dijo a mi marido: usted sabe que mi hija es madre soltera, por lo tanto, si usted algún día le saca eso en cara, no dude que pesco a mi hija y me la traigo de vuelta a la casa. A mi marido lo conocí porque él jugaba fútbol, era estupendo, tenía su pinta, ahora parece que lo atropelló un camión. ¿Sabe por qué acepté? No me gusta hablar de él, pero te digo algo: él soñaba con una mujer como yo, era estupenda. Pregúntame qué me pasó.

Pregunto qué pasó.

–Nada, poh. Yo soy así, no soy una tonta grave. Pero de mi marido, olvídate, no voy a hablar de eso. Solo te digo que nos casamos. Ya estaba bien, quería irme porque trabajaba mucho. Dije: ahora voy a descansar. Apenas salí del Registro Civil me bajó esa sensación de que nunca más iba a ser soltera, porque enamorada no estaba. Me casé para arrancarme y caí donde mi suegra. Me marido me llevó para allá, a Punta Arenas.

Respetuosamente le exhibo la contradicción entre ser parada en la hilacha y seguir a un marido que no amaba.

–¡Espérate! Yo dejé fluir las cosas, que no es que me deje dominar, son cosas diferentes. Mi marido trabajó en una imprenta allá, yo fui la representante legal. No conocía a nadie. Me hice amiga de las tipas de la cocina y del doctor del hospital donde tuve a mi hijo menor. Ahí casi me voy cortada: nació prematuro y yo estaba tragando líquido amniótico. Yo estaba muy mal, pero no me daba ni cuenta, porque soy muy dicharachera. Estuve mirando a mi hijo en la incubadora. Lo conocieras, es tan de piel, tan buen hijo, muy cálido, buen amigo, buen jefe, no se pone los honores…

Punta Arenas.

–Bueno, tras eso sí que me paré en la hilacha. No iba a andar con mis hijos pasándolo mal. Me vine y él me siguió. Me puse a trabajar en Angelmó, en la cocinería de una amiga, ay la pobrecita, se mató hace tres años. Yo tenía buena mano, probaras... No me gustaba andar pidiendo plata, siempre digna. Si tengo mi manos buenas, para qué voy a andar poniéndole caras a un… ¡Para! ¡Para con la sal, no le pongas tanta! ¿Creís que venden riñones en el

supermercado?

Dora Lisa me quita la sal de mano.

–Cuento corto, llevaba 25 años casada cuando mi hijo mayor me dice: quiero hablar contigo. El 20 de diciembre, hace doce años. Y él empieza: mami, yo pensaba no contarte nunca las cosas que él me hizo. ¿Cómo que quién? ¿Me estái escuchando? Mi esposo. Mi hijo mayor me dijo: me miraba mal, me daba siempre peores cosas que al resto de los hermanos. Y él no quería que los otros crecieran también sin su papá. Me pidió que no le dijera nada altiro al gallo este, porque venía la Navidad, pero en ese momento tenía el estómago colgado. Ya dormíamos en camas separadas, no pasaba nada. Al otro día él me toma la mano de una cama a otra. ¿Cómo que quién? Mi esposo, poh, que me dice: te amo tanto, eres la mujer que más he amado. Y por dentro yo diciendo: sí, conchatumadre. Yo me levanto, me ducho, me arreglo, porque antes muerta que sencilla.

Quizás el fiscal asistente no es todo lo que yo pensaba.

–Volví a la pieza y le dije levántate, conchatumadre, tal cual. Él era alto, maceteado, y yo mido 1.55. Qué te pasa, me dice. Lo que me pasa, conchatumadre, es que fuiste un hueón malo con mi hijo y no merecís estar bajo este techo conmigo. Un hueón malo de alma a mí no me sirve. Te doy cuatro minutos para que abandones mi casa. Eso le dije y le dije: hazlo rapidito, mira que tengo malos instintos.

Casi susurrando oso consultar por la propiedad de la casa.

–¡¿Qué tiene que ver?! A nombre de él estaba, y me importó una raja. Lo eché cagando, se fue. A mí nadie me ignora, nadie nunca me fue infiel. ¿Cómo te llamas tú?

Estamos esperando el postre.

–Mira, Rodrigo, él era como un pololo conmigo, pero sabía que por dentro yo no lo amaba. Y se fue no más. Cuando estaba afuera de la casa ya, le dije: mira bien acá afuera, en ninguna parte dice Hogar de Cristo, así que partiste. Este roto fue días después de nuevo y me dijo que nunca iba a dejar de amarme. ¿Sabís qué le dije? “Mira,

¿me veís llorando?”. Yo igual estaba acostumbrada a estar con él. Los primeros días fueron horribles, pero después volví a la cocinería: mente ocupada no piensa en nada. Yo tomo una decisión y jamás me arrepiento. ¡Es que la rabia que me da cuando las pajaronas están llorando en el tribunal porque les pegaron y le dan medidas cautelares a los hueónes y ellas los siguen llamándolos, buscándolos! ¿Y qué pasa? El hueón vuelve y les vuelve a sacar la cresta. Por eso le dije a la niñita del diario que pusiera grande que las mujeres se quieran a ellas mismas, que no se dejen manipular por el hombre. Y no puso nada.

Así, poh. Mis hijos crecieron, hicieron sus vidas. Ellos me ayudaban y yo dejé de trabajar. Justo por esos días unos sobrinos murieron atropellados. Yo seguí el procedimiento, porque fíjate que era bastante abierto todo. Así empecé, en el palacio antiguo, el edificio Fallabella. El primer juicio que vi fue el asesinato del rector del colegio de mis hijos, un cura, Picardo, pucha que me caía mal ese gallo. Y después seguí viniendo, si no tenía nada más qué hacer, no me iba a quedar viendo la novela.

Un día normal mío comienza a las cinco de la mañana. Miro el *Tom y Jerry* en el cable antes de levantarme y después *Dora la Exploradora*, en mi honor. Veo después las noticias regionales. A las seis me levanto, prendo el fuego a combustión, salgo afuera, miro el tiempo para ver qué ropa me pongo, aunque igual desde que me despierto ya estoy pensando qué voy a elegir. Compro ropa en la americana siempre. Tengo hartos looks, de lo que me preguntes, todos andan bien pendientes de mis pintas en el tribunal. No te voy a mentir, he estado sin muebles, mi casa es sencillita, pero yo la arreglo, la pinto, la martillo y todo, pero siempre me preocupa la ropa. ¿En qué estábamos? Ah, elijo la ropa y veo que me combine con las uñas con que ande. Después prendo la Bío Bío, a ver si hay algún caso policial cototo, por si tengo que apurarme. Y pongo música alegre, para salir anímicamente bien de la casa. Me carga cuando las viejas salen con cara de poto de la casa. ¿Te hai fijado en la calle? Todas las viejas con cara de poto, está lleno, siempre quejándose, abrigadas hasta el cuello. Yo no soy de esa onda.

Después tomo el colectivo. Si en la radio escuché algo cototo, me paso derecho al control de detención. Si no, veo la tabla diaria que

está pegada y ahí voy eligiendo. Prefiero los juicios, son mucho más dinámicos, pero si no recorro las salas hasta que algo me llame la atención. Y lo voy anotando todo en mi mente, aunque parezca distraída, voy registrando todo, incluso cuando leo.

Oportunidad para complementar el dato: el libro.

–Soy una romántica de la vida. Leo poemas, sobre todo cuando los temas se ponen muy feos. Y ahí, leyendo, me dan ganas de seguir viviendo, porque no me gusta la tecnología.

Pero cuáles poetas.

-Muchos, puros poetas.

Pero un nombre.

–Los que te llegan a los huesos.

Alguno en particular.

–No, lo importante es que esto me sirve para acortar el día. Lo tomé como una segunda familia para mí. Yo realmente paso más acá que en mi casa. Y si puedo servir en algo, siempre hay alguien que me necesita. Una vez una niña llegó entera machucada, la pareja le había pegado a las cuatro de la mañana y después le tiró sus cosas para afuera, a ella y a su hijito de nueve años; no tenía dónde ir porque era de Calama. Justo no había juicios, así que me instalé a ver los controles de detención. La niña tiritaba en el tribunal y justo pasan al gallo, que andaba con pantalones y calcetines no más. Entró con prepotencia, preguntando a quién tenía que hacerle un cheque. Y yo ahí: me dieron unas ganas de pegarle una patada en el hocico… No tenía anotaciones, así que el juez decretó que abandonara el hogar común no más. Yo fui a hablar con la niña. Le dije: hola, te voy a dejar a tu casa. Ella me dijo: ¿Y usted quién es? Yo le dije: no importa, estuve viendo tu caso. Y estábamos ahí cuando aparece el gallo y la toma del brazo para llevársela a la casa. Yo me paré adelante, con los brazos abiertos, como alas. Le dije: “A ver, pajarón, ¿qué te dijeron recién?”. Y dijo que era para pedirle las llaves de la casa. Y me paré, lo amenacé con llamar a Carabineros. Y ahí recién se fue para el centro, a comprarse zapatos.

Yo fui a dejar a la niña en colectivo a su casa. Traté de explicarle que no tomara de vuelta al gallo, porque los hombres empiezan con el “te amo” y las gallas les creen, poh. Le dije clarito: uno cuando ama de verdad no hace daño.

Mirando mi reloj, le pregunto si esa mujer aceptó de vuelta al marido.

–No tengo idea. Pero me la encontré un año después en la calle y había dejado al marido. Hay niños que llegan detenidos a los que les he seguido toda la carrera. Quizás es que los padres no los pescan, pero yo les digo que nunca es tarde para ser una persona de bien.

Antes llegaba muy achacada a la casa, mis hijos me decían que mejor no viniera, porque estar todo el día escuchando esas cosas horribles… tenían susto. Lo que me sigue achacando es el abuso sexual de los niños. Yo fuera juez, condenaría a todos los pedófilos y los mandaría a una isla, con una bolsa de semillas de papas y un poco de sal, porque las papas sin sal son muy remalas. Y listo, problema solucionado.

Le comento que no parece una solución apegada al derecho.

–¿Por qué no? Es que sabes lo que pienso mientras estoy en un juicio: a alguna niña la están violando en este momento. Ayer, ¿te acuerdas cuando me salí de la sala? Al violador ese, que abusó de sus hijas, le daban la sentencia. Si lo absolvían me moría. Yo creo que sirve que vaya; los magistrados me conocen, me saludan, saben que si hay un procedimiento de abuso yo voy a estar ahí y que me voy a enojar si absuelven. A este lo condenaron.

Hasta ahora me ha gustado el juicio de Anguita, pero hoy día estuvo fome, se ponen muy repetitivos, una y otra vez con lo mismo, dale que dale. Miro fijo a la jueza, le hago señas a ver si apura un poco la cosa: que las fotos de la cocina, que si Anguita se conoce con el sicario. ¡Oye, córtenla! Si ya hemos visto todo eso, está acreditado. Y tanto testigo que no sirve. Pasemos rápido a los buenos: la hija, el amante. ¿Le has visto bien la cara a Anguita?

Más la nuca, pero sí.

–Yo con Anguita ni aunque me hubiese bañado en oro me habría quedado con él. Es feo de adentro, feo por fuera, feo por todos lados. Para mí es un criminal.

Mira, voy a ser más explícita contigo. Anguita planificó todo lo que tenía que hacer. Poca gente ve el móvil, pero yo lo tengo claro. Mira los años de experiencia que tengo acá. ¿Cuantos años yendo a juicios tienes?

Sospecho que tengo que decir: pocos.

–Ya, poh. Déjame contarte una historia. Hace unos años un viejo mató a su mujer y después durmió tres días con ella muerta: la había ahorcado con el cable del computador, pero nunca se supo el motivo. ¿Y quién se dio cuenta? Yo. Él llegó a la casa, la pilló chateando con alguien, sacó el cable y la ahorcó. Eso se me ocurrió a mí; les conté yo a los fiscales. Yo, escuchando el auto de apertura, ya me voy haciendo una idea de cómo fueron las cosas. Voy hilando datos, atando cabos sueltos, puedo parecer tranquila sentada ahí, pero mi cabeza está a full.

Cuando desapareció la Viviana, pensé altiro que había sido Anguita. Si a ti te secuestran a tu mujer, el secuestrador va a seguir llamando para llegar a un acuerdo de plata. Y este no llamó más, poh. ¿Tiene o no lógica?

Tiene.

–Los gallos que la fueron a sacar a la casa…

¿Plural? ¿Sacar?

–Y Anguita de lo más tranquilo en Puerto Montt y fíjate que justo volvió todo relajado a la casa. Estaba coordinado con otro. Si no es mucha casualidad. A mí que me corten las venas, pero el hermano de Anguita que estuvo en el juicio, ese chico de bigote, me da la impresión de que sabe algo, quizás le abrió hasta el portón al sicario.

Eso no tiene sentido. El hermano del bigote ni siquiera vive en Puerto Montt.

–Y cómo sabís que no lo mandó a buscar.

Nada en el juicio apunta a él, ni siquiera ha sido mencionado.

–Todo apunta a él. Ella le tuvo que abrir la puerta a alguien conocido.

No entiendo cómo el sicario encajaría en esta teoría.

–El pelado fue, eso está claro. Pero a ella la tuvieron secuestrada 43 días. Por eso no estaba descompuesta.

En el juicio han explicado por qué no estaba descompuesta: porque se momificó.

–Puras mentiras. Los detectives dicen que no tenían linternas y Anguita dijo que tenía una linterna ahí mismo. ¿De qué estamos hablando?

Sinceramente, ya no sé.

–La ropa tiene aserrín. El container donde la llevaron, ahí había aserrín. La empresa de él compró cinco containers y en la empresa aparecieron cuatro después. Ahí la tuvieron.

Tener secuestrada a alguien 43 días, para devolverla a la casa y matarla ahí a pleno día.

–Oye, Rodrigo, eso no te lo acepto. Nadie tiene derecho a quitarle la vida a nadie.

Hay problemas de comunicación con Dorota en el restorán.

–Como él planificó el tema del secuestro, tuvo que mantenerlo como secuestro. Mandó a hacer el cartel: cinco millones por unos días, como si su mujer fuera una lotería.

La razón del por qué habrían sido 42 días exactos se ve dudosa.

–Ahhh oh. Estuvo viva, entiende. Cuando supo que iban a llegar los perros, llama a la PDI, dice que siente un mal olor. Y el PDI dijo denantes que no había olor.

Debajo de eso debería haber un móvil.

–El móvil debe ser que Viviana lo pilló en flagrancia con la hija. Y la Viviana le dijo: te voy a denunciar y te vas a ir a la cárcel. Prefirió mandar a matar antes que irse preso. Fue por la hija mayor.

No me atrevería ni a hacerle esa pregunta.

–Yo tengo hartas ganas de hablar con ella, pero no se ha aparecido por el tribunal. Cuando las niñas son violentadas, les viene como un falso enamoramiento, por eso lo defiende a brazo partido. Yo fui al funeral, para verle la cara al canalla ese. Ni aunque le hubiese picado una cebolla entera le sale una lágrima y a la hija mayor tampoco.

Aunque uno creyera eso, no hay razón para que Viviana Haeger no haya denunciado, si es que sabía de antes.

–¡Por las maditas apariencias! La Viviana era una tipa joven, por qué cresta vivir de las apariencias, esa huevá no va conmigo. Mi marido, yo lo sorprendo en una situación de esas, yo lo quemo entero con agua caliente. Hay mujeres que no toleran vivir solas y uno vino sola al mundo, qué tanto, por último amigo imaginario te inventai. A la cresta que tengas una mesa de mármol o una cama de agua, si el tipo con quien vives no te quiere.

Dora Lisa tiene una idea muy específica del lujo.

–Mira mi historia: la felicidad no tiene precio, la tranquilidad mucho menos. Si tengo que sentarme en un cajón y cocinar en un brasero, lo hago. Pero estoy tranquila y nadie me huevea. No se puede estar en una mansión, sintiendo hasta el azúcar amarga. A la Viviana le gustó la mansa casa al lado del lago, pero de qué servía si pasaba comprando libros de Pilar Sordo. Al final se murió y no se pudo llevar nada para arriba. Yo cuando me enamoro, no pienso en esas cosas materiales.

Y una idea muy específica del amor.

–Yo conozco a las juezas, son mujeres inteligentes como yo, van a deliberar que este gallo fue. Si está todo claro.

Está la posibilidad de que no haya sido.

–Oye, que soi duro, parece que no estuvierai escuchando, que no fueras al juicio. Yo conozco el perfil de estos tipos, he visto miles de casos.

Está la posibilidad de que no haya suficiente prueba.

–¿Y qué prueba querís? Es un peligro para la sociedad el Anguita, las juezas saben.

Me gustaría ver a Dora Lisa frente a Anguita.

–No va a pasar, poh, si se va a quedar preso.

Pero me gustaría.

–No va a pasar.

Pero si pasara. El fiscal ayudante tenía razón.

–Lo pesco afuera del tribunal, le digo que no sea tan caradura, que diga dónde la tuvo secuestrada. Pero no va a pasar.

Pero si pasara.

–Si dicen que es inocente no vuelvo nunca más a un tribunal. Lo juro.

X
Cae un héroe

Me he pasado los últimos días esperando. Ayer estuve dos horas afuera del hotel donde aloja el joven de cibercafé. Sé que no está bien hacerlo y confío en que no se lo contarás a nadie, pero quería darle las gracias por restaurar mi fe en el sistema judicial y en la labor de los ciudadanos de a pie para que siga funcionando. Pero nunca apareció; le dejé una carta en el lobby presentándome. Me miraron raro: ya nadie deja cartas.

Y hoy de nuevo. En la mañana, en el juzgado, finalmente pude hacer contacto con un familiar del sicario: su hija Clancy, de sonrisa fácil considerando la posición en qué está. Me di un rodeo fenomenal para explicarle lo que estaba haciendo –¿qué estoy haciendo?¿me lo recuerdas?– y lo mucho que me gustaría sentarme con ella para conversar sobre su padre.

–Ya –me dijo.

–¿Ya?

–Sí, ¿cuándo?

–¿Hoy?

–Ya.

Quedamos entonces de juntarnos a las seis de la tarde cerca de su casa, un barrio en lo alto de Puerto Montt. Me dio como referencia un supermercado. Más que como referencia, quedamos de juntarnos ahí, en el estacionamiento del supermercado.

Mi rodeo para convencerla fue tan largo, trabajoso e innecesario que me olvidé de fijar sus rasgos. Estuve la primera media hora creyendo que cada joven que entraba a comprar era Clancy Pérez. Le hablé a dos, de hecho.

Pero ninguna era. Dos horas y media después fue justo decretarlo: me dejó plantado. Al menos pude comprar algunas cosas.

Ya en la noche, en Puerto Varas, recibí un regalo en un mensaje de texto: el teléfono del joven del cibercafé, que ya había dejado Puerto Montt. Podría terminar el día en una nota esperanzadora.

–Aló.

–Aló.

Te ahorro mi aburrida presentación.

–¿Te llegó de casualidad la carta que te dejé?

–No.

–Ah bueno. La verdad solo quería decirte que fue realmente muy valiente tu testimonio el otro día en el tribunal. Era mucho más fácil dejarse llevar por la presión pública y haber reconocido al sicario. Hubiera cerrado el caso ahí mismo. No te imaginas la cantidad de gente que miente en el estrado. Hablé con varios de los abogados y todos opinaron lo mismo: que eres un ejemplo de ética y valores, que dignificaste la función de los testigos, en una situación difícil, teniendo la vida de alguien en tus manos. Por eso me gustaría juntarme contigo para poder conversar sobre eso.

–¿De cuánto estaríamos hablando?

XI
You can't handle the truth

Uno pensaría que Puerto Varas está sobreinformada con los avances del juicio, pero la señora que me vende verduras acaba de preguntarme si ya se sabe cuántos años de cárcel le dieron a Anguita. Le expliqué que el proceso aún no termina, que apenas va en la mitad y que, como en un partido de fútbol, se puede especular con un resultado, apostar por el marcador más seguro, hinchar para que un equipo gane, pero al final nadie asegura nada. Ella se rió, me pidió que la mantuviera informada y le cuente cuando finalmente lo condenen. Quizás debería enviarle estas notas también, para irla preparando.

La analogía fue pobre, sí, pero fue lo primero que se me ocurrió: hoy juega Chile contra Paraguay, último sencillo trámite para clasificar al Mundial: si gana Chile, cuando gane Chile, estará ya en Rusia. El partido tiene, a esta hora, el centro de Puerto Varas desierto y, como siempre, mojado: cuento ya nueve días de lluvia seguidos.

Así como hay gente que no cree en Dios, la dueña de la casona donde alojo no cree en los televisores: no hay ni siquiera uno. Piensa ella que ayuda a que los alojados se hablen, a generar un ambiente más hogareño, pero a mí me empujó a este pub con paredes de madera, mesas de plástico, piso pegajoso y decorado con el encanto de las discoteques de provincia. Hay otras dos personas en el local: el barman y el mozo, metidos en sus teléfonos, haciendo hora antes de que comience el partido.

Quedé de encontrarme con alguien, pero tiene toda la pinta de que me dejarán plantado.

Aprovecho de revisar unos apuntes de mi extraño almuerzo con Dora Lisa. Ahí, subrayado y encerrado en un rectángulo, está la frase: "42 días". Esa es una verdad consolidada en la cabeza de Dora Lisa: el cuerpo de Viviana Haeger no pudo haber estado todo

ese tiempo en la buhardilla sin que nadie se diera cuenta, así que, evidente, tuvo que ser trasladado afuera de la casa en algún punto y luego ser devuelto al mismo lugar.

Da lo mismo el argumento que escuche Dora Lisa, ella no se mueve de su posición. Si alguien le dice que los días posteriores a la desaparición mover un cuerpo en el Parque Stocker, donde las casas se miran unas a otras, con policías dando vueltas, era algo imposible, ella responderá que se pudo hacer tranquilamente de noche. Si alguien le dice que el sicario ni siquiera tenía carnet para manejar, ella responderá que se puede manejar sin carnet y que claramente esta fue una operación que incluyó a más personas coordinadas. Si alguien le dice que en contacto con el exterior es imposible que el cuerpo se mantuviera en las buenas condiciones que se encontró, ella responderá que existen refrigeradores.

Un dato, muy comentado en los primeros años, y repetido hasta el cansancio en la televisión, se le clavó en el subconsciente a Dora Lisa y a todos los que lo escucharon, incluida la señora de las verduras: cuando encontraron el cuerpo, un trébol estaba pegado a una de las botas de Viviana Haeger. El pésimo manejo de la escena del crimen, con detectives caminando sin los zapatos cubiertos, pudo haber explicado eso sencillamente, pero el color de esa hoja, verde como recién arrancada de la mata, puso a la gente muy nerviosa. Te pongo en contexto para que entiendas la sensibilidad: esos mismos días circuló una foto de la casa de Anguita, tomada a la distancia, en la que, si uno ponía mucho de su parte, se veía una especie de fantasma en una de las ventanas, supuestamente el espíritu de la fallecida. ¿No me crees? Guglea.

Un perito, bioquímico, estuvo una hora en el tribunal explicándonos cómo, en el ambiente sellado y frío de la buhardilla, el trébol no tendría, necesariamente, que haberse decolorado. Mostró sus propios experimentos: 42 días de una hoja similar bajo las mismas condiciones: no estaba completamente verde, pero tampoco completamente café. Para el caso, daba igual: lo que Dora Lisa se niega a ver es el problema lógico que hay detrás de esa maniobra, de sacar a pasear el cuerpo un mes para regresarlo donde mismo. No hay una teoría decente que sustente un riesgo así.

Dos de tres médicos forenses –otro día te hablaré de ese cantinfleo–

concordaron en que el cadáver sí fue movido, pero dentro de la misma buhardilla. La persona que lo hizo tendría necesariamente que haber tenido conocimiento del lugar y la oportunidad para realizarlo. Te imaginas hacia adónde apunta eso.

Quedan veinte minutos para el partido. No van a llegar.

Si eres un lector atento ya te habrás dado cuenta de que todo lo anterior es secundario a otra pregunta vertebral: ¿cómo fue posible que los policías que revisaron la casa nunca hayan visto el cuerpo?

Todo ese papelón quedó registrado en un sumario de cuatro mil páginas que me llegó a principios de semana por correo, luego de medio año de estar tramitándolo. No es una lectura muy estimulante, te diría que casi está escrito para que nadie jamás lo termine. Dicho eso, tiene una subtrama bastante colorida, que precisamente no toca ni tangencialmente este homicidio: es, en cambio, un atractivo triángulo amoroso policial.

Como sé que cuando la cosa se pone lenta corro el riesgo de que te pongas a mirar el teléfono, iré intercalando ambas historias: la del cuerpo que nadie vio y la otra.

Del sumario:

29 de junio de 2011. Jaime Anguita Medel acude al cuartel y dice que alrededor de las 13.41 su hija llegó a su domicilio, desde donde faltaban diversas especies, al igual que su mujer y al llamar a su celular este se encontraba apagado. De igual forma luego recibe un llamado en el que le dicen que si quiere ver a su esposa con vida…. Para luego cortar.

A las 16 horas todo el personal disponible se dirige al Parque Stocker. Al llegar, el funcionario Pablo Alegría se entrevista con Anguita: él le dice que su mujer fue secuestrada. Hace hincapié en que la ejecutiva del banco escuchó toda la llamada extorsiva que recibió.

Con Anguita y su hija mayor en el lugar los funcionarios comienzan una inspección ocular, que dura hasta la medianoche.

El subcomisario C. trabajaba en la Brigada de Homicidios de Osorno. Su participación en el caso Haeger fue mínima, pero

suficiente como para ser parte del sumario, que incluye su hoja de vida y el siguiente relato. Cuenta el subcomisario C. que en julio de 2009 “debido a problemas familiares” que “en ningún caso están relacionados con violencia intrafamiliar”, decidió separase de su mujer. Como dicta el protocolo de la PDI, le informó a su superior.

C. se apura en remarcar que “tiempo después” inició una “relación” con S., una subcomisaria de la Brigada de delitos económicos de Osorno. Por relación se refiere a algo sexual y por “tiempo después” se refiere a un lapso indeterminado, que, como suele ocurrir en estos casos, nunca es bueno precisar. No voy a ponerme a juzgar.

La relación entre C. y S. “en realidad nunca se concretó sólidamente, ya que nuestras diferencias eran constantes y fueron varias las veces que nos separamos, retornando al poco tiempo a retomar esta relación, que, como dije, nunca se pudo consolidar”. Para ser algo poco sólido, el romance duró bastante: un año entero. C. intentó volver con su mujer, pero él cuenta que entre sus idas y vueltas con la subcomisaria S. se dio cuenta de que ella había comenzado una relación con otro policía de la prefectura.

Es, ahora que lo pienso, un cuadrado amoroso.

El funcionario Alegría y la funcionaria María José Arriaza toman las declaraciones de familiares de la víctima, cada uno por separado. Las transcriben en el computador de Anguita.

A las 16.30 el funcionario Javier Vega ve la puerta de la buhardilla entreabierta, luego entra medio cuerpo, pero sin linterna y no ve nada. Vega dice que lo mismo hacen el funcionario Jaime Muñoz y el funcionario Alegría.

¿Está funcionando? ¿Sigues leyendo? Da una señal.

El funcionario Alegría dice que al ver la pieza, nota la cama corrida, las cosas dadas vuelta sobre la cama, como a propósito. El funcionario Alegría dice que no ingresa a la buhardilla, puesto que funcionarios de la Bicrim ya lo habían hecho.

El asunto es que el subcomisario C. volvió con su mujer y él explica “que ahí comenzaron las verdaderas complicaciones, no para el

suscrito", que es el propio C. por si te perdiste, "sino que en realidad para mi esposa". La subcomisaria S. le empezó a enviar mensajes de texto a C. y a su mujer que eran "soeces, descalificadores y ciertamente horrendos", aunque, si tengo que ser honesto, la prosa de C. se queda bastante corta en este punto. Quizás tú y yo no terminemos bien estas notas, quizás nunca nos volvamos a escribir y leer, pero incluso si eso pasa, mantengamos la compostura: "Vieja, vientre podrido, raquítica, esquelética hedionda, estéril de mierda", le escribió la subcomisaria a la esposa de su amante, quien también recibió lo suyo: "Alcohólico, cafiche, basura y podre weón".

Yo creo que la subcomisaria quiso decir "pobre huevón", que el subcomisario C. era un pobre huevón.

Este es el problema con las historias; dependen tanto de quién las cuenta. Según el subcomisario C. su mujer le respondió de vuelta a la subcomisaria. "Le hizo saber que no continuara con su actitud, ya que de lo contrario le comunicaría de lo ocurrido a nuestra superioridad y haría un reclamo formal contra ella".

¿Qué hizo la subcomisaria S.? Hizo una genialidad.

El funcionario Juan Díaz levanta una huella desde un computador, pero resulta ser de Viviana Haeger.

Un planimetrista llega a la casa. Le pide los planos de la casa a Anguita. El planimetrista no fija la puerta de la buhardilla como sitio de interés. En los planos entregados por Anguita no aparece la puerta de la buhardilla.

A las 00.09 todos los jefes de policía regional se reúnen en la comisaría. El jefe regional pide que se revise el entretecho, puesto que recientemente se había encontrado a un suicida en un entretecho en la comuna de Melipilla.

La subcomisaria S. se adelantó a C. y su esposa y ella misma, el lunes en la mañana, fue a denunciar la situación. ¿Qué situación? La que sufría, desde su punto de vista, supongo: que se había hecho ilusiones con un compañero de trabajo, que resultó estar casado y que, encima de todo, la estaban atosigando: también ella tenía

mensajes de él para mostrar. Para su propia suerte el subcomisario C. no solía borrar el material de su teléfono o, siendo realistas, al menos no ese material. Se los mostró a su jefe. La subcomisaria S. dijo que ella no había mandado esos mensajes. Una de dos: o se hizo la sorprendida, o su propio amante, la cuarta pata de esa mesa, los mandó por ella, cosa que, siendo transparente, no sale en el informe.

El jefe fue "salomónico", según leo en el sumario, aunque en realidad, así visto en el papel, no pareciese que haya hecho mucho. Les dijo que por favor pararan con eso.

E hicieron precisamente lo contrario, pero no de la forma que te imaginas.

30 de junio

Un equipo de la Brigada de Homicidios acude por la mañana a la casa de la presunta víctima. El funcionario Cristopher Naranjo se sube al entretecho por una escotilla del pasillo. El funcionario José Galleguillos le dice que se baje, que ese sector ya había sido revisado.

1 de julio

Nueva reunión de jefaturas. El jefe regional pregunta quién revisó la buhardilla. El funcionario Muñoz dice que el funcionario Vega lo hizo. Se tratan otros temas.

El subcomisario C. no continuó con su mujer, por "problemas de convivencia". Y ahí debe haber dicho: qué más da. "Habiéndose resuelto todo nuestro problema con la subcomisaria S., ella y yo volvimos a retomar nuestra relación, sin existir mayores cambios con lo que había ocurrido antes, ya que nuevamente las diferencias se mantuvieron y se sumó a lo anterior el hecho de que la subcomisaria S. efectivamente había tenido una relación con otro funcionario de esta prefectura y naturalmente dicha circunstancia yo no la aceptaba".

Resumiendo, apostaría a que el subcomisario C. estaba un tanto confundido. Todo empeoró con la situación del oso.

2 de julio

Nuevo rastreo en la casa de la presunta víctima. El funcionario Barría ingresa al entretecho, no viendo nada anormal. El funcionario Márquez también ingresa, encontrando una tarjeta de presentación de un cirujano plástico.

5 de julio

El perito químico Castillo acude al dormitorio de la presunta víctima para tomar muestras de unas manchas en la sábana matrimonial. El perito pregunta por la puerta de la buhardilla, pero el funcionario Galleguillos le dice que ese sector ya está revisado.

13 de julio

El funcionario Jair Bravo acude al dormitorio para hacer un inventario de las prendas de vestir de la presunta víctima, notando que la puerta de la buhardilla se encontraba sin pestillo. El funcionario Bravo consulta por la revisión de ese espacio, pero el funcionario Márquez le dice que ya fue revisado.

Tras un aloje en la casa de la subcomisaria S., el subcomisario C. notó una marca de lápiz labial en el cuello de su camisa, alguna vez símbolo universal de la infidelidad que yo hacía extinto en los ochenta. El subcomisario C. dijo que su colega hizo eso a propósito, lo que es contradictorio: si estaba soltero, ¿con quién lo iba a perjudicar esa mancha? Como sea, todo explotó finalmente unas semanas después. La subcomisaria S., de guardia, aprovechó para ingresar a la oficina del subcomisario C. de noche y supuestamente se habría llevado de ahí un oso de peluche, un antiguo regalo matrimonial. Nunca se clarificó del todo el secuestro de aquel juguete. Reportes del propio subcomisario C. apuntan a que fue destruido en un sitio desconocido.

“De la sustracción del peluche antes citado fueron testigos, aunque no oculares, los funcionarios de mi unidad, ya que claramente se percataron que el souvenir había desaparecido mientras yo no me encontraba en la oficina y, como dije, ella estaba de guardia”.

Obviemos lo de los “testigos no oculares”. El peluche desapareció,

eso está acreditado. Pero el subcomisario C. no hizo el luto: siguió con la subcomisaria, pese a que a él le comenzaron a llegar mensajes con amenazas desde números de teléfonos desconocidos. La mayoría le decía que olvidara a su ex esposa, porque ella ya tenía otro hombre.

Aunque lo más probable es que esos mensajes no fueran certeros, no me resisto: sería un pentágono amoroso.

Un domingo, la pareja de policías fue a una misa en la Catedral de Osorno, para conmemorar a unos mártires de la institución. Tras eso, la subcomisaria S. fue a dejar al subcomisario C. a su casa. Según él, ella después continuó en su auto y manejó hacia la casa de su ex esposa.

¿Prefieres volver al Parque Stocker o sigo con esto?

La ex esposa estaba regando en el jardín. "La subcomisaria S. bajó el vidrio de su ventana y le gritó: 'Te cagué, perrita'. O algo así". Hubo, luego, nuevos llamados telefónicos entre las partes. "Siguieron los insultos, algunos de los cuales los escuchó mi madre. Dijo, entre otras cosas: 'Perra culiá, deja de arrastrarte. Para que sepas tengo tres meses de embarazo de C. '".

Siento que esta trama se está comiendo a la otra, ¿tú no? ¿Qué habla peor de los policías? ¿Que hayan tenido decenas de reuniones a medio metro de un cuerpo que buscaban por todo Chile o que monten una teleserie así? ¿Y qué te interesa más a ti? ¿Dónde fallan ellos? ¿Dónde fallas tú?

La subcomisaria S. no estaba embarazada. El subcomisario C. dijo haber sufrido otro atentado: durante un curso de perfeccionamiento de inglés alguien manchó su abrigo de policía con *liquid paper*. Él la culpó a ella. Se siguieron viendo esporádicamente.

El subcomisario C. termina su relato con una reflexión. "El único responsable de toda esta situación soy yo, ya que no fui capaz de controlar el comportamiento de la subcomisaria S.".

El superior cerró el capítulo con una recomendación. "Se le insta a tener especial cuidado con su comportamiento durante el uso de su

tiempo libre”.

10 de agosto de 2010

Tras ser notificado por Anguita del descubrimiento del cuerpo de su mujer, el funcionario Muñoz entra gateando a la buhardilla. Antes había ordenado custodiar indirectamente a Jaime Anguita, mientras llegaba la Brigada de Homicidios.

En el sitio del suceso, el jefe regional pregunta quién había sido el encargado de revisar la buhardilla. El funcionario Vega dice que él lo hizo, pero no la recorrió completamente.

Quedan cinco minutos para el partido. Les escribí, pero no contestan. No van a llegar.

El funcionario Vega declaró en el juicio, junto con una docena de otros policías envueltos en esa cadena de errores. Uno podía calibrar el nivel de participación en el descalabro apenas subían al estrado y les preguntaban en qué lugar se desempeñaban actualmente: San Ramón, Vallenar, Tocopilla, traslados equivalentes a castigos, sobre todo si el punto de comparación es la tranquila Puerto Varas.

El funcionario Vega dijo desempeñarse actualmente en la Bicrim de Alto Hospicio, castigo entre castigos. Tuvo que viajar 2800 kilómetros para responder la pregunta que quisiera olvidar: ¿cómo entró a la buhardilla y no vio el cuerpo?

–Me asomo y no hay nada con interés criminalístico.

–¿Ingresó a toda la buhardilla?

–No, como lo señalé, fue ingreso de medio cuerpo. Había cajas, almacenamiento de enseres habituales de un domicilio. Hacia los costados no había luz y se veía fondo oscuro que finalizaba en ese lugar. Se veían solo las vigas.

Justo a la vuelta estaba el cuerpo.

Vega fue la cara de un error que incluyó a muchos, pero él recibió la sanción administrativa por no haber registrado el lugar a fondo.

En el estrado trató de defenderse.

–El jefe de Bicrim hizo el mismo ingreso que hice yo. No había equipos que se dividieran la casa. Tres días después fue un segundo grupo, que también hizo ingreso.

Justo, hasta ahí, hubiese estado bien.

–Además yo no portaba linterna. Y no tenía la instrucción de revisar de forma exhaustiva el lugar.

OK.

En el bar, alguien me toca la espalda.

–Hola, enemigo.

Los abogados de Anguita me dicen así, pero me ha costado entender el chiste. Llegan justo cuando el partido de Chile está comenzando: estaban preparando los interrogatorios de mañana en la sala. Los dos son de Santiago, razonablemente jóvenes, al menos jóvenes para un caso así. Tampoco son penalistas de batalla, no se pasan las mañanas peleando en el Centro de Justicia, debatiendo autopsias, cuestionando partes, pero no se les ha notado: se han dado un festín dejando en ridículo a los policías.

Matías Künsemüller es el más silencioso de los dos. Jorge Ponce, a su lado ahora, hace las vocerías y la mayoría de los interrogatorios. A él lo conocí hace seis meses. Sentado en un restorán malísimo en un mall, le hice una pregunta bastante imbécil.

–¿Por qué tomar un caso que parece imposible de ganar?

La respuesta, me doy cuenta ahora, estaba en la misma pregunta: porque es imposible. Logran que Anguita salga libre y todos los culpables de Chile les estarán mandando mensajes a su página web.

Pero Ponce, esa vez, me dijo otra cosa:

–Porque no hay ninguna prueba concreta que conecte a Anguita con el crimen. Ninguna.

La relación con un abogado defensor siempre tendrá esa barrera. Hay cosas que no se pueden decir. Aunque ellos, si te soy honesto, lo defienden con más entusiasmo del estrictamente profesional.

Gol de Paraguay: 0-1.

Los dos están viviendo a pocas cuadras del bar, en el loft que arrendaba Anguita hasta caer preso, lo que me parece raro y un poco enfermo. Se los digo. No entienden por qué. Yo he estado en el lugar, tiene una carga extraña, que parte por el hecho de que no hay ningún recuerdo de Viviana Haeger, más allá de una minúscula foto escondida en un estante del living.

Ponce pide una piscola, Künsemüller una cerveza. Me muestran sus tatuajes: Guns and Roses uno, una frase de Tolkien el otro. Al entretiempo hablamos del desfile de policías echándose la culpa unos a otros en el estrado. Dicen que da susto: uno no sabe cuántos casos habrá así de mal investigados. Yo les hablo del precario equilibrio de un sistema judicial en rodaje que intenta igualarse al de los países desarrollados: o usamos estándares de primer mundo y muy pocos imputados tendrían condenas, o subvencionamos el sistema imperfecto y pedimos pruebas en la medida de lo posible. ¿Con cuál margen de error queremos vivir? ¿Con muchos culpables caminando impunes por las calles o con algunos inocentes presos? Sé qué elegiría Dora Lisa y sé qué eligen los defensores de Anguita.

Gol de Paraguay: 0-2.

Los defensores de Anguita son muy divertidos. Me cuentan que tienen una especie de ritual cada vez que van a litigar: ven *Cuestión de honor*, una película en la que Tom Cruise logra lo imposible en una sala de juzgado, dar vuelta a un testigo. Vestido de marino y con una sonrisa ganadora, Cruise va acorralando a Jack Nicholson hasta que termina confesando que dio la orden que terminó con un conscripto muerto.

–Es como porno de abogados –les digo.

Se ríen.

–*You can't handle the truth.*

Por si acaso: es la frase célebre de la película. Vela.

Es, creo, la cuarta vez que me junto con los defensores a comer. Los vi celebrar en privado el testimonio del joven del cibercafé y lamentarse por los testimonios de alguno de los Haeger. Todos los días trato de que me expliquen lo que quisieron hacer en la sala. Me cuentan todo con una sola condición: no compartirlo con las otras partes, cosa muy razonable.

De lo que no hablan nunca es de las incoherencias de Anguita. En la apertura del juicio dijeron: no está en juicio lo raro que es su defendido. Yo suelo discutirles: no es lo raro de su personalidad lo que lo acusa, es lo raro de sus acciones en relación con la muerte de su esposa.

Gol de Paraguay: 0-3.

–A ver, dime una incoherencia, pero una sola –me dice Künsemüller.

Pienso en mi cuaderno de notas, en los 42 días.

–¿No creen que es extraño que milagrosamente haya encontrado el cuerpo justo el día antes de que los perros fueran a registrar la casa?

–Pero él había permitido revisar su casa muchas veces antes…

–Pero la mañana esa hizo hasta una prueba con uno de los perros, para ver su efectividad. Y a la tarde encuentra el cuerpo. Los policías dijeron que no había olor.

Me miran con cara de “Ah, si los policías lo dicen…”.

–No, en serio. ¿Cómo explican eso?

Ponce toma de su piscola. Künsemüller me dice:

–Ya, pongámonos, solo para este ejercicio, en el caso: Jaime sabe que tiene el cuerpo en la buhardilla y sabe que los perros lo van a encontrar.

Lo tengo contra las cuerdas.

–¿Por qué habría de tener el cuerpo almacenado ahí? –contrapregunta.

–No sé –le digo–. Quizás el sicario tuvo un problema y debió dejarlo ahí. O le pidió más plata para llevarlo a otra parte.

–¿Y por qué no lo sacó antes?

–Porque estaba lleno de policías. No se podía.

Le recuerdo que el mismo Anguita les pidió a los policías que alojaban en su casa que se fueran.

A ver: sácate eso.

El defensor se toma unos segundos.

–Pero respóndeme tú algo. Solo para este ejercicio: supongamos que Jaime hizo todo eso que dices. ¿Por qué no dejar que los perros encuentren el cadáver?

¿Qué pretende este hombre?

–¿Por qué Jaime, sin testigos, elegiría él encontrar el cadáver?

Podrían traer la cuenta.

–Responde: ¿en qué plan encajaría eso? ¿Por qué haría a propósito algo que solo lo hizo ver más culpable ante todo el mundo?

No tengo idea.

Final: Chile 0-Paraguay 3.

El partido imposible de perder se perdió.

XII
La señora Viviana

El amante de Viviana Haeger termina de testificar y antes de que lo despachen cuenta una breve pero sentida historia. Dice, con un tono que mezcla dolor e indignación, que la última de las muchas veces que la policía lo interrogó durante estos siete años, dos detectives, uno de Santiago, otro local, se pararon afuera de su casa, en la reja, y le gritaron hacia adentro:

–¡Hueón mentiroso, carerraja!

Conozco a esos policías, y es cierto, no son especialmente simpáticos. Es la forma más fácil de hacer ese trabajo, me temo. Y quizás el amante se lo merecía. ¿Quiero vivir en un país donde los policías puedan decirle eso a un sospechoso? No lo votaría como política pública, pero te digo que la frase en sí no contenía ninguna falsedad.

El día había comenzado con un evento extrañísimo. En medio de un testimonio, el audio de la sala se apagó. Los micrófonos de testigos, abogados y jueces dejaron de funcionar, lo que para ellos no es un problema: están todos cerca, a metros de distancia, y se pueden seguir escuchando unos a otros. Acá atrás, al otro lado del vidrio, solo se ven las bocas moverse. Habíamos siete personas en la audiencia y nadie sabía bien qué hacer.

Dora Lisa era una de las siete. Al ver que nadie reaccionaba, se paró y con los brazos le empezó a hacer señas a la jueza. Fueron un par de segundos de un aleteo bastante incómodo. Una vez estuve en un cine y la proyección se quedó sin sonido a pocos minutos del final, cuando Leonardo Di Caprio, tras pelear con un oso, y escapar a varios intentos de homicidio, estaba a punto de reencontrarse con su familia. Vi menos indignación en esos espectadores, que habían pagado la entrada, que en los ojos de Dora Lisa.

-¡Ya, poh, no se escucha!

Cuando el gendarme se acercaba para moderarla, la jueza percibió sus braceos. Dora Lisa, entonces, se llevó las manos a las orejas: no se escucha. La jueza detuvo la audiencia y llamó a uno de los técnicos.

–¿Aló? ¿Ahí sí? –preguntó la jueza. Quizás esa pregunta es para todos, pero la hizo mirando a Dora Lisa, que dio el vistobueno con el pulgar. Es nuestra vocera.

Dora Lisa vino más de gala que de costumbre: vestido y chaqueta amarillos, lentes rojos. Estaba esperando ese día, oír la voz del amante. No estoy en ningún pedestal, yo también lo esperaba. Escuché hablar de él hace seis años, cuando solo los más enterados de la investigación manejaban el nombre. Le mandé mensajes, cartas y correos, pero con poca esperanza de recibir respuesta: estaba, sin querer, metido en un lío fenomenal.

Aunque lo de sin querer es relativo.

Viviana y su amante se conocían desde principios de los años noventa y aunque en el estrado él se haya esforzado en hacer parecer que el contacto entre ambos era superficial, te tengo un dato que resuelve ese tema de entrada: cada uno fue como invitado al matrimonio del otro. O sea, Anguita debe haber recibido –no puedo probarlo– su abrazo en la iglesia y la fiesta, y hoy tuvo que escuchar cómo este hombre moreno, bajo, sin ninguna gracia aparente, relataba, sin ganas, el apasionado romance que tuvo con su esposa. ¿O ex esposa? Su fallecida esposa.

La mayor parte del tiempo, Anguita no se vio ni preocupado ni humillado. Su nuca transmitía calma. Pero, sí, sabemos lo obvio: mostrarse rabioso de celos frente a los jueces no era una opción para su defensa. Le deben haber dicho: mantén tu nuca tranquila esta mañana.

Para ser justos, tampoco se podría armar un caso consistente diciendo que Anguita odiase al amante de su mujer. En 1998, cuando su primera empresa había quebrado, Anguita buscó proteger sus bienes, para no perderlos en ese fracaso. El más valioso era la parcela, aún sin casa construida, en el Parque Stocker. ¿A quién se lo traspasó? Al amante de su mujer, quien lo tuvo a su nombre siete

años. Evita pensar mal: en el 98 María Viviana y su amante aún no eran… amantes. Piensa mal: Anguita no encontró relevante compartir con la policía al momento de la desaparición que el hombre que tenía sexo con su mujer además fue dueño de su casa.

Viviana Haeger y su amante eran compañeros en la filial de la Coca-Cola en Puerto Montt. Él era el jefe y ella estaba a cargo de la contabilidad de la sucursal. Los dos tenían que hacer viajes a ciudades cercanas, como Castro, Ancud y Osorno. Solo ellos podrían precisar exactamente cuándo comenzaron a frecuentarse carnalmente, pero ella no puede y él no quiere, así que solo estableceremos un marco, amplio, de un año: en el 2004.

Margarita Soto, la mejor amiga de Viviana, fue la única que se enteró de eso mientras ocurría. La semana anterior pasé una tarde entera con ella: maneja con maestría los tonos y los tiempos en los que narra sus historias. Me tuvo convencido de que me estaba contando un gran secreto, pero después repitió lo mismo frente a los jueces:

–Por cómo era Jaime, ella cayó en la tentación. Porque no es que la Viviana anduviese mirando para el lado. Por eso le costó hacerlo, dar el paso, ella era muy señora.

En la carpeta de investigación se puede leer que Viviana y su amante aprovechaban esos viajes por el día para estar juntos. Iban a moteles o tenían sexo en el mismo auto en que viajaban. Uno de los policías, que entrevistó a los compañeros de trabajo, dejó anotado que había una broma común entre ellos: que ese auto de él solía tener los vidrios empañados en el estacionamiento de la Coca-Cola.

Entonces, en su casa, Viviana Haeger, a propia confesión de Anguita, completaba episodios sexuales de menos de un minuto, sin preámbulos, mecánicos, y en el trabajo empañaba los vidrios. Esto otro sí que no lo dijo Margarita Soto en el estrado, solo a mí.

–Viviana casi no hablaba de sexo, yo le enseñé a ser más desinhibida. Ella, por ejemplo, no decía culo, ella decía poto. Por lo poco que hablaba de eso, yo pensaba que ella nunca había visto la luz. Y me di cuenta de que no estaba tan lejos de la realidad.

Por si no captaste, la luz es la metáfora de un orgasmo.

–Cuando tuvo ese *affaire* con el amante, me doy cuenta de que finalmente vio la luz. Llegó contando que había sentido una cosa que jamás había sentido antes. Así que aproveché de preguntarle: “Amiga, ¿viste la luz?”. Y me dijo: “Amiga, parece que sí”.

Viviana Haeger tenía 36 años.

Ya, sé los terrenos que estoy pisando y no lo haría si no fuese necesario, pero te recuerdo estas cosas:

Teoría de la fiscalía: Anguita se habría enterado de algún evento, concerniente al amante, los últimos dos meses de vida de su mujer, por lo que la habría mandado a matar.

Teoría del querellante: Anguita tenía miedo de perder a sus hijas, si ella se iba con su amante.

Teoría del propio Anguita: alguien, presumiblemente el amante, lo quería matar a él y terminó matando a su mujer.

Teoría de Dora Lisa: aún la estoy procesando, pero siempre tiende hacia lo sexual.

Pese a los mundos nuevos que estaba explorando, la relación clandestina le traía más remordimiento que alegría a Viviana Haeger: tenía la culpa católica en los huesos. Tras los encuentros, en ocasiones, se iba directo, recién bañada, a hablar con Margarita, que la consolaba y confortaba, porque esa dueña de casa se sentía sucia. No solo la afectaba estar mintiéndole a su familia, sino que temía estar destruyendo la familia de su amante.

No quiero menoscabar el dolor del amante, digo, del amante real, no del robot que está en el estrado reclamando porque le dijeron unos garabatos: él también debe haber estado contrariado, pensando qué hacer, cargando el secreto por su lado. Ante los jueces insiste que jamás pensó seriamente irse con Viviana, que nunca le propuso que abandonaran a sus familias y se establecieran juntos.

Margarita, claramente, tiene una memoria mucho más rica en

detalles.

–Él le propuso que se fueran juntos. Viviana pensó en dejarlo, pero no tenía los cojones para hacerlo. Tenía que dar la respuesta un fin de semana, era la posibilidad de hacerse cargo de su propia vida. Yo estaba en Temuco y me llamaba cada diez minutos, porque no sabía qué hacer. Pero sintió tanta culpa que terminó contándole ese mismo fin de semana a Jaime lo del amante. A mí me dio mucha lástima: Viviana debe haber pensado que Jaime en verdad la quería, imagínate.

Sobre ese diálogo, sobre el momento cuando Viviana Haeger le dijo a Jaime Anguita que lo estaba engañando, tenemos el mismo problema de siempre: los muertos no hablan. Anguita dice que no quiso saber quién era ese hombre y eligió seguir adelante. Si eliges creerle, se ahorró un mal rato: se habría sentido bastante idiota sabiendo que el hombre al que le había traspasado sus bienes se veía a escondidas con su mujer. O quizás, por lo mismo, ya lo sospechaba y no quiso saber: un escándalo lo podía dejar sin el terreno.

Un dato me hace dudar: Viviana Haeger dejó de trabajar en la Coca-Cola a mediados de 2005: sería lo más lógico que Anguita se lo hubiese pedido, aunque también pudo haber influido lo dolido que quedó su jefe y ex amante. Viviana experimentó la culpa, ahora en sentido inverso: le decía a Margarita que se sentía cobarde por no haberse atrevido a hacer un cambio de vida. Ese sentimiento no la abandonó más.

Ninguno de sus hermanos ni familiares supo del romance. Me dicen que ni se lo imaginaron: una teleserie así de trillada no parecía viable en esa espléndida casa del Parque Stocker. Suena frío decirlo, pero Viviana fomentaba eso, la imagen de una familia perfecta.

La familia del amante sí supo. Su mujer se enteró en un mall, cuando otra trabajadora de la Coca-Cola decidió que era un tema digno de comentarse. En la carpeta de investigación los familiares del amante contaron el terremoto que supuso: le costó varios meses que lo aceptaran de vuelta en la casa, bajo el siempre útil mantra: nunca más, nunca más.

Viviana se hizo bastante asidua a los libros de autoayuda tras eso, ya te he dado la lista, como distractor. Los policías dicen que ella siguió enamorada del amante, lo dan como un hecho, como si fuera algo comprobable, como una huella digital.

El 2007 ambos se encontraron en un banco del centro de Puerto Montt. Ella, por la reacción que tuvo al verlo, esperaba ese momento: fue muy efusiva en el saludo, le pidió que se volvieran a ver, que hablaran. La cita se concretó en Frutillar, un lugar donde no había gente conocida que pudiese reconocerlos.

Lo que viene es delicado.

En enero de 2010, cuatro años después del rompimiento de acuerdo al lapso que fijamos arbitrariamente, y seis meses antes de desaparecer, Viviana Haeger y su amante hablaron una vez por teléfono.

En febrero, dos.

En marzo, cuatro.

(¿Ves la tendencia?)

En abril, ocho.

(¿Cuántas veces llamaste a tu mamá este mes?)

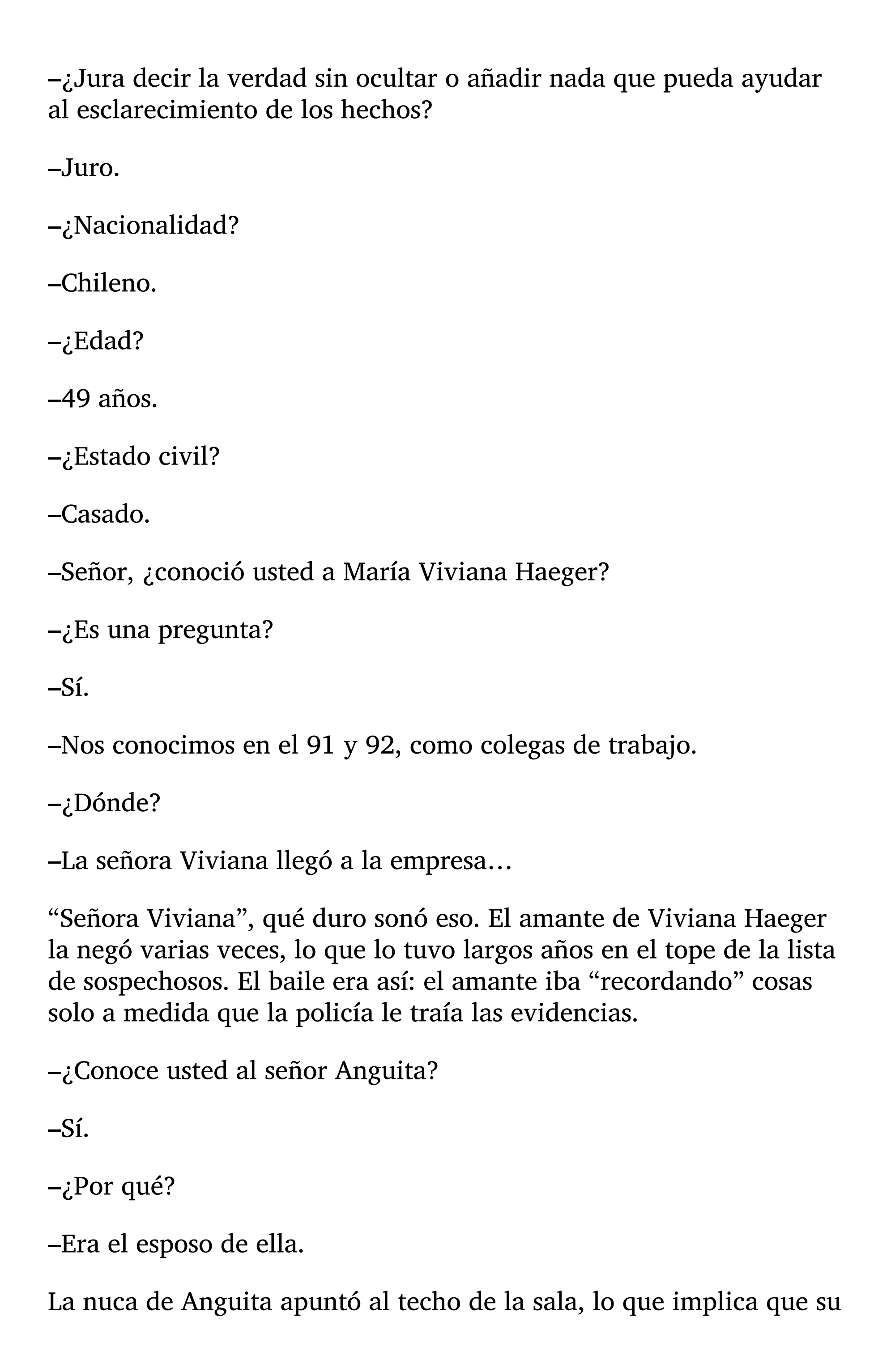
En mayo, quince.

(Revisa. Es un buen ejercicio. ¿Qué podrían inferir de ti revisando tu lista de llamados?)

En junio, antes de la tragedia, hablaron diez.

La mayoría de las llamadas fueron entre lunes y viernes, siempre en horarios de mañana, con Anguita en el trabajo y las niñas en el colegio. Muchas fueron de apenas segundos: marcaban, hablaban dos palabras y cortaban. Sin conocer detalles de tu vida amorosa, supongo que sabes lo que eso significa.

La fiscalía solicita al testigo 75.



–¿Jura decir la verdad sin ocultar o añadir nada que pueda ayudar al esclarecimiento de los hechos?

–Juro.

–¿Nacionalidad?

–Chileno.

–¿Edad?

–49 años.

–¿Estado civil?

–Casado.

–Señor, ¿conoció usted a María Viviana Haeger?

–¿Es una pregunta?

–Sí.

–Nos conocimos en el 91 y 92, como colegas de trabajo.

–¿Dónde?

–La señora Viviana llegó a la empresa…

“Señora Viviana”, qué duro sonó eso. El amante de Viviana Haeger la negó varias veces, lo que lo tuvo largos años en el tope de la lista de sospechosos. El baile era así: el amante iba “recordando” cosas solo a medida que la policía le traía las evidencias.

–¿Conoce usted al señor Anguita?

–Sí.

–¿Por qué?

–Era el esposo de ella.

La nuca de Anguita apuntó al techo de la sala, lo que implica que su

vista estaba pegada en el suelo.

–¿Tuvo usted algún vínculo con él?

–Creo que ninguno.

–¿No tuvo nunca una operación comercial con él?

–No lo llamaría operación comercial. Lo llamaría un favor. Estaban mal económicamente y pidieron transferir una parcela a mi nombre. Accedí y cuando pasaron los problemas económicos yo se la transferí de vuelta.

El fiscal plantó ese tema y lo dejó ir, me costó entender bien por qué.

–Esa relación que usted señala con doña Viviana. ¿Se proyectó en algún momento? ¿Que, por ejemplo, pudieran abandonar la casa?

–No puedo hablar por la señora Viviana…

Y dale…

–En lo que a mí concierne era una época difícil en mi matrimonio, se hablaron muchas cosas. Es probable que eso haya sido parte, no lo recuerdo.

–¿Le ofreció usted que se fueran a vivir juntos?

–No, eso lo recuerdo claramente.

–¿Recuerda haber dicho lo contrario en 2010?

–No entiendo.

Yo creo que sí entendía.

–Usted dice acá en estrado que no le propuso irse a vivir juntos. Le pregunto si usted recuerda haber dicho lo contrario a los policías.

–No recuerdo.

Ejercicio de memoria: el fiscal se acercó a recordarle lo que dijo

hace siete años.

–Dije claramente que yo le propuse y ella dijo que no, porque tenía su familia e hijos. Pero eso está incorrecto, es un error mío haberlo firmado.

–¿Recuerda haber visto a Viviana Haeger luego de que abandonara la empresa?

–Varias veces me persiguió en un vehículo por la ciudad. No accedí a tener contacto con ella. No eran casualidades esos encuentros, eso era lo que asumí como pensamiento en ese tiempo.

Qué duro sonó eso también, pero respalda la tesis policiaca: Viviana Haeger sí quedó enamorada de su amante, tras la ruptura.

–¿Ustedes retomaron el contacto a principios de 2010?

–Sí, por supuesto. A través de una amiga. Ella me hace sentir que Viviana quiere juntarse.

–¿Y qué sucede después?

–¿Puede ser más específico?

–¿Se juntaron?

–Sí, así fue.

–¿Dónde se juntaron?

–Nos juntábamos en un café en el centro, que ya no existe, en Puerto Montt.

Algo le pasó a la nuca de Anguita en ese momento específico. Su abogado pidió la palabra, para eximirlo de estar presente en lo que quedaba interrogatorio. La jueza accedió: lo tomaron y se lo llevaron. ¿Qué no quería escuchar?

–En una declaración usted refiere otros puntos de encuentros, además del café.

–Las oportunidades que nos juntamos fueron en el café de Puerto Montt, en el café de Puerto Varas, en el cerro Philippi y en un lugar donde hay muchos moteles, porque era un lugar donde podíamos cuidarnos, que no nos vieran.

Pasaron cuatro años y tres declaraciones antes de que el amante recordara esa cita del 11 de mayo de 2011 en el sector de Alto Bonito, ruta clásica en la región para encuentros de parejas.

–¿Por qué tenían que cuidarse que no los vieran?

–Ambos teníamos pareja y matrimonio.

–¿La tenía el año 2010?

–Siempre he tenido el apoyo de mi familia.

–Señor, en este contexto que se cuidaba y estaba casado. ¿Tenía comunicaciones telefónicas con María Viviana?

–Sí, por supuesto.

–¿Qué precauciones tomaba para tenerlas?

–En lo personal, ninguna.

–¿A qué hora eran esos llamados?

–Cualquier día y a cualquier hora. Cuando lo sentía, lo hacía: en la mañana, un saludo. Yo realmente sentía que era amistad lo que teníamos. Eso era, nunca fue otra cosa.

–¿Se preocupaba que estuviera Jaime Anguita cuando llamaba?

–No.

–¿Recuerda haber dicho lo contrario?

Otra vez el refrescamemoria. El amante mira lo que dijo años atrás.

–Ahora lo recuerdo. Tomábamos la precaución de pincharnos los teléfonos por si podíamos ser descubiertos.

–En el cerro Philippi, ¿con qué motivo se juntaron?

He estado en el lugar: es bastante romántico, linda vista del lago.

–A tomar desayuno.

–¿Y al sector de los moteles, en Alto Bonito, a qué se juntaron?

–A tomar desayuno también.

–¿En qué lugar específicamente?

–En el mismo vehículo.

Alguien se rió fuerte en la sala, al otro lado del vidrio. Al parecer fue por un evento no relacionado con el hecho de que dos personas se junten a las 10 de la mañana, a la salida de un motel, solo a tomar desayuno. Dora Lisa está en el punto alto de su semana.

–En esa oportunidad que se juntaron, ¿cuánto tiempo aproximado estuvieron?

–Hora y media, dos horas, dos horas y media. No lo podría decir exactamente.

–Volvamos al cerro Phillipi: ¿qué hicieron ustedes dos después?

–Ehhh, no. No recuerdo.

Refrescamemoria número cinco en lo que va de testimonio.

–Correcto, eso es correcto.

–¿Qué es lo correcto, qué dijo usted previamente?

–Menciona lo mismo que le estoy diciendo y me recuerda también que dijimos que no teníamos que escondernos, si no estábamos haciendo nada malo. Bajamos al centro en Puerto Varas después, a un café.

–¿Es decir tomaron de nuevo desayuno?

–Es correcto eso. Me tomé solo un cortado.

La victoria del fiscal en ese intercambio parecía demostrar lo inverosímil de esos desayunos en lugares apartados, pero hay otro punto detrás, más importante: poco antes de que desapareciese, Viviana Haeger y su amante se dejaron ver en público, en pleno centro.

–Durante 2010, ¿María Viviana le dijo si estaba enamorada de usted?

–Nunca. Cuando comenzamos a juntarnos de nuevo dejamos dos temas claros: que no íbamos a cometer el mismo error y que no se hablaba de nuestras parejas.

–En sus primeras declaraciones, en 2010, 2012, ¿dio estos antecedentes?

–Lo hice con posterioridad, los recordé después.

–¿Cómo los recordó?

–Algo tienen que haberme traído los policías, alguna consulta y yo debo haberme acordado.

–¿Fue que le mostraron su tráfico de llamados de esos días?

–Eso fue. Había tráficos de llamados de ella y míos que salían desde la misma antena a esas horas.

–Pero si usted se había juntado, ¿por qué no se lo dijo a la policía?

El mantra: nunca más, nunca más.

–No me acordaba.

–¿Cómo llegaron esa mañana al sector de Alto Bonito?

–Cada uno en su vehículo.

–¿Recuerda dónde estuvieron conversando con María Viviana esa vez?

–En el vehículo.

Sí, le apuntaste: refrescamemoria.

–¿Son esas sus firmas?

–Sí.

–Según lo que usted dijo, ¿dónde estuvieron conversando?

–Señalo ahí que yo llegué primero al lugar, después llega ella y nos bajamos a conversar.

Según los informes meteorológicos, ese día, a esa hora, en Puerto Montt estaba lloviendo. Entonces, resumiendo, el amante defendió bajo juramento que, pese a que no se estaban escondiendo, ambos se pusieron de acuerdo en juntarse en la puerta de un motel a tomar desayuno al aire libre, mientras los mojaba la lluvia.

¿Entiendes más ahora a los policías en la reja, gritando hacia adentro?

–Un detalle más –dijo el fiscal–. Cuando hizo este favor comercial de pasar la parcela a nombre suyo, ¿se juntó con Jaime Anguita?

–Yo me junto con él, lo firmo y la adquirí, porque ella me lo solicita.

–Y tiempo después usted se la devuelve, pero a nombre de doña María Viviana.

–Correcto.

Es lo más cercano a un móvil concreto que he escuchado acá.

–No hay más preguntas.

Y entonces el amante cuenta su breve y sentida anécdota: el relato del "hueón carerraja".

Y traen a Anguita de vuelta a la sala. Y Dora Lisa se para a tomar un descanso. Sale de la sala; se la ve feliz, plena, sonriente, juraría que canta de felicidad. Se sienta en un banco junto a otras señoras a comentar lo que recién vieron. Me pongo a unos pocos metros,

recién ahí distingo lo que tararea: es una de Roberto Carlos:

–*Yo soy de esos amantes a la antigua…*

XIII
Un secreto

Te cuento una cosa en común entre Mariela Barra y Viviana Haeger: ambas tenían 43 años. Y te digo otra: vivían a apenas 20 kilómetros de distancia, bastaba tomar el camino a Alerce para llegar de Puerto Varas a La Vara.

Sigo. Ambas eligieron mal a sus maridos. Mariela Barra era de Talcahuano, donde a los 17 años conoció a un empleado municipal, también pescador, y después de tres meses decidió casarse. Sus papás le ofrecieron mandarla a Santiago para que estudiara, pero a esa edad los adolescentes saben bien qué hacer: todo lo contrario de lo que les dicen los adultos.

Mariela Barra tuvo dos hijos, como Viviana, y trabajó un tiempo en enfermería. El pescador tomaba mucho y mantenía una segunda familia en paralelo. Cansada y humillada, Mariela Barra, tras toparse con un antiguo pololo del colegio, se fue a vivir con él y sus hijos a Puerto Montt, a la localidad de La Vara. Ahí ellos tuvieron otro hijo, el tercero.

Otra cosas compartían, sin saber, Mariela Barra y Vivian Haeger: las dos estaban, al mismo tiempo, con problemas para controlar la incipiente rebeldía de sus hijas mayores, en el delicado equilibrio entre dar cariño y disciplina. El invierno del 2011, Mariela Barra mandó a la suya de vacaciones a Talcahuano, para que pasara unos días con su papá, pero ella se negó a volver, para quedarse en la casa de un amigo.

La última coincidencia entre Mariela Barra y Viviana Haeger: desaparecieron con un año de diferencia.

La mañana del 23 de julio de 2011 Mariela Barra tenía un ataque de nervios por la situación de su hija y porque tenía que organizar el cumpleaños de su hijo menor, esa misma tarde. Una cosa llevó a la otra y terminó restregándole un pan con mantequilla a su pareja en

la cara. Tras eso, tomó su cartera y salió a la calle sin despedirse. Su hijo, que conocía su carácter, salió detrás de ella y la pilló a media cuadra. Mariela estaba a punto de llorar. Le dijo que no se preocupara, que solo necesitaba dar una vuelta y que volvería luego.

Eran las 16.30, hacían 13 grados y corría un viento norte de 18 kilómetros por hora.

Mariela Barra pasó a un negocio a comprar cigarros, la calmaban. Ahí lagrimeó, hablando lento, como si estuviese drogada. Y lo estaba: tomaba clonazepam y venlavaxina. Años antes había sido diagnosticada con trastorno de personalidad borderline, y se controlaba periódicamente.

Ya sé qué estás pensando: es una de “esas” víctimas. No te apures: tengo al frente el Manual de Diagnóstico de Trastornos Mentales, del expediente del caso, al lado de una foto de Mariela Barra, sonriendo.

1-Esfuerzos frenéticos por evitar un abandono real o imaginario.

(Son nueve síntomas)

2- Patrón de relaciones interpersonales inestables e intensas, caracterizado por la alternancia entre los extremos de idealización y devaluación.

(Con cinco, estás adentro)

3- Alteración de la identidad: auto imagen y sentido de sí mismo alterado y persistentemente inestable.

(¿Tú te sentías especial? Pero, claro: ¿quién escribe en primera persona?)

4- Impulsividad en al menos dos áreas potencialmente dañinas para sí mismo (sexo, gastos, abuso de sustancias, conducción temeraria, atracones de comida).

(Con esta me anoto)

5- Comportamiento, intentos o amenazas suicidas o comportamiento de automutilación.

(Mariela Barra tuvo dos episodios, ambos en Talcahuano)

6- Inestabilidad afectiva debido a una notable reactividad de estados de ánimo.

(Remítase a capítulo VI)

7- Sentimientos crónicos de vacío.

(Ya llevo tres, con dos por revisar)

8- Ira inapropiada e intensa y dificultades para controlarla.

(¡¡¡¿Qué?!!!!)

9- Ideación paranoide transitoria relacionada con el estrés.

(Bueno, piensa lo que quieras)

Mariela Barra siguió caminando. Una vecina la vio desde la ventana de su casa y salió a saludarla. También notó que hablaba raro. Justo ahí pasó una carreta a caballo. En las riendas estaba el "Pitufo", hijo del "Tierra Seca", la última generación del clan Hernández, conjunto de primos, hermanos y amigos que dictaban las reglas en La Vara.

–¿Pa' dónde vai? –preguntó Mariela Barra.

–Voy pa' arriba –respondió el "Pitufo".

Mariela Barra se subió a la carreta. Al poco andar recibió una llamada de su hermano, que estaba internado en el hospital. Él alcanzó a escuchar el trote del caballo por el otro lado de la línea. Y a su hermana. Fue la última vez que alguien le escuchó la voz.

Esa misma tarde la familia de Mariela Barra notificó su desaparición. Como con Viviana Haeger, su pareja apareció como el principal sospechoso: habían discutido ese mismo día, pero él no se había movido de la casa toda la tarde. Y bueno, no recibió ninguna

llamada extorsiva entre medio.

Hay, por sobre todas las otras coincidencias, una gran diferencia entre la señora Barra y la señora Haeger; una era pobre, la otra rica. Esta desaparición llegó solo hasta los medios regionales: no había una mansión, no estaba el lago, no había plata.

La PDI tomó el caso. Algunos de los mismos detectives que participaron en el desastre del Parque Stocker, ocurrido hacía exactamente doce meses, estuvieron en las primeras diligencias. La más urgente era entrevistar al “Pitufo”, que contó su versión: efectivamente subió a Mariela Barra cuando llevaba a su hija en el carretón, nunca la había visto antes, fueron diez minutos de viaje, luego ella se bajó diciendo que iba donde una amiga. Describió, además, al detalle la ropa que llevaba puesta ese día.

Entrevistada, la vecina que la vio confirmó que el “Pitufo” iba con su hija. Otro testimonio decía que Mariela Barra había tomado una micro rumbo a Puerto Montt.

Sé que estoy forzando tu paciencia.

Los rastreos no encontraron nada en diez días, hasta que al borde de una quebrada aparecieron la cartera y los documentos de Mariela Barra, embarrados. Faltaba su teléfono y, calculando, unos 30 mil pesos.

Parecía abrirse el caso, pero no.

El 23 de noviembre, de suerte, al otro lado del camino, a 50 metros de la quebrada, apareció la polera negra, el sostén, el calzón y un enorme trozo del pelo de Mariela Barra, cortado a machetazos. Por muy descompensada que hubiese estado, no se había hecho un nuevo peinado con un hacha.

Parecía que el caso se abría, pero no.

El fiscal Sergio Coronado miraba eso con una mezcla de indignación y ansiedad. Para entonces llevaba ya siete años en la fiscalía de Puerto Montt y era una de esas escasas personas que, pasados los 30 años, estaba precisamente en el trabajo que siempre soñó. Coronado

había crecido en Curanilahue, una comuna muy pobre del Biobío, donde, por generaciones, a lo máximo que podía aspirar un joven era a trabajar en las mineras del carbón. Pero el papá de Coronado era profesor, había libros en la casa y sobre todo había un televisor: vio a Kojak y a Columbo en TVN persiguiendo criminales por las calles de San Francisco.

Coronado estudió en un internado en Concepción y después Derecho en la Universidad de Concepción. Trabajó en el estudio de abogados más grande de la ciudad, donde el papeleo mandaba. La modernización de sistema judicial lo llevó a Puerto Montt.

El sistema oral de litigación encontró a la mayoría de los abogados desorientados; muchos seguían entendiendo el trabajo como una labor de oficina. Coronado, en cambio, metió las manos en cuanto caso pudo: más de cincuenta homicidios y, en general, cualquier causa que generara algún tipo de conmoción pública: le encantaban las entrevistas y su cabeza, calva, afeitada, se hizo conocida en Puerto Montt.

Transformó un par de presuntos suicidios en homicidios, avanzó en casos históricamente estancados como la desaparición de José Huenante y se enfrentó a un grupo anarquista que había puesto un artefacto explosivo en una planta de salmones y que llenó Puerto Montt con rayados en su contra. Sus métodos eran, no sé cómo decírtelo, porque va a leer esto, seguro, poco usuales: escondía micrófonos en salas de imputados, intervenía teléfonos sin pensar mucho en qué aparecería, manipulaba a testigos en interrogatorios. Era capaz de pagar pericias de su bolsillo, sí, pero también de gastar todo el presupuesto anual de la fiscalía en un solo caso. Después de hablar largo al menos diez veces con él te podría resumir así su filosofía: la principal ventaja de los delincuentes es que no tienen reglas que seguir.

Su estilo le trajo una tropa de enemigos: sus colegas fiscales se sentían atacados y los abogados defensores lo acusaban de espiarlos ilegalmente.

Pero Coronado traía resultados. Cuando vio el segundo hallazgo de ropas de Mariela Barra en el diario, no se resistió: pidió el caso a fines de 2011 y en enero de 2012 se lo asignaron. La situación era

la siguiente: parecía evidente que el “Pitufo” tenía algo que ver en la desaparición, pero no había cómo probarlo: ¿te suena conocido?

Coronado sacó del caso a la PDI, otros de sus enemigos a muerte: no vacilaba en calificarlos de ineptos y con el caso Haeger fresco, nadie lo contradecía con mucho entusiasmo. Su grupo de carabineros de confianza se desplegó en La Vara y llegaron con varias preguntas de vuelta: ¿cómo el Pitufo decía originalmente no conocer a Mariela Barra cuando le vendía usualmente leña a su pareja? ¿Cómo el Pitufo iba a andar ese día con su hija en la carreta cuando testigos decían que la niña había pasado la tarde con su suegra? ¿De dónde sacó el Pitufo los 10 mil pesos con que compró cerveza esa noche? ¿Cómo, después de interrogar a todos los choferes de las micros entre La Vara y Puerto Montt, ninguno recordaba haber trasladado esa tarde a Mariela Barra? ¿Con qué amiga se iba a juntar ella, si ninguna de sus conocidas se había puesto de acuerdo para un encuentro?

Tranquilo, ya volveremos a Puerto Varas, a las casas alemanas, a los cafés con kuchen.

La jugada maestra fue otra: la polera negra encontrada en el segundo hallazgo tenía unos cortes irregulares y adheridos unos ácaros muy poco usuales. Coronado, por su cuenta, sin decirles a sus jefes, contactó a una acaróloga chilena en Londres, la que le dio la respuesta que buscaba: esos bichos en particular crecían exclusivamente en los desechos de caballos. Esto permitía explicar por qué aparecieron separados de los primeros hallazgos: alguien enterró el cuerpo de Mariela Barra entre bostas equinas el tiempo suficiente para que el ácaro creciera, luego lo desvistió –de ahí los cortes en la polera– y dejó las ropas en otro lugar para despistar a la policía.

La casa del “Pitufo” tenía caballerizas.

El fin de semana del 15 de abril de 2012, Coronado y su equipo fueron primero a buscar a la vecina que había visto a Mariela Barra en la calle, desde su casa, y la llevaron a la fiscalía, dejando a sus hijos en la casa. Al rato irían por ellos: la señora cambió su declaración, no estaba ahora segura de que el acompañante del “Pitufo” en la carreta fuese su hija. Las dos menores también

declararon: dijeron que en la carreta no iba una niña, sino un hombre “con los dientes podridos”.

Tras eso fueron por el “Pitufo”, que se aprestaba para jugar un partido de fútbol por el equipo del barrio cuando unos policías de civil lo subieron a una camioneta. Coronado también iba en el auto. A las seis de la tarde del domingo, con el edificio de la fiscalía semi vacío por el festivo, una fiscal se topó con Coronado en un pasillo y le preguntó: “¿A quién están torturando allá adentro?”, mitad broma, mitad en serio, porque escuchaba gritos y lo que parecían palmadas desde la sala donde lo interrogaban.

Esa tarde el “Pitufo” declaró nuevamente, lo que quedó por escrito, con su firma. Te advierto, no es un hombre de delicadezas.

“La señora andaba como bien drogada. Hablaba medio lento, no caminaba bien. Nos demoramos como quince minutos en llegar a la escuela. Cuando íbamos arriba de la carreta se tomó un remedio, lo sacó de la cartera. Me decía: chiquitito lindo. A veces no le entendía lo que hablaba. Me decía que me había visto hace tiempo, que yo le gustaba. Me tocaba el paquete, me decía que fuéramos para algún lado. Ella se iba desabrochando el chaquetón, se iba subiendo la polera. Me dijo: te paso diez lucas para que me lo pongai. Al final no me pasó la plata. Llegamos al lado de la escuela, por el sector izquierdo. Me empezó a tocar y a besar. Me bajó los pantalones, me bajó los slip. Ella se bajó los calzones. Culiamos encima de la rueda del carretón. Duró como media hora. La señora me tiraba el pelo, le gustaba violento. Me pegó un palmazo en la cara, era loca por el sexo. No se lo metí por el chico, solo por el choro. De ahí nos vestimos y nos subimos al carretón y llegamos a una garita que hay al lado de la escuela. Nos bajamos de nuevo al lado de un auto abandonado, para seguir dándole ahí. Estando ahí comenzó a tiritar, se le cayó un cigarro que llevaba en la mano. Quedó tendida sobre el capó del auto. Como muerta, le salía espuma blanca por la boca. Yo me asusté y me arranqué, salí soplado para mi casa. De ahí me fui a duchar, porque había tenido sexo y me había cagado a mi señora. Después me puse a ver películas. Al día siguiente fui en bicicleta a ver dónde había quedado la señora, pero me dio un escalofrío, no me dio para llegar hasta allá. Mi caballo también anda raro cuando anda por ese sector”.

El reportero policial de *El Llanquihue*, mi compañero de banco en el juicio, recibió el dato: el caso Mariela Barra estaba prácticamente resuelto. Coronado y sus policías llevaron al “Pitufo” esa noche a la zona donde según él había quedado el cuerpo, lo último que faltaba para llevarse las felicitaciones. Pero el “Pitufo” los paseó por varias quebradas barrosas, dándoles instrucciones contradictorias, sin encontrar nada. Después los llevó a otro sector, donde el cuerpo tampoco apareció. A los policías les dio la impresión de que les estaba tomando el pelo. Volvieron a la fiscalía, confundidos. En total, el “Pitufo” estuvo más de 24 horas declarando, sin que se le formularan cargos y sin un abogado defensor.

El lunes en la mañana la fiscal que había escuchado los gritos y las palmadas habló con su superior. A los jueces no les gustó nada enterarse por el diario de las nuevas pesquisas. En paralelo, la Defensoría Penal Pública y la PDI saldaron sus cuentas con Coronado: recibieron las acusaciones de la vecina y del “Pitufo”, por amenazas y torturas. Ella decía que la habían amenazado, y que de no cambiar su declaración iban a mandar a sus hijos al Sename, lo que, de haber sido cierto, habla mal de los policías y el fiscal, pero peor de Chile como país: hoy nada puede doblegar más a alguien que la sola idea de que el Estado se ocupe de sus niños.

El “Pitufo” dijo que le habían sacado la confesión a golpes, incluido un derechazo de Coronado. Que efectivamente firmó un papel, pero era imposible que supiese lo que era: no sabía leer ni escribir. La sola acusación dejaba a Coronado en una situación muy difícil: nunca ningún fiscal había tenido que responder por acusaciones de tortura.

Le abrieron una investigación interna que terminó con una sanción testimonial: el diez por ciento de un sueldo. La explicación de Coronado para el largo tiempo que tuvieron al “Pitufo” era sencilla: estaba tan curado que tuvo que dormir un rato antes de declarar. Hay unas frases en el sumario interno que le hicieron a Coronado que me encantan: dice que él trabaja con “pasión, sin miedos y compromiso total con la verdad”, que eso le ha traído “altísimos costos a nivel personal” y que en su propia institución hay “gente que cree que se puede investigar un homicidio en horario de 9 a 17 horas”. Es un hombre que sabe armarse un relato efectivo.

Coronado siguió un tiempo más en el caso, creyendo que demostrar que efectivamente el "Pitufo" era el asesino bastaría para redimir cualquier exceso que pudiera haber cometido ese domingo. En los meses siguientes su equipo logró dos avances extraordinarios.

Tres semanas después de las acusaciones, la policía logró rastrear el teléfono de Mariela Barra: lo tenía una joven en Puerto Montt, se lo había regalado su tío, un ermitaño, ex boxeador y cantante de rancheras (su dúo musical se llamaba Los Huerfanitos, porque ni él ni su compañero habían tenido padres. Es un dato bastante inútil, pero creí que te gustaría) que, ya pillado, dijo lo siguiente: el día de la desaparición vio cómo el "Pitufo" botó el celular y decidió quedárselo. No había hablado antes, porque le tenía miedo al clan del "Pitufo" y con razón: uno de sus tíos le apuñaló el riñón quince años atrás.

Al mes siguiente Coronado y su equipo encontraron al "hombre de los dientes podridos": un joven de 19 años, claramente con mala dentadura, que dijo haber estado con Mariela Barra en la carreta tomando cerveza y que, tras ir a orinar, pudo ver cómo la mujer era golpeada y violada por el "Pitufo". Asustado dijo haberse ido del lugar, pero metros más allá el "Pitufo" lo alcanzó y amenazó para que se quedara callado.

Ambos eran, sin duda, testimonios espectaculares, pero ensuciados por la fama de Coronado, que aparecía siempre con un testigo estrella bajo la manga. La pieza restante, el cuerpo, siguió sin encontrarse. Un año después, Coronado renunció a la fiscalía, apremiado por una segunda denuncia en su contra: esta vez por presentar antecedentes falsos en una audiencia.

Así, de pronto, el fiscal tuvo la lepra. Se acuarteló en una oficina en el centro de Puerto Montt y armó un equipo colorido de profesionales caídos en desgracia: un ex detective de la PDI que en sus tiempos libres oficiaba de cantante de karaoke, una ex secretaria del Ministerio Público que se tomaba tan en serio los casos del trabajo que terminaba haciendo averiguaciones por su parte y un reportero autodidacta de radio.

Otro fiscal tomó el caso, pero para diciembre de 2012 el "Pitufo" ya había quemado su carreta. Solo la aparición del cuerpo podría

terminar con ese enredo.

Coronado necesitaba entonces un golpe de efecto que le devolviera su prestigio, algo grande, más grande que todo lo que hubiese hecho jamás. En eso estaba cuando, un mediodía, en el centro de Puerto Montt, una señora a la que tiempo atrás había procesado por narcotráfico se le acercó, lo llevó detrás de un kiosco y le dijo:

–Sé quién mató a Viviana Haeger.

XIV
Viendo el matinal

¿Has visto en las películas cuando los detectives pegan en un pizarrón el organigrama de una mafia con líneas que unen las fotos de las caras según su rango en la organización? ¿Y que cuando detienen o muere un investigado lo tachan con una cruz encima?

Acá también tenemos. Estoy estacionado hace dos horas con un papel en las rodillas que tiene el organigrama criminal de la “Operación La Colina”. Arriba en la hoja aparecen cinco proveedores de cocaína, pasta base y marihuana, y abajo, lo que me interesa: los distribuidores en Puerto Montt. Está, por ejemplo “la Cayo”, “el viejo Burgos”, “el Palomo”, “la Tomate” y “el loco Cristián”, mirando a la cámara intimidantes unos, agotados otros.

Reviso esas caras y miro por la ventanilla hacia afuera a ver si puedo reconocer alguna, pero desde hace rato ya no pasa nadie por esta ruta secundaria: como siempre, como cada día, está lloviendo.

Un policía me pasó este papel ayer. Él había sido parte de esa operación, la mayor de los últimos años en una zona de Chile donde el narco aún no se enraíza como en el norte o en Santiago, que acá también es el norte. Le pregunté, antes de venir, al policía si uno podía moverse seguro en los barrios donde viven las caras de esas fotos y me dijo que dependía:

–En La Colina, de noche, mejor que no.

Pero no estoy en La Colina, una población de Puerto Montt que se ve desde la ventana de la sala de juicio y que tiene una gran ventaja para los narcos que la habitan: cuando llega la policía pueden tirar la mercancía por un despeñadero hacia abajo, para felicidad de los consumidores que viven esperando su día de suerte, la lluvia de drogas.

Hace poco “limpiaron” –qué verbo– La Colina por última vez, de ahí

el nombre en el encabezado del organigrama, “Operación La Colina”, y se supone que en el barrio donde estoy ahora, en Camino a Alerce, se asentó parte de esa banda. Estuve preguntando entre los vecinos para dar con la dirección exacta, pero una de dos: o les tienen mucho miedo o no son gente muy sociable. Según los papeles judiciales, creo estar afuera de la casa correcta, una especie de cabaña playera, bien arreglada.

En las fotos del organigrama hay solo un par de ojos que miran con cierta amabilidad, “la loca María”. Según los policías, María Elena Bustos Vera, una señora de 62 años, maneja el tráfico de Puerto Montt hace al menos cinco años.

Tengo también su extracto de detenciones: son un puñado por tráfico, microtráfico, porte ilegal de armas. Sus familiares, socios y pareja tienen un cerro de antecedentes también. ¿Por qué entonces alguien que se mueve en ese mundo interceptaría a un ex fiscal en la calle para, contraviniendo todos los códigos criminales, solucionar un caso policial que ya parecía muerto?

Bueno, al menos tres de los abogados que veo todos los días en la sala del juicio creen que esa conversación entre Coronado y María Bustos nunca sucedió, que es un montaje, una mentira para tapar algún enjuague sucio para que el ex fiscal tenga su redención pública. “Suerte encontrándola”, me dijo uno riéndose. Es una persona bastante razonable gran parte del tiempo, pero muy paranoico cuando se trata de este caso. Así que supongo que eso será lo primero que le preguntaré cuando la vea, si es que la veo: ¿existe usted? Y de ser afirmativa esa respuesta: ¿es usted la que resolvió el misterio de Viviana Haeger?

De esa breve conversación en la calle entre Coronado y María Bustos, nadie me puede decir aún la fecha exacta. Y de la serie de eventos que llevaron a esa conversación, tampoco.

Sí podemos establecer un marco: una de las hijas de María Bustos, Lorena, estuvo presa entre el 12 de junio y el 23 de agosto de 2015, por tráfico. Alguno de esos 43 días ella comió y vio televisión con la ex mujer del sicario cuando apareció en un matinal el retrato hablado que se hizo con los difusos recuerdos del joven del cibercafé.

Sé que te cuesta digerirlo, pero nada de lo que te escribo es inventado y no voy a empezar ahora: no sé cuál fue el diálogo exacto que tuvieron las dos mientras miraban la pantalla; si fue en tono de alarma, de risa o con rabia. Quizás fue sin ningún tono específico, solo unas palabras al aire para matar el aburrimiento en el encierro. La ex mujer del sicario, por cosas que ya te contaré, no lo recuerda con mucho afecto, pero tampoco creo que adrede lo haya querido delatar, básicamente porque ya he llegado a la convicción de que el sicario quería ser delatado y no creo que ella hubiese querido darle el gusto ni siquiera en eso.

Lo que sabemos: al ver el dibujo, la ex del sicario dijo que se parecía bastante a su ex pareja y que a él, años atrás, le había dado por decir que estaba involucrado en la muerte de Viviana Haeger, pero que no le habían creído o no habían querido creerle.

No conozco el comedor del ala de mujeres de Alto Bonito, pero tú y yo sabemos que no es como un restorán francés, con mesas aisladas, y un espacio de privacidad garantizado. Si le sumamos la sobrepoblación carcelaria en Chile, es justo asumir que más personas escucharon esa confesión, pero fue a Lorena a la que quedó dándole vueltas. Cuando llegó a la habitación de su mamá le transmitió lo que escuchó y la señora María, cuando salió en libertad, fue a buscar a fiscalía algunas cosas que le requisaron al momento de su detención y ahí, supuestamente, vio a Coronado, se le acercó y le dijo lo que ya sabes que le dijo.

Al fin hay movimiento en la puerta de entrada de la casa: llega un auto blanco del que se bajan varias personas con bolsas de supermercado. No digo bolsas como para guardar arroz y leche, más bien bolsas donde caben teles. Repaso las caras y miro el organigrama: se parecen. ¿“El Palomo”? ¿“El loco Cristián”? ¿Quiero importunar a alguien al que le dicen “el loco Cristián”? ¿Qué digo? “Disculpe, señor: ¿reside aquí la famosísima banda de “La Colina”?

Los hombres del grupo miran desconfiados el auto, que debe ser lo único que me juega a favor: Swift del 2009, azul, ya versión animal print con las cacas de los pájaros. Es indigno incluso para policías encubiertos, habrían exagerado en la caracterización. Me bajo y digo que necesito hablar con la señora María: simple, directo y la

verdad. ¿Para qué sería? Bueno, preferiría decírselo a ella en persona, pero tiene que ver con el caso Haeger.

Aparentemente no está la señora María, anda en Puerto Montt, no saben a qué hora llegará. La llaman por teléfono, o hacen como que la llaman, no puedo saber donde estoy parado. No contesta, dicen, pero al final siempre es un tema de voluntad, porque pudieron no marcar o bien decirle que un extraño, con preguntas incómodas, la está esperando afuera de la casa, así es que no vuelva todavía.

Les digo que la voy a estar esperando afuera y ellos se encogen de hombros.

Vuelvo al auto, alcancé a mojarme. Son las cinco de la tarde, va a oscurecer. Hay otra cosa que no entiendo de esa conversación en la calle: no es la primera vez que un preso ayuda a resolver otro caso, lo que sí no es común es que lo hagan una vez que estén de vuelta en la calle. Si la señora María supo esta información estando adentro, de boca de su hija, y pensaba sacarle algún provecho, lo lógico hubiese sido hacerlo mientras estaba encerrada. Bastaba con haberle dicho a un gendarme que tenía información sensible y le hubiesen preguntado de vuelta: ¿qué es lo que quiere a cambio? Pero soltarla así, estando libre, sin negociar, escapa a la lógica de favores que impera en el entramado judicial.

Alguien sale de la casa y viene hacia el auto. Según las fotos debiese ser “la Tomate”, que, me doy cuenta ahora, es Lorena, la hija que estaba viendo televisión con la ex mujer del sicario. Okey: se subió por la puerta trasera, quedando justo atrás mío, como lo hacen los informantes en las series policiales.

Aprovecho de rellenarte los vacíos en la historia.

–¿Tú escuchaste a la ex mujer del sicario decir que él había matado a Viviana Haeger?

Me dice que sí.

–¿Qué dijo específicamente?

–Que el cagao de la cabeza, refiriéndose a él, había estado diciendo

que él la mató.

Me cuenta que estuvo mucho tiempo enojada con su mamá, por llegar y contar el secreto que ella le dijo. Es joven y articulada. Me explica que la indiscreción de su mamá ha hecho que muchos periodistas con cámaras hayan llegado a tocarles la puerta por un enredo en el que no tienen nada que ver.

–Entonces, ¿todo ocurrió tal cual dicen? ¿Tu mamá sí dio el dato que permitió llegar al sicario? –le pregunto.

Me dice que sí.

–¿Por qué lo hizo?

Me dice que no tiene idea, pero que su mamá a veces hace cosas sin consultarle a nadie y que está preocupada por ella: un año después de que ayudara a cerrar el caso Haeger, el OS7 de Puerto Montt hizo una redada en sus casas, en esta misma casa que estamos mirando, y les plantaron droga. Mi cara de incredulidad debe estar más afinada que nunca.

–No, si es en serio. No te voy a negar a qué nos dedicamos, pero mi mami está vieja ya, se había salido, pero quisieron pasarle la cuenta poniéndole droga.

Irónicamente la señora María tendrá juicio en un mes más, poco después de que termine el juicio Haeger.

Le pregunto por su mamá, si puedo hablar con ella, pero no tiene idea dónde anda. Antes de bajarse me dice que espere igual un poco más, por si llega.

Busco en los papeles, a ver si aparece esa redada y ahí está: el 5 de septiembre de 2016 se allanaron dos domicilios, incluido el de María Bustos, donde encontraron 116 gramos de marihuana prensada y una planta de 66 centímetros de alto. Hasta ahí llegaría la teoría de la conspiración: si la fiscalía y la policía le debían algún favor a la señora María por su colaboración en el caso Haeger, no se nota mucho. Los de “La Colina” han seguido siendo investigados y, según ellos, hasta hostigados.

A la señora María, me contaba su hija, le gusta ir a jugar a los tragamonedas, se pasa horas enteras ahí. Quizás sea más productivo ir a buscarla allá, porque cada diez minutos una de las cortinas de la casa se abre para ver si mi auto sigue estacionado. ¿Estará enojado el "loco Cristián"?

La puerta de atrás se abre de nuevo; debe ser una costumbre del sector. No me alcanzo a dar vuelta cuando veo a María Bustos, maquillada, preguntándome.

–¿Qué necesita?

No la vi venir: pudo haber llegado recién o bien haber estado todo el tiempo adentro de la casa. Se ve mucho mayor que en la foto.

–Que estoy apurada.

Al menos ya sé esto: existe.

–No doy entrevistas.

Le digo que, más que una entrevista, necesito saber dos cosas muy puntuales.

–¿Le dijo usted al ex fiscal Coronado quién mató a Viviana Haeger?

–Si, yo fui, qué tanto.

–¿Y por qué?

María Bustos me hace antes un resumen de su historia. Nació en Corral, tiene nueve hijos de distintos padres. Se dedicó buena parte de su vida a criarlos y a vender leña y frambuesas, lo que no es que no le alcanzara para alimentar a todos sus hijos, no le alcanzaba ni para alimentar a la mitad.

Dice que estuvo emparejada en la localidad de Río Negro con dos hombres abusivos, que la golpeaban. Ambos episodios constan en su hoja de vida.

Le pregunto si fue por eso que lo hizo; si se sintió identificada con una mujer a la que su marido pudiera haberla mandado a matar.

–Sí, también puede ser por eso. Si un hueón me matara me gustaría que alguien lo dijera.

Dice que recién a los 54 años de edad empezó a traficar; era mejor negocio que las frambuesas. Se instaló en La Colina cuando nadie más se dedicaba a eso. Te diría que casi lo dice con orgullo. Dice que armaron un pequeño imperio ahí y que los policías nunca los pudieron pillar. Hasta que la pillaron.

–La última vez lo pasé mal presa. No estoy ya en edad de andar viendo choras, acuchilladas, tortas dándose al frente mío. Tengo un problema respiratorio y es muy helado allá adentro. Me retiré, quiero estar calentita en mi casa no más.

Le preguntó si por eso decidió colaborar con el caso Haeger, como parte de su retiro delictual.

–También.

Pero también por qué.

–Pero, ¿sabe lo que de verdad me pasó?

María Bustos se queda un segundo en silencio, mirando un punto fijo por el parabrisas hacia adelante. Me doy vuelta, pero no hay nada ni nadie. Me giro de nuevo y ella, con las manos, empieza a dibujar una figura en el aire.

–Que empecé a verla.

–¿A quién?

–A la fallecida.

–¿Dónde?

–En los sueños. Se me aparecía a la entrada de mi pieza, como flotando, porque la veía del tronco para arriba. Ella tenía los ojos chiquititos, como con sueño.

–¿Le decía algo?

–No, se reía no más.

Unos días antes de viajar al sur, un policía me hablaba de un apocalipsis del que muy pocos hablan: la culpa católica lleva siglos aceitando los aparatos judiciales de Occidente y, con la Iglesia en retroceso, nadie sabe bien qué va a llenar ese vacío.

–Yo creo que quería que la ayudara, así que vi a ese abogado de la tele y fui a decirle lo que sabía. Se supone que era en secreto, pero al mes ya todos sabían que había sido yo. Me retó mi familia, pero qué tanto, hueá mía lo que hago. Lo haría de nuevo.

María Bustos me repite, más o menos, el mismo enredo del último decomiso que hicieron en su casa: que las otras veces ha estado bien presa, pero que esta vez no, porque ni siquiera estaba viviendo en el lugar donde encontraron las drogas, solo la cargaron porque tiempo atrás tuvo un altercado con un carabinero que estaba mirando desde fuera. Le dijo: "*Qué mirái, sapo culiao*".

–Les conté, pero ni me pescaron en fiscalía. Y estuve viendo el juicio de la señora Haeger en la tele, toda esa gente, los periodistas, los jueces, todos están ahí por lo que yo conté. Se están luciendo los policías, el fiscal, Coronado, todos, con la verdad que hablé.

María Bustos ya se aburrió. Se quiere bajar del auto.

–Si digo que me cargaron los policías, soy traficante y mentirosa. Si les hago la pega, soy testigo. Así son los hueones: me creen cuando les conviene.

XV
La cara es su credencial

Dudé mucho si contarte esto o no. En afán de transparencia, aquí va.

La jueza había anunciado un receso y segundos después se escuchó, desde la recepción del juzgado, un griterío considerable. Al asomarme, vi a un grupo de gente rodeando a un jovencísimo guardia que le mostraba la puerta de salida a Dora Lisa, que se rehusaba a moverse. El guardia no la empujaba, no le gritaba, pero la escena resultaba violenta: la ropa combinada con sus lentes, el maquillaje, la cartera al pliegue del codo, todo se veía fuera de contexto en medio del forcejeo.

El resto de los periodistas que estaba ahí me instruyó sobre el conflicto: al parecer Dora Lisa decidió capear el frío de esa mañana subiendo al último piso del edificio, donde se encuentra acondicionada una sala de prensa, nombre elegante para una sencilla habitación con la televisión, un tarro de Nescafé y unas galletas que nunca llegan a las diez de la mañana. El guardia, que llevaba apenas unos días en el trabajo, fue y le preguntó a qué medio pertenecía. Dora Lisa habría dicho que a ninguno, que ella era simplemente Dora Lisa. Entonces el guardia la hizo dejar esa sala y, ya abajo, le pidió su carnet de identidad para ver si se había acreditado en el ingreso del edificio, como, le dijeron a él al aceptar el trabajo, tenía que hacerlo todo el mundo. Eso la enloqueció y entiendo por qué: su cara es su credencial.

No quiero transcribirte las cosas que le dijo al guardia, porque la rebajan como persona, como dama, pero sí me di cuenta de que repitió varias veces la amenaza que me lanzó cuando le hice ver que había una posibilidad de que Anguita fuese absuelto: decía que, aunque le rogaran, no volvería a poner un pie en el tribunal.

No es que la terminaran echando, pero tampoco se pudo quedar. De todas formas al día siguiente volvió como si nada hubiese pasado, a

revisar el papel de la entrada para decidir a qué audiencia entraría en la mañana. Me da la impresión de que con el guardia nuevo llegaron a un pacto tácito: que se mantenga lejos de la sala de periodistas y sus galletas. Yo, solidariamente, tampoco volví a subir, como protesta silenciosa.

XVI
“Si aparece una confesión…”

–Ay que está helado hoy –dice la jueza.

Perdón, magistrada, pero objeto respetuosamente. Sí, está gris y hace frío, pero no más que el resto de los días del mes que llevamos encerrados acá, voluntariamente en mi caso, no sé en el suyo. ¿Sueñan los jueces con casos grandes, complejos, intrincados o sueñan con jornadas plácidas, con asesinos descubiertos con la pistola humeante en la mano, con el ladrón atrapado con el bolso de billetes debajo de la cama?

Hay días en que veo a los jueces aburridos y son los mismos días en que me aburro yo. En eso estamos conectados. Hoy, por ejemplo, la fiscalía termina de presentar su prueba, ya usando los últimos calzoncillos del cajón, los con hoyos, lo que me recuerda que tengo que pasar al lavaseco a la vuelta. Usualmente, a nivel de formación universitaria, se dice que la presentación de pruebas tiene que contar una historia, tiene que tener un sentido narrativo para lograr convencer, pero te he dicho que el fiscal no solo no quiere eso sino que detesta el dramatismo, así que no se guardó giros para el final. Si él hubiese escrito *La guerra de las galaxias*, hubiese comenzado diciendo quién era el padre de quién.

Uno de los últimos testigos es un policía, que ni siquiera sabe tanto sobre el caso: apoyó a los detectives titulares en algunas operaciones, ayudó a ubicar gente, una que otra toma de declaración, en fin, nadie le puede decir que solucionó el caso, pero tampoco que lo hizo estrellar.

El fiscal intenta animar un poco la cosa.

–Por lo que usted sabe, ¿Jaime Anguita ha cambiado su versión de los hechos todos estos años?

–Sí –dice el policía.

Uf, digo yo: se podría hacer un libro –no es una idea totalmente mala– con las vueltas que se ha dado. Pasamos de la teoría del secuestro al convencimiento total de que su mujer se había suicidado, incluida una petición formal para que se cerrara la investigación a menos de un año de descubrir el cuerpo, porque no tenía sentido seguir: ella había atentado contra su vida. Después Anguita defendió la existencia de una conspiración para matarlo a él, que terminó arrastrando a Viviana Haeger a las redes de una peligrosa mafia y terminamos en lo que defienden hoy sus abogados, que es que… en realidad no sé qué es, más allá de que dicen que ni siquiera están los elementos para acreditar un homicidio y que, si lo hubo, tampoco se podría saber con certeza si lo cometió el sicario confeso que está a su lado.

En una pantalla, para ayudar al policía, y para ir dándole ritmo al asunto, proyectan extractos de un par de entrevistas televisivas, donde Anguita despliega esas teorías confusas y contradictorias, a veces con una frialdad antártica, otras con un nudo en la garganta. La fiscalía tuvo el buen gusto de hacer una selección de sus apariciones: no está, por ejemplo, una entrevista de culto que le dio a un canal, agachado, desde la misma buhardilla donde apareció muerta su mujer. Esa vez su abogado lo retó, por la falta de consideración.

–Su señoría –dice el fiscal–. Introduciremos la prueba testimonial número 51.

¿Somos o no somos amigos?

–La entrevista a Jaime Anguita publicada en la revista “Sábado” de *El Mercurio* el 18 de julio de 2015, realizada por el periodista Rodrigo Fluxá.

Anguita se da vuelta y me mira sonriendo: apunta con la nariz hacia los parlantes, quizás quiere decir… ¿Qué? ¿Eres mi mamá ahora? ¿Estoy obligado a contarte todo? No eres mi amigo. Eres apenas una persona a la que proveo de un digno servicio: seguir un juicio desde el principio al final, y a la que, dependiendo de mi voluntad, le voy enviando mis impresiones. Entonces sí, conocí a Jaime Anguita en persona, pasé unos días bastante interesantes con él, conversamos de muchas temáticas.

-Magistrada, comenzamos lectura.

Ya, disculpa, el “apenas” estuvo de más. Es que si partía contándote de ese encuentro, habría teñido cualquier cosa que narrara después. Además, te conozco, ibas a empezar, correo por medio, con las preguntas: ¿pero qué impresión te dio? ¿Parece un hombre capaz de hacerlo? ¿Qué te dice tu instinto? Mi instinto me dijo que no te contara. Solo por un afán de transparencia tardía, fue así: estaba una mañana sin ideas para escribir cuando vi cómo durante dos horas un panel de un matinal hacía un análisis del lenguaje corporal de Jaime Anguita y me lo imaginé a él mismo viendo ese programa en su casa. Era una buena tesis: ¿cómo es vivir en una ciudad donde todos te creen un asesino? Llamé a su abogado y a los cinco minutos me dijo que sí, que partiera a Puerto Varas.

Ya allá, antes de la reunión con Anguita, me junté con otros abogados, con policías y con fiscales que me bombardearon con pruebas, sospechas y razones que apoyaban una tesis: que se corría el riesgo de que se completara el crimen perfecto en la región.

Tras hablar por teléfono con Anguita, quedamos de realizar la primera parte de la entrevista en un hotel a la salida de Puerto Varas, a las nueve de la noche. Como me quedaban unas horas libres, sin avisarle a Anguita, me pasé al Parque Stocker para hablar con los Haeger. Un colectivo me dejó en la entrada e hice la misma caminata que debió haber hecho el sicario el 29 de junio de 2010: de la puerta hasta la parcela 16. La casa Anguita Haeger estaba desocupada, con el pasto un poco largo. Te puede sonar absurdo pero, con lo que había oído, daba escalofríos.

Me costó salir de donde los Haeger; tenían mucho qué decir, pero ningunas ganas de decirlo con una grabadora prendida. Tengo algunos apuntes de esa conversación, pero lo que más recuerdo eran sus caras cuando lo nombraban: más que odio, a Anguita le tenían pavor, terror.

Dejé el Parque Stocker a las nueve y media. Miré el teléfono: tenía 17 llamadas perdidas, una por cada dos minutos de atraso.

El fiscal le da el paso a su ayudante, para hacer la lectura.

–Magistrada, el título del reportaje es “El viudo bajo la lupa”.

No era ese el título original, era “El viudo feliz”, pero minutos antes de irse a imprenta alguien en la redacción sugirió que podía ser un poco malintencionado y le encontré razón, porque soy razonable. Ahora, que era mejor el otro, era.

El ayudante del fiscal siguió con la bajada:

–El reportaje se inicia en la página 18:

¿Cómo es vivir en una ciudad donde piensan que eres el culpable de un crimen del que ni siquiera te han acusado? Han pasado cinco años desde que Jaime Anguita encontrara el cuerpo de su mujer, Viviana Haeger, en la buhardilla de su casa en Puerto Varas, y pese a que un último informe del Servicio Médico Legal lo complica, el viudo sigue defendiendo su inocencia. Esta es su historia y la trama del mayor puzle policial vigente en Chile.

¿Ves? Nada del otro mundo. No tengo idea por qué están perdiendo el tiempo leyendo esto. Todos tenemos mejores cosas que hacer.

Tampoco te conté esto: estuve muy cerca de estar yo ahí donde está ese policía ahora. Hace seis meses, Coronado, como abogado de la familia Haeger, me avisó que me iba a poner en su lista de testigos para el juicio. Le dije que por ningún motivo. Primero era una traición: nadie da una entrevista para ver luego a su entrevistador atestiguando en su contra. Además, de haber estado en la lista de testigos, no podría haber visto el juicio entero, para no “contaminarme” con el resto de las declaraciones. Por último, y más importante, ¿qué cosa de interés para resolver el homicidio podría haber aportado yo? Todo lo que sabía del asunto estaba escrito ahí.

Sigue el fiscal ayudante.

–Magistrada, el reportaje es bastante extenso….

OK, gracias.

–Así que haremos lectura resumida de algunos segmentos. Esto también en la página 18.

“Yo soy feliz”, dice Anguita. “Si me preguntan por la mejor etapa de mi vida, esta es. He vivido un dolor enorme, pero me permitió un acercamiento a mis hijas que jamás hubiese tenido, no las hubiese disfrutado así”.

Puede haber sido malintencionado el otro título, pero era preciso. Además, ¿desde cuándo es sospechoso ser feliz? Que yo sepa, no hay un manual para estar de luto: hay gente que llora todo el día, otra que no para de irse de fiesta para no estar sola con sus pensamientos. No hay acá, como en Estados Unidos, un jurado a quien impresionar, pero entiendo lo que hace el fiscal: fija completamente el móvil del crimen. Más aun, el post móvil: el bien que consiguió con el crimen, sus hijas, por su incapacidad de vivir sin ellas aunque fuera algunas noches a la semana, divorcio por medio. En resumen, su felicidad.

Cuando llegué al hotel, había una tormenta de viento que azotaba la estructura de madera del edificio. Saludé a Anguita, me disculpé por el atraso y me dijo que no importaba. Nos sentamos en un espacio común, a un metro de distancia uno del otro. Fue muy amable, contestaba de todo sin exaltarse. Uno siempre tiene la fantasía de estar un paso delante de la persona que está al frente, pero la mayoría de las veces uno va detrás. Esa misma semana, sin tenerlo yo planeado, el Servicio Médico Legal evacuó un segundo informe criminalístico sobre el sitio del suceso. Era más bien un meta-informe, que revisaba fotos, autopsia y pericias hechas cinco años antes. Esa pieza interpretativa concluía que el cuerpo había sido movido durante los 42 días que estuvo en la buhardilla y, lo más complicado, que había estado atado inicialmente y luego había sido desatado. Yo lo leí recién en Puerto Varas, cuando aún no era público. Anguita, supongo, ya lo conocía y sabía cómo se vería él cuando llegara a los medios. Por eso la necesidad de la entrevista.

–Luego el periodista –continúa el ayudante del fiscal– le pregunta al señor Anguita:

¿Cuándo cumplían aniversario de matrimonio?

¿Qué día es hoy? ¿7 de julio? Ah, para la corrida de San Fermín. ¡El 8! O, sea mañana estaría de aniversario.

El acta de matrimonio dice que Jaime Anguita y Viviana Haeger se casaron un 15 de julio.

No sé bien por qué, pero Anguita nunca perdonó ese párrafo. El "no sé bien por qué" no es una falsa inocencia, es que yo hubiese apostado que no perdonaría otras partes. ¿Tú sabes cuándo es tu aniversario? A mi papá se le pasaba año a año. ¿Por qué lo puse entonces? Sí, por lo mismo que tú crees, pero quizás si Anguita no hubiese hecho esa rarísima mención a San Fermín no me hubiese ni dado cuenta, ni hubiese solicitado el acta de matrimonio, porque una cosa es no saber, la otra es inventar, ese pasito extra separa a un tipo de personas de otro. Si crees que eso fue raro, espera a oír esto: la semana pasada, revisando el archivo en papel de *El Llanquihue*, me encontré con una entrevista a Anguita titulada "Este es un solitario aniversario de matrimonio". La publicación era de un 19 de junio.

El ayudante de fiscal sigue con la lectura.

–Magistrada, esto está en la página 22 de la publicación. Es una cita del señor Anguita:

Todo lo que hice estuvo bajo juicio. Si no llamaba, era sospechoso; si llamaba, era show. A mis hijas les dije: Su mamá desapareció en extrañas circunstancias. Nunca les oculté nada, con mi criterio, que para muchos no es buen criterio; con mi filosofía, que para muchos no es buena filosofía; pero les dije todo al mismo tiempo que iba sabiendo. Yo no miento, no me gusta la mentira, me lo enseñaron a golpes, muchas veces. La verdad, aunque duela, es amiga duradera.

Qué final de respuesta. Se mostró razonable esa noche Anguita, terminamos dos horas de conversación en buenos términos. Era casi medianoche cuando nos despedimos o más bien él se despidió: yo dormía en el hotel. Quedamos de juntarnos al día siguiente en su casa. Yo ya había hecho casi toda mi batería de preguntas, pero guardé lo más complicado para el final: el nuevo informe que lo acorralaba.

–Continuamos, magistrada –sigue el fiscal ayudante. Otro párrafo de la misma página. Comienza con una respuesta de Anguita:

Se intentó dirigir todo en mi contra. Y se trabajó muy minuciosamente en ese sentido: revisaron mi camioneta, mis llamados, tuve dieciocho días detectives viviendo en mi casa. Lo asumí como protección, lo agradecí. Si no hubiese sido por eso me hubiesen linchado; la familia (Haeger) quería matarme.

El fiscal ayudante cita entonces una pregunta del periodista.

(O sea, yo)

–Pero en esas extrañas circunstancias es muy poco usual que el familiar de una víctima se intente convencer de un suicidio, la salida más culposa para ello.

–Siempre he pensado en forma racional: si alguien quiere quitarse la vida, hay libre albedrío. Es algo íntimo. Que te la quiten es mucho más violento.

–¿No sería una casualidad muy grande que justo el día en que ella decidió eso lo llamaran?, vuelve a preguntar el periodista.

No sabemos si están relacionadas, las casualidades existen.

–Y ya en la página 24 –dice el ayudante del fiscal:

–¿Ella en algún momento le dijo que quería dejarlo, llevarse a sus hijas, por alguna razón?

–No. Lo que prima son los hechos, no las interpretaciones, y los hechos están establecidos. Si todo lo que se hizo antes, que me hizo pensar en un suicidio, estaba mal hecho, que lo digan. La verdad de los hechos no cambia tan fácil. Una confesión de una persona, quizá, sí.

No me acordaba de esa parte. Dice bastante. Una confesión apareció cuatro meses después de ese diálogo y aquí estamos. La entrevista se reprodujo durante varias semanas en televisión, en matinales, durante los mismos días que la ex mujer del sicario y la hija de la señora María veían la pantalla en el comedor de la cárcel de Alto Bonito. ¿Qué extraño llamado estaba haciendo Anguita al decir eso? ¿Por qué alguien que defiende la tesis del suicidio usa la palabra confesión? En el caso de que, como se está discutiendo acá, él mandó a matar a su mujer, ¿estaba advirtiendo de algo al sicario?

¿Amenazándolo? Casi parece que lo está animando a hablar.

Si te dije que todo lo que sabía estaba escrito en esas páginas, mentí. Ni un décimo de las horas que conversé con Anguita cupo en la revista. Aproveché de revisar el bruto ayer, para prepararme. Te pongo acá algunas frases, sin ningún criterio especial de selección, por si tú logras hacer alguna conexión que yo ya no logro ver.

"Deambulé mi vida por varias ciudades. La infancia, hasta los tres años, estuve en Cañete, el colegio lo hice en La Cruz. Mi papá estudió Derecho, pero nunca se tituló. Su personalidad no iba con el derecho. Prefirió dedicarse a los campos de la familia. Mi papá solía decirnos cuando pequeños, yo prefiero ser un huaso con plata que un ilustrado pobre'".

"Mi familia era DC, vieron lo de 1973 como algo necesario, alguien tenía que hacer algo".

"Somos nueve hermanos, yo el quinto. Todos nos educamos; hay uno marino, otro militar. Somos parecidos, confiados: una vez que tenemos razón, batallamos hasta tratar de establecerla".

"Saliendo del colegio me inscribí en Odontología. Pero no quería estar viendo bocas en mal estado, así que me cambié rápidamente a Agronomía. Pero un día me encuentro con mi hermano, que me dice que la gente que realmente maneja mejor los campos son ingenieros, así que me cambié de nuevo. Me costó, repetí ramos. Hice el servicio militar entre medio y regresé muy cansado".

"Cuando egresé, postulé para ir a trabajar a la Carretera Austral, estuve un año ahí. Después me fui a la oficina regional de Puerto Montt del MOP. A los once años me retiré del Ministerio e ingresé como socio a Mónaco, mi empresa. Pagué mi parte de entrada con mi trabajo".

"Me casé muy tarde, como a los 36 o 38 años, en ese sentido empecé a caminar tarde. Un momento dije: ya, es el momento de tratar de decidir quién va a ser mi compañera, porque si sigo buscando no me voy a decidir nunca, porque todas me gustan. Había que tomar una decisión".

“De Viviana me gustó su personalidad, era una excelente mujer, pero tenía un dominio muy grande de su mamá, tenía que andar pidiendo permiso para todo. Había amenazas con palos, porque la señora no quería hombres en la familia, por una experiencia traumática que ella misma había tenido, que la marcó con fuego. Yo pensaba que había sido bienvenido, ahora me he dado cuenta de que no”.

“He visto que dicen que yo no amaba a Viviana, que solo quería una madre para tener hijas. Y bueno, yo buscaba a una mujer integral y sí, pensaba en alguien que fuera la mamá de mis hijas, no le veo nada de malo”.

“Fui infiel una vez, me pegué un condoro, una cosa breve. ¿Cuántos hombres no han dado un mal paso en esta vida? La otra persona había sido una polola mía antes. Yo la vi y sentí que me había vuelto a enamorar. Le dije a Viviana tal cual: lo que pasa es esto y no podemos estar ya bajo el mismo techo. Mis hermanos me llamaban y yo les decía: por favor, por una vez en la vida déjenme actuar con el corazón y no con la razón. Estuve un mes fuera de la casa, pero me di cuenta de que lo que hice no estaba bien, tenía a mi hija menor recién nacida. Tuve la gracia de Dios y pude reaccionar. Me costó seis meses reconquistar a Viviana. Y luego tuvimos siete años muy felices, porque yo la vi siempre feliz, no me manifestó lo contrario”.

“Claro, ahora me vengo a enterar que realmente no era feliz. ¿Si es raro que no me haya dado cuenta? Es que para mí, ella era una persona feliz. Ahora me doy cuenta de que tenía amarguras grandes, que no estaba con los pies en la tierra. Conociendo los hechos que conozco, estaba en un estado desesperado. Los últimos seis meses yo me los pasé trabajando en la cordillera. Entraba y salía, llegaba solo los fines de semana. Pero ella me animaba: yo trabajaba, ella disfrutaba. Tan claro como eso. No hay ningún felizómetro tampoco”.

“Recién hace un año, leyendo la carpeta, supe que ella tuvo una relación con un jefe. Obviamente me afectó, me impactó, pero yo también había cometido un error. Sí, lo conocía, pero hacía muchos años ya. A mí me dio lo mismo que fuera él. No lo busqué ni he tratado de comunicarme. No tengo ningún rencor con esa persona,

pero él no debe estar pasándolo bien, su consciencia no debe estar bien”.

“Yo no veo que hubiese una imagen externa de una familia feliz; yo viví en una familia feliz, ella quizás no, pero yo no viví esa mentira”.

(¿Y no le importa saber ahora que su mujer fue infeliz?)

“Y qué saco con hacer un hara kiri”.

“La base para superar la depresión era decir la verdad. Y si ella tenía esa mentira que la estaba atragantando…”

“Yo con ella tenía muy poca comunicación, soy malo para conversar, entonces mis conversaciones con ellas eran muy superficiales, nada profundo, es una característica de nuestra familia. No es signo de nada más. ¿Porque quién te enseña a vivir? ¿Cuál es un matrimonio ejemplar? De los matrimonios que conocía, pensaba que el mío era el más feliz. Pero hay un abismo entre esas dos cosas: entre ser poco comunicativo y pensar que pude matar”.

“Ella no durmió esa noche. Tuvo insomnio. Me acosté y ella se sentó en bata y se fue para adentro. Me dijo: ‘Hasta un abracito cuesta darnos’. Yo le dije que a mí no me costaba, que solo tenía sueño. Ella después se fue al primer piso. Me fui ese día y no me despedí. Salí y ella se quedó en el baño. Quizás no pudo enfrentarme y decirme chao. Asumo que no quiso”.

“Al final yo digo, como católico, ¿Jesús qué hizo de malo? ¿Cómo lo trataron? ¿Con qué justificación? En ese caso se prefirió a Barrabás que a Jesús. Han pasado dos mil años ya y sigue ocurriendo”.

“Me costaría estar con una nueva persona. Cualquier relación que tuviera, dirían: por ésta lo hizo. Y reaccionarían contra esa persona. No es mi intención, no lo tengo en mente”.

“Hay un rumor de que soy homosexual, pero jamás han podido decir quién es mi pareja. Dijeron también que tenía un amante en la policía, pero tampoco han podido identificarlo. Pueden decir lo que les venga en gana. Dicen que maté a mi esposa, no hay nada peor

que eso”.

“Por supuesto que extraño a Viviana, mi vida cambió, pero no sé si estaríamos juntos sabiendo lo que sé hoy”.

“Toda la información que me dieron durante cinco años tenía relación con un suicidio. No conozco un solo elemento que no apunte en esa dirección. Pero han ocurrido cosas asociadas. Algo a ella la tenía desesperada, que existía un plan para matarme. Si yo no hubiese cortado el teléfono, si hubiese acudido a la casa en ese momento, quizás no estaría acá”.

“Me sometería a un detector de mentiras. Y ojalá que los muertos hablaran. Y un par de personas más: el que me hizo el llamado, por ejemplo. Él tiene que tener las cosas que faltan, Viviana se las tiene que haber entregado”.

“Nunca he pensado en mí como alguien raro. En general han dicho que soy especial, yo no me encuentro nada de especial”.

Bueno, llevamos ya varios días, decenas de testigos, para intentar establecer que Anguita se casó solo pensando en tener hijos: esta grabación hubiese ahorrado bastante tiempo.

El ayudante del fiscal le pone fin a este vergonzoso momento:

–Esto es de la última página, es el final del reportaje:

El año pasado, Jaime Anguita y su hija viajaron a Europa. Visitaron una decena de ciudades en menos de un mes. Ella muestra un cuaderno con anotaciones sobre cada una. Sus tías dicen que mantiene siempre su mente ocupada para no recordar.

Entonces, Jaime Anguita le pregunta a su hija:

–¿Somos felices?

–Muy, muy felices –responde ella.

Y casi como diciendo algo malo, agrega:

–Pero sería un poco más si estuviese mi mamá.

Te habrás dado cuenta de que no califico precisamente como un sentimental, pero escuchar a esa niña ahí, intentando acordarse de su mamá, cuando todos le recomiendan que no lo haga, fue emocionante. Minutos antes de que ella dijera eso, Anguita me hizo con ella un tour por su casa en ese entonces, un loft muy cómodo en el centro de Puerto Varas. Cuando llegamos al segundo piso, primero entramos a una pieza principal y luego a otra secundaria, al otro lado del pasillo. Le pregunté a Anguita, para rellenar, si en la más chica dormía su hija, pero me dijo que no, que ambos dormían juntos en la matrimonial. ¿Te acuerdas lo que te dije de los ojos de Anguita?

Cada vez que alguien me comentaba el reportaje, hacía énfasis en ese detalle, lo que imagino hablaba más de ellos que de Anguita. Yo sabía que la niña, antes de la tragedia, ya tenía su cama dentro de la pieza de sus padres. Lo que no sabía, y me lo contaron los Haeger, es que cuando Viviana iba de vacaciones a la casa de sus suegros en La Cruz, en los primeros años de matrimonio, llegaba de vuelta a Puerto Varas reclamando porque había tenido que dormir sola: Anguita compartía habitación con su mamá.

La conexión entre ambos datos puede, como todo acá, significar todo o puede significar nada: que Anguita entienda las relaciones filiales con esa intensidad, ¿lo hace candidato a perder la cabeza, bajo amenaza? ¿O solo es un hombre que necesita de contacto físico para expresar sus afectos?

Después del tour, una empleada vino a buscar a la hija, que tenía alguna actividad extraprogramática. Por ese entonces tocaba piano, viola, violín, pintaba, bordaba, hacía nado sincronizado y estaba aprendiendo a hablar alemán.

Me senté en el comedor del loft con Anguita y le hice las últimas preguntas:

–¿Leyó el último informe del Servicio Médico Legal?

–Sé lo que dice.

–Dice que Viviana fue movida durante esos 42 días y que alguien la ató y desató.

–No voy a desacreditar el informe, trato de creer las cosas que salen. Algunas me cuestan.

Es incómodo preguntarle a alguien si es un asesino.

–¿Desató usted el cadáver de su mujer?

–No.

A Anguita le costaba mirar a los ojos. A mí, dada la situación, también, así que mientras hablaba fijé la vista en la mesa. De pronto las manos de Anguita empezaron a temblar involuntariamente.

–¿Quién la desató entonces? ¿Quién pudo mover el cadáver en la buhardilla?

–¿Quién tuvo acceso?

–Usted y su madre. Y los policías, pero ninguno dice haber visto las amarras.

Anguita trató de controlar el temblor de una mano, sujetándola con la otra.

–Claro, yo y mi mamá. Y a ella no la puedo meter en esto. Así es que el caso está resuelto.

Por primera vez en esos dos días la voz de Anguita se alteró.

–No sé en qué han perdido estos cinco años investigando. Si esa es la conclusión, no sé qué más puedo decir –continuó.

Anguita se paró rumbo a la cocina, que quedaba justo a espaldas mías.

–¿Quieres un jugo? –me preguntó, desde allá.

Revisé mi teléfono; eran más de las diez de la noche. ¿Qué actividad extraprogramática hay a esta hora?

–No, estoy bien.

–¿Seguro?

¿Quién sabía que estaba ahí? Hay cuchillos en las cocinas. Giré la cabeza varias veces esperando que saliese, pero Anguita no salía.

–¿A qué hora vuelve su hija?

Recuerdo haber pensado: hay una posibilidad real de morir acá.

–En un rato más.

Me paré, intentando recoger mis cosas. Tenía la puerta cerca. Fueron, no sé, 30 segundos.

Anguita volvió con dos vasos de jugo de naranja.

–Te traje igual.

Estaba contaminado. Y había visto demasiados matinales.

XVII
Su cabecita

Si te dijera que cada vez que trasladan a José Pérez desde la cárcel hasta la sala del juicio, cada vez que camina por los pasillos de Alto Bonito, cada vez que se cruza con otros presos, no encuentra miradas de odio ni reprobación de sus pares sino un saludo que es ya, en ese mundo, su carta de presentación, su marca registrada, "Wena, sicario", ¿lo creerías?

Y si te dijera que cada vez que escucha ese saludo, que ni es en tono amenazante ni es sinónimo de respeto delictual, José Pérez no se avergüenza, no baja la cabeza, no lo atormentan recuerdos de la mañana en que, según propia confesión, mató a una mujer inocente, y, en cambio, levanta la mano y responde con una sonrisa amplia, sincera, desprovista de segundas intenciones. ¿también (o tampoco, depende) creerías eso?

Yo lo creo, no solo porque me lo hayan comentado ya gendarmes y policías, sino porque un abogado muy enterado aquí, a quien llamaremos convenientemente "abogado muy enterado", me lo acaba de contar: Pérez estaba en la sala de espera del tribunal, esposado, cuando desde lejos le volvieron a gritar "wena, sicario" y él respondió el saludo, orgulloso. Te recuerdo que está en medio del juicio que podría mandarlo a la cárcel de por vida.

–Nunca vi a alguien así, es muy peculiar –me dijo el abogado muy enterado, que con la imagen del sicario sonriente, además de enterado, estaba muy entretenido.

La vara para calificar de raro a alguien, en este juicio, está bastante alta, pero lo justo es justo: estamos frente a un sicario poco común, que falla en labores inherentes al éxito de su profesión. La discreción, la primera.

Toma nota:

Primera indiscreción: a pocos días de su pasada por el Parque Stocker, el sicario le preguntó a su hija mayor si sabía borrar videos y fotos de cámaras y teléfonos. Ella le preguntó por qué y él le mostró los aparatos: vieron imágenes de una mujer de 40 años, de tez blanca, ojos claros, que salía con una niña, al parecer su hija, al parecer en un cumpleaños. El sicario explicó que pertenecían a la "difunta". Cuando le pidieron que precisara cuál difunta, incluso se molestó: ¿acaso nadie veía las noticias en esa casa? Era el colmo: la señora de Jaime Anguita, pues, su patrón de años, quien se las había dado a cambio de un trabajo.

Segunda indiscreción: días después de la anterior, el sicario le dijo a su otra hija, Clancy, retén el nombre, no es difícil, que quería regalarle un anillo que venía con inscripciones grabadas. Ella lo recibió, con sospechas, pero vamos, lo recibió, y cuando él le iba a decir de dónde venía la joya, Clancy, convenientemente, dijo a los policías que lo hizo callar antes de que le contara, lo que resulta bastante curioso, teniendo en cuenta la ruta que tomó ese anillo después: Clancy se lo regaló a un señor con el que tenía una relación en paralelo a su pololeo oficial y el señor, cuando vio en la televisión que había aparecido el cuerpo de Viviana Haeger, hizo mágicamente la conexión y lo botó al lecho de un río.

Tercera indiscreción: pese a que no tenía un trabajo formal hacía meses, el sicario se apareció en un asado con carne y cervezas. Entrada la celebración, con los hijos jugando en el patio, el sicario se puso a llorar y confesó haber matado a Viviana Haeger, aunque sin querer: fue al Parque Stocker con un ex pololo de Clancy a pedirle plata prestada a la señora y estando allá, así como que no quiere la cosa, se le ocurrió simular un secuestro de la mujer: ahí la habrían reducido y cuando intentaron darla vuelta, estaba muerta. Alto ahí: ese ex pololo de Clancy se suicidó, así que no se le pudo consultar su participación en esa versión. Alto ahí: el suicidio no fue por ningún evento "traumático", como haber asesinado a una dueña de casa de Puerto Varas: antes del 2010 había tenido ya un puñado de intentos de suicidio bastante serios. No todo es una gran conspiración, ¿sabes?

Cuarta indiscreción: por ahí por octubre –la gente no recuerda bien las fechas de estas cosas– el sicario compartió una botella de vodka

–entera, supongo, por la confesión que continúa– con su cuñado y le dijo que él había matado a Viviana Haeger –yo me acordaría de la fecha en que me dicen algo así– y la había dejado en la buhardilla de la casa, dato que ya era público en ese entonces, pero además le dijo cómo: la asfixió con una bolsa de plástico.

Quinta indiscreción: el sicario encontraba que en la noche de año nuevo de 2010 había razones para celebrar y organizó un asado en la comuna de Maullín, donde se instaló un tiempo. Ya en las primeras horas de 2011, curado, comenzó una discusión por cualquier cosa y terminó llorando contándole a su familia que había matado a Viviana Haeger por encargo de Jaime Anguita, quien le pagó "millones" por hacerlo.

Y estos son solo los eventos documentados, respaldados con declaraciones policiales. Es razonable asumir que hubo otras curaderas, otros llantos, otras confesiones, otro puñado más de personas que supo por años lo que para la policía era un misterio imposible de resolver, lo que no solo habla mal de la gente y de sus pocas ganas de colaborar con la justicia; habla aún peor de los propios policías, incapaces de darse unas vueltas por la poblaciones que rodean Puerto Montt.

La cacería del sicario pudo ser más sencilla, si, como correspondía a la lógica investigativa, Anguita hubiese aparecido como sospechoso desde el comienzo. Si él, a la hora de la fatalidad, se paseaba por Puerto Montt sembrando coartadas, necesariamente necesitó de un ayudante. ¿Dónde Anguita, habitante del paraíso de Puerto Varas, podría conocer a alguien capaz de ensuciarse las manos con sangre? Una salida era revisar, una por una, las planillas de todos los trabajadores que alguna vez fueron contratados por sus empresas y ver qué cosa saltaba. El sicario tenía una detención en el sistema antiguo por una violenta riña en Chiloé. Y el 2000 se había tratado de una herida cortante profunda en el estómago, en el hospital de Puerto Montt. Ya eso ameritaba una visita, de haber existido esa plantilla desde el minuto uno. No se perdía nada. Era, además, una persona inestable. El 2007, en medio de la separación de su primera mujer, tras 19 años casado, intentó suicidarse. En su epicrisis, el registro de su internación, el médico tratante escribió: "Su mujer se ha ido tres veces, ella lo acusa de violencia intrafamiliar por diez

años. Él lo niega, dice que solo es celoso. Esta vez su mujer se llevó los electrodomésticos y la ropa, a la casa de amigas, al parecer. La hija pololea con un drogadicto. El sujeto, al llegar a la casa y no encontrar a nadie, decidió matarse tomando diez dipironas y dos clonazepán. Para qué seguir viviendo, dijo al momento del hallazgo. El sujeto tiene un trastorno adaptativo, llevaba tres días sin comer. Tras eso fue estabilizado en el hospital por cuatro días. Hoy dice estar arrepentido, siente que lo suyo no es un gran problema comparado con el resto de los pacientes del servicio. Dice que debe seguir viviendo y ser un buen ejemplo para sus hijos".

Promesa incumplida de lado, la labor era simple: llegar al sicario por cualquier razón, sentarlo al frente y preguntarle por Anguita. Un compañero de trabajo recordó un incidente curioso: a tres años de la desaparición de Viviana Haeger, cuando el tema aún era material común de los canales de televisión, le comentó, en broma: "La media cagaíta que se mandó tu jefe". El sicario se puso serio, nervioso y respondió, fuera de tono y contexto: "No, él no fue, él es buena persona". ¿Qué quería decir con eso? Porque quiso decir algo, si no se hubiese quedado callado, almorzando en silencio. Nadie hubiese declarado después: cuando mencioné el tema él se llevó una sospechosa cucharada de arroz a la boca. ¿Por qué defender a Anguita ahí, si no estuviesen unidos en alguna cadena de responsabilidad?

O, bueno, quizás el sicario improvisaba según el día, según el interlocutor o según el clima. Con su hermana –era el cuarto de siete, familia muy pobre, solo estudió hasta cuarto básico– tenía una relación casi nula, pero a partir del 2010 empezó a frecuentar su casa por una razón práctica: ella tenía instalada la empresa de cable que transmitía los partidos de Colo-Colo. Notaba ella, sobre esas tardes, que por momentos el sicario –bueno, José para ella– pasaba largos minutos con los ojos vidriosos, a punto de llorar, lo que no tenía que ver necesariamente con lo que pasaba en la cancha: a veces es difícil de creer, pero Colo-Colo gana más de lo que pierde. La hermana, desconcertada, lo atribuía a la muerte de su madre, pero habían pasado ya más de cuatro años… Tenía que ser otra cosa lo que lo tenía siempre a punto de quebrarse. "Sentimental", decía la hermana.

Cuando te dije que a la policía le hubiese bastado con toparse con el sicario de frente para destapar el caso, realmente me refería a que les hubiese bastado hacer bien su trabajo. Hablando de puntos ciegos, otra de las particularidades del sicario es que detesta a los delincuentes: el 2014 su ex señora quería hacerle un regalo de cumpleaños al hijo menor de ambos, que hacía rato que quería un plasma, así que ella fue a la feria y le compró uno a precio informal. El sicario se enteró cuando vio la enorme pantalla en su casa y, después de tomarse algo para el valor, llamó tres veces a su ex mujer, indignado, retándola por comprar cosas robadas: eso era un mal ejemplo para su hijo, le dijo. Ella, entonces, decidió evitarse problemas: se llevaría el televisor de vuelta, pero cuando llegó, ambos se pusieron a discutir y el sicario, en la mitad, sacó una pistola, amenazándola. Más tarde llegó Carabineros, recibió la denuncia, pero el sicario ya había salido a dar una vuelta, para tomar aire, calmarse. Los policías se fueron al rato; no veían razón para quedarse, ese nombre no estaba en ninguna lista roja especial.

Un año después, un equipo de la PDI llegó a la misma dirección, siguiendo el hilo que ya te conté: del retrato del cibercafé en la tele, a la ex mujer del sicario viéndolo con “la Tomate”, a María Bustos y a Coronado. Era el 7 de septiembre del 2015. El sicario abrió la puerta amablemente, hizo pasar a los detectives al living y les preguntó a qué se debía el placer de su visita. Le preguntaron por Viviana Haeger, por la historia que contaba su ex señora, por sus confesiones ebrio en asados, pero inicialmente lo negó. No sabía de qué estaban hablando. Los informes no detallan exactamente el momento en que se quebró, solo aclaran que lo hizo ahí, informalmente, y que luego lo trasladaron a un cuartel en Puerto Montt, para completar el trámite, una maratón de cinco horas. Nunca el sicario ha puesto en duda lo que contó, ni su abogado ha dejado entrever que fue obligado de alguna forma a hacerlo.

Ya en el cuartel, el fiscal Naín Lamas se reunió con él. En su oficina, él me explicó lo que hizo ahí: con su tono calmo le dijo que había algo que no calzaba con la historia que estaba contando: el llamado desde el cibercafé. Tras eso le hizo la pregunta: ¿alguien le había encomendado hacer eso? Entonces, según él, el sicario se tomó la calva con las dos manos y, llorando, dijo que Jaime Anguita le había hecho el encargo. Según el fiscal, más que culpa, esa tarde el

sicario sintió alivio.

El relato del sicario quedó por escrito, pero traducido a "policial": como no tienen un afán estilístico, los detectives interpretaron, ordenaron y resumieron con sus palabras lo que el acusado les iba contando, luego se lo leyeron y él lo firmó.

Releo esa confesión. El sicario no habla así y no veo la necesidad de parafrasearte lo mismo, su validez sería baja: el sicario lo pensó de una forma, lo dijo de otra, los policías lo asimilaron de una nueva, lo escribieron de otra y yo estaría ordenándolo de nuevo para que tú lo entiendas.

Así que me salto los pasos intermedios: el otoño de 2010 Jaime Anguita llamó de un teléfono distinto al usual al sicario y le dijo que tenía un trabajo que ofrecerle. Se juntaron en Puerto Montt y le dio detalles: estaba aburrido de su mujer, de las hermanas de su mujer, sobre todo de la que vivía al frente, de su suegra y de que pasasen metidos en la casa. Le dio una fecha aproximada y un horario, que incluía los hábitos de traslado de los vecinos, para completar el trabajo, el homicidio. Entonces el 29 de junio, el sicario salió temprano de su casa, tomó una micro hacia Puerto Varas y entró al Parque Stocker por el estacionamiento. Deben haber sido entre las 9.15 y las 9.45. La referencia horaria que Anguita le dio no debe haber sido tan precisa o el sicario fue impuntual –apostaría por esto–, porque cuando llegó a la casa la señora Haeger estaba en el patio subiéndose al auto, que estaba ya prendido, lista para salir. Él, como la conocía, la saludó y le pidió una sierra prestada de la bodega, para hacerle un trabajo a un vecino. Viviana Haeger fue hacia la bodega, abrió el candado y cuando ella estiró su mano derecha, el sicario la inmovilizó y se le puso detrás de la espalda. Con la otra mano, le tapó la boca. Viviana Haeger trató de morderlo, él la esquivó y le dijo que tenía un arma contra la espalda, cosa que era falsa.

En esa caravana tétrica, los dos entraron a la cocina. Ella le ofreció 500 mil pesos que tenía a la mano para que se fuera. Después le dijo que, si la dejaba, podía pedirle un poco más a su hermana que estaba al frente: Viviana no sabía que Mónica había salido del Parque Stocker temprano. Subieron luego al segundo piso y entraron a la habitación matrimonial. El sicario la puso de rodillas,

frente a la cama, en posición de rezo, sobre un choapino. Luego tomó una bolsa plástica que estaba sobre la mesa y se la puso encima de la cabeza, tapándole la boca y la nariz y presionando desde atrás: le sujetaba sus brazos desde las mangas de la polera que ella vestía.

El sicario les dijo a los policías que transcurrieron unos pocos segundos antes de que Viviana Haeger dejara de respirar, pero, por frío que parezca, la situación le afectó la percepción del tiempo: tienen que haber sido entre tres y cinco minutos antes de que el cuerpo aflojara. Viviana Haeger no peleó de vuelta, se entregó dócilmente a su destino.

Usando el choapino, el sicario la metió a la buhardilla, lugar que conocía al detalle, ya que había hecho arreglos en el lugar. Ingresó él primero, el cuerpo después. La dejó al final, de la forma en que quedó, en ninguna ubicación planeada.

El sicario salió de la buhardilla. Tomó tres cosas desde la pieza: la cámara de video, otra de fotos y una caja roja. Las guardó en su mochila, dejó la puerta abierta y salió caminando de ahí, al parecer, sin que nadie lo viera. La bolsa de plástico, el arma homicida, se la guardó en el bolsillo. Hizo el mismo trayecto de la mañana, pero al revés: minibús hasta el centro de Puerto Varas y micro hasta Puerto Montt.

Ya allá, se fue a un cibercafé, siguiendo las instrucciones del propio Anguita: era un lugar sin cámaras. Y lo llamó, acorde, al plan, pero Anguita le cortó rápido.

El sicario vendió la cámara en 40 mil pesos, aunque bien pudieron ser 50 mil o 30 mil, dependiendo de a quién se le pregunte. Estuvo inquieto los días posteriores, esperando concretar el pago por lo que él consideraba un trabajo bien hecho. Calcula el sicario –la memoria de esta gente…– que pasados unos tres o cuatro días se pudo juntar con Anguita, en su camioneta, afuera de la constructora. Ahí Anguita le pasó un sobre, repleto de billetes de cinco mil pesos, y le dijo que se fuera rápido, porque los detectives podían estar siguiéndolo. El sicario contó la plata recién en el baño de su casa: eran solo dos millones, no los cinco pactados.

A los días, tampoco sabe cuántos, se juntaron de nuevo, para reclamar el resto. Ahí Anguita mostró una labia amenazantemente poética, desconocida hasta entonces: se negó a pagarle el resto y le dijo que tuviera cuidado, porque su vida "valía menos que una bala".

El sicario había cobrado el equivalente a cinco de sus sueldos, cuando lo tenía: cuatrocientos mil pesos. Con eso, dijo a los policías, compró un sillón, una cocina y un equipo musical.

Anguita y el sicario se volvieron a encontrar una sola vez en cinco años: se cruzaron en el centro de Puerto Montt. El sicario le preguntó cómo estaba. Anguita le respondió:

–Trabajando, como los pobres.

Por dónde empezar. Pese a que te pueda parecer detallada, y a que la celebraron como el triunfo de sus carreras, la confesión era mucho menos contundente de lo que el fiscal y la policía podían esperar. Estaba plagada de inconsistencias e incoherencias de una personalidad que suponían iban a comprender con el paso de los meses. Y así estamos.

El sicario decía que una de las motivaciones para tomar el encargo era un cáncer que afectaba a su pareja de entonces, por el cual perdió un riñón. Los detectives suspiraron aliviados cuando encontraron los expedientes médicos de la enferma, pero les duró poco: se había atendido gratis en el sistema público. Si existían esos dos millones –¿quién podría inventar con tanto detalle: billetes de cinco mil, un sobre, pago incompleto?– no se gastaron en eso. Y tampoco en los enseres: ni el sillón, ni la cocina ni el equipo musical se compraron con esa plata. Yo no me apuraría en sacar conclusiones. Sabemos que al sicario le importa lo que piensen de él –¡Wena, sicario!– y es distinto decir que mató por una persona enferma o por la necesidad de tener un hogar digno que reconocer haberse tomado los dos millones de pesos.

Pero bueno, eso no explicaría otra contradicción. Está bien que su escalada criminal sea abrupta e inesperada –de riñas y amenazas a un homicidio–, pero de ahí a que el sicario le tenga miedo a Anguita hay un gran salto. Una bala cuesta menos: me costaría

amenazar a alguien que sé que es capaz de matar a sangre fría, aunque puede que haya un detalle, el contrato de sicariato equipara siempre el balance de poder: los dos dependen del silencio del otro. A primeras suena tonto no pagarle todo a un sicario –no es como deber la cuenta de teléfono–, pero si lo piensas: ¿qué es lo peor que te puede pasar? Denunciar al otro es denunciarse uno. Matar de nuevo es correr el doble de riesgo de ser descubierto.

Punto aparte: ¿cuánto vale una bala? No tengo idea de cuánto vale una bala.

A propósito, transformar el dedo índice en una pistola imaginaria es un detalle que tiende a ser creíble, pero: si justo un año antes el sicario había tenido un arma a disposición para amenazar a su ex mujer, ¿no hubiese sido lógico llevarla el día del encargo? Y si la perdió durante esos doce meses: ¿dónde estaba la pistola? ¿Por qué nadie le preguntaba esas cosas?

Y del otro lado: ¿cómo el sicario iba a saber los problemas que Anguita tenía con la familia de su mujer? ¿Cómo saber exactamente lo mucho que a Anguita le molestaba que la suegra se fuera a instalar a la casa? Es una mala razón para mandar a matar a alguien, pero un botín de cincuenta mil pesos es un botín aún peor para tomar semejante riesgo. Otra cosa: Viviana Haeger le había ofrecido 500 mil pesos, ese dinero estaba disponible en la casa y no se lo llevó.

Hubo un detalle en todo ese relato que hizo que el fiscal y la policía creyeran el resto: el choapino. Mientras la ahorcaba, decía el sicario, Viviana Haeger se orinó encima de esa bajada de cama. Él, antes de irse, lo dejó donde mismo y trató de limpiarlo, pero con un homicidio recién ejecutado, prefirió no tomarse el tiempo de ir a buscar el cloro y una escobilla. Terminada esa declaración, los que escuchaban fueron a las fotos del sitio del suceso y ahí estaba: una mancha sobre el choapino que, sorpresa, nadie había notado antes y que, además, descartaba la más loca de las hipótesis que he escuchado, aunque nunca descartable cuando se trata de una personalidad así: que el sicario se haya inculpado de un crimen que no cometió. Si ni los investigadores habían notado ese detalle, nadie pudo habérselo transmitido a él para que lo dijera.

–¿Qué quiere saber?

No hay mejor ventana a la cabeza del sicario que la reconstrucción del asesinato que hizo en la casa de Anguita del Parque Stocker, con el fiscal, su abogado y una veintena de personas mirándolo. Al comienzo, muy relajado, dijo eso, con una cámara en frente:

–¿Qué quiere saber?

El sicario no quiso declarar en el juicio, pero ese video lo reemplazó con bastante consistencia: escucharlo diez minutos reemplaza páginas y páginas de transcripciones. El hombre parece tímido, se mueve por la casa como pidiendo disculpas y relatando los hechos de la mañana del 29 de junio de 2010 como quien cuenta los detalles de un paseo de curso. La primera vez que lo vi, tuve que pararlo y retroceder, cuando no llevaba ni tres minutos. ¿Este asesino está hablando con diminutivos? Sí.

–El señor Anguita cuando llegó me dijo que tenía una peguita que hacer, entonces yo me imaginé que era un trabajito, como un pololito, lo que yo venía a hacer siempre acá. Pensé que me estaba bromeando. Él sabía a la hora que salían sus vecinos, a la hora que llegaban las empleadas. Me dijo que lo hiciera en forma rápida y lo hice así.

Tres en una sola frase. Y después:

–Le pesqué la mano y me metí hacia atrás. Se la puse en el cuello. Entramos a la cocina, por ese pasillito…

Y después:

–La llevé hacia su cuarto, la coloqué así y ella se puso aquí. Yo le pesqué las manitos, le pesqué aquí los brazos...

Y después:

–Vacié la bolsa, se la puse y la asfixié con la bolsa y le puse la mano así y cayó su cabecita así y se orinó.

¿Su cabecita? Es el homicida más cariñoso del que haya leído. Los policías ya habían comentado el tema, extrañados: en la declaración

previa, frente al fiscal, el sicario recordaba que había estado presente en una discusión entre Anguita y Viviana Haeger, mientras trabajaba para ellos. Esa vez el marido se había ido y ella se había quedado ahí, en el living de su casa, afectada. El sicario entonces dice que le sirvió un vaso de agua y la consoló, para que se calmara. Ese detalle no funciona como atenuante en un juicio, ni lo hace parecer menos cruel, quizás todo lo contrario, pero de todas maneras lo contó.

No he dejado de pensar en eso, en la conexión previa entre ambos, en esos extraños momentos de intimidad entre los dos antes de lo que pasó; en la nula resistencia que ella puso cuando ya entendió lo que iba a pasar.

En una parte del video de la reconstrucción del crimen, el sicario recuerda un diálogo que tuvo con Viviana Haeger antes de subirla a la pieza matrimonial. Ella ya iba sollozando:

–¿Por qué lo haces, Heriberto? Si es por plata puedo llamar a mi hermana –le preguntó ella.

El sicario, José Heriberto, no le respondió nada.

–¿Quién te mandó?

Qué clase de pregunta era esa. Si el sicario está inventando ese diálogo –desconozco por qué– para incriminar a Anguita, lo hubiese terminado. Hubiese dicho que le dijo: “Su marido, señora Viviana, su marido me mandó, él tiene toda la culpa”.

Pero el sicario solo le dijo:

–Usted sabe.

Usted sabe quién.

XVIII
¿Qué dijo?

Anguita lleva semanas esquivando combos, pero hoy le toca pegar. Y será a sala llena: luego de varias jornadas con los parroquianos de siempre, volvieron las cámaras de televisión, que, dice la jueza, podrán grabar unos minutos al comienzo, para salir justo cuando lo importante ocurra.

Lo importante es Vivian Anguita, la hija mayor, que ha preparado largo su turno para declarar. Su abogado, Andrés Firmani, el del deportivo negro, me lo dice cada vez que me ve: que esté atento cuando llegue ese día, porque va a quedar la grande. El día llegó. Espero la grande.

La importancia simbólica del momento es evidente: uno asumiría que toda hija querría llegar a la verdad en la muerte de su madre y si alguien piensa lo contrario, como varios de los abogados al otro lado del vidrio piensan, de todas formas no se atreverían a decírselo aquí, con ella en el estrado, con nosotros mirando.

Pese a toda la preparación, me dicen que Vivian está sobrepasada en la sala de espera, a minutos de que la jueza la mande llamar. Es una habitación pequeña, con un psicólogo de la fiscalía, que se asegura de que todos los testigos estén aptos. Tal vez sea solo un reflejo automático de Vivian, nerviosismo antes de salir a escena –porque eso es esto; un teatro– o quizás finalmente se dio cuenta de que lo que diga en los próximos minutos la acechará el resto de su vida. He fantaseado con eso; con encontrármela en diez años más y preguntarle si está arrepentida de la posición que tomó el año en que su vida quedó patas para arriba. De momento ni siquiera me contesta los llamados.

También debe ser la cima emotiva para Anguita, que hoy está más inquieto que de costumbre. Por eso, en la primera fila de asientos tras él, cuento cinco de sus familiares, que no alcanzan a taparme la vista de su nuca: hubo recorte de pelo y lavado.

Vivian entra a la sala vestida completamente de negro; desconozco si fue algo que eligió de casualidad o es parte de la puesta en escena. Se ve desacomodada. Puede que no le salga ninguna palabra o que explote allá adelante.

–Vivian Marlen Anguita Haeger, 21 años, estudiante congelada –dice.

La metáfora es muy gruesa, lo lamento, pero explica muy bien lo que le pasó a ella hace siete años, cuando le hicieron ver que había una posibilidad real de que su papá hubiese matado a su mamá: la vida de una estudiante brillante quedó en pausa.

Vivian pregunta si acaso será posible responder las preguntas de los abogados mirando a los jueces, no a los intervinientes. No dice por qué, pero se puede adivinar: al otro lado está el hombre que confesó haber asfixiado a su mamá; Coronado, el abogado que encerró a su papá y él mismo, Anguita, rodeado por gendarmes, con los ojos cristalinos.

A Dora Lisa solo le faltan las cabritas. Llegó temprano y eligió para la jornada una falda rosada, una chaqueta gris y un pañuelo bicolor: amarillo y damasco. Es también un día importante para ella: como te he dicho, cree que Vivian está en el centro de una conspiración incestuosa y ha amenazado varias veces con decírselo a la cara. Hoy tendrá la oportunidad.

–Yo tenía 14 años –parte diciendo Vivian.

¿Catorce años? ¿Te imaginas?

El guion de Vivian incluye tres actos. En el primero la meta es lograr que los jueces –y nosotros de paso– vean a Anguita como una persona querible y no como el engendro de irracionalidades y rarezas que se nos ha presentado hasta ahora.

–Él tuvo que acarrearnos después de lo de mi mamá. Preocuparse de la salud, irnos a buscar al colegio, irnos a dejar, ir a las reuniones de apoderados. Antes de eso, por su función de ingeniero, pasaba afuera. La rutina le cambió radicalmente. Lo ha hecho bien.

La audiencia no se ve conmovida. Dora Lisa, de hecho, explora la dualidad de sonreír y enojarse al mismo tiempo.

–Yo nunca dudé de la inocencia de mi papá. Pueden decir lo que quieran como persona o marido, pero había sido un muy buen papá. Nunca los vi pelear, no tienen de dónde agarrarse.

Como nunca antes en el juicio, a las 8:58 Anguita se larga a llorar, al escuchar cómo se quiebra la voz Vivian recordando su vida pasada. He hablado de esto, incluso con los más convencidos de su culpabilidad: haber planeado el asesinato implicaba ver, como daño colateral, a sus hijas pasando por esta experiencia, someterlas a este nivel de escrutinio. Si quedarse con ellas fue el móvil del homicidio, ¿qué tan loco hay que ser que llevar esto hasta el final?

El segundo acto se basa en atacar la investigación, algo que no requiere mucha inventiva, y que Vivian puede hacer desde un lugar privilegiado: nadie se va a atrever a atacarla de vuelta. Se tiende a olvidar, pero antes que cualquier cosa ella es una víctima.

–No encontraron el cuerpo, porque no tenían linternas. Desde esas primeras negligencias no puedo confiar en ellos.

De acuerdo.

–Después llegó Coronado y empecé a ver quién era. Tiene un juicio por apremios ilegítimos, sé que no está condenado, pero aparece en un caso en que tortura a un imputado para que diga lo que él quiere que diga. Después le entrega antecedentes falsos a un juez de garantía en una audiencia. Fue suspendido de sus funciones. No es el historial de alguien en que se pueda confiar, cuando llega con una prueba.

Razonable.

–No entiendo cómo se espera que yo llegue y acepte la posibilidad de que mi papá encargó la muerte de mi mamá, viniendo de un testimonio de un tipo que es mentiroso, un tipo que ni siquiera maneja. Si mi papá es tan calculador, ¿cómo no pensó en eso?

Menos concreto.

El tercer y último acto del guion incluye establecer su teoría del caso: que el sicario es el culpable, pero que su papá no tuvo nada que ver. Yo que ella, no me adentraría en ese camino.

–Mi papá cree que fue un suicidio. La cámara de video apareció y había signos de registro en la casa. Alguien había estado ahí y se llevó cosas.

¿Anguita aún cree que es un suicidio? Interesante, no sabía, aunque tiene lógica: sin delito no hay culpables.

–Pérez iba a robar y se encontró con mi mamá. Se le pasó la mano, no la quiso matar de un principio, quizás la quiso asustar, terminó matándola.

De ser así al sicario le hubiese convenido decirlo, quitar la intención homicida de en medio.

–Me calza que Pérez intente decir que mi papá fue el que encargó. Mi papá ya estaba siendo inculpado por todos desde el primer momento. Y sé que es menor la pena por sicariato que por robo con homicidio, le conviene.

Pero la fiscalía lo acusó en el juicio por robo con homicidio también. Esa posible ganancia no ocurrió.

Dora Lisa ya dejó la sonrisa y ahora es pura rabia.

Tras las preguntas de su abogado, Vivian tiene que enfrentar el contrainterrogatorio; primero del fiscal y luego de Coronado. Ambos se detestan y se han cruzado en las más incómodas situaciones. Una vez, Coronado manejaba por el centro de Puerto Montt cuando se encontró a Vivian, como peatón, cruzando el paso de cebra frente a ella. Se miraron fijo.

–Buenos días, Vivian, necesito hacerle unas preguntas –abre Coronado.

Esa profesión requiere una personalidad muy específica.

–El 29 de junio de 2010. ¿Usted pudo hablar con su papá?

–¿Síííííí?

Vivian responde, con tono de pregunta. No entiende dónde está la trampa.

–¿Habló con su papá?

–Obviamente, si estaba muy preocupada y quería saber lo que sabía él. Hablaban de un secuestro.

–¿Pero ese día él le contó específicamente lo que pensaba respecto de lo que había ocurrido?

Yo tampoco estoy detectando la trampa.

–Que se hablaba de un secuestro, porque mi mamá no estaba y algunas cosas tampoco estaban.

–¿Y después del 29, cuando su madre no aparecía, seguían hablando con su padre?

No, seguro se hicieron la ley de hielo. Quizás no hay trampa.

–Salíamos a dejar carteles, todos rezaban para que apareciese. Nadie sabía nada. Buscaron en el lago, hablaron con médiums y no sabíamos nada.

–¿Pero se pensaba en un secuestro?

–Claro.

–¿Usted pensaba que su madre se hubiese podido ir voluntariamente?

–Me lo preguntaron. Siempre dije que no.

–Y el día que aparece el cuerpo de ella. Me imagino que tuvo la oportunidad de hablar con su papá.

–Mmmmm. Ese día yo ni pude ir a la casa, estaba donde mi tía. Ese día y el siguiente no me acuerdo de haber hablado con él.

Esto parece ser una pérdida de tiempo excepcional. Casi que me dan

ganas de pedirles disculpas, en nombre del tribunal, a los periodistas de los canales por el viaje en vano.

–Y después, con el paso de los días, ¿le comentaba su padre lo que él pensaba?

Vivian lo piensa.

–O sea, tiempo después me dijo que el día de la desaparición habían unos autos extraños y que el amante de mi mamá, el señor Galloso…

¡¿Qué dijo?!

–… que mi mamá se quería ir con él, que estaba de acuerdo en eso con él…

Miro alrededor; la mayoría de la gente está pegada al teléfono cuando Vivian está entregando palabra por palabra el móvil del encargo, cosa en que la fiscalía había fracasado olímpicamente hasta ahora. Está diciendo que Anguita pensaba, en pleno 2010, que su mujer se iba a ir con su amante a la brevedad.

Esto es la grande.

¿Los jueces la oyeron? Me imagino que sí, porque uno, al terminar la declaración de Vivian, pide hacerle una pregunta, cosa que pasa muy pocas veces. La que se me ocurre a mí: ¿por qué no quiso declarar esto antes? El juez habla:

–¿Por qué no cree que su madre se suicidó?

–Para ella su vida éramos nosotros…

Supongo que esto es una broma. ¿Esa es la duda que le quedó después de lo que escuchamos? ¿Todavía hay gente que cree que esto es un suicidio? Señor juez: el asesino confeso está al frente suyo.

La jueza decreta un receso. Coronado sale por el pasillo, aún con la adrenalina alta. Al pasar me dice:

–¿Oíste lo que dijo? ¿Oíste lo que dijo?

No estoy loco. Lo oí.

Quince minutos después todo el mundo vuelve a la sala. Vivian, que no podía aparecerse hasta después de declarar, ya está autorizada para volver de público. ¿Sabes dónde se instaló? Hay cosas que ni rezándolas: a treinta centímetros de Dora Lisa, que hace como si nada. Le hago un gesto con los ojos: que le hable, que le hable. Dora Lisa me ignora, se hunde en un libro. Y al rato se va, sin decirle lo que amanezó muchas veces con decirle.

Pasan dos testigos más: la madre y una hermana de Anguita. Te lo resumo así: es un hombre maravilloso, incapaz de hacer mal y en 60 años jamás ha dicho una mentira. Todo esto literal.

Vivian se cambió de lugar. Está ahora en la segunda fila detrás de su papá. Al lado de su ex pololo, con el que estuvo viviendo en Alemania tras la muerte de su mamá. La jueza cierra el día: mañana seguimos a partir de las nueve.

Vivian se para, los fotógrafos la esperan en la puerta. Me adelanto y le explico quién soy:

–Te estuve llamando.

–Si sé.

–¿Es posible que nos juntemos a hablar?

–Es que, ¿sabes?

No sé, pero me lo imagino.

–Me cargó lo que escribiste de mi papá.

Los fotógrafos se le vienen encima.

XIX
Las Litis tienen sus estrellas

Un cuadro con marco de madera, fondo blanco, ocho líneas de letras negras, tipografía estilo de tarjeta de cumpleaños.

“Son mis leyes, el deshacer entuertos, prodigar el bien y evitar el mal. Huyo de la vida regalada, de la ambición y la hipocresía y busco para mi propia gloria la senda más angosta y difícil”.

La oficina de Coronado tiene las paredes color crema, muebles como de inspectoría de colegio municipal y dos habitaciones: en la primera está su secretaria y ese cuadro, lema del pequeño estudio jurídico del que es por ahora el único abogado.

En la otra está el propio Coronado, en una silla, con los ojos subrayados por falta de sueño, fumando un cigarro electrónico. No tiene pelo, y, ahora que lo veo y que te lo escribo, se parece bastante al retrato hablado del cibercafé. Ese sí sería un giro inesperado.

Coronado está más gordo que la última vez que estuve con él, hace dos años, en este mismo lugar. Cruzando las fechas, estaba a menos de un mes de ser interceptado por la señora María para recibir el dato que él esperaba en ese tiempo resolviera definitivamente la muerte de Viviana Haeger. Pero aquí estamos.

Ese es hoy el plan de su vida: hacerse especialista en crímenes imposibles de resolver, recorrer el país buscándolos y solucionándolos.

–*Cold cases*, les dicen en Estados Unidos.

Días antes me había enviado una especie de manual de la Asociación de Sheriffs de Estados Unidos, como un sindicato de policías. Se llama “Serving Survivors of Homicide Victims during Cold Case Investigation” y son 50 páginas que detallan cómo

abordar un misterio policial sin solución: ganar la confianza de las víctimas, reunir a ex policías para armar un equipo, rastrear los casos y usar a los medios de comunicación. Es, en el fondo, lo que él ha hecho en el caso Haeger.

"También las Litis tienen sus estrellas", se lee en otro cuadro, más escondido y más difícil de descifrar. Es la traducción del latín de una famosa frase leguleya, cuya interpretación exacta depende bastante de dónde se busque. Para la mayoría alude a un libro del siglo pasado, *Elogio a los jueces*, donde el autor criticaba la banalidad de algunos abogados, que veían en el proceso judicial algo incontrolable, casi lúdico, cuyos múltiples imponderables hacían imposible tomárselo en serio. Otra lectura apunta a que la correcta práctica profesional, empujando causas en las que en verdad se cree, hace posible incluso cambiar el curso de los astros.

Pero Coronado la tiene ahí por otras razones.

–Me permite seguir adelante, a pesar de no obtener siempre los resultados que uno quiere en los juicios. Cuando más joven uno piensa que para ganar se necesitan pruebas de calidad y mucha preparación, pero con el tiempo y las derrotas te das cuenta de que son muchos otros los factores que intervienen y que determinan el destino final. La frase me da consuelo; no todo depende de uno y hay cosas que no se pueden controlar.

–Si hubieses podido controlar todo en este caso, si hubieses sido el fiscal…

Coronado me interrumpe.

–¿Sabes lo que habría hecho yo?

Algo me dice que ha pensado esto mucho tiempo.

–Al momento en que llego a Pérez, lo llevo a la fiscalía, lo interrogo.

Bastante parecido a lo que pasó.

–Después lo enfrento con los hechos que hay: lo que declararon sus familiares, los elementos encontrados como la cámara. Así se logra

la confesión.

Calcado.

–Pero no lo detengo de inmediato, ni lo formalizo.

¿A ver?

–Porque en ese punto ya hay un problema: va a ser lo que dice Pérez versus lo que dice Anguita.

El mismo problema en el que estamos.

–Entonces, antes de formalizarlo, le digo a Pérez: “Llámalo. A Anguita, llámalo…”.

Estoy escuchando.

–“Y dile que necesitas juntarte urgente con él, que pasó algo muy grave”. Establecer una reunión.

Tiene lógica: Anguita debiese saber que si Pérez está en peligro de ser descubierto, él también.

–Y si Anguita no quiere, mando a Pérez directamente a la empresa de Anguita a hablar con él.

Claro, factor sorpresa.

–Pero lo mando con un micrófono al pecho. Lo que sea que hablen ahí ya hubiese servido para hacer la conexión entre los dos.

Me rindo: genial.

–Pero, ¿se puede? –le pregunto–. ¿Es legal?

–Yo me conseguía la orden del juez, es cosa de pedirla, tener inventiva.

–¿Y por qué nadie lo hace?

–Porque a nadie se le ocurre, porque toman este trabajo como si fuera de oficina y no lo es.

Saco el cálculo: Coronado lleva pensando en Anguita y en formas de verlo caer por casi cinco años. Todos los días, probablemente. A casi todas las horas.

–¿Nunca has pensado que podrías estar equivocado? –le pregunto–. ¿Que él no tuvo nada que ver o que el sicario puede estar mintiendo?

Coronado sonríe. Sin pensarlo cita un libro legal.

–Hay tres razones universales para valorar la declaración de un coimputado.

El sicario en este caso.

–Primero, que no haya enfrentamiento o enemistad entre los dos. En este caso; por el contrario. Pérez le tenía mucho aprecio a Anguita, quien le había conseguido muchos trabajos.

De acuerdo.

–Segundo: la personalidad del imputado. Que no tenga un desorden psiquiátrico. Y no hay antecedentes de que Pérez tenga alguno, su defensa le hizo un examen y no lo presentó.

Yo lo leí: lo declaran apto.

–Y, tercero, que esa declaración no sea autoexculpatoria, es decir, que no apunte a otro para salvarse él.

Todo lo contrario: haber delatado a Anguita incluyó ese precio: delatarse a él mismo.

–¿Viste?

Lo vi.

–Pero mira… –sigue Coronado.

Esto que viene no está en ningún libro.

–Yo le he dado hartas vueltas. Supongamos que Anguita no tiene

nada que ver, que estaba tranquilo en su casa cuando Pérez lo delató y por esa declaración lo meten preso. ¿Con quién estarías furioso tú?

Con el mundo.

–Anguita las emprendió contra los Haeger, contra la fiscalía, contra mí, contra la prensa, contra las policías. Ha hablado mal de todo el mundo, menos de una persona. ¿Sabes quién?

Sí, pero me da la sensación de que quiere decirlo él.

–Contra Pérez. Raro, ¿no?

Raro.

XX
Un cuestionario

Cuando te digo que a veces me confundo sobre quién defiende a quién me refiero a esto: un abogado de Anguita me llamó, en medio de la rotativa de *Una cuestión de honor*, supongo, y me dio la buena noticia:

–Vivian te va a recibir.

No quiero sonar malagradecido, pero estoy colapsado. Quizás es tiempo de que te involucres de verdad en esto. Con todo lo que te he contado, ¿qué le preguntarías? ¿Me mandas un cuestionario?

XXI
Fiscal, una duda

Solo porque me lo pediste, a cambio del cuestionario de Vivian.

–Fiscal, una duda: ¿por qué no se les ocurrió mandar al sicario…

Mientras avanzo palabra a palabra en la elaboración de la pregunta me voy sintiendo paulatinamente más imbécil. Te culpo a ti y a Coronado.

… donde Anguita con un micrófono pegado al pecho con cinta adhesiva?

El fiscal Lamas, en su oficina, con un sol de invierno entrando por la ventana, sonríe, como si su cara se moviera en cámara lenta: va mostrando los dientes uno a uno.

–¿Quién le metió esa idea en la cabeza?

Acá trazo mi línea; no voy a entregar a mi fuente, no es la clase de persona que soy.

–Fue Coronado, ¿cierto?

¿Es asentir lo mismo que delatar? Muevo mi cabeza de un modo que alguien podría interpretar que sí, que Coronado me dio esa idea, pero para el registro oficial no he dicho una palabra.

Puse al fiscal donde más le gusta: humillándome.

–Todo el mundo cree que esto es como un capítulo de CSI.

También para el registro: no pienso eso. A lo más una versión comedia de CSI, donde los policías duermen a medio metro de un cuerpo en momificación mientras lo buscan por todo Chile.

–Dicen: ¿pero cómo no buscaron ADN en la casa? Como si se

pudiera hacer un barrido de ese tipo, al azar, con los medios de que disponemos. Hay que decir qué buscar y dónde buscarlo.

Si me preguntan, está cambiando el tema.

–Respecto a lo que me preguntó.

Pero nadie le está preguntando.

–Suena muy bien decirlo ahora y no es que no lo hayamos pensado en su momento, pero tenía varias dificultades técnicas. Primero, que la detención y posterior confesión del sicario ocurrió durante un fin de semana. ¿Bajo qué excusa podría haberlo tenido retenido dos días, a esperar que fuera lunes y que la constructora de Anguita esté operativa, para así mandarlo?

Ehhhh.

–Pero digamos que hubiese sido un día de semana. Le ponemos el micrófono al sicario, alguien confeso de un crimen que le significará pasar gran parte de su vida preso, alguien bajo tensión máxima, alguien con un antecedente de intento de suicidio. ¿Le parece sensato enviarlo a la empresa de Anguita, que está ubicada, precisamente a un costado de la Panamericana, con camiones pasando a 120 kilómetros por hora?

Cuando lo dice así…

–Y falta lo más importante…

No es necesario, ya capté el punto.

–¿Usted me dice que el sicario va a tomar el teléfono y concertar una cita con Anguita, el hombre que le encargó un crimen, después de estar años sin hablar? ¿Y que Anguita no va a sospechar y, por el contrario, va a decir algo incriminatorio? ¿Eso me dice?

Adiós, señor fiscal.

XXII
La pregunta

Miro por la ventana de la casona en la que me quedo y veo a Vivian Anguita entrar por la puerta principal, con un buzo ancho y un chaleco encima. Si se viste como alguien muy mayor o alguien muy menor debe ser por mimetismo: hay muy poca gente de su edad en Puerto Varas; la mayoría, tras el colegio, se va a estudiar a otras ciudades más estimulantes, en vez de andar defendiendo a su papá, sospechoso del homicidio de su mamá.

Le pedí a la señora que hace el aseo que trate de no aparecerse en la tarde por el living: sé lo que piensan acá de los Anguita en general y de ella en particular. Hay tan pocos pasajeros que desde el tercer piso se escuchan sus pasos sobre los peldaños de las escaleras de madera, acercándose.

Tengo tu lista de preguntas impresas en la mano, pero las guardé en una carpeta celeste. Es una manía absurda: el miedo a no mostrar antes lo que pretendo preguntar y en qué orden. Pero hoy, más que miedo, me daría vergüenza.

Vivian entra en la habitación, me saluda y se sienta. No está el tono hostil que vi en la sala de juicio, quizás porque no está Dora Lisa mirándola con cara juzgadora. Le pregunto si empezamos.

–Sí, dale no más.

Abro la carpeta. Eres realmente cobarde: ¿cuántas veces me animaste para que le hiciera la pregunta, esa pregunta? Te gusta la sangre, pero no empuñar el cuchillo.

Primera pregunta.

–
¿...

(Como tú sabes qué preguntaste y yo sé lo que me harás preguntar, voy derecho a las respuestas. Es más digno para todos).

–En general fue una infancia súper feliz, me regaloneaban un montón. Tengo fotos de los tres, en el campo de mi abuela. Eran muy tiernos, pero les costaba la disciplina, lo mal interpretaban como falta de cariño. Me mimaron mucho, por suerte no salí demasiado caprichosa y mimada.

–

¿...?

–Mi memoria no es demasiado buena, me acuerdo de algunas cosas. Estos días he visto hartos videos, mi mamá andaba con su cámara para todos lados. Justo en la época en que pasó esto, yo estaba en plena adolescencia y tenía un caracho todo el día, se ve en las grabaciones: siempre chata de estar con los papás, con la familia. Había empezado a pololear, mi mamá me invitaba al mall y yo prefería estar con mis amigos. Ella además estaba súper sobre protectora.

–

¿...?

–Claro, ahora que he tenido que hacer de mamá de la Susan me doy cuenta de que eran preocupaciones razonables. Pero en ese tiempo para mí era como que me quisieran cortar la libertad. No me dejaba salir a carretear y yo iba ya en primero medio. A ella le daba susto.

(Veo que te sentías muy incisivo anoche).

–

¿...?

–No sé de qué. Decía lo típico de los papás: confío en ti, pero no confío en el entorno. Para ella en cualquier momento iba a salir un hueón de los arbustos, me iba a asaltar en la calle y me iba a violar después. Por eso me iba a buscar a todos lados y acá en Puerto Varas está todo muy cerca. Cuando me puse a pololear estaba atacada. Mi papá siempre fue relajado, en la onda: "Está bien que conozca gente". Y ella: "Prométeme que vas a llegar virgen al

matrimonio”. Te juro que casi me hizo prometer eso, porque parece que ella llegó virgen al suyo.

(Llámalo orgullo, pero no voy a contrapreguntar. Húndete solo en este barco).

–
¿………………………………………………………………………………

–Sí, algunas. Para el terremoto del 2010 me fui a Coelemu para ayudar a construir y no le contesté el teléfono en unos días y quedó la cagada. En ese momento sentía que ella me ahogaba. Si ella hubiese estado viva no hubiese podido hacer cosas como un viaje a las Torres del Paine en segundo medio o no me habría ido a vivir a Alemania.

(Nos va a costar cara tu falta de preparación).

–
¿………………………………………………………………………………

–El conflicto que teníamos fue muy superficial, era una cuestión de despertar de adolescencia no más. Ese año había empezado a buscar otra música, cambié mucho: en Puerto Varas ser un poco distinto es ser raro, sobre todo en nuestro ambiente: el Colegio Alemán es muy cuico. Está el Germania también, pero es igual de cuico. La mayoría de los compañeros se dedicaban a pelarse unos con otros, o ir a la discoteque a ver quién se comía más minas, bailar reggaeton. Yo me empecé a alejar de eso, con mi pololo. Me empezaron a interesar otras cosas como el arte, la poesía, otro tipo de música.

–
¿………………………………………………………………………………

–Poco. De esos 42 días tengo hartos recuerdos bloqueados, fue un periodo muy extraño, tener a tu mamá desaparecida de un día para otro. Sé que fui a La Serena, sé que estuve en la zona central con mi abuelita, pero casi no tengo recuerdos de haberme quedado ahí. Es como una cuestión negra, todo medio borroneado. Si hago esfuerzo… En un periodo estuve para la cagá, me encerraba en el baño, me agarraba el pelo, tenía que llamar a una amiga y

calmarme un poco. Nos trataban de tener todo el día con estímulos, para no pensar tanto, salíamos a repartir los folletos.

–
¿……………………………………………………………………………………

–Me sacaba el pelo, era una hueá tan brígida, de tanto dolor… No sé si le pasará a todo el mundo, pero de niña la pesadilla era que se te muriera tu mamá, ese fue siempre mi mayor miedo. Y cuando finalmente pasó, me ocurrió una hueá muy extraña: tenía miedo de tener miedo, me imaginaba que cualquier miedo que sintiera se iba a hacer realidad. Porque eso era lo que había comprobado: sentí eso y se hizo realidad.

–
¿……………………………………………………………………………………

–No, no lo encontré raro, porque igual yo empecé a escuchar comentarios contra él de antes. Un primo estuvo a punto de pegarle a mi papá, porque él siempre nos quiso contar la verdad desde el primer minuto y a la gente le molestaba eso. Pero a mí me gusta que él sea así. Yo desde ese momento le agarré fobia a las mentiras. La Susan era chica, pero le quiso contar igual, ella ya sentía que algo extraño estaba pasando. Y bueno, a lo mejor ella también podría haber sabido algo que ayudara, mi mamá podría haberle contado algo.

–
¿……………………………………………………………………………………

–Sí, el momento en que la encontró fue de lo más fuerte. Estaba en la casa de mi pololo cuando me avisaron. Se me doblaron las piernas, me caí. Después fui en el auto a la casa y cuando llegué mi abuela estaba gritándole a mi papá que le había enterrado un cuchillo a mi mamá, estaban todos muy alterados. Fue un proceso que empezó de la nada. Pero al principio yo les preguntaba: "¿Ustedes creen que mi papá fue?". Y me decían, no, cómo se te ocurre que vamos a pensar eso.

–
¿……………………………………………………………………………………

–No sé si es raro, pero a mí también me sorprendió, porque es verdad: en primero medio, y después de lo de mi mamá, subí mis notas. Yo creo, viéndolo ahora, que ahí fue toda la emoción que estuve bloqueando hasta cuarto medio. Además me cargaba que me preguntaran cosas en el colegio después. Di la prueba y me fue súper bien, saqué 790 NEM, 820 ponderado, pero no había ninguna carrera que me tincara, así es que con 17 años me fui a Santiago para tomar clases de danza africana y clases de alemán. Después, a los 18, me fui a Alemania con mi pololo. A Hamburgo, primero, después a Berlín. Quizás fue una forma de alejarme de todo lo de acá.

(No me digas: ¿seguirías la hebra de la danza africana?)

-
¿...

–No, no me dio cosa dejar a mi hermana con mi papá, porque no creía que mi papá fuera como decían que era. Un tiempo me dio por pelearme con la gente por Facebook, rebatir los comentarios que hacían sobre mi papá en las noticias en internet. Después se me fue pasando. Además, yo seguía en la volada de "ay, qué lata compartir con mi hermana". Y cuando estábamos los tres en Puerto Varas peleábamos caleta. Me dicen que yo me encerraba en la pieza a pintar, a hacer grabado, muy metida en mi mundo y, no sé, sentía que ellos estaban bien.

–
¿...

–Básicamente allá trabajé ayudando a gente discapacitada y después pude retomar el tema de la danza africana, con una profesora que se había casado con un africano en Guinea. Sus clases eran bacanes. Además de la danza tomaba la historia del arte, del sonido, cómo unen la música y el baile, en ese ritmo que parece descoordinado pero que es muy complejo. Me conecté con esa carrera.

(¿Es esta tu venganza por tenerte leyendo estas notas?).

–
¿...

–No, no hablábamos mucho con mi pololo de lo que había pasado. Siempre he sido muy autónoma. Quizás es el mismo miedo de dependencia a otro, que después te falle. La existencia de las personas es demasiado frágil. Al final, la fuente de tu felicidad siempre va a ser la fuente de tu sufrimiento, sobre todo en el apego. Yo lo tenía muy en el inconsciente. Una vez mi pololo me dijo: nunca fuiste al psicólogo. Y era verdad. Nunca me fui a la cresta.

–¿..

–No, yo creo que soy la mezcla de los dos, de mi mamá y mi papá. Me extraña esta resiliencia que saqué. O es por mucha adaptabilidad que tengo o porque simplemente bloqueé todo lo que había pasado en Chile. En Alemania casi no pensaba en lo que hacía, seguía no más. Estaba haciendo una vida nueva, quería quedarme allá.

–¿..

–Me pilló justo en esa clase de danza africana. Tenía el teléfono y me empezaron a llegar los mensajes, que decían: cómo estái, cómo estái. Salí de la sala y una amiga me dice que vio en las noticias que mi papá había confesado, que había un sicario y se lo llevaron detenido. Quedé muy desorientada. Escuché un audio que me mandó mi papá por teléfono antes de que se lo llevaran que decía: "Hijita, me voy detenido". Después hablé por Skype con la Susan, que me contó que habían entrado a las cuatro de la mañana, que vio cómo le habían puesto las esposas. Si no hubiese habido nadie más allá, ella hubiese terminado en el Sename, mira el descriterio. Tenía pasajes comprados para la Navidad y los adelanté. Llegué un día después de la formalización, estaba lleno de cámaras en el aeropuerto para recibirme.

–¿..

–Ese mismo día lo pude ir a ver. Es súper fuerte; no verlo en meses y verlo de nuevo en la cárcel. Hasta ese punto yo jamás me había abierto a la posibilidad de que él pudiese haber sido, de que hubiese

él tenido algo que ver con la muerte de mi mamá.

–

¿……………………………………………………………………………

–No sé, quizás esperaban que fuera otro tipo de víctima. ¿Cómo no querís a tu mamá?, me dicen esas viejas en el juicio. Para mí no está en contradicción, los quería a los dos, pero lo que me quedaba era mi papá y me lo querían quitar. Era mi vida también en juego, defender lo que está vivo. Esto me ha hecho pensar sobre mi propia capacidad de ponerme en el lugar del otro. Todos juzgan el matrimonio de mis papás y nadie mira el propio. ¿Te alivia acaso juzgar al otro, te alegra leer sobre un matrimonio así? ¿Te hace sentir mejor por el tuyo? Posicionarse como juez te olvida de tus imperfecciones, si pasas juzgando al otro es porque tú estás haciendo algo muy mal.

(Casi que te habla a ti)

–

¿……………………………………………………………………………

–Sí, de golpe me adelanté quince años en mi vida, tuve que hacer de mamá de mi hermana. En Alemania estaba pendiente de mí no más y acá tuve que empezar a sacrificar todo mi tiempo en función de otro. Han sido dos años así. Un tiempo nos ayudó una señora en la casa, pero la mayoría del tiempo éramos las dos no más. Tengo que levantar a la Susan, que desayunara, llevarla a la hora al colegio. Después iba a la piscina del casino un rato, comía algo y la iba a buscar de vuelta. Me transformé en una ama de casa. Las otras mamás te miran con cara de ternura, pero la gente dice cosas por detrás, que esto, que esto otro. Y, oye, ni siquiera es mi hija, es mi hermana.

–

¿……………………………………………………………………………

–Claro que lo pienso. Si lo condenan significa quedar de mamá por muchos años, dejar de lado mi vida.

–

¿...

–Muchas cosas. Tuve por ejemplo que transformar los archivos de la carpeta de investigaciones de pdf a jpg para que mi papá los pudiera ver en la cárcel. Ahí estaba todo lo que no había querido ver estos años: fotos de la exhumación de mi mamá, las declaraciones contra mi papá, fue como pffffff: todo lo que no había querido pensar y llorar lo asimilé en dos semanas. Todo lo que había peleado por bloquear me entró de nuevo.

–
¿...

–¿Qué cosas?

–
¿...

–¿Qué incongruencias, qué inconsistencias? Eso no tiene nada que ver. Hay siete mil millones de habitantes en el mundo y se supone que hay una respuesta “normal” a que su mujer desaparezca. Quizás él no la llamó cuando estaba desparecida porque yo le había dicho que la había llamado y que estaba apagado el teléfono. No me considero una gran conocedora de la mente, no sé qué procesos pasan por el cerebro cuando pasa algo así.

(Me estoy desesperando)

–
¿...

–No, no eran suficientes para una duda.

–
¿...

–Claro que he dudado. Yo abrí la duda por mi propia decisión, no por leer eso. Dije, a ver: ¿qué hay en su contra? Hay esto, esto y esto. Me presenté a mí misma las evidencias y decidí.

–
¿...

–Muchas cosas de mi papá de las que me enteré que no tendría por qué haberlas sabido. Otras cosas tienen que ver con el carácter de mi papá, que es frío, o que no lloraba y que hablaba muy calmado del tema. Pero yo no necesito validarme analizándolo a él. Ni tampoco tenía que validarme yo apareciendo llorando, mostrándome vulnerable, yo no necesito eso. Lo que tenía que sentir, lo sentía en mi casa.

(Porque, bueno, también es mi barco)

–
¿...

–No sé de dónde viene esta personalidad. A mi abuelo lo conocí y a mi abuela, ¿la hai visto? Son súper estables. Son religiosos, yo no, pero tengo fe en la energía universal. No sé si las cosas pasan porque tienen que pasar, porque eso puede ser tomado como excusa para avalar cualquier cosa, pero soy también de aceptar, en vez de resistir y resistir, decir: esto es lo que pasó y ver qué se puede hacer.

–
¿...

–Bueno, yo dependía harto de ellas, pero me ha tocado ver la otra cara de mis tías. Traté de juntarlas con mi papá, para ver si se daban cuenta de que estaban puro hueveando, que todos queremos lo mismo acá, saber la verdad, pero no funcionó. Ellas me dicen: “¿Y la llamada? ¿Y por qué este sicario va a estar mintiendo?”. Se les metió en su cabeza y eso es lo que les calza. Una, por ejemplo, tuvo un sueño en que mi mamá le dijo que mi papá había sido… Entonces, antes de pensar que es su inconsciente que se le metió en el subconsciente para validar eso, se aferran a pensar que es mi mamá la que les habla en los sueños. Se agarran de cualquier parte.

(No me aguanto)

–Pero desde afuera tú también podrías parecer sesgada.

–Bueno, por eso ahora yo las entiendo. Ellas tienen derecho. El hecho es que no hay pruebas. Y quizás incluso la cuestión sea cierta,

no sé.

(Entro y mira lo que pasa)

–¿Sí?

-Yo no lo creo, hasta que haya una prueba que no me deje dudas o de que mi papá lo confiese. Pero también entiendo que el mundo es muy complejo, que la mente humana es muy compleja.

–¿Qué quieres decir?

–Que no estar abierta no tiene nada de malo…

–¿Cómo?

–Es que si te pones a mirar el mundo. Cuando me posiciono como hija, por cómo habla con nosotros, no hay nada que me diga que puede ser un asesino. No hay indicios. Lo he mirado tratando de ver alguna cosa rara, como antropológicamente. Me he abierto a verlo como una persona compleja, que tiene una mente compleja, que es capaz de hacer cualquier cosa. Y no hay nada. Por el cariño que siento cuando me abraza, no hay nada de guata que me diga que podría haber hecho algo así. Si fuera un psicópata que está escondiendo algo, alguna cosa se le saldría, algo extraño. Una vez le pregunté cómo fue cuando encontró el cuerpo, y se quebró altiro. Otra vez en la cárcel me puse a mirarlo y le pedí que me hablara de mi mamá. Me dijo: se parecía mucho a ti, era muy linda y muy buena. Yo sé cómo era mi mamá, pero quería salirme de mi posición de hija.

–¿En qué sentido?

–Quería probar qué es lo que me decía, cómo me lo decía; quería probar realmente si era un psicópata, a ese extremo llegué.

–Qué complicado pensar que tu papá realmente pueda ser un sicópata.

–Bueno, es mi papá, pero leyendo, viendo películas, te das cuenta de que la mente es demasiado compleja; la persona y la circunstancia, la persona y su rol, porque a raíz de esto he visto

tanta careta en la gente. Antes veía a la gente solo como un uno, pero me he dado cuenta de que es mucho de la circunstancia y que dependiendo de esa circunstancia la persona opta. Yo ya no puedo juzgar a la gente y tengo que conocerla demasiado para confiar, porque sé que la gente es rara y es compleja.

(Van dos horas. ¿Algo más que te gustaría saber? ¿No se te olvidó nada?)

–¿Cuál de las cosas que has escuchado…

(Mira lo que me obligas a hacer. Improvisar con algo así)

–…durante todo el proceso…

–Ya sé lo que quieres preguntar.

–Digo, hay gente…

–Investigaron mi cama para saber si habían fluidos de mi papá…

–¿Y eso lo encuentras…?

–No sé, el mundo es tan brígido que no culpo a la gente que piense eso. Pasan hueás tan raras que puede ser. En esos momentos estaba indignada, decía: qué chucha esa gente, tan enferma, pero no sé…

A Vivian Anguita le suena el teléfono.

–Aló.

(Ya pasó lo peor)

–Sí, no, me queda un rato.

(No, gracias a ti)

–No, da lo mismo, no importa.

(Yo me declaro satisfecho)

–Ya, chao.

Vivian corta su celular.

–¿Pasó algo malo?

–No, la gente, para que veas…

-¿Qué?

–Me llamaron porque alguien en internet estaba escribiendo que estoy enamorada de mi papá.

XXIII
Esto no pasa en Puerto Varas

Y esto es todo lo que no quieres leer:

Si alguien lo hubiese estado mirando desde afuera, no de afuera de la casa sino desde arriba, como un narrador invisible vigilando su vida a partir de ese día, podría empezar diciendo que Jaime Anguita despertó de un inusitado estupendo ánimo el 29 de junio de 2010. Estaría equivocado: solía despertar así, optimista, incluso después de un fin de semana largo, como era el caso. Porque hay dos tipos de gente: la que después de tres días de descanso se lamenta por volver a trabajar y la que, en vez de quejarse, vuelve a la rutina renovada.

Anguita se levantó cerca de las seis, se bañó y tomó el desayuno que le preparó su mujer. Él la había notado inquieta durante la noche, apesadumbrada, con problemas para quedarse dormida, así es que decidió aliviarla de tareas: apenas terminaron de comer, tomó a sus dos hijas, Vivian y Susan, y las metió al auto para llevarlas al Colegio Alemán.

A las 7.48 sus hijas ya estaban entrando. El viaje en auto de la casa hasta ahí era ridículamente corto, pero eran minutos invaluables para Anguita. De joven, y de no tan joven, había sido un hombre muy frío, pragmático, racional, pero la experiencia de la paternidad, pasados los treinta, le había abierto un hueco en esa coraza: sus hijas eran su vida.

Antes de volver a encender el auto llamó a su mujer; se había dado cuenta de que no se despidió antes de salir. Usualmente no hablaban a esa hora, pero quería que ella tuviese un día tan bueno como el que planeaba tener él, así que intentó subirle el ánimo: podrían ver juntos la telenovela más tarde.

Anguita fue el primero en llegar a su trabajo y a medida que el resto comenzaba su jornada, los iba saludando, uno a uno. Era fin de

mes, había que coordinar el pago de los sueldos de los trabajadores de las tres centrales hidroeléctricas que la empresa estaba construyendo, de Puerto Montt hacia el interior. Era, en muchos aspectos, el proyecto de su vida; si bien nunca le había faltado trabajo, un mal emprendimiento lo quebró años antes y desde entonces la plata siempre fue tema, pero esas centrales probablemente le asegurarían el futuro, porque además de su sueldo cobraría un porcentaje de las ganancias netas que produjeran. Es cierto, le robaba bastante tiempo a su familia, porque pasaba días enteros allá en la cordillera, pero al final valdría la pena.

A las 11.37 recibió una llamada de su capataz en terreno desde un almacén en Llanada Grande, sitio de una de las centrales. El trabajador le recordó que había que mandar los sueldos, en efectivo, a la cordillera. Anguita ya tenía a un empleado en eso.

Cerca del mediodía bajó al centro de Puerto Montt, una tradición muy provinciana: en vez de segregarse, la gente, al menos una vez al día, migra al casco comercial de la ciudad para verse. Anguita visitó a un conocido en la gobernación, antes de ir al Banco de Chile, donde tenía su cuenta personal. En el camino se topó con un antiguo amigo, con el que había trabajado en el pasado, pero no veía hace años. Le sorprendió el encuentro, lo descolocó un poco y rellenó la conversación como uno lo hace en esos casos: tanto tiempo, cómo está la familia, te ves bien, podríamos volver a trabajar juntos.

A las 12.58 lo llamó su empleado de confianza, su mano derecha: había tenido un problema con el auto de la empresa, pinchado una rueda y quería saber qué hacer. ¿Y qué va a hacer? Ir a una vulcanización, ver si tiene arreglo y si no comprar uno nuevo: que tenga que estar uno encima de todo.

A las 13.20 entró al banco BBVA, miró la fila, estaba enorme, le cerrarían esperando. Apostó a que el flujo disminuyera cerca del cierre, y para hacer tiempo subió al segundo piso para hablar con una ejecutiva de cuentas con la que había intercambiado mails tiempo atrás. Alcanzó a preguntarle por algunos productos disponibles cuando a las 13.36 le sonó el teléfono:

–Aló.

–Si quieres volver a ver a tu mujer…

Anguita cortó, primero, porque había visto a su mujer esa misma mañana; a esa hora debería estar haciendo trámites en Puerto Varas, algo con unas fotos, algo de la chimenea.

Si la ejecutiva se espantó al escuchar esa frase, gracias a un oído supuestamente privilegiado, no se notó. Siguieron conversando como si nada y, bueno, si el terror se hubiese apoderado de ella, si hubiese juzgado que esa situación era de tal gravedad, en el primer piso había guardias de seguridad que podrían haber aconsejado al amenazado. El banco, además, tiene contacto directo con Carabineros; bastaría un llamado para que la policía apareciese.

A las 13.51 Anguita volvió a la planta baja. Faltaban nueve minutos para el cierre, pero aún quedaba gente en la fila. La paciencia le duró poco: había salido del banco, hacia la calle, cuando Vivian lo llamó diciéndole que su mamá no había ido a buscarla al colegio, por lo que ella tuvo que volverse caminando de vuelta a la casa y que, cuando llegó, encontró la puerta trasera abierta y la habitación matrimonial desordenada, con la cartera dada vuelta sobre la cama. Intentó llamar varias veces a su mamá y el teléfono estaba apagado.

Primero la llamada frente a la ejecutiva, luego eso; dos eventos individuales, que pedían ser conectados. La mente ingenieril de Anguita tardó unos segundos en revisar las posibilidades. ¿Podía haber estado haciendo orden su mujer y tuvo que salir de emergencia? Pero el auto estaba afuera, con las llaves de la casa adentro. ¿La habrá pasado a buscar una amiga? Siempre era al revés, era ella quién llevaba a todo el mundo a todas partes. Pero, ¿por qué no contestaba el teléfono?

Anguita fue a buscar su auto al estacionamiento y tomó la carretera 5 sur desde Puerto Montt a Puerto Varas. A los pocos kilómetros apareció a la derecha: la tenencia de Carabineros, bastaba tomar la caletera, bajarse y hacer la denuncia. Además, ¿quién llegaría antes al Parque Stocker? ¿Él o un carabinero de la comisaría de Puerto Varas? Pura lógica aplicada.

Ahí habló con el policía de turno. Si sonó raro o no, es irrelevante. ¿Has tenido que denunciar el secuestro de tu mujer? Entonces

guárdate tus juicios. No hay manuales de ayuda para consultar, no es algo que se pueda guglear. Dejarse vencer por la histeria era una pérdida de tiempo, cuando no había tiempo que perder. Anguita le dijo lo poco que sabía: que lo llamaron, le dijeron esas palabras y le cortaron. ¿A cuál número lo llamaron? A este. ¿No me cree? Pues tome el aparato. El cabo fue a buscar a su superior, pero no aceptaron el teléfono: le dijeron que ya habrían carabineros cuando llegara a su casa. O sea, en el fondo, le dieron la razón por detenerse ahí.

A las 14.10 Anguita se comunicó con su cuñado, que vivía en el mismo Parque Stocker, en la casa del frente. Ambos se llevaban razonablemente bien; intentaban no meterse en el medio de las discusiones de las hermanas Haeger, cuando las había, y las había. El cuñado era un hombre sensato, calmo y le dijo textual: "Pasa a la PDI de Puerto Varas antes de venir a la casa".

Así que Anguita pasó a la PDI, en algo que quizás te puede sonar repetitivo e innecesario, pero bajo crisis, créeme, uno está mucho más dispuesto a aceptar órdenes de lo que se puede pensar. Repitió la misma historia que en Carabineros. A esa altura tenía la certeza de que Vivian ya estaba acompañada de su tía en el Parque Stocker y la situación seguía sin pintar bien. Su instinto le dijo que en una tragedia en ciernes lo lógico era juntar a su manada: pasó entonces al Colegio Alemán para retirar a Susan; quería a sus hijas donde sus ojos pudieran verlas.

Los nervios lo traicionaron cuando lo recibió el inspector; cada vez que repetía la historia, el problema se hacía más real. Se emocionó. A los pocos minutos lo recibió la directora, que, sinceramente, le dijo una estupidez:

–Estas cosas no pasan en Puerto Varas.

¿Qué clase de reflexión era esa? ¿Lo veía con cara de estar haciendo una broma? Anguita sabía lo que sabía y no tenía estadísticas sobre el número de secuestros en esa ciudad o en ninguna otra. La directora fue clara en otra cosa: lo mejor era no traumatizar a Susan mientras no hubiese nada claro, así que la niña se quedó ahí.

Anguita y Vivian hablaron seis veces más esa mañana; él

evidentemente estaba preocupado por ella, pero su hija no tenía novedades: había seguido llamando a su mamá y el teléfono estaba apagado.

Antes de las tres de la tarde Anguita llegó al Parque Stocker casi una hora de reloj desde que recibió la primera llamada de su hija, nada mal si se consideran las cuatro paradas que hizo: el estacionamiento, la tenencia, la PDI y el colegio, además de los 20 kilómetros que separan Puerto Montt de Puerto Varas y el peaje. Yo me he demorado más camino al juzgado y sin contar la limpieza de las cacas de pájaros. A él siempre le ha llamado la atención ese análisis, no lo de las cacas, este: que retrasó a propósito su llegada a la casa. ¿Se te ocurre alguna razón para hacerlo, sin acudir a fantaseos mañosos? Si algo, aparecer antes en el Parque Stocker lo hacía ver preocupado y no al revés. Y tampoco es que hubiese pasado a almorzar a Angelmó para matar tiempo.

Un detective le cayó a Anguita apenas pisó la casa, con la pregunta clásica para estos casos: ¿tenía su esposa algún problema grave?

¿Un problema grave? Viviana Haeger pertenecía holgadamente al diez por ciento más rico del país, hasta donde él sabía no iba al psicólogo ni tomaba antidepresivos, vivía cerca de su familia y tenía vida social. ¿Notó algo extraño, fuera de lo común, en ella los últimos días? ¿Cómo estaba vestida esa mañana? Anguita respondía como podía. Tú has estado casado: es probable que siempre esté pasando algo, al mismo tiempo que realmente no pase nada. ¿Sabes con qué ropa salió tu mujer esta mañana?

Ay, las preguntas: ¿tiene planos de la casa? Acá están los últimos. ¿Ladra su perro a los extraños? Depende del día y depende de los extraños. ¿Por qué no ha marcado el teléfono de ella? Porque lo estaba haciendo mi hija. ¿Cómo se llama la teleserie que debía ver en la tarde con su mujer? Espere: ¿en serio? Mi mujer estaba y ya no está. Mi hija mayor fue la que se dio cuenta: ¡sinceramente no me sé el nombre de la teleserie de tarde que veía para pasar tiempo con mi mujer!

¿Te parece todo esto acomodaticio, poco concreto? Si quieres un dato incontrarrestable, acá hay uno: el 28 de junio, o sea, el día antes, Anguita le depositó 1,4 millones de pesos a Viviana Haeger;

casi un tercio del contrato de sicariato, ¿para qué haría algo así?

La casa se llenó esa tarde: de policías, de los Haeger, de conocidos de Viviana, y los primeros llamados de periodistas comenzaron a sonar. Todos parecían tener una opinión sobre lo que estaba pasando, pero nadie una solución. Además, ¿quién tiene más experiencia en estas cosas, una hermana gemela o un policía de profesión? Hoy, con el tiempo, con los hechos de la causa en la mesa, la respuesta a esa pregunta tardaría unos minutos de ardua reflexión, pero esa noche helada de junio no.

Cerca de la medianoche Anguita llevaba ya 18 horas despierto y los policías le habían advertido que el día siguiente comenzaría aún más temprano, porque había que organizar las labores de búsqueda y un equipo de la PDI llegaría a primera hora para instalarse de manera definitiva en la casa, cosa a la que él no puso ningún reparo: mientras más cerca, mejor. Así que se dirigió a todos los que a esa hora estaban presentes en el living y les dijo la cosa más sensata del mundo, pero que nadie se atrevía a decir: mirarnos las caras acá no va a traer ningún resultado. Lo mejor era irse a la cama y empezar el día siguiente con ideas frescas. Anguita no escuchó las críticas a sus espaldas y, de nuevo, el tiempo le dio la razón: cuando se despertó al día siguiente, nada había cambiado sustancialmente, desvelos de lado.

A Anguita le intervinieron el teléfono en caso de que los secuestradores lo llamaran de nuevo.

Llamada 0051

Amigo: ¿Dónde está, Jaime?

Anguita: Hola, compadre. Mira, yo estoy metido aquí justo en Los Riscos, antes de la llegada de la "picá de la abeja", por ahí estamos.

Amigo: Mira, yo voy para allá. Te voy a estar llamando.

Anguita. Me esperas en la carretera, nomás. Abajo.

Amigo: Ya, yo voy pa' allá ya, Jaime.

Anguita: Okey, gracias.

Porque sí, Anguita sí buscaba activamente a su mujer.

Llamada 057

Amiga: Don Jaime, ¿cómo está? Usted habla con Carol.

Anguita: Hola, Carol.

Amiga: ¿Cómo está?

Anguita: ¿Dónde estás? ¿En Alemania?

Amiga: No, todavía no me voy, estoy en el aeropuerto, esperando vuelo.

Anguita: Mira, bueno, se sigue trabajando, se ha difundido más la información, nosotros estamos también uniéndonos, para salir a recorrer y pedir ayuda, digamos. Estamos haciendo todo lo que podemos nosotros, y también los policías están haciendo todo el esfuerzo, pero hasta el momento no ha… Pero por lo menos luces y esperanzas van apareciendo de repente.

Amiga: Sí, sí yo creo también. Me parece que la sensación ha ido cambiando desde el principio hasta hoy día. Me da más esperanza a mí también de que la cosa va a ir decantando y por ahí va haber una noticia.

Anguita: Eso es lo que esperamos todos, que ocurra en cualquier momento, digamos.

C: ¿Usted sigue acompañado por la PDI?

A: Eh, sí. En estos momentos andamos, justamente, ando con uno de ellos buscando.

C: Qué bueno, ¿oiga, y las niñitas?

Las niñas no estaban bien y su padre tampoco. Lo primero que hizo

Anguita fue asegurarse de que podía apoyarse en Vivian en una emergencia así. Sabía que era madura para sus 13 años, pero seguía siendo chica. Con ella fue honesto desde el principio: la situación no daba para hacerse esperanzas falsas, ella tendría que ayudarlo a evitar que su hermana se derrumbara. Ambos estaban de acuerdo en una cosa: pese a su edad, había que evitar mentirle.

Anguita había cedido inicialmente, delegando el cuidado de Susan en sus vecinos del frente, que la mantenían aislada del mundo, sin ver televisión, sin escuchar las conversaciones de los adultos, jugando todo el día con sus primas. Le dijeron que su mamá estaba de viaje, que ya volvería. Era niña, pero no tonta: de un día a otro cambió de casa, dejó de ir al colegio y, por más ocupada que la tuvieran, de la casa entraba y salía gente con los ojos llorosos, sonriendo falsamente para hablar con ella.

Así que Anguita, avisándoles previamente a sus vecinos, casi pidiéndoles permiso, cruzó al frente para hablar con su hija. Creyendo que estaba solo con ella, como merecía una conversación así, le explicó, con un diario en la mano, que todas las personas que los querían estaban ayudando a buscar a su mamá, pero que nadie sabía bien dónde estaba. ¿Pero va a volver? No sabemos, pero la seguiremos buscando. Una invitada escuchó la conversación a medias y lo sacó de contexto: para ella, Anguita le estaba diciendo a una niña que su mamá no volvería jamás.

Llamada 479

Amigo: Oye, ¿tus lolitas cómo están?

Anguita: Mira, de a poco, también, o sea la mayor, la Vivianita, fue la primera que tomó contacto con esta situación, así que...

Amigo: Ah, pero ya sabe.

Anguita: Sí, ella fue la primera. Pero recién, digamos, se está despabilando porque estaba totalmente metida en todo. Y la más chiquitita…

Amigo: Sí, bueno ella no debe darse cuenta, como es tan chiquitita.

Anguita: No, no creas tú. Si yo con mi sicología le dije, hueón, "hijita, la mamá no está. La andamos buscando por todas partes". Y apareció en el diario, la prensa, la TV.

Amigo: Claro, ahí apareció de repente.

Anguita: Y la pobrecita lloraba nomás. Pero ya, por lo menos se puede conversar con ella todos los temas.

Amigo: Ya más abierto ya.

Anguita: Obviamente, la segunda vez que tú le conversas te dice "oye, si sigues conversando el mismo tema me vas a hacer llorar, así que cambiemos de tema".

Amigo: Claro.

Anguita: Te deja medio pagando.

Amigo: Pensar que antes estas cosas, todo se hacía a escondidas, nomás. Ahora, porque uno siempre ocultando a los niños chicos porque pensando en cómo pueden reaccionar.

Anguita: No, yo soy partidario que a los niños, sobre todo, hay que decirles la verdad.

Amigo: Empezar al tiro, no ocultando... Porque si se enteran por terceras personas y es peor a veces.

Anguita: La tenían rodeada, inicialmente, de todo, no le decían nada, y cada vez que preguntaba, "no, la mamá fue a Santiago", "no, la mamá fue a comprar los pasajes pa' ir no sé dónde". Y cada vez era más grande la mentira, pero la pobre llevaba una procesión por dentro que...

Amigo: Claro, me imagino, hueón.

Recién al sexto día de la desaparición, Anguita volvió al trabajo, o sea, a Puerto Montt. No lo digo yo, lo dicen las antenas por las que salían sus llamados telefónicos. Y es importante que te lo grabes: no

tuvo reuniones en la ciudad, con un sicario o con quien fuera, antes de eso. Si sigues repitiendo eso sin pruebas, mientes. Y tampoco fue que retomara la normalidad total con su mujer en peligro: iba a la oficina un par de horas diarias, porque, cuando todo en su vida parecía caerse a pedazos, no podía darse el lujo de que sus finanzas también se desplomaran.

Le recomendaban intentar mantener algo de la rutina de sus hijas en semejante situación. En su casa era difícil: un equipo de policías estaba viviendo con Anguita: podían revisar todo lo que quisieran, hacer lo que consideraran necesario. Pero aún así Anguita empezó a percibir cierto tono en las preguntas que le hacían. Insistían en si él o su mujer tenían algún tipo de enemigos, alguna tercera persona que los quisiese dañar. Había, sí, un detalle, pero Anguita prefirió omitirlo el primer día porque sabía que Viviana se hubiese desmayado de saber que sus intimidades se discutían en todo Puerto Varas y porque, estaba seguro, abriría más preguntas que nada tenían que ver con la desaparición de su mujer. Él había tenido una amante, tiempo atrás.

Anguita vio cómo los ojos del policía se abrían. A eso se dedican, a buscar anomalías, y cuando las encuentran les baja un espíritu de Hercule Poirot: creen que han visto algo que nadie más, cuando la mitad de las veces los mismos investigados saben que están diciendo algo que los puede dejar mal. Pero, entiéndelo así: siempre es más sospechoso callar algo que contarlo.

Anguita les advirtió que con su ex amante no tenía contacto hacía mucho, era imposible que ella hubiese hecho algo así, no tendría ninguna lógica ni correlación con su personalidad. Pero a las 24 horas los policías ya estaban sentados frente a ella escuchando una serie de detalles sexuales, o más bien detalles no sexuales, porque eso era algo que para Anguita nunca había sido realmente un tema de interés: se hacía porque había que hacerlo. ¿Qué? ¿Si fuera un veinteañero con barba, con el pelo rapado a los lados, estaría bien que no le interesase lo más mínimo acostarse con gente, pero como es un señor vestido de pantalones caquis te parece una rareza? ¿Un signo de desviación?

No había pasado una semana desde la desaparición y todos juzgaban a Anguita. Con Margarita Soto no se caían bien y no era

para menos: ella le recomendaba abiertamente a Viviana Haeger que engañara a su marido. No son esos precisamente los cimientos para construir una amistad sana con la mejor amiga de tu mujer. Una noche, ella apartó a Anguita y le tiró la bomba: todo lo que estaba pasando era culpa de él, porque su mujer era profundamente infeliz. OK, era la apreciación de alguien enterado, estaba en su derecho, pero el momento para hacer ese juicio era desafortunado: si ella estimaba que Viviana estaba tan mal como para huir, o, ni pensarlo, suicidarse, habría sido útil saberlo antes de que alguna de esas dos opciones ocurriera.

Las hermanas Haeger se habían vuelto hostiles sin ningún dato concreto, indesmentible, que lo justificara. Ingrid, por ejemplo, pasó de pensar, en los primeros días, que Anguita y su mujer tenían "una relación normal y estable, sin mayores complicaciones" a sumarse a las miradas sospechosas sobre Anguita.

Oficialmente, la policía le hacía saber a Anguita que esos eran escenarios realistas. Es más: pensaban, basándose en una película –una mala película–, que su mujer podría haberse autosecuestrado, para darle una lección. ¿Qué lección? Anguita no tenía ni idea, pero no había que ser científico molecular para darse cuenta de que esa tesis tenía los pies muy cortos: Viviana Haeger ahogaba y agobiaba en cuidados a sus hijas y el 29 de junio la alarma se había activado precisamente porque no pasó a buscar a Vivian al colegio. O sea, una mamá responsable falta en ir a buscar a su hija: secuestro seguro. La misma mamá no se comunica con la misma hija en una semana: quizás se fue con otro.

Continuando con los escenarios razonables, las hermanas Haeger trajeron a Ada Candia, una especie de charlatana de Chiloé, con la que Viviana Haeger había perdido bastante dinero los últimos años: la trataba de todo tipo de dolencias, físicas o psicológicas, a cambio de donaciones. Anguita, hijo del método científico, tuvo que verla recorrer su casa sintiendo energías, canalizando visiones, que, aunque espectaculares, carecían de precisión: Ada se paseó a medio metro de donde estaba el cuerpo de Viviana Haeger, pero no pudo canalizar eso. Los policías también la entrevistaron, vaya a saber uno por qué, y ella dijo que Viviana tenía serias sospechas sobre que su esposo era homosexual. Si tú crees que eso lo hace siquiera

un poco sospechoso, tienes un problema grave y te invito a tratártelo. La policía bien podría haber hablado en ese momento con los amigos y familiares de Ada en la isla, quienes, años después, confirmaron lo mismo que Anguita sospechó desde la primera "hora" de Viviana con esa mujer: que era una fabuladora.

A Magaly, la melliza de Viviana, Anguita la pasaba a buscar cada viernes para llevarla de Puerto Montt al Parque Stocker, pese a que no le tenía especial simpatía: la encontraba una carga emocional y económica, una responsabilidad que su mujer había aceptado, por el lazo sanguíneo, cosa que no lo amarraba necesariamente a él. Ya en Puerto Varas, Magaly y sus hijos disfrutaban comodidades que a ella misma le habían sido esquivas y que el trabajo de Anguita proporcionaba. Después de la desaparición, Magaly creyó su obligación suplantar a Viviana como ama de casa: ordenaba, cocinaba, ofrecía vasos de jugo y elaboraba teorías afiebradas. Fue la primera que acusó, a grito pelado, a Anguita de asesino, con tan poco tino que hasta Vivian lo escuchó. Incluso tras eso, Anguita intentó mantener el lazo familiar:

Llamado 307

Anguita: Sí, pero que eso no lo haga la Magaly, por favor.

Cuñado: No, no, no, por supuesto.

Anguita: ¿Ya? Porque si no...

Cuñado: No, es que es complicado el tema ahí. Se dejan llevar, poh.

Anguita: Obvio, si hace cinco minutos había llamado a una mentalista del curso de la Vivian, hizo el comentario y después llegó la Magaly que hizo un descubrimiento que había hecho ella, y ahí estaba la solución.

Cuñado: Ah, dejó la pura escoba.

Anguita: (Risas) Dijo: "Di todo lo que quieras, di todo lo que sepas, hueón" y se puso a botar. Hasta que el policía le dijo "señora, por favor. Ya la escuchamos, déjenos terminar lo que estamos haciendo". "Ustedes van a ser responsables si no aparece viva".

Pero, bueno, tenía que desahogarse.

Cuñado: Está en una situación de estrés, todos.

Anguita: Tenía que desahogarse, tiene que hacerse esta catarsis, pa' que se desahoguen todos.

Eso desesperaba especialmente a Anguita: hiciera lo que hiciera, los Haeger lo malinterpretaban. Hablemos del abogado defensor –término técnicamente incorrecto porque en ese momento no tenía nada de qué defenderse– que contrató, partiendo por decir que ni siquiera fue idea de él:

Llamado 207

Anguita: Eh, oka. Porque justo yo hoy me encontré con un amigo, Julio, que trabaja en los temas de estos de los juzgados.

Cuñado Ya…

Anguita: Y lo primero que me preguntó, me dijo él, "¿tú estás asesorado con algún abogado? Es conveniente, es necesario que tú sigas haciendo lo que tienes que hacer, muchas cosas, pero alguien tiene que preocuparse de la parte del proceso". Independiente de lo que es la querella. Así que, de todas maneras dije yo, búscame quién puede ser la mejor persona en ese sentido, para que me asesore.

Cuñado: Ya. De todas maneras hay que poner abogado.

Para evitar suspicacias, Anguita citó a todos los Haeger a la oficina de su abogado, en un piso alto en el centro de Puerto Montt. Ahí se les explicó lo mismo que la policía venía explicando hacía tiempo: que tuvieran cuidado con las declaraciones a la prensa, porque algunas, las más destempladas, podían desinformar y generar oleadas de pistas falsas, llamados de ociosos en busca de atención, que suelen expandirse en este tipo de casos.

Semanas después, los Haeger contrataron a su propio abogado, el ex defensor de Manuel Contreras, el chacal de la DINA, un mensaje en sí.

El 10 de julio Anguita despertó sudando en medio de la noche. No era una pesadilla, que, desde luego, las debía tener, era que la pieza matrimonial tenía a las 4 de la mañana un microclima tropical. Bajó del segundo piso hacia la caldera y la vio a la máxima potencia: el policía asignado a pasar las noches ahí había decidido que el suministro de la leña era un asunto que le correspondía regular a él.

Por favor, ponte en su lugar: a buena parte de la policía se le había metido en la cabeza que Anguita algo tenía que ver en la desaparición de su mujer y no lo disimulaban: el 8 de julio su abogado defensor tuvo que interrumpir una toma de declaración a Vivian, quien, llorando, desesperada, trataba de responder una batería de preguntas capciosas que buscaban encontrar el punto débil en las coartadas de Anguita. Todo tiene un límite. ¿Qué ganaba Anguita teniendo policías 24 horas en la casa? Muy poco: los secuestradores, si los había, no habían llamado hasta entonces y, de todas formas, cualquier conversación estaba siendo monitoreada. ¿Qué perdía? Depende de los niveles de paranoia. En el mejor de los casos, si se iban, podía normalizar en algo la rutina de sus hijas, porque una niña adolescente con un hombre desconocido en la casa nunca es una buena idea. En el peor de los casos, quién sabe: era un equipo de investigación muy presionado por sus superiores y por las autoridades civiles y los hombres desesperados pueden hacer cosas desesperadas: una prueba incriminatoria sorpresa siempre puede aparecer.

Así que Anguita les pidió respetuosamente, porque siempre ha sido respetuoso, que se fueran. Como ya sé lo que estás pensando, me adelanto: esa misma semana cambió los cilindros de las puertas de acceso a la casa, cosa que sería bastante extraña para alguien que había encargado el asesinato de su mujer y sabía que nadie regresaría a por él. Retiró a los policías, sí, pero eso no significa que no tuviera miedo.

El 16 de julio, otro mensaje en la portada de *El Llanquihue*. "René Haeger: si me pidieran la muestra a mí, no tendría problemas en entregarla". La muestra era la prueba bucal de ADN que la policía le

pedía a Anguita. Más que útil, era una provocación: la casa estaba llena de muestras de ADN de su dueño, si realmente la hubiesen requerido. La entrevista era un golpe bajo, porque dejaba a Anguita en una situación imposible de sortear: si se negaba, parecería un sospechoso entorpeciendo la investigación, y si se hacía el examen, parecería un sospechoso a quien por alguna razón muy justificada le pedían una muestra de ADN.

Anguita agotó los intentos para explicarles a los Haeger lo que era estar en sus zapatos, bajo presión. A Ricardo, con el que más cercanía tenía entre los hermanos Haeger, trató de hacerlo empatizar con su desgracia: le recordó que años atrás él también había tenido problemas con la justicia, a causa de unas deudas. De nuevo, fue malinterpretado.

La queja general era que Anguita no estaba haciendo nada concreto para encontrar a su mujer, que no tenía realmente interés en dar con ella, ya fuese por desidia o porque sabía que no estaba viva. Si efectivamente ese era su plan, lo disimulaba muy bien:

Llamada 058

Amigo: Puta, compadre.

Anguita: Pero, gringo, tú tienes gente. En cosa de cualquier ayuda, en el sentido de encargarle a la gente, oiga, si ha visto o le parece sospechosa, cualquier situación, que tenga relación con el caso como este, por favor, comuníquele a la policía. 133 o 134.

Amigo: Por supuesto, justamente te llamé porque me conseguí tu teléfono pa' llamarte, como amigo ponerme a tu disposición y ver en qué te puedo ayudar, poh. Me imagino en el estado en que estái, lo que estái pasando. Es una cosa terrible.

Anguita: Bueno, tú como viejo alguacil y todo eso, tú tienes contactos...

Amigo: Sí, por eso.

Anguita: De más está decirte.

Amigo: Hay que echar a correr la voz por todos lados. Pa' que

asome alguna pista, aunque sea…

Anguita: En eso estamos nosotros, echando a correr la voz por todos lados.

Tan preocupado estaba Anguita de los avances, o de la falta de ellos, que se asesoró para ver qué cambios podía pedir en el equipo investigativo.

Llamada 0070

Anguita: Hola, mira, habla Jaime Anguita, soy el tío de la señora de Pato.

Consultor: Sí, sí, hola. Mucho gusto.

Anguita: Igualmente. Entonces, el tema relativo a lo tuyo, estoy, porque la familia de mi señora, en estos momentos, me exige que vaya y que pida la intervención de Carabineros. Yo actúo, normalmente, más pasivo, pero veo que la PDI está trabajando con todos sus medios, veo el apoyo de Carabineros, del Ejército. Ahora, yo me imagino que cualquier fiscal nacional, si estima que se requiere el aporte de Carabineros, lo adopta. Y en un caso como este, con toda la razón. Pero ellos me dicen que exija la intervención de Carabineros. Entonces, sobre eso quería consultarte.

Consultor: A ver, mira, básicamente, tú, claro, tienes conocimiento *in situ* de lo que están haciendo, o sea, en definitiva, si tú crees que se están poniendo todas las pilas... Ahora, es un caso súper complejo, o sea, no me cabe ninguna duda de que la fiscalía y las policías tienen que estar poniendo todo encima del caso. Porque, obviamente, es algo excepcional. No es algo común que pasen este tipo de situaciones, digamos. Entonces, en eso, pierde cuidado. Cuando yo le comentaba… básicamente, tú tienes que hacer esa evaluación y no ordenar si tienen la experticia o no. ¿Cuál es el punto en definitiva aquí? Que realmente estamos hablando, por ejemplo, de un secuestro o algo así, las policías más especializadas

están en Santiago, que son equipos del OS-9 de Santiago, o bien una brigada especial de la PDI, digamos. De Investigaciones. En este momento, ¿está trabajando solo carabineros o solo investigaciones o ambas policías?

Anguita: Mira, a mí el fiscal no me ha informado, no he tenido contacto con el fiscal ni nada. Solamente con el jefe, el comisario a cargo de la PDI. Pero siempre me han dicho que ellos están con todos, que contaban con 100 militares rastreando y cosas como esas. Entonces, a mí me consta porque ellos han estado en mi casa, día y noche, tres personas, permanentemente. A mí, también me han tenido permanente, recién ayer me soltaron después de haber hecho mi declaración firmada, antes pasé muchas horas en su dependencia, pero también lo asumo que es una cosa necesaria, porque es una fuente de información que no pueden desechar.

Consultor: Del punto de vista investigativo, creo que es mala idea juntar policías. O sea, yo creo que hay optar por una. Si estás trabajando con Investigaciones, impecable, que sigan con Investigaciones, digamos. Yo creo que es mejor eso. Yo tampoco jamás les planteé la idea de juntar policías.

Anguita: Sí, eso es lo que me están pidiendo a mí, que sería la incorporación adicional de la otra policía.

Consultor: No, ¿sabes por qué? Porque eso se presta para problemas. Para enredos entre las policías.

Anguita: Sí, sin saber mucho de estas cosas, la lógica, habló gente que son la familia directa de mi señora. Y también me exigen. Yo les dije mira, ni un problema, pero bajo su responsabilidad, ustedes son los que están pidiendo esto. No es la manera en la que yo actúo, pero si ustedes quieren lo hacemos. Yo soy así.

Cuando empezaron las vacaciones de invierno, dos semanas después de la desaparición de su esposa, Anguita envió a sus hijas con su abuela materna, a la zona central de Chile, decisión avalada por los Haeger, que en esos días no estaban avalando nada que viniera de él. Era algo práctico: sin tener que estar cuidándolas, podía dedicarse a la búsqueda de Viviana a tiempo completo. Porque seguía buscándola.

Llamada 2334

Anguita: ¿Te ubicái en la poza o no?

Amigo: Sí, sí lo ubico.

Anguita: Porque esta poza es media oscura...

Amigo: Sí, es turbia.

Anguita: Es turbia, no sé qué tan profunda. Pero ellos dicen que tienen que hacerse chequeos así tanteando, digamos. Con palitos, golpeando hacia abajo.

Amigo: Claro.

Anguita: Entonces quieren hacer un rastreo, quieren bajar por el río y llegar a la poza. ¿Habrá alguna posibilidad de conseguirse unos buzos?

Amigo: Mire, yo me puedo conseguir algunos, porque yo tengo una pega mañana. ¿Cuándo lo quieren hacer esto?

Anguita: Mira, no sé, puede ser mañana en la tarde, si no el día siguiente si es que no hay...

Amigo: Mire, yo voy a tratar de conseguirme, entre hoy día y mañana, un buzo. Ahora si puede, porque yo puedo hasta pasado mañana, si Dios quiere, estoy listo con mi pega, pasado mañana, eh, ojalá pueda mañana a las once, con los muchachos, y termine mañana, pero si no va ocupar mañana, el día siguiente en la mañana. Y en la tarde yo ya estaría listo. Voy a tratar de conseguirme algunos buzos y le pego el aviso, don Jaime.

Anguita: Ya.

A veces me confunde tu tesis, porque mucho de lo que piensas apunta a que Anguita sería una especie de mente criminal avanzada, un maestro en el arte del homicidio, que decidió ejercer pasados los 50. ¿Estaba pidiendo y pagándoles a unos buzos para

disimular? Pues esto hizo tu asesino perfecto el 29 de julio: fue a la tenencia de carreteras que está entre Puerto Montt y Puerto Varas, a la misma que pasó inmediatamente recibido el llamado extorsivo, y se puso a discutir con el carabinero que le había tomado la denuncia original. La disputa era sobre una pequeñez –si a Anguita le habían cortado la llamada o él había cortado–, pero lo que te quiero pedir es que te definas: una mente maestra criminal no rehace sus pasos a la vista de los policías, así que o es un asesino malísimo –al que costó siete años arrinconar– o es un hombre inocente. Dependiendo de lo que elijas, pídele disculpas.

A finales de julio Anguita llamó a una sobrina que estudiaba Derecho en Viña del Mar, para ver si había alguna forma de traspasarle la custodia de sus hijas a un tercero.

Llamada 1993

Sobrina: Mira, no aparece en forma expresa, en ninguna parte de la ley. Es como un caso rebuscado. Eso no aparece expresamente.

Anguita: Ya.

Sobrina: Sin embargo, le he preguntado a personas que se dedican a este tema. Tengo opiniones: gente que me dice que sí, gente que me dice que no. Lo que sí me han dicho dos jueces es que, si bien no hay norma expresa, de todas maneras se consideraría en un eventual caso. Si tú dejas tu voluntad manifiesta. En ese caso, tú tendrías que hacer una declaración mediante una escritura pública.

Anguita: ¿Escritura pública?

Sobrina: Claro, ir a una notaría, hacer una declaración. En Puerto Varas, tanto... Si querís yo te puedo ayudar en el texto, en el cual tú en el fondo manifiestas que dejas tu voluntad, que en caso de cualquier eventualidad el cuidado personal y la potestad de las niñas te gustaría que quedara a nombre de tal y tal persona.

¿Qué? ¿Lo harías distinto tú? Si tienes la certeza de que algo van a inventar para meterte preso y empiezas a convencerte de que tu

mujer no aparecerá, ¿a quién le dejarías a tus hijas? ¿A la abuela materna que piensa que eres un asesino a sangre fría? ¿A los vecinos que quieren encarcelarte? ¿A la gemela que te odia hace años? ¿A Dora Lisa?

Si no arreglaba el papeleo antes, con ellos hubiesen terminado. Y dales un año, el mínimo antes de que se aclarase todo el malentendido: las niñas, bombardeadas todos los días con juicios y opiniones malintencionadas, serían las que lo odiasen.

Agosto de 2010 encontró a Anguita cada vez más cercado por los policías, o al menos es eso lo que ellos quieren que creamos, porque lo que es yo encuentro que estaban siendo de lo más cordiales. El 6 de agosto, la empleada que había contratado lo llamó alarmada desde el teléfono fijo de la casa.

Empleada: ¿Aló?

Anguita: ¿Aló, Mónica?

Empleada: Sí, don Jaime.

Anguita: Sabes que van a ir unas personas de la PDI ahí.

Empleada: No me dijo nada, me asusté. Ahí afuera están, sí.

Anguita: Ya. Diles, para que pasen, porque quieren hacer un chequeo de algunas cosas. Que lo hagan nomás.

Empleada: ¿Que entren a la casa?

Anguita: Sí, sí.

Empleada: Ya, ya les digo.

Pero esos gestos no salían en *El Llanquihue*, que había levantado la última solución para encontrar a Viviana Haeger: la psíquica de Chimbarongo decía poder dar con el paradero exacto de la desaparecida, todo desde Santiago, a mil kilómetros de distancia. Anguita tenía que fingir que le prestaba atención a esas burradas,

pero a su abogado le decía la verdad: no le veía sentido a todo ese show. Estaba, se podría decir, atrapado en otra situación imposible: era tanta la atención que recibía que ya no podía ser él mismo: no bastaba para el resto y cuando trataba de ser alguien más no resultaba creíble. Por eso, su familia se turnaba para venir desde el norte para estar con él: todos habían sido criados de forma parecida, en un ambiente donde victimizarse y demostrar los sentimientos era una cosa de mal gusto. Una hermana, de hecho, tuvo cáncer y por un tiempo prefirió no decirle a nadie, para evitar las miradas lastimeras.

Para la segunda semana de agosto, la madre de Anguita ya estaba instalada en el Parque Stocker. Sus hijas también habían regresado. La principal actividad programada era la llegada de unos perros de búsqueda, desde Osorno, iniciativa empujada por los Haeger, no tanto por Anguita, por una razón práctica: los animales están entrenados para encontrar cadáveres, aceptarlos era, en parte, aceptar que ella estuviese muerta.

Llamada 2221

Anguita: ¿Aló?

Ricardo Haeger: Aló, Jaime, buenos días.

Anguita: Hola, Ricardo.

Ricardo: Hola, hola.

Anguita: Ricardo, ¿tú vas con la gente, con carabineros?

Ricardo: Más tarde, sí.

Anguita: Ya, pero, ¿alguien anda con ellos ahora? Porque me dijo que parece que estaban con gentes.

Ricardo: Eh, sí, sí hay más gente, pero yo todavía no he ido.

Anguita: Ya, lo que pasa, prefiero hacer otras cosas mientras tanto. O sea, ellos están acompañados, una vez que, le dije yo, después cuando nos veamos, qué programa, cómo lo quieren hacer, digamos. Qué áreas más podemos cubrir.

Ricardo: Ya.

Anguita: Todo el entorno de acá, de la casa, todas las hectáreas, que es lo principal.

(Primero la casa, luego el perímetro. Eso quería Anguita: primero la casa, luego el perímetro)

Anguita: No, sí nos hemos comunicado. Lo que pasa es que no he ido yo, lamentablemente tengo una visión: yo ando buscándola a ella viva y me la imagino en otras condiciones. O sea, me preguntan algún sector y no se me ocurre. Solamente hemos tratado de difundir al máximo, por si acaso alguien ha tenido la fortuna de verla o saber algo. Pero no se me ocurre a mí algún sector donde poder buscar, como tal, porque no tengo ninguna dirección…

Ricardo: Sí, ya.

Anguita: En todo el entorno acá, lo que es entorno de casa, pero también siempre se pensó, esto es un entorno familiar, entorno vecindario, entorno a trabajo. En alguna parte tiene que haber una causa, digamos.

Ricardo: Tiene que haber algún indicio. No, si mira, efectivamente, bueno, ojalá pudiéramos encontrar algo que diga que ella esté viva. Sería lo ideal, pero uno, o sea, si uno llega a confundirse porque nos ha llegado de todo. Llega de repente que está muerta, búsquenla así, está viva, qué sé yo. Ahora, bueno, algo hay que hacer, todas las diligencias tenemos que hacerlas nomás.

Anguita: Ellos dicen que tienen que aprovechar y descartar todo lo que se pueda descartar, porque mientras estén los perros trabajando, por lo menos, usted sabe que se está buscando, y alguna información puede llegar al momento de que la gente sabe que están buscando. Y puedan sugerir: oiga, sabe qué, busquen aquí. Por eso es importante mantener la actividad.

Ricardo: Obviamente eso es lo que estamos haciendo, o sea, decirle el sector y nosotros vamos atrás, esperamos, muchas veces. Yo ayer estuve esperándolos, anduve con ellos, porque al final son ellos los, cómo se llama, los profesionales en sus quehaceres, entonces

nosotros no podemos ir marcando adelante porque distraemos a los perros, poh.

Anguita: Sí, no, oka, yo por lo menos...

Ricardo: Ahora, como digo, si tú tienes, o sea, si tienes mañana o pasado tiempo y tienes algunas partes, tienes que comunicarlo y venir aquí. Aprovecharlos a concho a los perritos.

El 10 de agosto, el día 42 de la búsqueda, amaneció con el cielo amenazante. Habían caído unas gotas en la noche y el piso del patio de Parque Stocker comenzaba a formar barrales. A las 8, la empleada de los Anguita Haeger prendió la cocina a leña y estuvo buena parte de la mañana haciendo carne al jugo.

Anguita partió a las nueve de la mañana al retén de Río Pescado, en los faldeos del volcán Calbuco, para juntarse con el equipo de rastreo. Llegó un poco antes y esperó sobre un puente, viendo pasar el agua. Ahí lo encontró Marcela Volke, una antigua amiga de él y de Viviana. Anguita ya sabía cómo era la situación con los amigos que compartía con su mujer: la mayoría había tomado el lado de los Haeger, lo que te puede parecer una pequeñez dada la situación, pero no lo era: lo aislaba del resto cuando más apoyo necesitaba. Quizás fue la necesidad de sumar gente para su lado, quizás quería un poco de afecto o quizás simplemente pensaba eso de corazón: le dijo a su amiga que creía que quizás Mónica Haeger y su marido podían estar detrás de la desaparición.

Después de ese incómodo diálogo, Anguita y ella se encontraron con el equipo de búsqueda, comandado por la perra Candela, una labradora inquieta que, se suponía, sería la encargada de encontrar a la mujer en una tarde, cosa que más de 200 personas no habían podido hacer en casi un mes y medio. Para Anguita, la verdad, había cosas más útiles y urgentes que hacer, como corregir algunas imprecisiones que había detectado en la carpeta de investigación y que, si se corregían, quizás podrían dar pistas pasadas por alto. Un ejemplo: no le calzaba el tiempo que Vivian se demoró entre el Colegio Alemán y el Parque Stocker el día de la desaparición, así que pidió al carabinero a cargo de Candela si lo podía ayudar a

medirlo más tarde. El carabinero le dijo primero que sí y después de hablar con otro policía por teléfono le dijo que no, que él estaba ahí por el trabajo con los perros.

Así las cosas, Anguita quiso asegurarse de que la búsqueda no fuese una pérdida de tiempo: le pidió al carabinero que diera vuelta al perro y escondió el señuelo que usa el animal para hacer las búsquedas a un costado del camino, en la entrada de un bosque. El perro lo encontró sin problemas. Ensayo y error: quizás serviría de algo.

Si Anguita estaba tan nervioso, tan desconfiado de los policías y con tantas ganas de mantenerlos a ellos y a sus perros lejos del Parque Stocker como todos dicen, el tipo debe ser un idiota, puesto que tras la búsqueda los invitó a almorzar a su casa. ¡Y los policías fueron! Se sentaron en la mesa con la madre de Anguita, tiraron chistes, hablaron de animales e hicieron una larga sobremesa hasta las cinco de la tarde. También hablaron de Dios.

Tras eso Anguita ajustó algunos detalles de la búsqueda del día siguiente y a las seis y media de la tarde subió al dormitorio matrimonial para descansar. Su empleada y su madre le habían advertido, los días anteriores, que se sentía un olor extraño arriba. No es que Anguita lo sintiera, pero ahí, en su pieza, tuvo un momento de claridad que le costó después poner en palabras: la puerta de la buhardilla lo llamó. No entraba casi nunca a ese lugar, era más bien terreno de Viviana. Pero entró. Entre vigas a la vista, en plena oscuridad, recorrió el par de metros de largo que tenía el espacio. Y ahí lo vio: el cuerpo de su mujer. Entenderás el impacto: la mujer a la que vio vestida de novia, con la que recorrió de la mano los campos del sur, la madre de sus dos hijas estaba ahí, doblada, hinchada, casi momificada.

Como siempre, Anguita ejerció el autocontrol. Intentó no gritar, para no asustar a su madre, que estaba en el primer piso. Más compuesto, bajó y le contó: no tengo las palabras exactas que dijo y mataría por tenerlas.

(No necesito decirte que es una hipérbole)

Escucha esto: antes de llamar a su abogado defensor, lo que hubiese

hecho yo si encuentro el cadáver de mi mujer en la buhardilla de mi casa –si las tuviera: mujer y casa–, Anguita se contactó con la misma policía que llevaba 42 días tratando de incriminarlo.

Si encuentras algo raro en este diálogo, por favor avísame. Yo me rendí.

Llamada 2337

Comisario Muñoz: ¿Aló?

Anguita: ¿Aló, don Jaime?

Comisario Muñoz: Sí.

Anguita: Mire, venga urgente a la casa.

Comisario Muñoz: ¿Cómo?

Anguita: Venga urgente a la casa.

Comisario Muñoz: ¿Qué le pasó?

Anguita: Está aquí en la casa.

Comisario Muñoz: ¿Quién?

Anguita: Viviana.

Comisario Muñoz: No esté leseando. ¿Está ahí?

Anguita: Pero está muerta.

Comisario Muñoz: ¿Adónde? ¿En la casa?

Anguita: En el entretecho.

Comisario Muñoz: No esté leseando.

Anguita: Sí.

Comisario Muñoz: Voy pa' allá.

Anguita: Venga, por favor.

Comisario Muñoz: Ya.

Recién después de eso Anguita llamó a su abogado.

Llamada 2338

Abogado: ¿Jaime?

Anguita: ¿Aló, Jorge?

Abogado: Cuéntame.

Anguita: Oye, le acabo de avisar a la policía que Viviana está aquí en la casa.

Abogado: ¿Llegó?

Anguita: Pero está muerta. Estaba en el entretecho.

Abogado: ¿Y avisaste a la policía?

Anguita: Sí, le avisé a la policía.

Abogado: Pero, hueón, te van a llevar preso. ¿Dónde estás tú? ¿Quién más hay?

Anguita: En mi casa, con mi mamá, nomás.

Abogado: ¿Con tu mamá?

Anguita: Sí.

Abogado: Ya, voy para allá, no te muevas. Chao.

Anguita no le tomaba el peso a lo mal que se veía la situación. Y, más que eso, no parecía tener un plan, asumiendo, como tú asumes, que sabía que ese cuerpo estaba en la buhardilla. Atinó a ubicar a

su hija menor.

Llamada 2342

Apoderada: Discúlpame, es que voy llegando a la casa, estoy a cinco minutos de la casa y la voy a dejar al tiro, yo creo que en quince minutos estoy…

Anguita: Pero, mira…

Apoderada: Cuéntame.

Anguita: No la pases a dejar a la casa. Pasa a dejarla a la casa de al lado, donde la tía.

Apoderada: Ya, impecable, no te preocupes. Para el portón, ¿cómo lo hago?, ¿la Susan sabe el teléfono de su tía?

Anguita: La Susan sabe la clave, la Susan sabe la clave.

Apoderada: Ah, ya, dale. No te preocupes.

Anguita: No la traigas a la casa, acá.

Apoderada: Ya, okey.

Y minutos después:

Llamada 2343

Apoderada: ¿Aló?

Anguita: ¿Aló, Valeria?

Apoderada: Sí, Jaime.

Anguita: ¿Te pido un favor?

Apoderada: Sí, dime.

Anguita: ¿La puedes dejar esta noche en tu casa?

Apoderada: ¿En la noche?

Anguita: Sí.

Apoderada: Sí, no tengo problema, ni uno.

Anguita: Ya.

Apoderada: ¿Yo la llevo al colegio mañana?

Anguita: Tú la llevas al colegio mañana.

Apoderada: Ya, okey.

Anguita: Se produjo el desenlace no esperado, menos esperado.

Apoderada: Ya, okey, no te preocupís, yo la llevo. Relájate, nomás. Ya, okey, que estés bien, chao.

Anguita: Chao.

Poco antes del atardecer llegaron los policías a la casa. Anguita llevó al comisario Muñoz al segundo piso, le mostró la puerta de la buhardilla. El policía, en muy mala forma física, entró gateando y la vio: para él también fue impactante. A Anguita le preguntaron hacía cuánto que no entraba ahí y por qué recién había entrado el día antes de que los perros de búsqueda fueran a revisar su casa. Vaya descaro: ¡la policía había entrado tres veces, asomado medio cuerpo y seguido con sus elucubraciones!

Los Haeger, que justo ese día tenían en su casa a un periodista de una revista de Santiago, porque habían aprendido a usar a los medios, se apostaron afuera de la casa. La mamá de Viviana estaba furiosa con Anguita: le gritaba "asesino", ahí, a vista de todos. Las hermanas querían entrar, pero no las dejaban, suponían ellas, por órdenes de Anguita. Aunque así hubiese sido, que no fue, era razonable. ¿Entrar para qué? ¿Para lincharlo? ¿Para decir que una psíquica, en sus propias palabras, lo había anunciado?

De noche, llegaron todos los jefes regionales de la PDI al Parque

Stocker. Pidieron tener vigilado a Anguita, minuto a minuto: tan convencidos estaban de su culpabilidad que temían intentara suicidarse al mínimo descuido. Hacia la opinión pública, estaban en un callejón sin mucha salida: por más convicción que tuvieran de la participación de Anguita en esa muerte, si resultaba ser efectivamente un homicidio, el tamaño de su negligencia por no encontrar el cuerpo aumentaba considerablemente en comparación, por ejemplo, con un suicidio. La orden entonces era esperar que viajara, en un vuelo de emergencia, el doctor José Belletti, el forense más respetado del país, del que yo tenía una opinión en ese entonces, y del que hoy tengo otra después de haberlo visto defendiendo, sin sonrojarse, en el juicio, que no había intervenciones de terceros en el cuerpo de Viviana Haeger, a dos metros de distancia del asesino confeso.

Esa noche Belletti llegó casi a la medianoche. Le botaron a hachazos la muralla que separa el dormitorio matrimonial de la buhardilla: el cuerpo quedó lleno de pedazos de pared. Los policías iban y venían con cubrezapatos rotos, contaminando la escena del crimen. Belleti echó un vistazo rápido y les dijo a los policías: imposible que alguien haya metido un cuerpo ahí. El abogado de Anguita escuchó eso y se lo transmitió a su defendido. Más adelante ambos leyeron el siguiente informe del doctor. Te juro que no lo estoy inventando.

La víctima ingresó sola al entretecho.

(Falso)

Estaba viva, lo que se infiere por la presencia de vómito, la eliminación activa del contenido gástrico.

(Falso)

El traslado de la víctima hacia la buhardilla es un hecho impracticable, lo cual es un hecho categórico.

(Categóricamente falso)

Se advirtió que la víctima se trata de una personalidad estable y con episodios depresivos y la depresión es por lejos la causa mayor de suicidios.

(No estaba diagnosticada)

Las mujeres suicidas eligen primeramente el uso de tóxicos.

(No ingirió ninguno)

Primera imagen en suicidios corresponde al gladiador llamado Ajax, que se entierra una daga tras una deshonra. Esa muerte es considerada heroica, pero en la mujer el primer registro años después fue Fedra, cuyo apelativo evocaba la muerte, la cual era asociada al delito en incesto.

(¿Qué?)

Dato curioso, pero no creíble, es la ausencia de suicidios en la Biblia. En el Antiguo Testamento se mencionan cinco y todos hombres. La mujer se mantiene en el anonimato, al considerarse que la muerte de un hombre podía asociarse al honor y la de la mujer a decepciones amorosas o pérdida de la castidad.

(O sea, la víctima era una suelta)

En el siglo XV aparecen casos de suicidios femeninos como Lucrecia, Cleopatra y Dido (llamada Elsa), todas asociadas a deshonra, culpa, dependencia y al amor no correspondido.

(Una suelta poco querida)

A estos estigmas hay que agregar que esa muerte suponía el fin de la familia y de la naturaleza humana, lo que hacía más grave y deshonrosa su decisión.

(Una madre rompehogares suelta y poco querida)

En el siglo XVIII y XIX solo las mujeres públicas cometían suicidio, sacando a relucir sus vidas privadas y opacando sus actividades como pintoras, poetas, cantantes y escritoras. Virginia Woolf, Alfonsina Storni y Violeta Parra, dentro de una larga lista.

(Una madre rompehogares suelta, loca, poco querida)

En el mundo más mujeres intentan quitarse la vida, pero los hombres sí logran su propósito.

Son muchas las hipótesis, teorías y conceptos alrededor del tema del suicidio, siendo el psicoanálisis el que revisa con mayor intensidad intentando dar explicación a la decisión de quitarse la vida, ya que el intento de suicidio no es meramente una simulación, sino que un acto que corona una crisis significativa, ya que remarca esta situación como resultado de una decepción amorosa y una contra agresión contra el padre y el objeto perdido.

Para concluir esta revisión histórica sobre mujer y suicidio podríamos concluir que la ausencia de amor puede llevar a la desesperanza, entendida como pérdida de sentido de vida, provocando una sensación de vacío difícil de soportar.

Conclusiones:

En la muerte de Viviana Haeger se descartó suficientemente el trauma en la causa precisa de muerte, por lo tanto lo lógico es insertar su fallecimiento en un contexto de toxicidad.

No se encontró elementos objetivos ni fundamentos de acción de terceros.

El suscrito participó directamente en el sitio del suceso y la autopsia, como médico patólogo forense.

Anguita veía poco probable el suicidio, pero ¿qué debía pensar si el mejor médico forense de Chile dice eso? Faltaban el computador, el teléfono, el anillo. La cama estaba corrida… ¡Silencio! Suicidio y se acabó.

Pese a tener esa salida a mano, Anguita, en privado esa noche, seguía defendiendo la tesis que más lo podía perjudicar.

Llamada 2353:

Anguita: ¿Aló?

Colega: Jaime.

Anguita: Erwin.

Colega: ¿Tienes noticias?

Anguita: Muy malas noticias de vuelta.

Colega: Recién me llamó el diputado Espinoza, hueón.

Anguita: Ya.

Colega: ¿La encontraron a la Viviana?

Anguita: Eh, lamentablemente la encontramos. La encontré yo aquí en casa, en el entretecho.

Colega: ¿En el entretecho?

Anguita: Sí.

Colega: Ya.

Anguita: Estaba muerta.

Colega: ¿Y hubieron terceras personas?

Anguita: O sea, no sé, poh, eso todo lo van a investigar ellos, pero evidentemente que tienen que haber habido terceras personas.

Anguita no pudo dormir esa noche en el Parque Stocker. Junto con su madre, se fueron a la casa de su mejor amigo. Al día siguiente, cuando todo el país lo hacía un asesino, el comisario Muñoz le pidió que fuera a hacer una declaración formal al cuartel.

Llamada 2387

Comisario Muñoz: Don Jaime.

Anguita: Don Jaime, buenos días.

Comisario Muñoz: Buenos días.

Anguita: Don Jaime...

Comisario Muñoz: ¿Dónde está usted?

Anguita: En la casa de Patricio.

Comisario Muñoz: ¿Por qué no se viene pa' acá, don Jaime, pa' hacer una declaración cortita? Nosotros le vamos a dar las indicaciones para lo que viene ahora.

Anguita: Ah, ya. Lo que pasa es que el abogado me dijo que él me acompañaba a las diez de la mañana.

Comisario Muñoz: No, mientras antes mejor, porque sabe que la autopsia se hizo, se va a hacer en Temuco. Así que allí conversar con el... a qué hora se terminó pa' estar en contacto pa' allá, y otra cosa, cómo lo va a trasladar el (Servicio) Médico Legal o un... lo van a trasladar una carroza fúnebre. Pero por eso es conveniente que venga pa' coordinar eso y nosotros le contestemos. No es nada más allá de... Bueno, tomar la declaración también, cortito, de lo que ocurrió ayer y ahí quedamos en condiciones pa' que usted coordine con el fiscal lo demás. ¿Ya?

Anguita: Ya, oka. Le voy a pedir que venga, si Dios quiere, cuanto antes.

Comisario: Claro, lo antes posible, si es al tiro mejor todavía. Ahora si él se incorpora después, no importa. Si es la declaración, nomás. Si hubiera algo ya lo estaríamos nosotros yéndolo a buscar, poh, don Jaime. Si es pa' eso lo que estoy diciendo ya.

Anguita: Okey, ya.

Comisario Muñoz: Ya, don Jaime, listo.

Anguita: Ya, hasta luego.

Comisario: Ya, chao.

Relajado, Anguita llamó a su abogado para contarle que estaba partiendo a la comisaría.

Llamada 2388

Abogado: Jaime, ¿qué pasó?

Anguita: Jorge, me piden que lo haga cuanto antes. Me dicen que es una declaración cortita, que tiene que ver con el traslado también del cuerpo...

Abogado: Jaime, a las diez de la mañana. Tú no estás presionado para nada, yo tengo tranquilidad y tengo que estar en el juzgado de garantía porque detuvieron a un cliente por otra cosa. Y si ellos quieren ejercer otro tipo de acción que lo hagan.

Anguita: Pero...

Abogado: ¡Jaime!

Anguita: ¿Sí?

Abogado: ¡Jai-me! Diez de la mañana. Órdenes estrictamente mías.

Así que Anguita obedeció. Y volvió a ser malinterpretado: si no quería ir solo, algo habrá hecho. Esa frase lo persiguió por siete años: alguien sin antecedentes, con los papeles limpios, sin un solo testigo que diga que vio maltratar a su mujer, pero algo habrá hecho.

Tras salir de la policía, un amigo, que venía saliendo de la casa de los Haeger, llamó a Anguita.

Llamada 2456.

Amigo: Y bueno, todo lo que dicen yo espero que no sea verdad. Yo no lo creo.

Anguita: ¿Qué te dicen?

Amigo: Que dicen que tú fuiste, todo apunta hacia ti.

A: Yo, yo ...

Anguita se toma unos segundos.

Anguita: Todo lo que he dicho ha sido verdad.

XXIV
No era malo

Si la más humilde de mis metas para este invierno en el sur era no interferir ni siquiera un poco en los engranajes de esta historia, hasta en eso he fallado. Clancy Pérez camina por el centro de Puerto Montt. La sigue un joven, unos pasos detrás. Cuando llega, la saludo y le digo:

–Te estuve esperando tres horas afuera del supermercado el otro día.

Clancy mira a su acompañante: es su hermano Alexis, también hijo del sicario. Trata de hablar en voz baja.

–Es que tuve un problema ese día.

Me cuenta después que estuvo a punto de salir a encontrarme cuando su pololo le tomó el teléfono y vio que se estaba mandando mensajes con un extraño. Por si estás perdido, el extraño vendría a ser yo. Los mensajes eran del tipo:

Clancy ya llegué.

Es en el Líder, no cierto?

Vienes?

Por lo menos avísame para no esperar más.

Bueno, eso y una decena de llamadas perdidas. Clancy me dice que su pololo se lo tomó mal, no le creyó que era un encuentro para hablar de su papá y, bueno, se puso violento.

La miro bien, para ver si tiene moretones o alguna marca del episodio.

–Pero ya estoy bien –me dice–. ¿Vamos?

Los tres cruzamos la plaza de Puerto Montt, buscando donde sentarnos. Clancy es la familiar del sicario que más ha ido al juicio. Se sienta siempre atrás, en el lado derecho, pero en distintas filas que el clan de Anguita: ni cuando están acusados de conspirar para cometer un homicidio los ricos y los pobres se mezclan en Chile.

La última vez Clancy llegó con una guagua en los brazos, su guagua, un nieto del sicario que nació con él ya preso. Al final de la jornada lo acercó al vidrio para que el abuelo pudiese verlo más de cerca. Ahí el sicario le sonrió, con los ojos iluminados, tiernos.

Les digo que todavía no entiendo a su papá: de mirarlo no parece ser el tipo de persona que pueda, calculadamente, matar a otra con sus manos. Me dice que ellos también están confundidos. Su hermano habla por primera vez.

–Yo no creo que lo haya hecho, no era malo con nosotros.

Les cuento que la semana pasada salió un extenso reportaje sobre la vida de su papá en la revista *Paula*. No tenían idea, solo ven tele. Se los empiezo a leer en voz alta:

-"Las últimas huella del caso Haeger" se llama –les digo.

Ambos se ven muy interesados.

Párrafo 1: José Heriberto Pérez Mancilla es el quinto de siete hermanos. Nació en el sector Línea Errázuriz en el campo de Puerto Varas porque su padre trabajaba como inquilino en el fundo de Friedelen Werner. Dejó la escuela en quinto básico y después trabajó en ese fundo como cosechador de trigo y alimentando ganado.

–Mentira, mi papá no tiene quinto básico, tiene tercero básico. Mi mami tiene quinto.

Párrafo 2: En 1980, luego de vender unas tierras en Los Muermos, sus padres se fueron a la población Manuel Rodríguez de Puerto Montt. Según recuerdan sus hermanas, los Pérez nunca fueron unidos. Vivían pobremente. Hubo peleas hasta por comida y algunas hijas partieron a criarse con unas tías por la falta de recursos. José tenía más cercanía con su hermano Dagoberto.

–¿Dagoberto? No tenemos ningún tío Dagoberto. ¿No será el tío Gerardo?

Párrafo 3: Ambos eran conocidos en el barrio por sus peleas a cuchillo y sus riñas en los pool.

–Sí, es el tío Gerardo.

Párrafo 4: Cuando tenía 19 años, en 1986, José se fue a vivir solo a Ancud, Chiloé. Ahí conoció a su primera mujer, Clara Ruiz, con quien tuvo dos hijas, Alejandra y Clancy; mucho después tuvo dos hijos varones, Camilo y Alexis.

–Nosotros, poh.

Párrafo 6: Su hija Clancy contaba –según relata una testigo citada al tribunal– que su padre era violento. Cuando se portaban mal, en la escuela, por ejemplo, usaba como castigo meterles la cabeza al WC o encerrarlas en el baño.

–¿Quién dice eso? Sí, una vez me lo hizo. Él siempre tuvo una manera de contar hasta tres. Uno ya sabía que a la tercera vez nos iban a pegar. Así que a la segunda lo hacíamos. Llegaba mirando si había polvo. Si había, nos sacaba la cresta.

Párrafo 7: También tenía reacciones agresivas con su mujer. Su hija Clancy le relató al abogado querellante de la familia Haeger, Sergio Coronado, dos episodios que reflejan la metódica violencia de su padre. Clancy contó –afirma Coronado– que hace unos 12 años su padre calentó durante horas un fondo con agua sobre la cocina a leña. "Le preguntábamos para qué era y él decía: 'No se preocupen, manténgala calientita nomás'. Pasaba y le echaba otro palito a la estufa. Por horas". Hasta que la mujer, Clara Ruiz, llegó: calmadamente le vertió encima el agua hirviendo.

–Yo nunca he hablado con ese caballero. Con raja lo he visto arriba en el juicio. Tendría quemaduras mi mami y no tiene.

Párrafo 9: El episodio no llegó a denunciarse porque, según Clancy, él la amenazaba con un hacha. O le decía que ella sería la número 40 que mataría.

–Mentira, nunca pasó, nunca dije eso.

Párrafo 10: Según datos que aporta el abogado Coronado, Clancy relató otro episodio violento: "En otra ocasión mi padre se escondió en el entretecho. Esperando que mi madre pasara por debajo para dejarle caer un nudo corredizo (una horca) en el cuello (…), tenía tanta fuerza que la colgó en el aire y la asfixió, pero ella alcanzó a zafarse. Quería simular un suicidio".

–Nunca he dicho eso. Qué raro; ni sabía de esa historia. ¿Cómo publican esas hueás? La cagan los periodistas.

Párrafo 12: Clancy usa el adjetivo arrojado para describir a su padre en entrevista con Coronado. Ahí mismo, ante la pregunta del abogado si creía que podría haber matado a alguien por dinero, ella respondió: "Demás que sí".

–Pero si no he hablado con ese caballero.

Párrafo 26: En Las Cascadas, Katherine, la hija de su nueva pareja Flor Villegas lo denunció por intento de violación, según relató la misma Flor al fiscal, lo que nunca fue aclarado. José se quedó viviendo solo. En marzo regresó a Puerto Montt a casa de su hija Alejandra en Las Quemas.

–En Las Camelias, poh, no en Las Quemas.

Párrafo 47: Su hija Clancy, declaró que le dio el anillo de oro que le regaló su padre al consumidor y traficante Carlos Calixto Zamora, alias "El Huevo". Este lo llevó a su prima "La Coya", quien leyó en el interior un grabado relacionado con la familia Haeger. Tras eso, supuestamente lo arrojó en un cerro. El anillo nunca fue encontrado.

–La Cayo se llama, no la Coya. Y ese anillo no lo botaron, si en esa familia son secos pa las joyas. Tiene que estar por ahí. Esa hueona no va a dejar que boten un anillo de oro, seguro.

Párrafo 52: De ser considerado culpable de robo con homicidio, Pérez arriesga 10 años de cárcel. Y si se prueba la promesa remuneratoria, arriesga 17.

–Si le dan más de 15 nos dijo ya que se va a matar.

El cúmulo de imprecisiones los deja nerviosos.

–¿Eso piensan en Santiago de nosotros?

Le digo que no sé, que quizás poca gente leyó el reportaje y lo realmente importante es lo que ellos piensan de su papá: ¿pudo haber hecho lo que dicen que hizo?

–Yo creo que no –dice Clancy–, pero su abogado me dice: créele. Él fue.

–No era malo –repite su hermano.

–¿Cómo fue? –le pregunto.

–Cuando éramos chicos, nos llevaba para Chiloé. Pescaba los bolsos con ropa y nos llevaba a la casa de la abuela. Pasaba un camión vendiendo tres helados en mil y nos poníamos a comer helados.

Me cuentan un repaso rápido de su vida con él y sigue sin sonar bien: en la infancia casi ni lo vieron. El sicario pasaba viajando de obra en obra y ellos se quedaban en la casa con su mamá. Ambos tuvieron adolescencias duras, con consumo de drogas, lo que le hacía saltar los tapones a su papá. Vivieron además la separación con su mamá, entre gritos, golpes, ataques de celos e intentos de suicidio.

–Pero nos llamaba todos los cumpleaños por teléfono, en la mañana, a las ocho.

Helados y llamadas: curioso cómo opera la memoria. ¿Te acuerdas que te conté que nadie dejó por escrito el momento exacto en que el sicario se quebró y confesó el crimen a los policías? Clancy sabe y lo cuenta bien entretenido.

–Yo estaba viviendo con mi papá, con su pareja y mi pareja. El día que llegaron los de la PDI, yo estaba en el Líder, comprando. De repente me llamaron al teléfono. Me dijeron: Hola, Clancy, cómo estái. Bien, y tú cómo estái, le digo yo. ¿A dónde estái?, me dijeron. En el Líder, dije yo. Después el del teléfono me dijo: ¿Tú sabís con quién estái hablando? Y le dije: No, poh, ¿con quién? Porque de verdad no sabía con quién estaba hablando, creía que podía ser un

tío, pero no estaba segura. Hablái con Investigaciones, me dijo. Y yo le dije: ¿Me estái hueveando? No, es en serio, me dijo. Y me dijo: Si querís te paso a tu papá, lo tengo acá al lado. Estaban ya en mi casa. Así que partí para allá, pero no alcanzo ni a llegar a la esquina cuando un PDI me pescó en la calle y me empezó a hacer preguntas. Era bien cariñoso, atento. Me llevó a un local de máquinas donde yo juego siempre. Me invitó una bebida y empezó: ¿Tú sabís por qué estamos acá? Ni idea, no sé nada, le dije. Ya, pero te imaginai, me dijo él. No, ni idea, le dije. Y ahí me dijo que era por el caso de esta mujer Haeger. Yo dije: Ahhhhhhhh. Y me dijo: Tu papi ya reconoció todo. Y ahí caí y le empecé a contar de a poquito: que había visto la cámara, que me había dado el anillo y que yo lo había regalado. Partimos a la casa del gallo al que se lo había regalado, pero ya no lo tenía. Después nos fuimos para la casa y cuando entro veo que estaban revisando todo y mi papi estaba sentado con otros PDI. Yo me quedé mirando a mi papi y ahí mi PDI me dijo: Cuéntale a tu papá lo que me contaste recién. Y mi papi me dijo: ¿Qué le dijiste? Yo le dije lo que tú nos contaste al principio. Y me quedó mirando con cara de que la había cagado.

–¿La cagaste?

–Sipo, la cagué parece. Después supe que mis hermanas no habían dicho nada todavía y mi papi tampoco.

Le digo que hay algo que no entiendo: si su papá le había contado a medio mundo que había participado en el asesinato, le había entregado a ellos las cosas de la casa de los Haeger, ¿por qué no creían que él era el culpable? ¿Por qué alguien estaría confesando un crimen que no cometió?

–Porque es rementiroso, siempre lo ha sido. Pasaba inventando historias –dice Alexis. No está dispuesto a nuevas teorías.

–¿Qué historias?

–No sé, tonteras. Se subía en el entretecho y empezaba a hacer ruidos, como que había fantasmas en las paredes. Y nos hacía dormir en el piso de la cocina, por el susto que nos echaba él.

Les digo que más que una mentira suena a una broma, bordeando la

crueldad.

–No, si no era malo con nosotros –me insiste Alexis–. ¿Qué más necesita saber?

Llevo una hora y media con ellos, almuerzo y postre. Reviso en un cuaderno la lista de cabos sueltos de la biografía del sicario. La cierra la atención hospitalaria por un corte en el estómago, de lo que no encontré ningún dato concreto más en su expediente.

–Ahhhhh, dice Clancy –parece dudar si contarme o no–. Fue una celebración familiar.

Te imaginarás mi cara.

–Y fue mi culpa. Mi papi y el tío Sebastián estaban tomando y mi tío sin querer me pisó el pie. Yo me puse a llorar, era chiquitita. Entonces se pusieron a discutir por el pisotón y terminaron peleando a combos en el patio. Mi papá le voló un diente a mi tío y cuando se estaba entrando a la casa mi tío sacó una cortapluma y se la enterró en la guata. Mi papá se hizo el choro: de porfiado se sacó la cortapluma y se fue a reposar a la cama. Después empezó a sentirse helado y partió a atenderse. Pero no fue nada grave, fue un carrete de curados no más.

Lo sé, no me digas nada.

Les insisto: cada cosa que me cuentan parece apuntar más a la culpabilidad de su papá que a su inocencia. Alexis sigue viéndolo distinto.

–Yo creo que lo obligaron a echarse la culpa.

–¿Quién? –le pregunto.

–No sé, Anguita.

–Pero si Anguita lo hubiese obligado, no diría que él le pagó para que matara a su esposa.

–A lo mejor fue para protegernos a nosotros.

–Pero si hubiese querido dejarlos al margen, no les hubiese contado todas las veces que les contó.

Clancy interviene.

–Sipo, si no tenía nada que ver, ¿para qué nos andaba contando que sí tenía que ver?

Alexis ya no dice nada.

–¿A ustedes nunca les ha admitido lo que hizo tras confesarle el crimen a los policías?

–No, no nos habla de eso –me dice Clancy–. La primera vez que lo fuimos a ver preso, no nos quiso decir. Nos abrazó no más.

Alexis dice:

–A mí me dijo que se cruzó un día con Anguita adentro. Él le dijo: ¿cómo está, don Heriberto? Mi papi le dijo: ¿Cómo voy a estar, po? Eso no más, ¿igual raro?

Sinceramente ya no sé.

–Es raro Anguita, lo encuentro cínico –dice Clancy.

Y después cuenta una anécdota, que dejo a tu criterio calificar.

–Estaba enrolándome para entrar a ver a mi papá y había un señor que se estaba enrolando para ver a Anguita. Yo ya lo había visto un par de veces antes. Y esta persona me dice que tiene un recado de Anguita. Me dice: No digai ninguna cuestión más, no hables con nadie, no cuentes nada, si dices algo te vamos a mandar a hacer algo.

Alexis mira a su hermana. Ella le dice:

–Puta, me asusté igual.

XXV
Suerte mañana

La persona al otra lado del teléfono me hace jurar varias veces seguidas que no le contaré a nadie, pero acá estoy contándote. Son las 11 de la noche, en nueve horas más los jueces liberan la sentencia y esto escucho al otro lado de la línea.

–Siguen deliberando. Van a absolver a Anguita, falta que se convenza totalmente el tercer juez.

Me choca escucharlo: en este mismo minuto, en un living, con galletitas y café en la mesa, tres personas están decidiendo sobre la vida de otros. Los jueces son los zurcidores del entramado judicial; uno no quiere imaginárselos de civil, comiendo cabritas en el cine o curados en un bar, cosas que de seguro deben hacer: les tenemos encargado algo tan delicado que es mejor no ver esas costuras.

–¿Cómo sabes? –le pregunto.

–Bah, te estoy diciendo: está absuelto.

Adelantar un fallo judicial es como tratar de adivinar el resultado de un partido de fútbol: es posible acertar, en base a la información que hay, pero también es posible hacer el loco épicamente.

Le escribo a Carlos Gajardo, que está en Santiago y que debe ser el fiscal más famoso de Chile, gracias a unas investigaciones que lideró sobre corrupción: pagos de empresas a políticos. Lo he entrevistado un par de veces, me cae bien, es entretenido, pero no lo contacto por ninguna de esas razones: hace seis años él estuvo a cargo del único caso medianamente parecido en el país. María del Pilar Pérez, “la Quintrala”, fue acusada de contratar a un sicario para matar a su ex esposo y su pareja –un hombre– y, tras eso, darle un segundo trabajo: deshacerse de toda su familia, para tomar control de un patrimonio en disputa. Ese último encargo terminó mal, porque ese sicario, casi tan torpe como este, se puso a forcejear en pleno

Providencia y terminó disparándole, con testigos, a un joven que intentaba defender a las víctimas.

Esa vez Gajardo logró condenar a "la Quintrala". Y me dice que él cree que mañana también van a condenar a Anguita.

"Son casos bien parecidos. Son peludos los casos con sicario, no hay mucha experiencia acá, afortunadamente".

"Pero ustedes tenían ese plano. Acá no hay nada concreto que una al sicario con Anguita", le escribo de vuelta.

Recuerdo haberlo visto en TV: la prueba estrella esa vez era un plano de un departamento, que "la Quintrala" le entregó al sicario, para que supiera moverse en el lugar al momento de los asesinatos.

"No, esa prueba nunca llegó a juicio".

"¿Y entonces?"

"Te mando el fallo".

Cinco minutos después tengo en mi correo un documento de 877 páginas. Dime enfermo, pero es una lectura estimulante. Y efectivamente, no hubo ahí una sola prueba indesmentible que permitiera acreditar el encargo criminal –se me pega rápido el lenguaje leguleyo–, pero aun así hubo condena.

Gajardo basó su estrategia en recolectar una serie de pruebas indiciarias, para mostrar que, pese a no tener prueba científica, la solución que él les proponía a los jueces era la única solución lógica para esas tres muertes.

1-La Quintrala tenía un móvil para haber encargado las muertes.

(Anguita también: el miedo a perder su fuerza vital, sus hijas)

2- El sicario, en cambio, no tenía razones para cometer los asesinatos.

(Nuestro sicario tampoco)

3- Pese a que no testificó en el juicio, el sicario sí confesó los crímenes a la policía.

(Idéntico)

4-Había tráfico de teléfono entre "la Quintrala" y el sicario.

(Acá también)

5- El sicario tenía información precisa sobre el lugar donde ocurrieron los crímenes.

(Calcado)

Y sería: dos presidios perpetuos calificados.

Voy al final del documento, donde los jueces, con galletitas y café, justificaron su decisión y casi todo se basa en la credibilidad de la confesión del sicario, además de un par de testimonios perimetrales, como un testigo de oídas que aseguraba que la Quintrala andaba consultando dónde se podía encontrar un sicario confiable.

Así que quizás lo que me dicen al teléfono está mal, y habrá condena. Si Chile no estaba preparado para ver a "la Quintrala" caminando por Providencia, quizás tampoco lo esté ahora para ver a Anguita libre.

Son casi las 12 y preparo, como un colegial, la ropa para mañana. Aunque me durmiera de inmediato, cosa que no haré, dormiría poco. Quizás lo mejor sea pasar de largo, tomarle el pulso a este final. Estoy casi nostálgico –¿te acuerdas lo enojado que estaba cuando empecé estas notas? El juicio me drenó la energía, pero al menos se llevó también la rabia– y aprovecho el impulso: les voy a escribir a todos los abogados involucrados, que, te apuesto, tampoco dormirán. No quiero que se me noten los favoritismos, así que será un mensaje zalamero, claro, pero neutro, imparcial, despersonalizado: que a todos les llegue lo mismo. Después de cinco minutos de deliberación, este ganó:

Suerte mañana (aquí va el remitente). Fui testigo de todo el trabajo que hay detrás.

El fiscal fue el primero en responder, muy en su estilo: un deslavado “gracias”.

Coronado, unos minutos después. “Ojalá nos vaya bien. Apuesto por un 2-1”. No quise matarle la ilusión.

Los abogados de Anguita fueron los últimos. Me envían un “gracias”. Les pregunto si están viendo *Cuestión de honor*. Se ríen y mandan de vuelta la foto de un vaso de piscola, con el interior del casino de Puerto Varas de fondo.

XXVI
La risa de los pájaros

Por fin les gané a los pájaros: hoy fue el teléfono el que me despertó a las 4:30 y cuando, 45 minutos después, salí para subirme al auto aún no empezaban esos pesadillescos sonidos con los que parten mis días hace dos meses. Miré hacia la copa del árbol y creí verlos ahí, unas sombras inmóviles, aferrados a unas ramas. ¿Cómo duermen los pájaros? ¿Por qué no se caen? Me di el gusto: con el motor andando, toqué la bocina, justo antes de partir hacia Puerto Montt. Me gusta pensar que algo se movió allá arriba.

Entonces, heme aquí, antes de las seis de la mañana, a punto de tocar el timbre de la casa de Dora Lisa, ubicada en el barrio industrial: habíamos quedado de tomar desayuno e irnos juntos al tribunal a escuchar el fallo del juicio. Ella abre la puerta, ya arreglada, pintada, con un chaleco rojo que combina con sus uñas. Calculo que debió despertarse a las tres de la mañana, para tener todo listo.

Su casa es de madera, limpia, como una cabaña, de esas que tienen el refrigerador en el living. En la mesa hay pan amasado, café y una mermelada que ella misma hizo. En la radio suena una tonada chilota. Dora Lisa me dice que de los nervios casi no durmió: ayer vino su hijo a verla un rato y después mató la noche viendo un partido de Arturo Vidal.

–Hay que irse temprano, la sala va a estar llena –dice.

Tengo que darle una noticia, no sé si vaya a gustarle.

Si Dora Lisa va a tribunales todos los días como quien va al cine, hoy sería el equivalente a la entrega de los Oscar, la celebración que la da sentido a su rutina, que la pone en perspectiva. Hoy un hombre malo recibirá su merecido.

–¿Segura?

–Segura, segura.

–¿Y que no haya pruebas concretas, científicas que lo liguen le da lo mismo?

–Sipo, hay veces que da lo mismo eso.

OK.

–Las pruebas no son tan contundentes, pero, de las máximas de la experiencia, el fallo es condenatorio –dice.

Las "máximas de la experiencia". La frase se le tiene que haber pegado, porque el fiscal la repite al menos cuatro veces por jornada. A mí también se me pegó, pero tengo problemas en adaptarla en el uso diario: ¿las máximas de la experiencia dicen que tocar la bocina a las 5 de la mañana podría molestar a los vecinos? ¿Las máximas de la experiencia recomiendan estar tomando desayuno antes del amanecer en la casa de una señora que casi no conoces? Dora Lisa, mientras enmantequilla su pan, me dice que ha estado pensando mucho desde la última vez que hablamos largo del caso y que finalmente me puede armar una verdad definitiva sobre lo que pasó el 29 de junio de 2010 y, como quiere que quede registro antes de escuchar lo que dicen los jueces, va a decírmela. Yo ya sé cómo terminan estos hilos: ella furiosa conmigo y yo con una sentida desorientación vocacional.

–Esa mañana se despertaron. Acuérdate que ella iba a dejar a las niñas al colegio, pero ese día fue él. Se bañaron, tomaron desayuno y él se ofreció. No pasó después a la casa, y decía que se lamentaba que no iba a poder mirar una teleserie, de a dónde la vio, la teleserie la estaba armando él.

Se vino a Puerto Montt con la premeditación hecha. Hizo el show frente a la ejecutiva de cuentas del banco, al poner el fono en altavoz. En su ignorancia, él creía que ese testigo lo iba a salvar. Él se jura inteligente, pero no es inteligente, lo que tiene es una mente asesina, no es tan inteligente.

Él se dio el lujo de no volver a su casa apenas le avisaron. Independiente de que no ames a tu mujer, es la madre de tus hijas y

él andaba en vehículo. ¿Qué le costaba agarrar el auto y llegar al tiro? Entre tanto en la casa, alguien que conocía a la Viviana, de toda su confianza, le tocó el citófono: Hola, Viviana, cómo estái. Ahí la engañaron para que saliera tranquilamente.

Porque no estuvo los 42 días ahí, la sacaron. El sicario nada que ver, entró al final. Mira, ahora que te lo hablo, me empieza a dar mucha pena. La amarraron y en otro lugar le sacaron las amarras.

Entonces le pregunto:

–¿Cómo nadie vio cuando la sacaron y la metieron?

–Oye que me das rabia. ¿Tú crees que a las cuatro de la mañana, cuando la gente duerme a pata suelta, van a estar mirando? Si la hubieran querido matar ese día, el sicario lleva un cuchillo, alguna pistola, algo.

–¿Pero por qué, si el plan era matarla, no hacerlo al tiro?

–Porque eso no era lo que tenían planificado, poh.

–Ya, pero si la sacaron de ahí, ¿por qué no hacer desaparecer el cuerpo, para qué devolverlo?

–Porque aún no existe un crimen perfecto.

Quizás sea momento de parar el tema acá: no la quiero exaltada cuando tenga que escuchar esto.

–Dora Lisa, no se vaya a enojar, pero antes de ir a tribunales tenemos que pasar a buscar a alguien…

El asunto fue así. Ayer en la noche me llamó Clancy, que no se había aparecido los últimos días en la sala. Lo pensé bastante antes de contestar: quizás su pololo quería finalmente hablar con el "extraño" que le mandaba mensajes a su mujer. Contesté a la segunda llamada. Y era ella: quería ir a la lectura del fallo, pero no tenía plata para la locomoción.

–… a la hija del sicario.

Dora Lisa es apasionada en la lucha contra el crimen. No sé si juntarla en un auto con la hija de un sicario confeso sea buena idea. Quizás se indigne.

–Pero qué bueno, ¿a dónde hay que recogerla? Saca más pan.

–No, estoy lleno.

–Se dice “estoy satisfecho”.

Dora Lisa recoge la mesa. Aprovecho que está ocupada en algo para preguntarle por otro tema delicado.

–¿Quién te contó eso? –me pregunta.

Lo que me contaron es que Dora Lisa está enamorada de un juez de Puerto Montt, el de la sala de al lado del juicio Haeger.

-Yapo, ¿quién te lo contó?

Me lo contaron varias personas: Dora Lisa se sienta atrás y le hace ojitos, hace ya hace cinco años. Entre audiencia y audiencia confundió su amor a la justicia por el amor a quien la imparte.

-Sí, es verdad. Y él también está enamorado mío, pero no estamos apurados. No tengo problemas en esperar.

Me contaron otra cosa: el juez está casado, tiene familia.

-¿Esperar a qué?

-A que se atreva a irse conmigo.

Ya no sé cuándo habla en serio y cuándo no.

Salimos a la calle. Recién está amaneciendo. Dora Lisa no me dice nada concreto, pero me doy cuenta de que mi auto la decepciona, quizás se imaginaba una entrada más glamorosa al tribunal en el gran día.

–Lo ocupo para ir de un lado a otro no más. No me interesan los autos –le digo.

–Pero una limpiadita que sea –me responde–. Dobla acá.

Nos estacionamos cerca de una rotonda, a esperar que llegue Clancy. Le digo a Dora Lisa que tenga cuidado con sus teorías, sobre todo las que incluyan al sicario, mal que mal es su hija.

–Ella es.

Clancy cruza la calle y se sube al auto. Apenas se acomoda, Dora Lisa le abre un interrogatorio: dónde nació, en qué calle vive, cuántos hijos tiene, en qué trabaja. Cumplió: dejó al sicario afuera. Clancy le responde respetuosamente, pero agrega algo que no le preguntaron: luego de otro episodio de violencia, terminó ayer con su pololo. Las pupilas de Dora Lisa se dilatan y gira la cabeza hacia el asiento trasero, sin casi mover el tronco, en una maniobra que da cuenta de una flexibilidad que me sorprende. Le dice que no puede dejar que ningún hombre le pegue, ni aunque sea el papá de su hijo, nadie. Clancy duda un minuto y le dice que todavía quiere a su pololo. Si su idea era evitar un sermón, eligió muy mal el contraargumento.

–¿Cómo vai a querer a alguien que te aforra? Tú tenís que mandarlo a la cresta, estar tranquila, concéntrate en cuidar a tus hijos, a tu familia…

A Dora Lisa se le está pasando por alto que vamos a escuchar la sentencia de su papá por homicidio.

–… y solo va a llegar después alguien, eso va a pasar. Mírame a mí, por ejemplo. Hay un juez allá en tribunales…

Acá vamos.

–… y él está casado ahora, ¿tú creís que me importa? No me importa nada, porque sé que va a llegar el momento en que se va a dar cuenta que él también me quiere y nos vamos a vivir juntos. ¿Pero tú creís que aunque yo lo ame voy a dejar que me ponga la mano encima? Nopo.

Si me hubieses preguntado cómo me imaginaba el día del fallo hace tres meses, esta escena no cabía en mi imaginación.

Llegamos al tribunal poco antes de las ocho. El lugar ya está repleto y tengo que estacionarme varias cuadras antes. La sala, igual de llena. Me acomodo en la penúltima fila, en el lado de los acusados, en el único espacio disponible en la fila reservada a los medios: la nuca de Anguita nunca estuvo tan lejos.

Dora Lisa se encuentra con unas amigas, otras señoras que vinieron a comerse la torta, pero que no ayudaron a cocinarla. Se apretujan todas en el último asiento. Dora Lisa saca un libro y empieza a leer, para matar el tiempo y para evitar la mirada de los guardias.

El ambiente es rarísimo, una mezcla de excitación y anticipación, que se nutre de los dos tipos de personas que están en la sala: los que vinieron voluntariamente y los que preferirían estar en cualquier otra parte a esta hora; los voyeristas y los protagonistas. Los ternos de los abogados están más planchados que nunca, aprovechan los pocos metros de pasarela que van desde la entrada hasta el vidrio que los separa de nosotros. Conozco a buena parte de la asistencia: los Haeger, los Anguita, el reportero de *El Llanquihue*, el equipo de Coronado, el abogado bien enterado y el resto de la gente con la que he convivido estos meses.

Vivian entra cuando quedan pocos minutos para que comience la audiencia. Al verla me acuerdo de algo que su abogado dijo ayer en su alegato de clausura, pero que, según me cuentan, fue un detalle que se le ocurrió a ella misma: ese día en la mañana, el 29 de junio de 2010, el sicario llevaba una mochila en la espalda, según él mismo contó. Nadie lo había mencionado en el juicio y yo, la verdad, tampoco me había detenido a pensarlo: ya se me hace imposible distinguir lo importante de lo anecdótico: ¿llevó una mochila para robarse cosas desde el Parque Stocker? O sea: ¿fue a robar y no a matar? Pero, si tenía más espacio en la mochila, ¿por qué no sacó el resto de las cosas de valor? ¿Por qué no llevó una mochila más grande? ¿Y si tomó la que estaba a mano en su casa? ¿Y si tenía prestada a un vecino la más grande? ¿Y si tenía pensado, no sé, pasar a comprar algo después? ¿Y si pensaba viajar tras el asesinato? Unas vacaciones post homicidio, para relajarse. Busco a Clancy para preguntarle, pero cuando me doy vuelta, veo a Dora Lisa discutiendo con un guardia: ella y sus amigas tienen que salir, para dejarle espacio a los familiares y conocidos de los

intervinientes. Dora Lisa me mira pidiendo ayuda, pero la niego y me encojo de hombros. ¿Qué harías tú? ¿Sentarla en tus rodillas? Dora Lisa se para molesta, pero se estaciona aferrada al marco de la puerta de entrada. Después de un rato el guardia se cansa: Dora Lisa no se va a perder esto.

La jueza abre el micrófono. Llegó el momento: 42 días de desaparición, trece detectives sancionados, dos equipos de investigadores, tres fiscales, siete años sin respuestas.

–Muy buenos días.

Luego, cuando todos esperan escuchar si Jaime Anguita va o no a la cárcel, la jueza dice, en lenguaje leguleyo, que antes de la lectura del veredicto, quiere darles la posibilidad a los intervinientes de discutir una posible recalificación del delito que se va a juzgar: robo con homicidio.

También las Litis tienen sus estrellas.

Listo, esto es: Anguita saldrá libre, el sicario se irá preso, pero nadie en la sala parece entenderlo, es un anticlímax formidable. Me doy vuelta para mirar a Dora Lisa: sonríe aún feliz; un bañista en la playa antes del tsunami. ¿Qué hacer? ¿Darle yo la mala noticia y verle la cara mientras su mundo cae en pedazos o dejarla en su fantasía unos minutos más? Le digo: se lo debo.

–Lo van a absolver.

Me desprecia con un movimiento de brazo.

–Nada que ver.

Debaten un poco más los abogados perdedores: el fiscal y Coronado. Manotazos de ahogados, de abogados en este caso. La mochila sale al ruedo: fue al parecer un elemento central.

Quince minutos después, un juez lee el veredicto. El Estado de Chile, tras desplegar a varias de sus instituciones, me dice lo siguiente: que el sicario –le voy a seguir diciendo así. Interprétalo como quieras– fue el 29 de junio de 2010 al Parque Stocker a robar, con “ánimo de lucro”. Ya allá, se encontró con Viviana Haeger

saliendo a hacer trámites. En lugar de posponer el robo unas horas, o incluso unos días, decidió proseguir igual, pero, ya que estaba en eso, agregarle un homicidio y un ocultamiento de cuerpo. Y teniendo a su disposición la casa completa, la que conocía en detalle, decidió llevarse apenas una cámara y una caja que tenía un anillo, a los que les sacó, en total, siendo generoso, 50 mil pesos, lo que, bajo su tren de gastos y diversión, bien podría alcanzarle para cuatro días y tres noches.

Ni siquiera eso: la intervención del juez no menciona la llamada desde el cibercafé. Supongamos que creen que efectivamente la hizo el sicario: después de robarle su casa, matar por accidente a su esposa, ¿el sicario buscó un teléfono difícil de rastrear para llamar al marido de la víctima? ¿A un marido inocente que no sabía nada? ¿Hay algo más estúpido en la historial criminal chilena? Ponte a buscar.

Ni siquiera eso: si no fue el sicario quien hizo la llamada, ¿quién fue? Y, ¿lo perseguiremos? En el fondo los jueces me piden lo mismo que me pidió Anguita en el living de su casa, justo antes de que yo pensara que me iba a asesinar: aceptar que ese tipo de casualidades existe; que la misma mañana que alguien mataba a su mujer, él recibió una broma telefónica al azar.

El juez termina diciendo que la colaboración del propio sicario fue fundamental para condenarlo: mucho de lo que dijo se condecía con las pruebas y declaraciones posteriores y anteriores. O sea, él dice haber cometido el crimen y nosotros le creemos y damos por establecidas cosas solo por su testimonio. La mochila, por ejemplo: es parte del proceso porque él la mencionó. El sicario es fiable para la reconstrucción, confiamos en eso para asegurar que Vivian Haeger murió de rodillas. Yo lo escribo confiado: murió de rodillas. Su palabra se transformó en un hecho de la causa. Pero no le creemos en todo. Si un esposo, en vez de quedarse hasta tarde en la oficina, como le dice a su esposa, se junta con su amante: ¿sigue siendo creíble para ella? Al menos mientras no lo descubran. Pero ya descubierto, ¿lo sigue siendo? Si confiesa haber estado ahí, a esa hora, pero dice que realmente su amante es su prima que necesitaba un lugar donde dormir y él le consiguió una pieza en un motel. ¿Le creemos? ¿Dividimos su relato en dos partes? Y si le dice a su

esposa que realmente la ama, que no quiere perder a su familia, ¿es verdad? Cuando el juez dice que el sicario es confiable respecto de su participación en el asesinato, pero miente, sin ningún beneficio real y concreto para él, respecto a la participación de Anguita, transforma todo casi en un asunto de fe. Si descubres que yo te miento en estos informes, ¿leerías los próximos? Si el sicario mintió en lo que dijo que hizo con la plata que le dio Anguita, ¿no correspondería suponer que pudo mentir también en el resto? Entonces dejémoslo libre. Y si dijo la verdad en el resto, ¿no se debe suponer que dijo la verdad en lo de Anguita?

Dora Lisa no se ve blanca, se ve verde, en una experiencia, diría, extracorporal: está ahí aferrada al marco de la puerta, pero realmente no está. Un tumulto de gente le pasa por el lado, entre gritos, celebraciones, despachos. Afuera de la sala se escuchan los gritos de sus amigas, que ya pasaron a las consignas para las cámaras: “Asesino, asesino, asesino”.

Uno de los abogados de Anguita pasa a centímetros de Dora Lisa, con un teléfono en la mano, gritando:

–¡Ganamos, conchatumadre! ¡Ganamos!

Los Haeger siguen en sus asientos: no lloran, no gritan, no reclaman. Llevo mucho tiempo rondando la desgracia ajena, la quebradura irreparable de vidas, pero no recuerdo una imagen tan impactante. La mejor forma de describírtelo, creo, es esta: parecen quince años más viejos que hace una hora atrás.

Afuera del tribunal, decenas de periodistas y camarógrafos transmiten en directo para los matinales. Supongo que también es un cierre para ellos: resuelto este “puzzle policial” –qué concepto poco preciso: todos los puzzles eventualmente se completan, si no es por un jugador, por otro–, pasarán al siguiente muerto. Por mientras persiguen a cualquier persona que quiera hablar, estén o no relacionadas directamente con el caso. Las amigas de Dora Lisa han dado varias entrevistas durante su minuto de furia. Ahora las graban gritándoles a los abogados de Anguita, que están yendo a buscar el auto para sacar a su cliente:

–¿Cómo podís dormir en las noches? –dice una.

Te diría que al menos sé cómo dormirán esta noche: muy bien.

Las amigas de Dora Lisa han logrado más apoyo. Con otras señoras y unos jóvenes rabiosos van hacia la salida de los autos del tribunal. Al ver a Anguita subiendo al de los abogados, que realmente es el suyo, se abalanzan sobre los vidrios, escupiendo, pegando patadas, intentando voltearlo. Si hubiese sido en horario no laboral, con más gente ahí, te diría que había una buena posibilidad de que lo linchasen.

Dora Lisa ve todo eso a la distancia, todavía en silencio. Finalmente, logro hablar con ella. Solo me confirma lo que ya me había adelantado: no volverá a pisar al tribunal. Se le pasará, supongo.

El auto de Anguita, manejado por sus abogados, con él atrás, y ellos adelante, llega hasta la calle principal que da al tribunal. Te digo todo esto por que lo sé: al llegar a la esquina, Anguita, que lleva casi dos años encerrado, se enfrasca en una discusión con ellos: no quiere irse a Puerto Varas por la carretera 5 sur, no por miedo a manifestaciones, no por temor a que lo reconozcan en el centro. Solo quiere evitarse el tráfico.

En el camino no pide las cosas que suelen pedir los presos al dejar la cárcel: parar a comer su comida favorita, bajarse a respirar el aire del desencierro o simplemente hacer un alto en un bar y tomarse una cerveza. En vez, comienza a filosofar sobre la necesidad o no de cambiar el auto: tiene unos sonidos raros, es verdad, que no reconoce de antes de estar preso, pero en líneas generales el vehículo aún tiene años de utilidad, ¿no les parece? Los abogados lo miran desconcertados. La mente de Anguita desencaja incluso a quienes están de su lado.

El auto de Anguita llega a la estupenda casa de su mejor amigo, ubicada a una cuadra del lago, en uno de los sectores con el metro cuadrado más caro de Puerto Varas, justo para la hora de almuerzo. Hay un grupo de reporteros apostados afuera, esperando no sé qué, porque Anguita ya ha dicho que no hablará.

Uno de los reporteros cree que es buena idea hacer volar su dron para saber qué está pasando adentro. Hay un asado comprado de temprano, de antes que se supiera el fallo, hay una torta y hay

descorche de un vino caro. Los abogados siguen con el golpe de adrenalina. Vivian, acompañada de una amiga y su pololo, también está muy contenta. Ya lo había dicho: le regalaron su vida de vuelta.

Un periodista dice:

–¿No deberían estar al menos un poco tristes? Acaban de juzgar al asesino de su mujer, de su mamá.

El dueño de casa sale a reclamar por el dron. Me confirman de nuevo, desde adentro, que Anguita no saldrá. Se ha pasado el rato tocando el pasto del jardín y también se ha mirado al espejo, fijamente. Tampoco es que necesite que salga: ¿qué más podría preguntarle? ¿Si está feliz? Lo sé ya: está en el momento más feliz de su vida.

Es hora: voy a dejar a esa gente tranquila. Me voy caminando hacia la costanera y, cuando llego a la avenida que bordea el lago, lo escucho de nuevo: uno de esos pajarracos negros vuela sobre mi cabeza y hace el infernal sonido. Finalmente sé a qué suena: no parece un canto, ni un llanto, ni un reclamo. Parece una risa. La risa de los pájaros.

XXVII
Esto pienso

Me ganaste, me cansaste. ¿Quieres saber qué pienso? Esto pienso:

Parto diciéndote que cuando Anguita fue detenido por primera vez, el 8 de diciembre de 2010, de madrugada, con su hija menor mirando, con la mayor en Alemania, su abogado defensor, que llevaba años preparándose para ese momento, se movilizó rápido hacia Puerto Varas. Como corresponde, pidió reunirse en privado con su defendido.

Y continúo diciéndote esto:

“Lo vi en la oficina de don Jaime entre tres y cinco veces antes de lo que pasó. No sabría decirle a qué iba, pero Pérez se entrevistaba con don Jaime. En una ocasión incluso me los presentó: Danielita, este es José, es de confianza”. Daniela Pérez, secretaria de Puerto Octay, durante el juicio.

El 7 de abril de 2010, dos meses y medio antes del homicidio, a las 15.26, Pérez llamó a Anguita. Hablaron 97 segundos. Dos minutos después fue Anguita el que llamó a Pérez, por 38 segundos.

Las cotizaciones muestran que Pérez trabajó en la empresa Mónaco, copropiedad de Jaime Anguita, entre 1995 y 1998. También aparece en las nóminas de pago Clara Ruiz, la esposa de Pérez en esos años.

“Durante esos años trabajé en Mónaco. Incluso en una ocasión fuimos a buscar unos muebles a la casa de don Jaime en Puerto Montt, porque se los había regalado a mi marido. Ahí conocí a la señora Viviana”. Clara Ruiz, declaración policial.

“Don Jaime Anguita era socio en esa empresa. Yo trabajé cinco años ahí, mi hermano José más o menos lo mismo. Anguita vivía en una casa tipo A de tejuela blanca con azul, en el sector de Mirasol.

Estuvimos entre 20 días y un mes haciéndole una ampliación de cocina y de garaje. Mi hermano después siguió trabajando con Anguita en otras empresas. Me acuerdo que el 2008 había fallecido mi madre y José estaba esperando una llamada de Anguita. Ahí nos pidió que hiciéramos un agregado a su casa. De hecho, le pasábamos la lista de material a don Jaime, para que él los comprara. José era el que hablaba con don Jaime, le tenía mucha confianza". Sebastián Pérez, hermano de José Pérez, en el juicio.

En la reconstitución de escena, mientras era conducido por policías y el fiscal, con la presencia de su abogado defensor, el sicario, sin que le preguntaran, apuntó hacia el techo de una pieza de servicio de la casa del Parque Stocker, que se veía parchado. El sicario dijo que ese trabajo también lo había hecho él. Esa habitación no estaba fijada fotográficamente por la PDI, ni constaba en la carpeta de investigación.

"Hice las cerámicas, las paredes del lado de la cocina, la señora Viviana quería unas de florcitas. Ella me dijo cómo colocarlas", José Pérez, declaración policial.

La fiscalía comparó fotos de la cocina de los Anguita Haeger antes y después de la fecha en que el sicario dijo hacer los arreglos. Las cerámicas no estaban en la primera, sí en la segunda.

Y finalmente te digo esto:

El abogado tuvo acceso total a Anguita tras su detención, me lo ha dicho él. Y como es un penalista con experiencia, sabía que había solo una pregunta realmente importante que hacer, que iba a marcar las próximas horas, días y meses: ¿quién era este hombre calvo que lo estaba acusando de pagarle dos millones de pesos para matar a su mujer?

Tras esa conversación el abogado salió a hablar con los medios: se había esparcido –y publicado, para que veas el nivel– el rumor de que Anguita estaba ya confeso.

–No podemos hacernos cargo de una declaración de un tercero que ni siquiera conocemos. Mi cliente solo tiene conocimiento que alguna vez este sujeto trabajó en la constructora.

Dos días después, Anguita fue acusado formalmente. Entre medio, los dos volvieron a hablar, hubo tiempo de retractarse. Frente a la jueza, el abogado dijo:

Minuto 145 de la formalización:

–El tráfico de llamados ha sido chequeado y rechequeado todos estos años, pero no hay referencia explícita, con día y hora, de tal número a tal número, entre el señor Pérez y mi defendido. ¿Sabe por qué, señoría? Porque no hay tal registro.

(Falso).

Minuto 148 de la formalización:

–La parte acusadora dice que tiene, y sin duda lo tiene, un contrato de trabajo del señor Pérez y yo también tengo ese contrato de trabajo. Ese contrato de trabajo dice que el señor Pérez trabajó hasta marzo de 2010 para la constructora Puerto Octay, pero no para don Jaime Anguita, sino para esa empresa. La constructora Puerto Octay al día de hoy tiene, su señoría, 302 trabajadores.

Anguita estaba a medio metro de su abogado. No hizo ningún movimiento para corregirlo; para decirle: Jorge, sí conozco a este hombre, ha estado en mi casa varias veces, lo he tenido contratado años, eventualmente van a encontrar esas cosas. En el video se le ve imperturbable, tomando agua con las manos esposadas.

Una sola pregunta realmente importante: ¿quién era este hombre calvo que lo estaba acusando de pagarle dos millones de pesos para matar a su mujer?

Nadie, no lo conoce, no es nadie.

¿Por qué mentir? Dímelo tú.

¿Y por qué no decir la verdad? Casi dos años después, en el juicio, su defensa, su nueva defensa, pasó días –literalmente– intentando refutar una verdad satelital para el caso, pero que, por alguna razón, era central para Anguita negar: que el sicario hizo efectivamente los trabajos en la casa del Parque Stocker, que fue él quien cambió las cerámicas. Exigieron pruebas de aquel trabajo,

fechas exactas, testigos oculares, papeles, fotos, videos. Sin eso, decían, no se podía dar ese trabajo como acreditado. Siempre ése es el verbo: acreditar.

¿Ves tú el problema?

A mí, que, ya te habrás convencido, no soy especialmente rápido, me tomó semanas verlo, perdido en interrogatorios y contrainterrogatorios. Sus propios abogados lo detectaron en la mitad del juicio, después de machacarse la cabeza buscando dispositivos para dinamitar ese puente. Había una forma más sencilla de evitarse todo enredo.

¿Ya sabes qué? Pruébate. Dilo.

Si la memoria de Anguita es casi computarizada, si lleva apuntes de todo detalle relevante hace siete años, si paga una defensa millonaria, si tiene a su familia y amigos dispuestos a hacer lo que él necesite para ganar este juicio: ¿por qué no dejar al sicario de mentiroso, darle el golpe fatal?

Vamos, confío en ti.

¿Por qué no decir simplemente cuál fue el maestro que cambió los azulejos de la cocina?

Felicitaciones. Resolviste este caso.

XXVIII
Los últimos días

En enero de 2010 Viviana Haeger y su amante hablaron una vez por teléfono.

En febrero de 2010 Viviana Haeger y su amante hablaron dos veces por teléfono.

En marzo de 2010 Viviana Haeger y su amante hablaron ocho veces por teléfono.

En abril de 2010 Viviana Haeger y su amante hablaron cuatro veces por teléfono.

En abril de 2010 Jaime Anguita y el sicario hablaron dos veces por teléfono.

El 11 de mayo Viviana Haeger y su amante se juntaron en la zona de moteles de Puerto Montt, cerca de la cárcel de Alto Bonito. Ese mismo mes, se dejaron ver juntos en el centro de Puerto Varas, en un café. Bien pudieron haberlos reconocido.

El 31 de mayo Viviana Haeger fue al Colegio Alemán para ser informada sobre un evento de su hija mayor. Durante el fin de semana previo se había realizado, en un centro de la Caja de Compensación Los Andes de la zona, una jornada de reflexión de adolescentes en edad "crítica" –pero, ¿crítica para quién?–, para la cual los papás de los alumnos tenían que escribir una carta en secreto, que sus hijos debían leer en voz alta. A Vivian, mientras leía la suya, le dio un ataque de llanto, que no supo explicar bien después. "Pero mira lo que pusieron, mira lo que pusieron", repitió varias veces llorando. Viviana Haeger, mientras escuchaba el relato también se descompensó, frente a la profesora jefe: le dijo que su relación con Vivian pasaba por momentos delicados, porque temía que quedara embarazada siendo tan joven, pero sobre todo porque sentía que Anguita la estaba alejando de ella. Siempre quedaba

como la mala en la casa y su esposo, como el bueno.

En mayo Viviana Haeger y su amante hablaron quince veces. En dos ocasiones marcaron y apenas conectaba el llamado, cortaron.

El 8 de junio Jaime Anguita cobró un cheque por 3,5 millones de pesos, que no ingresó a ninguna de sus cuentas.

El 11 de junio Jaime Anguita activó un nuevo número de prepago, del que le informaría a la fiscalía cuatro años después.

En junio, Viviana Haeger y su amante hablaron diez veces por teléfono. El 17, por última vez. Él la encontró un poco decaída, pensó que esos llamados podrían estar trayéndole problemas en la casa. Bien pudieron haberlos descubierto.

El 19 de junio Viviana Haeger fue al video club de Puerto Varas para ponerse al día con una película que se había retrasado en devolver. En vez de pagar la multa, compró el DVD; pese a aparentemente distar mucho de su gusto cultural, lo hizo parte de su escasa filmoteca personal. Faltaban diez días para su muerte y la película era *Heavens Burning*.

El 20 de junio Viviana Haeger habló por teléfono con una antigua empleada doméstica que la ayudó en Puerto Montt, cuando sus hijas eran chicas, más chicas. Le dijo que quizás la podría volver a contratar, porque quería dejar de estar todo el día en la casa, quería volver a trabajar. Se preparaba para algo. Actualizó su currículo.

El 22 de junio fue temprano a un taller de orfebrería, con dos colgantes rotos. Uno de ellos tenía la imagen de dos niños, tomados de la mano y una inscripción que decía: Susan y Vivian.

Por la tarde un apoderado del curso de Viviana fue a buscar a su hija al Parque Stocker. Conversó dos o tres trivialidades con Viviana Haeger, pero lo suficiente para darse cuenta que no estaba bien de ánimo, con los ojos llorosos. Al salir, la adolescente le dijo al papá: la tía está rara hace días.

El 23 de junio Viviana Haeger compró 24.500 pesos en lanas en una tienda de Puerto Montt, El Copihue Rojo. Quería hacer un poncho y

venderlo.

El 24 de junio Viviana Haeger tenía una reunión con sus amigas, así que, entrada la tarde, cruzó a la casa de su hermana para pedirle si podía cuidar a las niñas en la noche. Desde allá, vio cómo Jaime Anguita entraba al Parque Stocker, lo que le extrañó mucho: el plan original era que su esposo llegaría dos días después a Puerto Varas, como había hecho las últimas veces que se iba a trabajar a las centrales hidroeléctricas de Llanada Grande. Viviana Haeger se lo comentó a su hermana.

Más tarde, en su auto, pasó a buscar a Margarita Soto, que también estaba invitada a la reunión. En el camino, su mejor amiga la notó muy introvertida, cosa extraña, dada la circunstancia: le encantaba hacer vida social. "¿Te pasa algo?", le preguntó. Viviana Haeger fue evasiva, hasta que le contó lo que la atormentaba. "Dejé a las niñas con Jaime, ¿estará bien?". Margarita no entendía. "Pero si es su papá, ¿por qué preguntas?". "No sé, ¿estará bien?".

Habló muy poco Viviana Haeger en la reunión. En el viaje de vuelta, en auto, fumó mucho. Margarita notó que tiritaba, tanto que cuando finalmente la dejó en su casa en Puerto Montt, le pidió que por favor la llamara cuándo llegase a su casa.

El 25 de junio Viviana Haeger fue al Colegio Alemán a preguntar por unos frenillos que Susan había perdido. Le dijeron que buscarían, que llamara el martes, porque el lunes era feriado. Estaba animada: a las 10.25 compró los pasajes en bus para ir a Santiago, en las vacaciones de invierno. Además le habían llegado los sillones retapizados: encontraba que se veían muy bien. Por la tarde fue a un torneo de karate de Susan, con Anguita. La niña perdió en las primeras rondas y para animarla, la llevaron a un restaurant de comida china en Puerto Montt. Se unieron Magaly, la hermana gemela, y su familia, que se quedaron a dormir.

El 26 de junio almorzó en su casa. La gemela y Anguita tuvieron un pequeño intercambio: él le pidió que definiera el significado de la palabra humildad, como una especie de prueba. Ella le dijo que humildad era sinónimo de ser pobre. Anguita la corrigió: humildad es reconocer las propias limitaciones.

Esa noche Viviana Haeger y su hermana gemela fueron al casino de Puerto Varas, solas, sin Jaime Anguita, que se quedó con los niños en la casa.

El 27 de junio de 2010 Viviana Haeger quería ir con sus dos hijas a Río Frío, a ver a su mamá, pero Vivian se excusó, entendiblemente: no era un panorama alentador para una adolescente, prefirió almorzar con su padre. Viviana se quejó amargamente: sentía que ya nadie quería acompañarla a ningún lado y que a medida que las niñas crecían perdían interés en ella. Ya en el campo, ella y su gemela tuvieron una tarde tranquila, tomando mate y tejiendo.

Inicialmente Viviana Haeger se quedaría a dormir allá, pero repentinamente dijo que un hermano de Anguita llegaría en los próximos días a Puerto Varas, cosa no planeada, así es que se tenía que ir a limpiar y ordenar la casa. Ya al anochecer Viviana le pidió a su madre que se devolviera con ella, que aprovechara el viaje para hacerse unos exámenes de salud, pero la señora no quiso. Mañas de la edad.

El 28 de junio de 2010 era feriado, pero Viviana Haeger tuvo que inventarse planes: Anguita iría a la casa de un amigo a ver la final del Mundial de Fútbol de Sudáfrica. Cruzó entonces hacia la casa del frente. Cuando le abrieron la puerta, dijo animada: venimos a ver el partido. Se rió bastante esa tarde, pero estuvo siempre pendiente de que Anguita no llegara al frente antes que ella. Cerca de las 17:30 se despidió.

La noche del 28 de junio los Anguita Haeger comieron como una familia normal. Retaron a Vivian por tener su pieza desordenada. A las nueve, Viviana Haeger recibió un llamado de su hermana gemela, que se había quedado en Río Frío. Le contó que su madre estaba bien. Viviana Haeger se excusó de hablar más largo: estaba lavando los platos y tenía a Susan en la ducha.

Poco después de las noticias, tras haber terminado sus labores de dueña de casa, Viviana Haeger fue a la pieza matrimonial, se puso su pijama y se acostó, por última vez, al lado de Jaime Anguita.

Viviana Haeger se levantó temprano, hizo desayuno, preparó a sus hijas para el colegio y vio cómo su marido no se despidió de ella

antes de salir de la casa. Un par de horas después estaría muerta. Quien la ultimó no se llevó un computador, que estaba a la vista, a un pie de la cama. Adentro estaba un resumen de su vida pasada, abultado para impresionar, para empujar su vida futura.

CURRICULUM VITAE

ANTECEDENTES PERSONALES

Nombre: María Viviana Haeger Massé

Enumeraba su educación: siete años en la escuela Cristo Salvador, cuatro en el Liceo de Niñas, otros más en dos institutos técnicos, para sus dos títulos profesionales: contabilidad computarizada y contadora auditora.

Al final, marcaba los dos logros de su vida profesional.

1996 Elegida mejor Trabajador Embotelladora Williamson. Balfour S.A. Puerto Montt.

1998 Elegida mejor Trabajador Embotelladora Williamson. Balfour S.A. Puerto Montt.

En el encabezado, al lado de donde usualmente va una foto, un dato de su comienzo y otro de su final.

Fecha de Nacimiento: Noviembre 25 de 1967

Estado Civil: Casada

XXIX
No quiero recordar

La idea era tomarme una semana de desintoxicación del caso. Olvidarme del Parque Stocker, de los abogados, de los registros de llamadas, de los jueces y de Dora Lisa. Y caminar, finalmente, por Puerto Varas sin compromisos. Pasearla sin obligaciones.

Pero al tercer día me sorprendí merodeando la casa donde aloja Anguita. Esa fantasía era parte importante de lo que venía a buscar: verlo caminar como un hombre libre entre gente a la que su presencia violenta.

Luego de tres horas logré verlo acercarse hasta un auto estacionado. Era una imagen cotidiana, sin el dramatismo, la potencia, que me había imaginado. ¿Cuándo termina un interés? ¿Cuándo empieza una obsesión?

Esa respuesta sí fue potente: me fui a la habitación de la casona y adelanté el regreso a Santiago para la mañana siguiente, en auto. Ya asumido, revisé esa noche los audios del juicio, que un abogado tuvo el gesto de conseguirme, como regalo de despedida. Me fui derecho al testimonio del joven del cibercafé, adelantando y retrocediendo varias veces la misma parte.

–¿Usted está en condiciones de reconocer a la persona que hizo esa llamada?

Es curioso: en mi recuerdo el joven del cibercafé se tomaba más tiempo en responder, unos segundos llenos de tensión que permitían imaginar la ucronía:

–Sí, su señoría. Ese hombre está ahí, es el dueño de esa calva que brilla en la oscuridad.

Y después todo hubiese fluido: el sicario llamó, Anguita contestó, eso era algo concreto. La jueza: se declara a Jaime Anguita Medel

culpable de parricidio. Los Haeger ya no se ven quince años más viejos, Dora Lisa sigue habitando su mundo de certezas y Coronado ha recuperado su dignidad.

Pero la verdad fue esta: casi automáticamente el joven del cibercafé simplemente dijo: no.

Voy a hacer el último intento.

–Aló, Roberto. No sé si te acuerdas…

El joven del cibercafé me dice que ando con suerte, lo que es una mentira para todo ámbito salvo para esto: justo mañana estará libre en San Javier, donde está viviendo. Además moderó sus expectativas respecto de mi presupuesto: me recibirá solo porque sí. Y me queda en ruta de vuelta a Santiago: al kilómetro 700, de los mil que tendré que recorrer en un solo día.

Salgo a las siete de la mañana de Puerto Varas, con el auto cargado de ropa sucia. Si mantengo el ritmo, a la hora de almuerzo estaré en San Javier.

A la altura de Temuco me suena el teléfono. Es Dora Lisa: prometí pasar a despedirme, pero no lo hice. La verdad, llevo evitándola desde el día de la sentencia. Esa vez, cuando superó el impacto inicial, me llenó de preguntas para las que no tenía respuestas concretas y, aunque las hubiese tenido, ella no quería escucharlas.

San Javier es básicamente una avenida de doble sentido, que nace en la Panamericana Sur, de la que a su vez nacen otras calles más chicas. En una de ellas, con casas de un piso, la mayoría de fachada continua, me espera Roberto Araya, el joven del cibercafé.

Me dice que tiene 35 años, yo le digo que se ve mucho más joven. Me da las gracias, pero no devuelve la cortesía. Me muestra después la oficina donde trabaja, me ofrece una silla.

–Bueno, tú sabes de lo que me interesa, hablar –le digo.

–Sí, de esa tortura.

No estoy solo en esto.

–Tenía 28 años, estaba terminando de estudiar en un instituto en Puerto Montt. Trabajaba en el ciber para pagármelo. Iba al local de nueve de la mañana a cinco de la tarde y después, de siete a once, estaba en clases.

Ese día tenía prueba de bioestadística y le había pedido a mi jefe que me dejara salir una hora antes, para pegarle una leída a la materia, por lo menos. Estaba en mi casa en eso cuando me llamó la PDI, diciéndome que había ocurrido algo, un crimen. Volví al local y me dijeron: tenemos que llevarte. Yo dije, pero hueón, tengo prueba. Nunca faltaba a clases. Pero no me pescaron: me llevaron a la central de cámaras de Puerto Montt, porque en la mañana alguien había hecho una llamada del ciber y tenía que identificar quién había sido.

Me tuvieron cuatro horas viendo videos, con los de la PDI a mis espaldas, tratando de que encontrara a alguien que había visto 40 segundos en un mar de gente. Me sentía muy presionado. Al otro día fue hacer la declaración de lo que me acordaba. Yo creía que con eso se había acabado.

El sábado siguiente estaba en clases cuando la secretaria de carrera entra a la sala y al frente de todos dice que la PDI me estaba esperando afuera. Y así otras cuatro veces. Que si podía ver una foto, que si me acordaba de no sé qué detalle... En el Instituto empezó a correr el rumor de que yo estaba metido en venta de drogas.

Después terminé mi carrera y me puse a trabajar en una salmonera. Una pega muy buena, ganaba más de un millón, y fui de los pocos que sobreviví al virus que mató a toda la industria. Tomaba un avión de Puerto Montt a Balmaceda, después íbamos hasta Chacabuco y de ahí en barco a los centros de cultivo. Allá no tenía señal de teléfono y cada vez que agarraba una antena, me empezaban a entrar llamadas de la PDI. Una vez contesté y me dijeron: tiene que presentarse el miércoles en el cuartel de la PDI. Yo le dije: ya, lo que pasa es que el martes tengo que estar en Balmaceda para trabajar. Y ellos: si no viene es desacato, podemos procesarte por obstrucción a la justicia. ¿No puede ser otro día? No. Me insistían en que yo era el testigo clave, pero qué testigo clave iba a ser yo: vi cuarenta segundos a alguien, eso fue todo.

Llamé a la empresa donde trabajaba para hacer las coordinaciones, pero, como estaban siempre en faena, nunca encontré a alguien. Pensé en no presentarme a la PDI, no más, pero después me acordé de lo del Instituto: ¿y si me iban a buscar al trabajo? Quizás qué iban a pensar. Así que no viajé y fui a la PDI. Era para un tontera al final, confirmar no sé qué cosa. Como que los policías creen que uno tiene un gran secreto que guarda. Te empiezan a decir: acá, entre nosotros, no le vamos a decir a nadie, ¿de qué más te acuerdas? Y me acordaba de lo que me acordaba. Cuando llegué a Balmaceda, me recibieron con el sobre azul. Traté de explicarles, la PDI se comprometió a mandar un justificativo, que nunca mandó, pero no hubo caso: me echaron. Abandono laboral, me dijeron.

Me quedé sin pega por un buen tiempo. No pude volver a trabajar nunca más en los salmones, no había cupos. Me tuve que devolver a Temuco a vivir con mi papá. Estuve viajando a Santiago, para tratar de animarme. Y allá me pillaron de nuevo los PDI. Fue cómo: ¿qué hueá quieren ahora? Queremos ver si puedes venir a revisar el retrato hablado, dijeron. Debo haber ido unas 20 veces a cuarteles de la PDI. Me mostraban fotos de posibles sospechosos, para que yo dijera si eran o no eran los que hicieron la llamada. Yo decía: no, no, no, no, no, pero a veces pensaba: ¿y si digo que es uno de esos, para que no me hueveen más y poder terminar con esto? En Temuco una vez me trataron como delincuente: cesante tuve que viajar, comer y alojar pagándome todo yo y allá como que me empezaron a amenazar, para que recordara algo nuevo.

Yo veo noticias todos los días, pero me empezó a dar algo con el caso Haeger, como repulsión. Si lo veía en el diario, cerraba la página. En la tele, lo cambiaba altiro, me daban ganas de tirar el control contra la pantalla. Mi familia también se estaba preocupando. Me decían: esas son peleas de perros grandes, de familias con dinero, no tienes nada que hacer ahí, que no te sigan hostigando.

Después de harto tiempo, conseguí trabajo de nuevo, en otro rubro, ganando la mitad de la plata. Y justo me llamaron para el juicio. Yo ni siquiera sabía que había aparecido un sicario. Vi que ellos tenían mucha expectativa por lograr que Anguita fuera condenado, pero a mí no me iba ni me venía: yo voy a tener que seguir pagando las

cuentas. Voy a ser sincero: después de todo lo que había pasado era un cacho, no un deber cívico.

Y fui al juicio y dije lo que dije: si eso fue lo que relaté hace siete años, bueno, eso será. Y si con lo que dije este señor salió libre… Yo solo estuve en el momento y lugar equivocados.

Te voy a explicar una cosa: me sentaron ahí, pidiéndome que me acuerde de algo que pasó hace siete años y yo llevaba todo ese tiempo esforzándome en lo contrario, en olvidarlo, en no acordarme de esa cara. Me pedían que recordara, cuando yo a propósito lo estuve borrando todo este tiempo.

Alto, alto, alto.

–¿O sea puede que haya sido el sicario el del cibercafé? –le pregunto.

–Sí, no estaba seguro que fuera, ha pasado mucho tiempo.

–Pero, espera, ¿puede que el sicario haya sido también el que hizo la llamada?

–Claro, podría haber sido él.

Me despido y vuelvo mareado a las calles de San Javier. Necesito hablar con alguien. Pero, ¿a quién más le interesa esto? Sigue ahí la llamada perdida de Dora Lisa. Marco, sentado en el auto. No quiero volver a la carretera todavía.

-Dora Lisa, hola. Bien, ¿y usted? Yo ya me volví a Santiago.

Le iba a decir lo que acababa de oír, que quizás hay aún una posibilidad de intentarlo de nuevo: los malos encerrados, los buenos en la calle.

Pero ella me para antes: el juicio Haeger terminó con ella.

Tengo miedo de preguntarle, siempre lo asumí como un amurramiento, una forma de llamar la atención.

-No, no he vuelto a los tribunales.

No, no era una amenaza.

-Y ya te dije: no pienso volver a ir.



La casa de la parcela 16 del Parque Stocker en Puerto Varas. Tras el desenlace del juicio, Jaime Anguita y sus hijas volvieron a vivir ahí, al frente de la casa de Mónica Haeger.



El dormitorio matrimonial de los Anguita Haeger.



Otra vista del dormitorio matrimonial. Al centro se ve la puerta a la buhardilla donde apareció el cuerpo.



Vista del entretecho la noche que se encontró el cuerpo.

Señores
Policia de investigaciones
Puerto varas

Les escribo para dar información acerca de la señora desaparecida en puerto varas.
Yo trabajo en un motel de la zona y a esta señora la vehia con frecuencia en el motel,al principio cuando salio en las noticias no me procupe porque pense que se habia ido con otra persona,pero ahora que escucho en las noticias me imagino que paso otra cosa.
Ella llegaba a veces en la mañana cerca de las 12 y otras veces en la noche.pero varias veces se producian alegatos y hasta peleas la ultima vez les dije que pararan su escandalo o llamaria a los carabineros, de alli no llegaron ninca mas esto fue ace 2 meses mas omenos un viernes.
Yo la conosco de vista a la señora y al hombre que iba con ella el llegaba en una camioneta negra alta de 4 puertas y al ultimo con una camioneta plomita de 4 puertas yo vivo hace años aquí en Llanquihue y la persona se que es de apellido Andrade y trabaja como dueño en la Copec de aquí.no quiero poner en problemas a nadie pero si de algo se puede ayudar es lo unico que les puedo decir.es que si es necesario declarar en su tiempo yo me comprometo adeclarar pero no antes porque tambien puede ser que esto sea solo una idea mia y no tenga nada que ver con lo que le paso a esta señora.
En vio esta carta a traves de correos de chile si alguien de alli la abre y lee esta carta agala llegar a los de investigaciones.

Carta anónima que le llegó a la PDI cuando Viviana Haeger estaba desaparecida. El contenido apuntaba hacia un amante de Viviana Haeger.

24 Si entras en la viña de tu prójimo, podrás co-
mer las uvas que quieras, pero no podrás llevarte
ninguna. 25 Si pasas por los sembrados de tu próji-
2,1 mo, podrás arrancar espigas con tu mano, pero no
meterás la hoz en las mieses de tu prójimo.

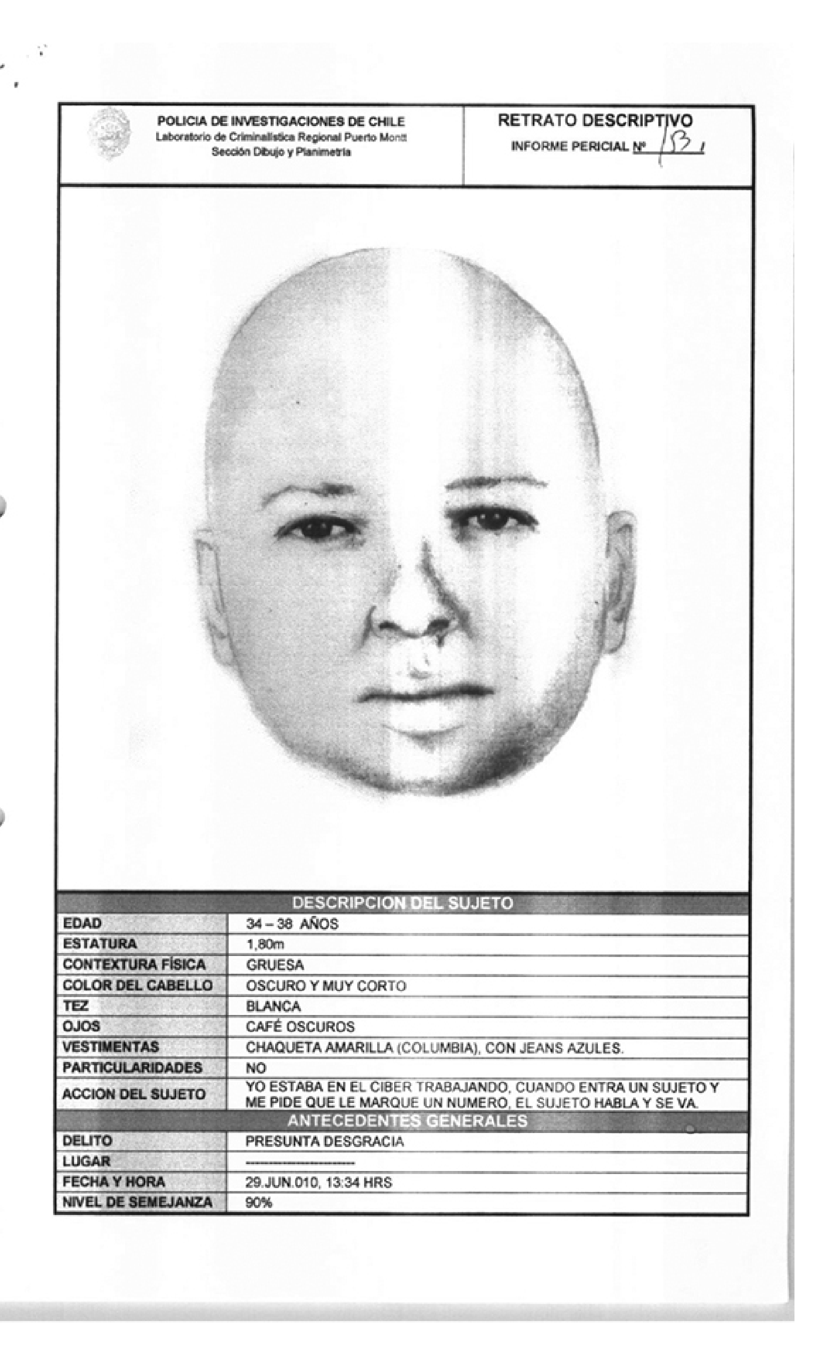
24 1 Si un hombre se casa con una mujer y
después resulta que no le agrada por al-
gún defecto notable que descubre en ella, hará un
certificado de divorcio, se lo dará a la mujer, y la des-
pedirá de su casa.
2 Si ella después pasa a ser la mujer de otro 3 y
éste también ya no la quiere y la despide con un cer-
tificado de divorcio; o bien si llega a morir este otro
hombre que se casó con ella, 4 el primer marido que
la repudió no podrá volver a tomarla por esposa, ya
que pasó a ser para él como impura. Sería una abo-
minación a los ojos de Yavé que la volviera a tener.
No manches la tierra que Yavé te dará en herencia.

Por una sociedad solidaria

+ 5 Si un hombre está recién casado, no

Detalle del párrafo marcado en la Biblia de los Anguita Haeger.

POLICIA DE INVESTIGACIONES DE CHILE | RETRATO DESCRIPTIVO

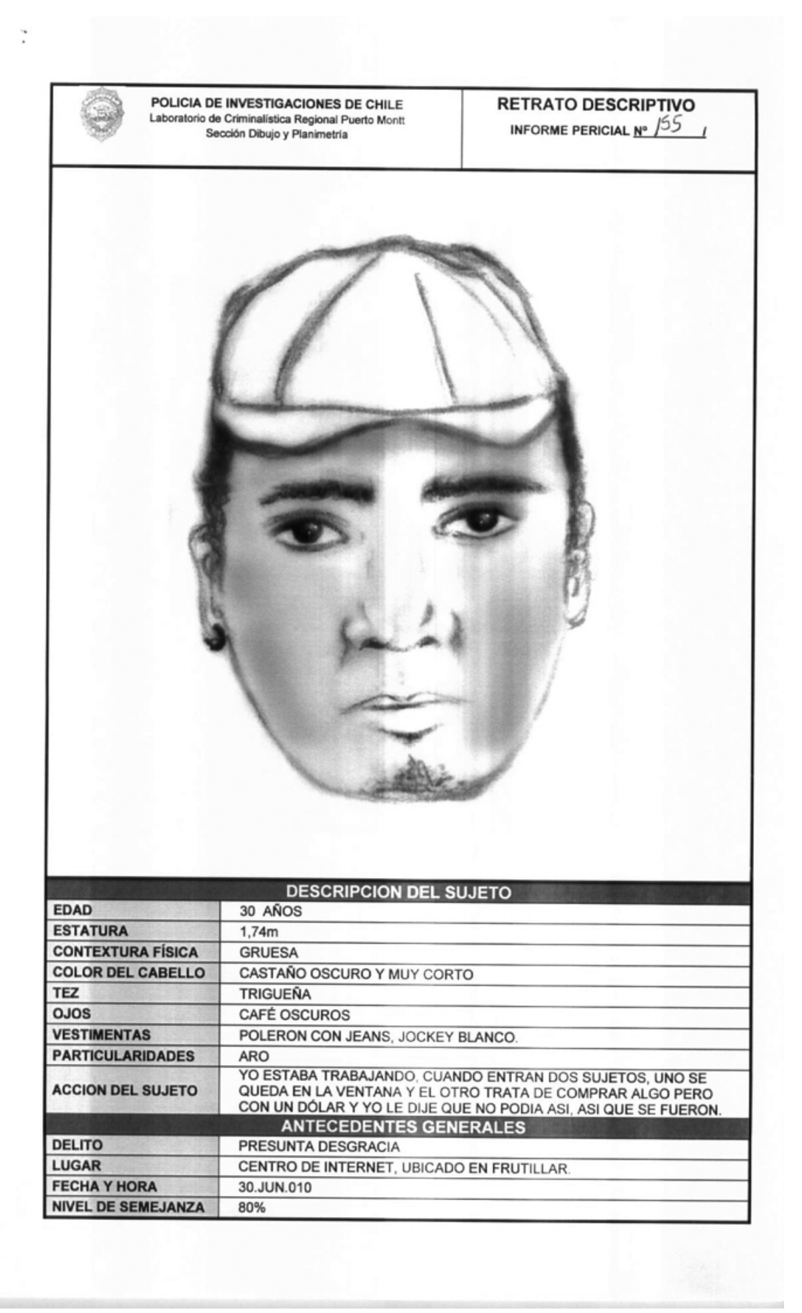


POLICIA DE INVESTIGACIONES DE CHILE
Laboratorio de Criminalística Regional Puerto Montt
Sección Dibujo y Planimetría

RETRATO DESCRIPTIVO
INFORME PERICIAL Nº 132

DESCRIPCION DEL SUJETO	
EDAD	34 – 38 AÑOS
ESTATURA	1,80m
CONTEXTURA FÍSICA	GRUESA
COLOR DEL CABELLO	OSCURO Y MUY CORTO
TEZ	BLANCA
OJOS	CAFÉ OSCUROS
VESTIMENTAS	CHAQUETA AMARILLA (COLUMBIA), CON JEANS AZULES.
PARTICULARIDADES	NO
ACCION DEL SUJETO	YO ESTABA EN EL CIBER TRABAJANDO, CUANDO ENTRA UN SUJETO Y ME PIDE QUE LE MARQUE UN NUMERO, EL SUJETO HABLA Y SE VA.
ANTECEDENTES GENERALES	
DELITO	PRESUNTA DESGRACIA
LUGAR	------------------------
FECHA Y HORA	29.JUN.010, 13:34 HRS
NIVEL DE SEMEJANZA	90%

Primer retrato hablado del sujeto que llamó a Anguita desde el cibercafé, confeccionado con proformas, de acuerdo a las indicaciones de Roberto Araya.



POLICIA DE INVESTIGACIONES DE CHILE
Laboratorio de Criminalística Regional Puerto Montt
Sección Dibujo y Planimetría

RETRATO DESCRIPTIVO
INFORME PERICIAL Nº 155

DESCRIPCION DEL SUJETO	
EDAD	30 AÑOS
ESTATURA	1,74m
CONTEXTURA FÍSICA	GRUESA
COLOR DEL CABELLO	CASTAÑO OSCURO Y MUY CORTO
TEZ	TRIGUEÑA
OJOS	CAFÉ OSCUROS
VESTIMENTAS	POLERON CON JEANS, JOCKEY BLANCO.
PARTICULARIDADES	ARO
ACCION DEL SUJETO	YO ESTABA TRABAJANDO, CUANDO ENTRAN DOS SUJETOS, UNO SE QUEDA EN LA VENTANA Y EL OTRO TRATA DE COMPRAR ALGO PERO CON UN DÓLAR Y YO LE DIJE QUE NO PODIA ASI, ASI QUE SE FUERON.
ANTECEDENTES GENERALES	
DELITO	PRESUNTA DESGRACIA
LUGAR	CENTRO DE INTERNET, UBICADO EN FRUTILLAR.
FECHA Y HORA	30.JUN.010
NIVEL DE SEMEJANZA	80%

Segundo retrato hablado del sujeto que llamó a Anguita desde el cibercafé, confeccionado a mano alzada.



Foto de la autopsia de Viviana Haeger. Pese a la marca en la muñeca, el primer informe descartó la intervención de terceros.

*

Tres semanas después del veredicto, el Tribunal Oral en lo Penal de Puerto Montt condenó a José Pérez a 10 años de presidio, gracias a la atenuante de su colaboración efectiva en el esclarecimiento del asesinato de Viviana Haeger. Gracias a los dos años que cumplió en prisión preventiva, podría optar a beneficios en diciembre de 2020.

En abril de 2018 Sergio Coronado fue condenado a 61 días de presidio por el delito de detención ilegal en el caso de Mariela Barra. Pudo cumplir su pena en libertad. El tribunal de Puerto Montt desestimó la acusación por apremios ilegítimos en contra de "El Pitufo".

En mayo de 2018 el Tribunal de Juicio Oral en lo Penal de Puerto Montt le encontró la razón a María Bustos: decretó que la droga encontrada en un domicilio de La Colina no le pertenecía. Fue absuelta.

AGRADECIMIENTOS

A la familia Haeger.

A Vivian Anguita Haeger.

A Dora Lisa Yáñez.

A Julio Mundaca y Macarena Moreno, del Poder Judicial.

A Marta Lagos, de la Fiscalía de la Región de Los Lagos.

A Jorge Mansilla, de la Defensoría de la Región de Los Lagos.

A Marcelo Gallardo, de *El Llanquihue*.

A Naín Lamas y Daniel Alvarado.

A Jorge Ponce y Matías Künsemüller.

A Sergio Coronado y Nanci Pinto.

A Andrés Firmani.

A Jorge Vásquez.

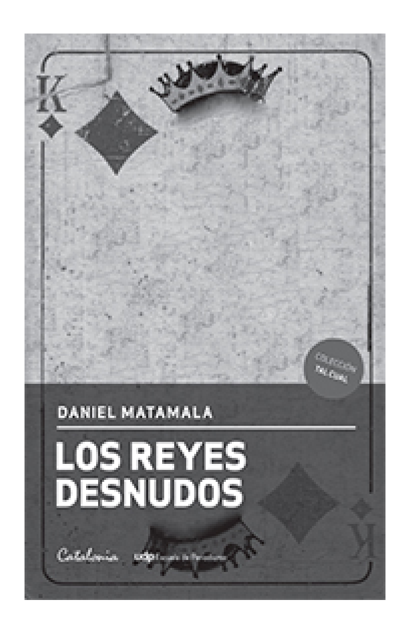
A Mauricio Duce, Carlos Quezada y Carolina Alliende.

A Andrea Insunza, Andrea Palet, Paula Escobar, Isabel Plant, Francisco Aravena y Pablo Vergara.

FIN

Conoce los títulos de la Colección Tal Cual

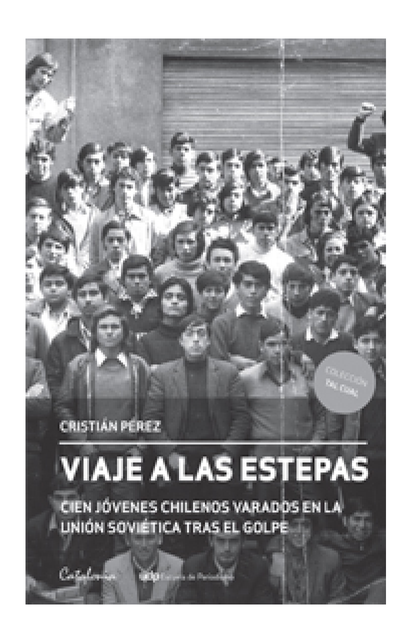
Catalonia - Escuela de Periodismo UDP



LOS REYES DESNUDOS

Autor: Daniel Matamala

Quiénes y cómo son los que ejercen el poder en Chile, cuáles son sus privilegios y mecanismos de defensa, y cómo este poder se sostiene o tambalea en una sociedad que, como la chilena, vive profundos cambios. Esos son los temas que aborda esta selección de columnas del periodista Daniel Matamala, publicadas entre 2014 y 2018 en la revista Qué Pasa, CIPER y la edición dominical del diario La Tercera.

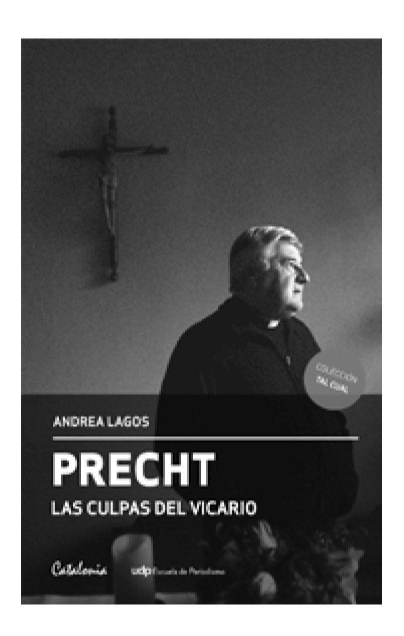


Viaje a las estepas

Cien jóvenes chilenos varados en la Unión Soviética tras el Golpe

Autor: Cristián Pérez

Martes 4 de septiembre de 1973. Casi un centenar de campesinos chilenos –algunos recién salidos del colegio y otros promediando los veinte años– se dan cita en el aeropuerto de Santiago para emprender el viaje de sus vidas. Su destino es Akhtyrsky, ciudad de las estepas soviéticas, donde permanecerán tres años estudiando técnicas de maquinaria agrícola. Han sido becados por la Unión Soviética con el compromiso político de capacitarse y regresar al país para aportar en la construcción del proyecto socialista de Salvador Allende y salir ellos mismos de la pobreza. Pero, a un día de su llegada, ocurre el golpe militar en el lejano Santiago de Chile y es entonces cuando el verdadero viaje comienza.



PRECHT

Las culpas del vicario

Autora: Andrea Lagos

La biografía de Cristián Precht resume de manera dramática la historia reciente de la Iglesia católica chilena. La protagoniza un sacerdote de origen más bien conservador, que llegó a liderar un proyecto revolucionario para la Iglesia –la Vicaría de la Solidaridad– y se convirtió en un héroe de la defensa de los derechos humanos y de los perseguidos por la dictadura de Pinochet. Admirado y respetado de manera transversal, el carisma y la habilidad política de Precht lo convirtieron en un indispensable para distintos arzobispos de Santiago durante décadas. Esta investigación periodística revela la historia de quienes acusaron al sacerdote de actitudes abusivas cuando eran adolescentes o jóvenes adultos. El relato permite entender qué los hizo hablar después de tantos años y cuál es el alcance de los abusos que se le imputan.



Empresarios zombis

La mayor elusión tributaria de la elite chilena

Autores: Juan Andrés Guzmán y Jorge Rojas

Entre los años noventa y dos mil, la época de oro de nuestra economía, varias de las más grandes empresas chilenas declararon ante la autoridad enormes pérdidas tributarias. No decían la verdad. Sus números en rojo eran el resultado de una estrategia que consistía en comprar empresas zombis, esto es, firmas quebradas que no tenían ni empleados, ni cartera de clientes, ni know how. Empresas que solo servían para hacer desaparecer utilidades y no pagar impuestos.

Entre los usuarios de zombis están: Sebastián Piñera; sus socios históricos, los Cueto; el clan Luksic; los dueños de Penta (Délano y Lavín) y Julio Ponce Lerou, entre muchos otros. Este libro muestra que los impuestos no pagados gracias a esa estrategia fueron vitales para que varios de ellos se transformaran en los súper ricos que son hoy.



Llora, corazón

El latido de una canción cebolla

Autora: Marisol García

Llora, corazón sigue la historia de esos muchos cantores apasionados que acompañaron el ritmo sentimental del Chile de la segunda mitad del siglo XX, y cuyas grabaciones han influido profundamente la canción popular local hasta hoy. Este recorrido de crónica periodística, el primero que merece el género, retrata una intimidad de esforzado compromiso con la música, ajeno a los complejos de clase sobre buen y mal gusto, y cómplice del entusiasmo transversal al reconocerlo y cantarlo.



Crónica Roja

Autor: Rodrigo Fluxá

Crónica roja reúne los mejores reportajes policiales del periodista Rodrigo Fluxá. Aquí están las historias más completas y profundas sobre Sergio Jadue, el marido de Viviana Haeger, la verdad de Érika Olivera, el fantasioso Victorino Arrepol del caso Caval, el impresionante derrotero del caso Hijitus, los últimos días de Eduardo Bonvallet, un fantasmal asaltante de bancos, el martillero que al saberse moribundo decidió dar un golpe y desató el caso Penta. También una serie de investigaciones en torno de crímenes y procedimientos judiciales que revelan un Chile gris e incómodo de ver.



Violeta parra en sus palabras

Entrevistas (1954-1967)

Editora: Marisol García

Objeto de incontables trabajos biográficos y de investigación, Violeta Parra saca la voz esta vez sin intermediarios. La más relevante de las creadoras e investigadoras del arte popular chileno aparece en estas páginas compartiendo aspectos de su vida y de su trabajo tal como ella los transmitió a los medios de comunicación de su época. Este libro es un aporte al material de consulta sobre Violeta Parra en el año de celebraciones por el centenario de su nacimiento.

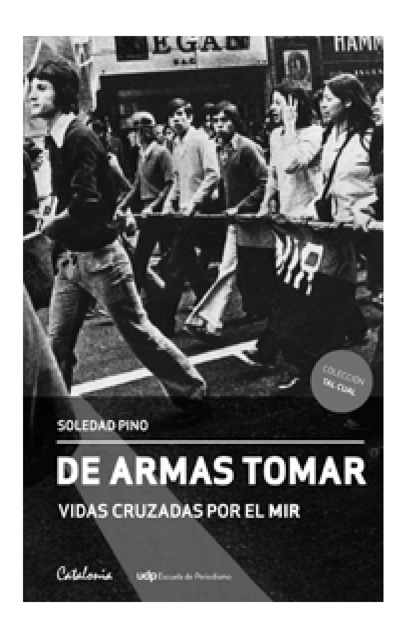


Augusto Pinochet

503 días atrapado en Londres

Autores: Mónica Pérez y Felipe Gerdtzen

La historia del arresto de Pinochet en Londres en 1998 probablemente sea la más increíble de todas las que constituyen lo que historiadores y analistas han llamado “transición a la democracia”. Esta investigación indaga en las distintas crisis que el hecho generó en Chile y el mundo. También explica cómo el arresto en Londres modificó profundamente los últimos años de vida del exdictador y su legado. Esta edición revisada y actualizada se hace cargo de lo que significaron para la jurisprudencia mundial los fallos de los tribunales ingleses en relación con los delitos contra los derechos humanos.

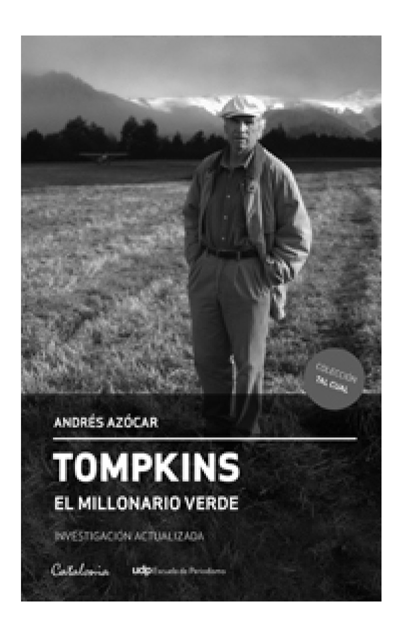


De armas tomar

Vidas cruzadas por el MIR

Autora: Soledad Pino

Testimonios personales e íntimos reconstruyen la historia del Movimiento de Izquierda Revolucionaria en Chile. Su formación hace 50 años, su vida política durante la Unidad Popular, el liderazgo de Miguel Enríquez, la tragedia del Golpe Militar, la represión, la resistencia y clandestinidad. Vidas diversas se cruzan con el MIR y condicionan sus destinos.

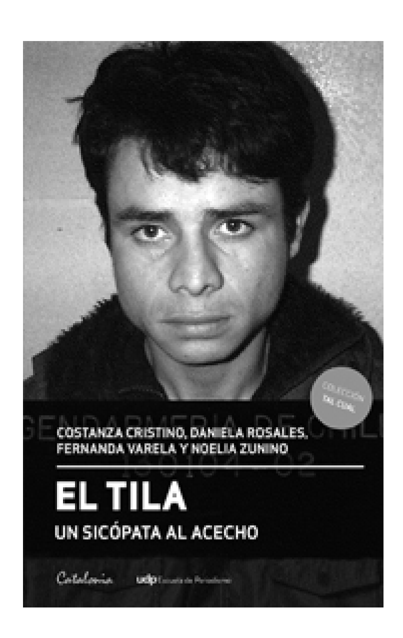


Tompkins

El millonario verde

Autor: Andrés Azócar

¿Quién deja atrás una historia de éxitos deportivos y comerciales en California para encerrarse entre montañas lluviosas y gastar una fortuna en cuidar bosques? Esta es la biografía de un millonario que terminó abrazando la ecología profunda, que se instaló en Chile y se enfrentó a gobiernos, Fuerzas Armadas, iglesia y empresarios para invertir, crear y legar a Chile una de las mayores reservas naturales del planeta.



El Tila

Un sicópata al acecho

Autoras:
Costanza Cristino, Daniela Rosales,
Fernanda Varela, Noelia Zunino

Roberto Martínez Vásquez, “El Tila”, se hizo tristemente conocido por la serie de asaltos con violaciones que cometió en varios sectores acomodados de Santiago durante los primeros años de la década de 2000. A través de cuantiosas entrevistas y testimonios, este libro reconstruye con rigor su vida, su infancia en el Sename y cómo se transformó en uno de los criminales más temidos de Chile.

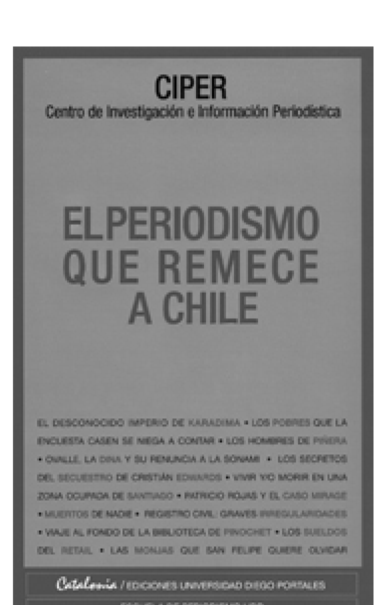


Poderoso caballero

El peso del dinero en la política chilena

Autor: Daniel Matamala

Por qué hoy en Chile la concentración económica cuestiona los fundamentos de la democracia y pone en rumbo de colisión el poder de unos pocos con los intereses de la inmensa mayoría. Una investigación inédita que devela a través de casos emblemáticos la manera en que se han entrelazado en Chile la política y el dinero.



LO MEJOR DE CIPER 2

EL PERIODISMO QUE REMECE A CHILE

LOS ESCANDALOSOS ERRORES DEL 27-F

POR QUÉ CAYÓ EL GENERAL GORDON

CÓMO DISIMULARON SU PATRIMONIO LOS EX EJECUTIVOS DE LA POLAR

CAE: EL CRÉDITO QUE LE DEJA MILLONARIAS GANANCIAS A LOS BANCOS

DICTADURA DE LOS NARCOS EN LA LEGUA

LA CRISIS DE REPRESENTATIVIDAD EN EL PARLAMENTO

LOS DUEÑOS DEL MAR

WIKILEAKS: LAS GESTIONES CONJUNTAS DE CHILE Y ESTADOS UNIDOS PARA SALVAR CAMPICHE

EL IMPERIO DE NEGOCIOS DE LA ACHS

MINEROS DE PAPEL

MÉDICOS SIN CONTROL

LOS NEXOS DE LA PAPELERA CON MASACRE OBRERA EN 1973

Catalonia udp

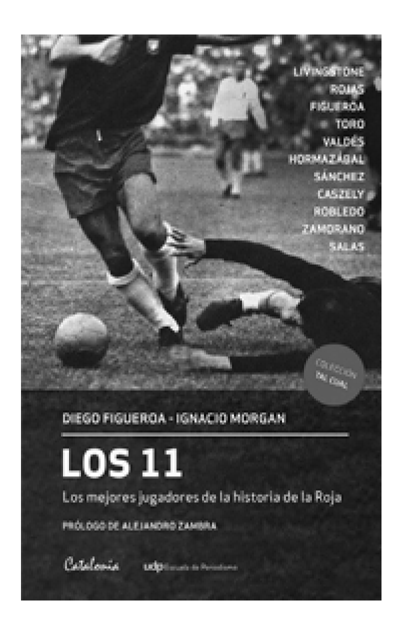


Lo mejor de Ciper - **Lo mejor de Ciper 2** - **Lo mejor de Ciper 3**

El periodismo que remece a Chile

Autor: Centro de Investigación Periodística

Cada uno de los tres libros publicados hasta la fecha contiene una selección de los mejores reportajes realizados por este centro de investigación periodística, cuyas denuncias han golpeado a la opinión pública y dado un giro a la realidad nacional. CIPER ha revelado información que ha puesto al descubierto los principales escándalos e irregularidades que dan cuenta de corrupción y abuso de poder en Chile.



Los 11

Los mejores jugadores en la historia de La Roja

Autores: Diego Figueroa e Ignacio Morgan

Lo que tienen en común estos 11 jugadores –los más destacados en la historia de la selección chilena– además de la genialidad, es su tozudez, su voluntad de triunfar, su casi siempre bien llevada ambición, su capacidad de entender escenarios adversos, en un mundo donde jugar fuera de Chile era el resultado de una trayectoria y no la consecuencia inmediata y apresurada de un par de buenas actuaciones.



Yo, Presidente/a

Lecciones de liderazgo de cinco gobernantes

Autora: Paula Escobar

Los presidentes de la transición defienden su decisión de negociar no solo como una expresión de conciencia frente a la correlación de fuerzas en que cada uno debió desempeñarse, sino sobre todo como la manera adecuada de conseguir un avance sostenido en la construcción de la democracia. Lo que dicen es que todo se puede hacer más rápido y con otros instrumentos, pero entonces es la idea de la democracia la que entra en peligro.



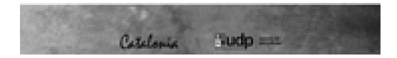
Solos en la noche

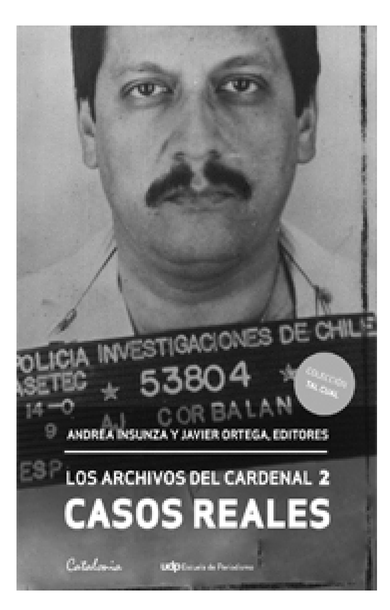
Zamudio y sus asesinos

Autor: Rodrigo Fluxá

La noche del 2 de marzo de 2012, Daniel Zamudio dormía en un céntrico parque de Santiago cuando cuatro jóvenes lo encontraron. El grupo lo sometió durante horas a golpes y torturas que semanas después le costaron la vida. La noticia, caratulada por los medios como el ataque de una banda neonazi contra un gay, remeció a la opinión pública. Este libro reconstruye el salvaje ataque, las historias de vida de la víctima y sus homicidas, así como el contexto social de este emblemático caso.







Los archivos del cardenal - Los archivos del cardenal 2

Casos reales

Editores: Andrea Insunza y Javier Ortega

Reportajes sobre las historias y los personajes reales que inspiraron la exitosa serie de televisión del mismo nombre. *Los archivos del cardenal* dan cuenta de la labor de la Vicaría de la Solidaridad en Chile durante la dictadura de Pinochet. Selección de relatos trepidantes, con testimonios y detalles sobrecogedores, a menudo inéditos. Cada uno también revela que incluso en tiempos de abuso y barbarie hubo quienes se jugaron por defender la dignidad humana, guarecidos nada más que por una convicción: porque hacerlo era lo correcto.



Historias de Paula

Antología de reportajes y entrevistas

Autores: Isabel Allende, Claudia Donoso, Delia Vergara, Juan Andrés Guzmán, Amanda Puz, Carolina Díaz, Alejandra Matus, Roberto Farías, Marta Blanco, Claudia Álamo, Malú Sierra, Ximena Torres Cautivo, Carola Solari

Fundada en 1967, la revista *Paula* supo ser voz de personajes marginales, pero también de los conocidos y poderosos. Logró ser una vitrina de las tendencias imperantes en Chile en la segunda mitad del siglo XX y comienzos del XXI. Esta antología es una

invitación a revisitar algunos de los reportajes y entrevistas que mejor encarnan a una de las revistas para mujeres más genuinas y revolucionarias publicadas en Chile. Su lectura también permite ver desde otras perspectivas el rostro del país.



Bachelet

La historia no oficial

Autores: Andrea Insunza y Javier Ortega

Las claves de la personalidad de Michelle Bachelet aparecen alumbradas por los acontecimientos de su vida. Su carácter desconfiado, su obsesión por el sigilo, su sentido de la disciplina, su incomodidad con muchas prácticas políticas, su lejanía de la elite, su particular noción del destino y de la responsabilidad, aquí se muestran antes que se explican. Insunza y Ortega se sumergieron en el mundo privado y público de Bachelet. Con más de cien entrevistas, lograron reconstruir sus momentos más felices y los más dolorosos, en un relato tan entretenido como apasionante, y tan político como humano.



El día que murió Allende

Autor: Ignacio González Camus

Este libro reconstruye minuciosamente las últimas horas de vida de una democracia trabada por las divisiones. A través de un relato atrapante y sobrecogedor, que a ratos semeja un thriller político, Ignacio González Camus describe hora a hora la jornada que marcó la vida de miles de chilenos y cuyas huellas seguían palpables en nuestra sociedad incluso cuarenta años después.



Memorias de una mujer irreverente

Autora: Marta Vergara

Figura clave en la historia del feminismo chileno, la autora también recorrió el áspero camino de los comunistas desencantados a propósito del estalinismo. Su vida está llena de incidencias. Vivió con la soltura de quien no le rinde cuentas a nadie, no acata vetos sociales, y trata a quien le plazca. Periodista en París, funcionaria internacional en Ginebra, militante feminista y antifascista en Santiago, obrera no calificada en Nueva York, se salió de libreto una y otra vez, a veces por iniciativa propia o forzada por las circunstancias.

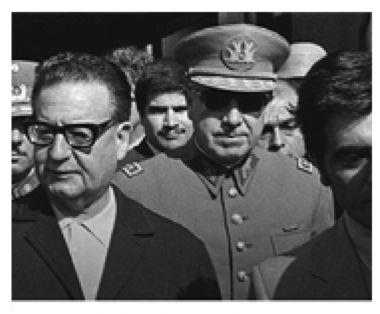


El club de la carne

La fracasada historia del porno en Chile

Autores: Sebastián Alburquerque y Melissa Gutiérrez

Una investigación llena de personajes fulgurantes y de imágenes que se quedan en la mente. Una empleada doméstica en una plaza, la sede del Partido Radical, un gordo vestido con una polera de Iron Maiden; todo eso se hace parte de una aventura sin límites… Este libro cuenta la historia a veces patética, a veces siniestra, a veces tierna, de los que, siguiendo una secreta intuición, corrieron el cerco de lo posible.



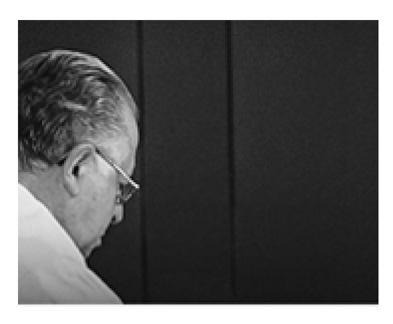


La conjura

Los mil y un días del Golpe

Autora: Mónica González

Sin duda el mejor libro acerca de cómo se tramó el golpe de Estado en Chile en 1973, quiénes lo urdieron y manejaron. Una narración en la que se cruzan los grandes vendavales de la historia y las subjetividades que reaccionan, con pavor, oportunismo, astucia o valentía, ante ellos. Hay en esta magistral investigación pequeños retazos que son, en sí mismos, verdaderas lecciones de política y de historia.



JUAN ANDRÉS GUZMÁN, GUSTAVO VILLARRUBIA, MÓNICA GONZÁLEZ
CIPER

LOS SECRETOS DEL IMPERIO DE
KARADIMA

La investigación definitiva sobre el escándalo que remeció a la iglesia chilena



Los secretos del imperio de Karadima

Autores: Juan Andrés Guzmán, Gustavo Villarrubia, Mónica González (CIPER)

Ciento cincuenta entrevistas –muchas de ellas exclusivas– y la revisión de todos los procesos en que fue investigado el expárroco de la iglesia El Bosque reconstruyen el desconocido pasado del sacerdote, destruyen el mito de su cercanía con Alberto Hurtado, explican cómo se erigió en el cura favorito de la élite chilena y revelan escandalosos episodios ocurridos en su habitación.

www.catalonia.cl

www.comunicacionyletras.udp.cl

www.cip.udp.cl